



*Lo que sea,
pero contigo*

Tessa C. Martín



En
EDICIONES HADES

*Lo que sea,
pero contigo*

Tessa C. Martin

EDICIONES HADES

“Novela Romántica”

© Ediciones Hades
© M^a Teresa Cuello Llinares
12004 Castellón de la Plana
info@edicioneshades.com
www.edicioneshades.com

ISBN – 978-84-942784-8-8
Depósito Legal – CS 423-2014

Diseño Portada – Javier Blázquez Murillo
Imagen mujer – ©VR Photos
Imagen edificios – ©Freepik.es

*Lo que sea,
pero contigo*

*A mi marido, por ser la fuente de mi inspiración
y el combustible que me anima a seguir adelante.*

*A mis hijos, por quitarles unos cuantos besos
y abrazos de los millones que se merecen.*

*A mi madre por su inestimable ayuda
y su incondicional apoyo.*

Y a mi padre, siempre conmigo.

Prólogo

España me recuerda a las vacaciones, cuando viajábamos toda la familia en verano y navidades a Granada para ver a la abuela Rosa. Hacía los guisos más buenos que he comido en mi vida. Hasta mi padre cuando los probaba no les ponía pegas y eso que, aparentemente, se llevaban fatal.

Mi abuela cada vez que veníamos reñía a mi madre por haberse casado con ese “*guiiri descolorío*” en lugar de con alguno, y cito textualmente: “*de los chulazos que tenemos en España*”. “*Ya verás ya... para compensar, mi Ela se hará con un español que le quitará to er sentío y no la dejará irse*”. Sé que lo hacía para hacer rabiar a mi padre. En el fondo estaba encantada al ver a mi madre tan feliz.

Era todo perfecto. Mis padres, mi hermano y yo vivíamos en Los Ángeles todo el año. Pero mi madre y yo esperábamos como agua de mayo las vacaciones para volver y estar con su familia, la

abuela Rosa y la tita Pilar. Tenía muchísimas ganas de verlos a todos, pero a mi abuela y a mi prima Macarena, la hija de mi tía, más que a nadie.

Cuando mi madre enfermó nos trasladamos a vivir a España, mi padre montó una pequeña delegación de su empresa hotelera en Madrid y mi abuela vino desde Granada. Necesitábamos a alguien que la cuidara y la abuela no hubiera permitido que otra persona se hiciera cargo. Yo, por aquel entonces tenía diez años. Pasamos los dos siguientes desesperados viendo cómo mi madre se iba apagando poquito a poco. Cuando finalmente falleció, mi hermano Álex no quiso seguir en España y mi padre lo envió a acabar sus estudios a Estados Unidos. Así que yo me quedé en la capital al cuidado de mi abuela.

Mi padre se encerró en su trabajo y la abuela, que ejerció de padre y madre, solía decirme:

“Tu madre siempre decía que la vida le había dado cosas muy buenas. Pero que cuando las cosas buenas vienen sin esperarlas, son todavía mejores. Y así es como llegaste tú, Ela”.

Cierto es que llegué de improviso cuando mis padres ya habían dado por supuesto que no podrían tener más hijos. Álex y yo nos llevamos diez años, así que fui toda una sorpresa.

Volqué toda la necesidad de afecto que causó la muerte de mi madre en mi abuela. *“Te quierísimo”*. Se lo decía todos los días. Siempre tuve el sentimiento de no habérselo dicho lo suficiente a mamá, por eso solía agobiar a achuchones a mi abuela y a mi padre, cuando estaba en casa.

Un año después de fallecer mi madre, la abuela Rosa también se fue. Sin mucho ruido, de improviso. Todo el mundo me explicó que era muy mayor y que había muerto de vieja. Yo creo que murió de tristeza.

Durante unos años me sentí muy sola. Pese a que mi padre me dedicaba más tiempo, suplía con regalos materiales su ausencia con creces y pasaba algunas temporadas en Granada con la tita y Macarena, siempre sentí que me faltaba algo, alguien que me abrazara y me ayudara en la adolescencia.

Cuando yo tenía quince años y mi vida comenzaba a estabilizarse hizo su aparición “Medusa”, la actual mujer de mi padre, y con ella llegó el infierno. Me hizo la vida insostenible hasta que con dieciocho años decidí seguir los pasos de mi hermano y marcharme a Estados Unidos a estudiar.

Un año después llegó mi prima Macarena. Bueno, ahora la llamamos Cleo. En Los Ángeles se cambió el nombre, harta de que todo el mundo le cantara y le hiciera el bailecito cada vez que decía su nombre. Así que Mario, nuestro compañero de piso, que adoraba su larga melena y su flequillo recto, propuso que fuera la Cleopatra americana. Y así se le quedó el apodo. Ella encantada.

Cleo y yo recuperamos el tiempo perdido cuando vino a estudiar conmigo y nos mudamos juntas a un apartamento. Yo me centré en mis estudios de empresariales y derecho y ella en su carrera de bellas artes. Mientras terminaba mi formación empecé a trabajar en la empresa familiar con mi hermano y fui adquiriendo experiencia en el negocio hotelero. En lo personal, gracias a Cleo recuperé poco a poco la autoestima que había perdido en los últimos años en casa de mi padre.

Ahora, diez años después, vuelvo a Madrid para hacerme cargo de la delegación y enfrentarme a los fantasmas de mi pasado. No soy la misma que se marchó, ni física, ni psicológicamente. Mis circunstancias personales hicieron que creciera, madurara más rápido y aprendiera a guardar mis sentimientos bajo llave.

Capítulo 1

Daniela

En cuanto aterrizamos tenemos un coche esperándonos para llevarnos a casa de mi padre. El trayecto se me hace eterno. Vive en una urbanización de lujo en las afueras de Madrid, como no podía ser menos.

Hace dos meses sufrió un ataque al corazón en Los Ángeles. Tras la muerte de mi madre y con la expansión de su empresa, Experience Hostess, su ritmo de trabajo creció y pasaba largas temporadas viajando. Los niveles de estrés aumentaron considerablemente a lo largo de los años. Su cuerpo llevaba tiempo avisándole con pequeños achaques hasta que finalmente su corazón no pudo más.

Está bastante recuperado y ha decidido trasladarse definitivamente a vivir a Madrid con su mujer. Pero si me ha llamado para que venga a trabajar y ocupar su puesto, es que no está tan bien como nos ha hecho creer a Álex y a mí.

Al entrar en el recibidor lo llamo como he hecho toda la vida y sé que le encanta, pues con 28 años que tengo lo sigo llamando así.

—¡Papiiii!

Cleo me mira y se pone dos dedos en la boca con cara de asco.

—¿Dónde está mi *baby*? —sonrío, porque cada vez que lo oigo parece que retroceda a mi infancia y vuelva a tener 4 años.

Lo veo salir del comedor en bata y apoyándose en un bastón. Me extraña muchísimo verlo así. El cabeza de familia y tiburón de negocios David Lane llevando bastón. Se me humedecen los ojos y corro a abrazarlo.

—No llores, Dani, cariño. Estoy muy bien. Lo que pasa es que uno se hace viejo y se vuelve muy sentimental, necesitaba que vinieras porque te echo de menos. ¿Acaso eso es malo?

Niego con la cabeza y lo estrecho contra mí con fuerza. Mi padre es el único que me llama Dani. Creo que cuando mi madre se quedó embarazada pensaba que iba a ser otro niño. Resulté ser Daniela.

—Estaréis agotadas. Tenéis las habitaciones preparadas para que podáis descansar y reponeros del *jet lag*.

Ahora viene la parte difícil.

—Gracias, papá, nos quedaremos un par de días, pero Cleo y yo hemos alquilado un apartamento en el centro de Madrid, cerca del edificio Lane. No quiero tener que coger el coche todos los días para ir a trabajar.

—Mmmm, y quieres vivir sola y tener intimidad ¿no?

—Sí, bueno, eso también. Comprende que llevo muchos años viviendo así... —y ni de broma pensaba volver a vivir con “Medusa”.

—Si no tengo otra opción...

—Vaya vaya, mira quién se ha dignado a volver

Como si bastara pensar en ella para invocarla, hace su aparición. Con solo oír su voz me rechinan los dientes. Llegó el momento, llevo casi diez años sin verla más que en contadas

ocasiones. Las veces que mi padre ha viajado por trabajo o para estar con Álex y conmigo, ella no ha venido nunca. Detalle que le hemos agradecido siempre a papá.

—Hola, Aída, ¿cómo estás?

—Muy bien gracias, como puedes ver. Estoy sorprendida, te ves hasta guapa. No pareces tú.

¡Mira que bien! siempre me he preguntado si la gente que te dice “qué guapa estás, no pareces tú”, piensa de verdad que te está haciendo un cumplido.

—Gracias, supongo.

—Todavía recuerdo la última vez que estuvimos juntas, tuvimos que ir de compras porque nada te venía bien para preparar tu equipaje.

Que gentil ella, es todo un encanto. Me entran ganas de salir y volver a subir en el avión. Bruja.

—¿Verdad que está estupenda? No veas el éxito que tiene —menuda mentira, pienso mirando boquiabierta a mi prima—. Por cierto soy Cleo. En todos estos años no nos hemos conocido en persona. Es curioso que nunca quisieras acompañar al tito en sus viajes...

—Hola, Cleo, encantada. David habla mucho de ti. Tengo mucha fobia a los aviones, y aunque echo mucho de menos a mi marido, no me veo capaz de dejar mi casa por mucho tiempo. Pero bueno, ahora estamos a tiempo de conocernos. Supongo que tú has hecho posible el cambio de Daniela, no es que esté delgada pero ya no es lo que era, gracias a Dios. ¿Verdad que está más favorecida, David?

—Preciosa, como siempre.

Mi padre no tiene ojos para nadie más que para mí, me abraza, pero siento los tentáculos de medusa moverse y rozarme con ellos.

—De todas maneras seguro que Cleo ha tenido algo que ver.

—¡Oh no! ¡Qué va! Si por mí hubiera sido ella seguiría igual. Estaba estupenda.

El momento se vuelve tenso y temo por el bien de mi padre. Será mejor dejarlo así.

—Ahora nos vemos papá, *te quierísimo* —le doy un beso y sin más dilación nos retiramos a descansar.

Esta semana ha sido agotadora, me he instalado en mi nuevo apartamento con mi prima, y me he puesto al frente de la delegación en Madrid. Experience Hostess es una de las mayores empresas hoteleras de Estados Unidos. Hace años que intentamos hacernos con el mercado europeo, así que las oficinas de Madrid son las encargadas de que la empresa se expanda por el viejo continente. Recientemente hemos comprado una empresa que nos facilitará la tarea, porque posee los Resorts más rentables de las costas europeas del Mediterráneo. No es muy grande pero sí importante. Es una buena baza a nuestro favor tener el control sobre esos hoteles. Va a ser todo un reto tomar la dirección, sé que va a suponer trabajo y mucha responsabilidad pero estoy encantada, me gusta lo que hago y tengo ganas de demostrar de lo que soy capaz.

En Los Ángeles trabajé en las oficinas centrales con mi hermano. Aquí empezaré con la supervisión de mi padre, la ayuda de su mano derecha, Jorge y el socio de la nueva empresa que acabamos de comprar. Se supone que tengo que aprender de él el funcionamiento de los Resorts y planificar la apertura de nuevos hoteles.

Prácticamente no he salido del despacho. A las reuniones con la nueva empresa ha ido Jorge y luego me informa en detalle de los acuerdos. En la oficina todo el mundo es muy agradable conmigo, aunque claro... soy la hija del jefe.

Hoy es sábado y hemos quedado con mi amiga Carla para salir a tomar algo... No es que tenga muchas ganas de salir a bailar, más bien me apetece algo tranquilito en alguna terraza. Pero sé que Cleo y Carla no van a estar de acuerdo. Carla y yo no nos vemos desde hace un año, y siempre ha sido ella la que ha viajado para pasar unos días conmigo. Está más que acostumbrada a desplazarse. Su trabajo de modelo de publicidad la lleva de aquí para allá todo el año. Así que estoy segura que tendremos muchas cosas de las que hablar y luego, como dicen ellas “quemar la noche”. Así que he decidido rendirme y aceptar sus condiciones sin rechistar.

Me arreglo el pelo y me lo dejo suelto. Cleo siempre dice que con el color miel tan bonito que tengo es una lástima que siempre lo lleve sujeto con una coleta. Así que le doy el gusto. Me maquillo un poco más de lo normal, sombras color tierra que resaltan mis ojos, perfilador, máscara de pestañas y brillo de labios. Unos pantalones estrechos, un top negro y unas sandalias de cuña también negras, me valdrán. Después de pasar por chapa y pintura ya estoy lista.

Cleo, como siempre tan hippie, se decide por una de sus típicas faldas de florecitas hasta los tobillos y un top ajustado turquesa por encima del ombligo, y se retira el pelo de la cara con un turbante con un nudo debajo de la oreja del mismo tono que el top. El turquesa le sienta bien, hace resaltar el bronceado de su piel. En eso no he salido a la familia de mi madre, soy blanca como la leche, herencia de padre. Sí que he heredado de ella el resto de mi fisonomía, ojos verdes incluidos.

Cuando llegamos al restaurante Carla todavía no está. Nos sentamos y pedimos una copa de vino mientras esperamos, hasta que de pronto todas las cabezas que tengo frente a mí miran hacia la puerta. Ni me inmuta y sigo bebiendo. Sé que ha llegado. Es el efecto Carla. Lo padecen tanto hombres como mujeres, aunque por motivos distintos. Mientras que los ojos de ellos se abren desorbitadamente, los de ellas se achinan con suspicacia. Ciertamente resulta extraño que ella y yo tengamos una relación de amistad tan estrecha y de confianza; somos tan diferentes...

Recuerdo la primera vez que la llevé a casa: “Medusa” no pudo más que extrañarse de que una chica como ella quisiera ser amiga de una chica como yo. Aunque no tardó en encontrar sentido a nuestra relación de amistad. Como ella misma señaló, conmigo a su lado Carla no tendría rival y yo podría tener opción de conocer a algún chico, alguno que ella rechazara, claro...

—¿Qué tal mis chicas? —Carla es todo alegría.

—¡No tan estupendas como tú! Cada día estás más cañón. No hay ni un solo tío que no te echara el ojo cuando has entrado por la puerta. Contigo nena esto es un no parar... —dice Cleo con una sonrisa de oreja a oreja. Sabe que a Carla le molesta mucho que se la trate como un cuerpo bonito que exponer.

—¡Anda, calla Cleo! Carla, ven aquí y dame un beso que hace mucho que no nos vemos —se acerca a mí y nos fundimos en un abrazo.

Durante la cena no hemos parado de reír. Carla y sus anécdotas de viajes y cotilleos de supermodelos nos divierten mucho. Y por fin, llegamos al meollo de la cuestión, el sexo. No hay reunión de chicas que se precie donde no salga a relucir el tema. De las tres, estoy segura de que soy, con mucho, la que menos experiencia tiene. Cleo se considera a sí misma un sumiller en este sentido. Vive su sexualidad libremente y sin ataduras, yo siempre le digo que es porque no ha encontrado ninguna “bodega” lo suficientemente buena en la que quiera invertir. Se ríe y me reprende: Ela, Ela, Ela, el romanticismo ya no existe. Y si hablamos de Carla... sé que ha estado con supermodelos, empresarios, actores... pero al contrario que Cleo, y según sus propias palabras sigue buscando al hombre ideal. Ese que la haga suspirar y por el que sea capaz de olvidarse de todo lo demás.

—Vale. Te toca, Ela. ¿Cuál fue el último? ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?...

—¡Uy! Si quieres yo te contesto, Carla. El último fue el médico soso que le presentó Mario en aquella exposición. ¿Cómo se llamaba...? —preguntó Cleo.

—Ian, se llamaba Ian —digo con voz cansina. Sé lo que me espera.

—¿El rarito meticuloso y obsesivo del orden? —apunta Carla.

—Sí. Ese que cada vez que llegábamos a casa y nos poníamos en situación, paraba, se desnudaba, dejaba los zapatos perfectamente colocados y alineados con la rayita del suelo, los calcetines dentro bien dobladitos y los pantalones y la camisa, colgados en el armario. Y para cuando terminaba el ritual, a mí ya se me habían ido las ganas.

Nos carcajamos. De eso hacía casi dos años. Sé que para ellas era algo impensable, pero para mí no era tan extraño. Estuvimos saliendo tres meses y era la segunda persona con la que tenía sexo. El primero fue un compañero de universidad con el que quedaba después de clase para estudiar y compartir apuntes. Más que un novio era un amigo. Como tales empezamos a salir y una noche tomando unas cervezas mientras estudiábamos en mi apartamento, nos acostamos. No fue la mejor experiencia de mi vida, pero tampoco fue algo horroroso. Simplemente nada importante que señalar. Al final dejamos de vernos porque no encontramos nuestro sitio después de aquello. Ni éramos amigos ni teníamos una relación.

—¡Venga, Ela! No puede ser... ¿Ni un rollito?

—Ela no es de rollitos —sentencia Cleo—. Es de chico conoce a chica, le gusta, le pide el teléfono. Él, y recalco él, la llama, quedan unas cuantas veces. Cuando se conocen lo suficiente se enamoran y entonces tienen sexo. Él le pide matrimonio, se casan, viven en una casita preciosa, preferiblemente en la costa, con dos churumbeles y un perro. Ideal...

—¡Eso no es verdad! Yo no he dicho nunca que quiera algo así.

—¡No hace falta! Aunque no lo digas lo demuestras con tus actos, prima.

—¿Qué actos? ¡Si yo no hago nada!

—Precisamente *mi arma*...

—A ti es venirte a España y salirte la vena andaluza, Macarena...

Nos reímos con ganas y siguen con el interrogatorio, a mi pesar.

—¿Me estás diciendo que nada de un rollo de una noche? —apunta Carla

—Bueno...

—Nada de nada te lo digo yo. Ela no es capaz de liarse con un tío una noche y pasar página.

Supongo que esa es la imagen que doy. Entre ellas me siento poco menos que una monja. Me molesta que me vean de ese modo porque yo no me siento así. En absoluto. Me gusta comprarme lencería sexy y bueno, me permito alguna que otra excentricidad íntima que hace que aunque mi vida sexual no sea activa me sienta a gusto conmigo misma.

Al llegar al local, llamado Sound, nos situamos al fondo. Ocupamos una de las mesas con sillones, apenas iluminada por una moderna lámpara.

El sitio es bastante bonito, está lleno de gente, la mayoría muy peripuesta. Parece que a un local como este no se viene con vaqueros ni con faldas estupendamente cómodas y hippies. Realmente, a estas alturas de la noche me da igual.

Desde donde nos encontramos se puede ver la barra y la pista de baile. Hace cinco minutos que Carla se ha ido a por las bebidas, y estoy segura de que tardará un rato. Cleo y yo apostamos mientras tanto, cuántos pretendientes se habrán acercado a ella. Ya sabemos que el tiempo dependerá del número de moscones que se le arrimen mientras pide en la barra. Nuestras risas y la buena

conversación me distraen de la preocupación por el gran cambio que ha supuesto esta semana en mi vida. Mi padre ha sido bastante tolerante y paciente conmigo, como siempre. Su mano derecha, Jorge, me ha facilitado también las cosas. En un principio me extrañó que un hombre tan joven, con solo 37 años se hubiera convertido en la mano derecha de mi padre en la empresa. Mis dudas se han disipado cuando he comprobado lo bueno que es en lo que hace. Es muy correcto y educado conmigo, tiene una paciencia infinita y la verdad es que es bastante atractivo. Esta semana trabajando codo con codo con él me he sentido cómoda. Tiene esa clase de personalidad que incita a la calma y te simplifica las cosas. Creo que podremos trabajar a gusto juntos.

Cleo escanea el local, va describiendo y localizando cualquier posibilidad de diversión extra. No puedo evitar reírme con su extraordinario sentido del humor.

Por fin llega Carla a nuestra mesa con las bebidas y las reparte. Dos copas de vino y un cubata no tienen el mismo efecto en mí que en ellas, así que he pedido mi bebida favorita, Coca-cola Zero. Cleo su mojito y Carla un sofisticado cóctel, según dice ella, especialmente recomendado por el barman, con guiño de ojo incluido.

Un escalofrío me recorre la espalda de repente, y una voz profunda y sensual susurra junto a mi oído.

—¿Me permites un momento?

En cuanto me doy la vuelta me quedo sorprendida al ver la clase de hombre que tengo a mis espaldas. Lo primero que llama mi atención son sus labios. Tienen una forma perfecta, carnosos y sugerentes a la par que muy masculinos. En cuanto alzo la mirada me quedo absolutamente prendada de sus ojos. Tienen ese brillo divertido y al mismo tiempo inquietante que hace que no sepas a qué atenerte. De un color difícil de identificar, no sabría decir si son azules o grises. Pelo negro perfectamente despeinado. Vuelvo la mirada a su boca y al momento asoma una sonrisa de suficiencia. Sabe cómo lo estoy mirando y cuáles son mis pensamientos.

En cuanto salgo de mi sorpresa, algo avergonzada, le sonrío. Levantándome del sillón paso por delante de él y me voy al baño.

Capítulo 2

Mark

Aquí estoy. Delante de dos mujeres, una de ellas despampanante, la otra no está nada mal y justamente la más corriente de todas es la que se ha ido dejándome con la palabra en la boca. Sin más me despido de ellas con una inclinación de cabeza y vuelvo con César y mi hermano. Sus miradas y sus sonrisas socarronas lo dicen todo. Par de cabrones...

Mientras camino hacia ellos recuerdo nuestra conversación de hace apenas unos minutos...

—Vale Mark, acéptalo. No lo has hecho nunca y lo no vas a hacer.

—¿Me estás retando?

—Alan, deja en paz a tu hermano. Con lo competitivo que es no deberías pincharlo. No le gusta perder.

—¿Estáis insinuando que perdería, César?

—No, no que perderías. Porque para perder tienes que jugar. Y tú no vas a aceptar.

—Hay apuesta.

—Pues fijemos los términos —César sonrío maliciosamente. Os vais a enterar.

—Si perdéis, nada de sexo hasta dentro de un mes.

—¡¿QUÉ DICES?! —me gritan César y Alan a la vez.

—Yo me sacrifico y vosotros dos también.

—¿Y si ganamos y no puedes hacerlo? —pregunta Alan.

—Yo también pierdo un mes.

—De eso nada, si pierdes serán dos, uno por cada uno de nosotros —apunta César.

—¿Aceptáis?

—Yo sí acepto. ¿Y tú, César?

—Joder, un mes...

—¡Bah! ¿Tú crees que va a poder? Con lo selectivo que es...

—Vale, venga voy. Pero te tienes que acostar con la chica, no vale enrollarse y punto.

—Y tenemos que tener alguna prueba, digamos... una foto suya en la cama. No es que no nos fiemos de ti... pero compréndelo, nos jugamos mucho —Alan sonrío maliciosamente.

—De acuerdo, os la mandaré. ¿Algo más?

—Nosotros la elegimos —César ya está repasando el local.

—Y para que veas que no tenemos mala fe... elegiremos a... —

Alan escanea el Sound en busca de su candidata.

—Aquella, la rubia con el vestido rojo.

Cuando la veo está de espaldas a mí. Desde luego mi hermano es imbécil, no está nada mal, tiene un culo... y se da la vuelta. Vale, no lo es. Es horrorosa.

—No, no. La rubia no. Que a tu hermano le van rubias —gracias a Dios.

—Aquella. La del pelo castaño y la camiseta negra. La que está con la morena y la buenorra.

Alan levanta una ceja, la mira, me mira y sonrío.

—Vale. Esa.

La veo de perfil, no la aprecio bien, no parece nada del otro mundo. Quizás sea por eso,

porque es corriente. No parece muy alta y no está delgada.

—Mira que no es una talla 36... ¿Estás seguro?-Insiste Alan.

—Yo diría que es una 42 —apunta César.

—De acuerdo, ella. Allá voy. ”

Llego hasta ellos, me apoyo en la barra y me doy cuenta de que la apuesta ha sido una estupidez. Por un momento pienso en retirarme, pero no, yo no pierdo nunca. Esto no ha hecho más que comenzar. Allí está otra vez, al otro lado de la barra. Esta es la mía. Vamos a jugar.

Me acerco, le pongo mi mano en el parte baja de la espalda y... Otra vez, esa sonrisa deslumbrante. Me deja un hueco, el barman le entrega la bebida y cuando me pregunta, pido mi gin-tonic. En cuanto me dirijo a ella ha vuelto a desaparecer... No sé si estoy cabreado o divertido... Este juegucito se pone interesante. Vuelvo al lado de César y Alan bastante frustrado.

—Hoy no es tu noche Mark, asúmelo —cabecea César.

—O ella es inmune a mi perfecto hermano... —añade Alan.

—Si quieres lo dejamos. Parece que además del sacrificio que te supone tienes que perseguirla...

—De eso ni hablar. Yo todavía no he dicho mi última palabra — digo en voz baja.

—Ni la primera...

—Cállate Alan y observa —le espeto.

Esta vez la intercepto en la pista de baile.

—¿Tienes que ir al baño?

—¿Perdona?

—¿Que si tienes que ir al baño?

—¿Y a ti qué te importa?

—¿Y sed?

—Pero...

—¿Llamar por teléfono? ¿Ir urgentemente a algún sitio? ¿Salvar a alguien que está entre la vida y la muerte?

—No...

—Entonces hablemos —la conduzco a través del local hacia las puertas de la terraza y salimos fuera. Se da la vuelta y me mira. Dentro no había tenido la oportunidad de verla bien. Realmente está lejos de las mujeres con las que suelo estar. No es fea, hasta es bonita. Tiene unos ojos grandes y expresivos. No es demasiado alta, me llega a los hombros y su cuerpo resulta demasiado voluptuoso, acostumbrado a las medidas que suelo manejar habitualmente...

—Vale, venga te lo resumo, así acabamos cuanto antes. Modelo, soltera, sin compromiso, divertida, inteligente, simpática y de buen corazón. Si te lo montas bien igual sacas algo esta noche pero no te garantizo nada. No te hagas el listillo, no seas baboso y no te pases el rato hablando de ti mismo. Ale, ahí lo tienes. Que te vaya bien.

Y sin más se da la vuelta.

—¡Un momento! ¿Eres modelo? —se da la vuelta y me mira como si me hubieran salido dos cabezas.

—¿Y tú eres tonto?

—Esta es la tercera vez que huyes de mí esta noche.

—¿Cómo dices?

—En la mesa, en la barra y ahora.

—Te lo está poniendo difícil ¿eh?

—¿Acostumbras a hablar de ti misma en tercera persona?

—No estoy hablando de mí.

—¿Entonces de quién estamos hablando?

—De Carla.

—¿Tú eres Carla?

—No. Yo soy Daniela.

—¿Y quién es Carla?

—Mi amiga, la rubia estupenda de la mesa. La que te has acercado a conocer.

—Yo no me he acercado a conocer a tu amiga.

—¿A no? ¿A Cleo entonces?

—No, creo que era a la otra. Daniela me parece que se llama. Mi intención es conocerte a ti —se queda callada, su cuerpo se tensa y su mirada resulta recelosa. Ahora empiezo a entenderlo todo. Cree que me he acercado a ella para conocer a su amiga...

—¿Te pasa muchas veces?

—Casi siempre. ¿Qué quieres de mí?

—Podría ser sincero y directo... O andarme con rodeos y perder el tiempo para al final ir a parar al mismo sitio. No obstante, como soy un caballero te dejaré elegir. ¿Directo o perder tiempo?

—Directo.

—Chica lista. Este es el plan: entramos, te invito a algo, charlamos un rato, en algún momento entre todas estas cosas, te voy a besar. No será la única vez, la verdad es que lo haré bastantes veces. Saldremos del local y nos dirigiremos al edificio de allí enfrente. ¿Lo ves? Bien. Es un hotel. Pasaremos el resto de la noche en la cama —la veo ponerse colorada. Me lo he jugado a todo o nada. O sale bien y gano o pierdo sin posibilidades de revancha...

—¿No tengo nada que decir?

—Tienes que decir que sí.

—Estás muy seguro de ti mismo. Demasiado...

En este punto empiezo a dudar, pero no dejo que ella se dé cuenta. La sigo observando fijamente y entonces hace algo que no me espero. Me sujeta de las solapas de la chaqueta, se pone de puntillas y me da uno de los besos más suaves y tiernos que he recibido en mi vida. Mis manos automáticamente se ciernen sobre su espalda y ella se retira. Dejándome sin palabras y sorprendentemente excitado. Lo reconozco.

—Me lo pensaré.

—Tienes diez minutos. Dame tu número. Te llamaré, me dices que sí y nos vemos aquí fuera en la puerta. Sabes que quieres decirme que sí.

Sonríe, levanta una ceja y me da su número. La veo entrar al local y dirigirse a su mesa.

Me sitúo al otro lado en la barra, junto a César y Alan. Desde este punto puedo verla perfectamente, algo en su mirada me ha dicho que me la va a jugar.

Alan me mira divertido:

—¿Y bien?

—Estoy en ello —miro mi reloj, faltan siete minutos. Ella sigue hablando.

—¿Caerá o no caerá? —insiste mi hermano.

—Le faltan apenas seis minutos para caer.

Mi hermano y César no se lo terminan de creer. Sigue hablando con sus amigas. Saco el móvil del bolsillo preparado para llamarla cuando veo que se levanta, coge su bolso y se despide. ¡Vaya!

quedan todavía tres minutos y ya la tengo en el bote. Despacio me encamino hacia la puerta de la terraza. Sigo sin quitarle la vista de encima. La veo mirar por la sala pero sé que no puede verme. Estoy en el sitio más oscuro del local, al lado de la puerta del almacén. Casi he alcanzado la terraza cuando ella da un giro y se encamina a la puerta principal. Tres son demasiadas, no habrá una cuarta.

Salgo a la terraza y a través de ella, por la puerta de emergencia, a la calle. Llego a la entrada principal justo en el momento en que ella sale. Se sorprende al verme. Observo como entreabre la boca y eso hace que me fije en sus labios. Son carnosos, el inferior más que el superior y suaves, muy suaves, eso lo he podido comprobar antes...

—¿No es genial como nos... compenetrarnos? —sonrío cuando veo que ella se vuelve a ruborizar. No voy a preguntarle si ya se lo ha pensado o no. Me arriesgo demasiado a que la respuesta sea no—. Como ya han pasado los diez minutos, y estamos juntos, asumo que ha sido sí.

Sin esperar más la arrastro a mis brazos y la beso. Pero no ese tierno beso de antes. La beso firmemente esperando que me dé permiso para ir más allá... Un poco intimidada al principio pero poco a poco se deja hacer y colabora, vaya si colabora. Cuando nos separamos la miro fijamente, sé que me entiende, que estoy esperando su respuesta. Asiente con la cabeza y cruzamos a grandes zancadas la calle, cogidos de la mano. Soy consciente de que prácticamente la estoy arrastrando y freno un poco mi carrera. Me sorprende lo ansioso que me siento.

Capítulo 3

Daniela

Entramos en el hotel. No me puedo creer que lo esté haciendo. Mi intención era salir sin que él me viera. Carla y Cleo estaban encantadas: “Vamos, Ela, desmelénate”. Vale sí. Es guapísimo. Está bueno, va bien vestido, sé reconocer cuando hay dinero, y él lo tiene. Pero no paro de preguntarme dónde está el truco.

Mañana les hubiera dicho que al final él no se encontraba en la puerta y que me fui. ¡Se suponía que iba a estar en la terraza!

De repente caigo en el hotel en el que estamos. Pertenece a la cadena Experience Hostess y por consiguiente a mi padre, David Lane.

Le pido que registre la habitación solo a su nombre, que lo esperaré en los ascensores y me encamino hacia allí. Me mira sorprendido pero asiente. Solo faltaba que alguien reconociera mi apellido y que mi padre se enterara.

No tarda mucho en estar a mi lado. No sé muy bien cómo comportarme. Todo en él indica que no es la primera vez que hace esto. Debe de notar mi inquietud porque pasea su mano por mi espalda mientras esperamos el ascensor.

—Quiero que quede algo claro entre nosotros antes de que subamos. Siempre puedes decir que no, en el momento que quieras. Pero si decides subir arriba conmigo debes saber dos cosas. La primera, lo vamos a pasar bien, pero que muy bien... y la segunda, esto se empieza y se acaba aquí. No quiero que te hagas ninguna idea romántica conmigo porque lo más probable es que no nos volvamos a ver. No soy hombre de una sola mujer. Tengo que asegurarme de que lo entiendas.

Lo miro durante unos momentos pensando en qué extraño ser me ha poseído para que acepte acostarme con semejante... por decirlo de una forma suave... CAPULLO.

Al mismo tiempo pienso en las posibilidades que tengo de que alguna vez me vuelva a pasar. Sentirme atraída y desear tener sexo, porque lo deseo y no poco, con un adonis como el que tengo delante. Así que por una vez en la vida no quiero ser racional, quiero pasarlo bien.

—De acuerdo, lo asumo. Soy una más. Tampoco quiero que me cuentes tu vida.

Asiente levantando ligeramente una ceja. Las puertas del ascensor se abren y me lleva dentro.

De pronto somos todo manos, besos y piernas enredándose.

A partir de este momento dejo de ser yo. No me reconozco. Una idea surge muy dentro de mí, igual esta soy la verdadera yo. Una mujer que se siente sexy y desinhibida.

Me aprieta contra el fondo del ascensor, su boca parece estar en todas partes, su lengua se pasea jugueteando con la mía. Me mordisquea el cuello, algunas veces simplemente lo succiona, otras incluso sus dientes presionan ese punto concreto que no sabía que tenía, que aumenta mi excitación y hace que jadee junto a su oído. Son besos excitantes y expertos. Sus manos se cuelan debajo de mi camiseta y ascienden por la espalda hasta tocar el broche de mi sujetador. Juega con él, poniéndome de los nervios pensando si me lo va a quitar, aquí en un ascensor del hotel de mi padre. Su otra mano sube por mi pierna por la parte de atrás y me aprieta más contra él. Noto perfectamente su excitación a través de mis pantalones. Mis manos se acercan al botón de su pantalón, con torpeza lo desabrocho y cuando voy a deslizar mi mano dentro de ellos me detiene. Me ruborizo al instante. Parece que él tiene más sentido común que yo.

—Si sigues no voy a parar. Decide.

No me da tiempo a responder, las puertas del ascensor se abren. Él sigue sin moverse como si esperara aún mi respuesta. Por un instante siento la locura apoderarse de mí y tengo ganas de cerrar las puertas y accionar el botón de detenida pero justo en ese momento entra una pareja. Se quedan mirándonos y yo no sé dónde esconderme. Él sonrío, con esa sonrisa de chico malo que hace que mi cuerpo bulla de expectación. Me coge de la mano y sin mirar atrás, masculla un ronco buenas noches y sale conmigo a rastras del ascensor.

Estamos en el ático. No sé por qué no me sorprende... Saca la llave electrónica y la inserta. Automáticamente la puerta se abre y me cede el paso.

La habitación es fantástica. Delante de mí tengo una cristalera inmensa que ofrece una vista espectacular de Madrid. A un lado de la habitación hay una cama enorme que tiene como cabezal una pared de piel en tonos marrón y ocre. La colcha es de seda, todo es moderno y sofisticado, no esperaría menos de mi padre. Tiene un toque oriental que me encanta. Al otro extremo de la habitación hay una escalera con peldaños al aire de madera y baranda de acero que sube al piso superior, supongo que a la terraza privada de la suite. Al otro lado de la cama, por una mampara de cristal transparente se puede ver la ducha y justo al lado, la puerta que da al baño.

Me doy la vuelta y observo la preciosa vista que tengo a mis pies, me acerca una copa de cava y me aparta el pelo del cuello dejándolo encima de mi hombro derecho. Desde detrás se aprieta contra mí y me besa delicadamente la línea desde mi oreja hasta el hombro. Es increíblemente sensual. Bebo de mi copa para aplacar los nervios que se empeñan en dar saltitos en mi estómago.

—Estás nerviosa —mientras lo dice sigue besándome el cuello y pasea su mano justo por debajo de mis pechos, acercándose más a él.

No era una pregunta, debe ser bastante evidente y eso me enfurece, deja en evidencia mi inexperiencia.

—¿Tengo que estarlo?

—Depende de por qué lo estés. Si es porque temes lo que va a pasar no. Pero si es porque no lo tienes claro debes estarlo.

—Lo tengo claro —lo digo todo lo convencida que puedo, no sé si es suficiente pero a mí me vale. Me agacho y dejo la copa sobre la mesita de cristal junto al sofá y el enorme ventanal. Levanto mi brazo hacia atrás y enredo mis dedos en su pelo, mientras mi otra mano se posa sobre la suya en mis costillas.

—No sabes cuánto me alegro —susurra junto a mi oído.

Sus manos bajan por mis costados y llegan al borde de mi camiseta, las mete dentro y asciende con lentitud erizando mi piel hasta llegar a mis pechos. Los abarca con sus manos, son delicadas y al mismo tiempo fuertes. Se detiene un momento con ellos, acariciándolos. Parece sorprendido de su generosidad. Han sido mi lacra desde pequeña, ya en el colegio eran foco de las miradas de todos mis compañeros.

Se repone al instante y con sus pulgares roza mis pezones con sutileza. Un escalofrío recorre mi espalda e instintivamente me acerco más a sus manos. Me da la vuelta y atrapándose en la profundidad de su mirada, me quita la camiseta. En cuanto cae al suelo sus ojos bajan hasta mi escote y mi sujetador negro de encaje.

—Una vista increíble.

Sonrío pícara y observo un brillo intenso en sus ojos.

—Quiero verte sin ropa. Completa y absolutamente desnuda. Quítatelo todo para mí.

La otra yo, la de hace apenas unas horas no se habría atrevido. Pero esta yo no tiene nada que

perder. Me da valor el hecho de saber que ya no lo volveré a ver.

Lentamente me deshago de mis sandalias de cuña y bajo mi estatura unos cuantos centímetros. Ahora él es mucho más alto que yo, me siento pequeña a su lado y eso me gusta. Sigue observándome sin decir nada, solo esa mirada de expectación, sexy.

Mis manos se posan en el botón de los pantalones, los desabrocho y los voy bajando sin prisa por mis voluptuosas caderas. Los dejo a parte y me quedo con mi conjunto de encaje negro de La Perla. Su mirada se pasea por todo mi cuerpo, es como si me acariciara con ella.

—Me encanta —lo dice en un susurro, para sí mismo, como si realmente fuera algo increíble.

Me mira a los ojos otra vez y levanta una ceja, esperando que acabe de desnudarme. Igual todavía queda algo de la antigua Ela en mí...

—No estamos en igualdad de condiciones —digo tímidamente.

—Nunca lo estamos, cariño.

—Desnúdate...

Sonríe de medio lado y contesta contundente.

—Desnúdame.

Doy un paso y empiezo a desabrocharle la camisa. Los botones van mostrando sus pectorales, bien formados y cuidados, saco la camisa de sus pantalones y la deslizo sobre sus hombros. No puedo evitar besar su pecho y aspirar su aroma. Huele a excitación, a madera y frutas, un aroma sutil y masculino que inunda por completo mis sentidos. Lo oigo respirar hondo y agacha la cabeza para adueñarse de mi boca. Saboreo sus labios y recorro tímida con mi lengua su labio inferior, lo muerdo suavemente y tiro un poco de él. En cuestión de segundos el ritmo cambia, es como si todo se acelerara, me doy cuenta que hemos llegado al borde de la cama porque la parte posterior de mis muslos tropieza con ella. Sigue besándome y apretándome contra su duro cuerpo. Con una mano aparta la colcha y caemos suavemente sobre las frías sábanas de satén. El contraste de la helada tela con mi excitado y caliente cuerpo hace que un escalofrío me recorra. Su mano izquierda levanta mi espalda mientras con la derecha desabrocha el sujetador. Lo retira y lo deja caer al lado de la cama. Un suave mordisco sobre mi pezón hace que me arquee en busca de sus caderas. Su mano se pasea por mi muslo atormentándome, cada vez que asciende de forma casual roza el centro de mi excitación. Mis uñas se clavan en su espalda intentando no moverme, pero resulta imposible. Lentamente abandona mis pechos para descender y dejar un reguero de humedad con su boca hasta alcanzar el borde de mi ropa interior. Se incorpora poco a poco y con sus pulgares desliza mis bragas hasta dejarlas en el suelo.

—Eres una cajita de sorpresas... vaya que sí...

Por un momento no sé de qué me habla, pero no tardo en recordar que llevo el pubis depilado en forma de bonito y perfecto corazón. Una excentricidad que me encanta...

—Antes llevaba una mariposa...

—Si cambias de forma espero verlo... —en cuanto lo dice noto como se arrepiente, así que no hago ningún comentario al respecto. Me incorporo y le bajo lentamente la cremallera de los pantalones, se los arrastro por sus esculpidas piernas y observo lo excitado que está. El bóxer apenas puede contener su miembro, paseo mi mano sobre él y lo oigo respirar entre dientes. Se los retiro del todo y lo tomo entre mis manos, caliente, suave e imponente. Empiezo a acariciarlo notando como palpita entre mis manos.

—Para. Todavía no. Es demasiado bueno, déjame hacerte disfrutar un poco más.

Se desliza hacia abajo, me abre las piernas y repasa con su lengua la forma del corazón. Siento como si me costara respirar cuando suavemente separa mis pliegues y su lengua pasea por dentro de

mí. Apenas puedo controlar el orgasmo que noto crecer desde lo más hondo, una fuerza liberadora que lucha por estallar... Me lame, me succiona y me muerde con mucho cuidado, alternándolo de un modo que me vuelve loca.

—Déjate llevar, dámelo. No será el único te lo prometo.

Como si necesitara su permiso... Mi cuerpo se contrae y estallo en mil pedazos, siento la necesidad de decirle que pare y al mismo tiempo que no lo haga. Mantengo los ojos cerrados mientras me recupero. Pero no me da tiempo, está encima de mí besándome el cuello y acariciándome el costado. Ahora me toca a mí, le levanto la cabeza y le beso como nunca antes había besado a nadie, con auténtica pasión. Mis manos bajan a sus glúteos y los aprieto contra mí. Se da la vuelta y me arrastra con él hasta que quedo encima, mi pelo cae sobre mis hombros, deshecho y alborotado, sexy. Como me siento yo ahora. Le tomo entre mis manos y retomo mis caricias, emite pequeños gruñidos que me encantan. Vuelve a darse la vuelta y me deja de espaldas en la cama, recoge sus pantalones y saca un preservativo.

—Déjame a mí —le pido.

—No. Si me vuelves a tocar voy a explotar.

Y sin más se coloca encima de mí y sin dudar, pero sin resultar brusco, me penetra. Siento su invasión, mi humedad le facilita el camino, aun así se aprieta entre las paredes de mi sexo como si lo abrazara.

—Diosss, es mejor. Mucho mejor, de lo que esperaba.

Yo también lo pienso, pero no puedo hablar, comenzamos a movernos, el ritmo va pasando de lento y suave a fuerte e intenso. Me encanta. Lo siento venir y me sobreviene el segundo orgasmo de la noche, apenas unos momentos después él se une y se desploma sobre mi cuerpo, hundiendo su cabeza en mi cuello.

Capítulo 4

Mark

Un sonido molesto y constante me despierta. Debe ser tarde, muy tarde. En cuanto levanto la cabeza de la almohada reconozco ese sonido como el de mi móvil.

—Dime.

—A ver hermanito, la duda nos corroe. ¿Ganamos o perdimos?

—Perdisteis.

—¡Joder! Menos mal que ayer aproveché... porque un mes... ¡Mierda un mes! Queremos la foto.

Echo un vistazo a la habitación. Se ha ido. Una nota descansa sobre la mesita de noche.

Gracias por esta noche. Daniela.

—¿Y? ¿Tu sacrificio valió la pena o te reafirmas en tus gustos?

—Luego te llamo —corto la llamada porque no tengo ganas de pensar, ni de hablar. Les mando un mensaje: *Gané la apuesta* y adjunto la foto que le hice, dormida, boca abajo con el pelo sobre la almohada y la sábana cubriendo su cuerpo. Me quedo mirando la foto un buen rato.

Todo en esta noche ha sido diferente. Así que no sé por qué me sorprende la nota y su huida sin despedirse. Normalmente el primero en marcharse soy yo. De pronto caigo en que no le dije ni mi nombre. No me lo preguntó. Era perfecto, todas las mujeres con las que había estado insistían en volvernos a ver, las despedidas se hacían eternas y siempre demandaban más de lo que en un principio les dejé claro que iban a tener. Solo ella ha cumplido las condiciones. Mierda, demasiado bien. ¿Es que no quería saber ni mi nombre? Cierro el móvil.

Me ducho, me visto y abandono la habitación. No tiene sentido pensar en ello.

En recepción me llevo la última sorpresa de la velada, la habitación ya está pagada. Pregunto, pero lo único que me saben decir es que una mujer pagó en metálico y me advierten educadamente que todos, absolutamente todos los usuarios deben registrarse para mayor seguridad. Asiento y salgo del hotel.

Paso el domingo en mi apartamento preparando la reunión del lunes con mi socio. Mi cabeza se empeña en volver una y otra vez a anoche. Cada vez que recuerdo su imagen delante de mí con su conjunto de ropa interior me excito. Igual hago una excepción con ella y la llamo. Lo pasé sorprendentemente bien, estoy seguro de que acostarme con ella una vez más lo solucionará. No es para nada el tipo de mujer con la que me relaciono. No es alta, ni delgada, ni tiene esa cara de portada, pero es bonita, sus ojos, su nariz, su boca, su cuerpo voluptuoso... No, no debo llamarla, lo que necesito es volver a lo conocido. Llamaré a Cristina.

El timbre de la puerta me saca de mis pensamientos.

—Hola, Antonio. ¿Cómo tú por aquí en domingo? ¿Pasa algo?

—Hola, Mark, perdona que te moleste. Pero tenía que hablar contigo antes de la reunión de mañana.

Antonio es mi socio en la empresa y amigo de la familia. Cuando fundamos mi empresa él aportó la mayor parte del capital, por lo que posee el 75% de las acciones. Yo acababa de terminar la universidad y no tenía muchos ingresos. Lo poco que conseguía era en el club náutico de

Barcelona y con ello ayudaba a mi madre a pagar la universidad de mi hermano. Nos ha ido bien, más que bien. Nuestra empresa es la propietaria de los mejores Resorts de Europa. No somos muy grandes, pero sí importantes. Un referente en cuanto a hoteles de costa se refiere.

—Toma asiento. ¿Quieres algo, cerveza, vino?

—No gracias, tengo que decirte algo delicado... Sin rodeos, Mark. Estoy enfermo. Sabes que últimamente no me he encontrado muy bien...

—¿Cómo de enfermo?

—Digamos que lo suficiente para no poder continuar contigo en la empresa. Necesito dejar a mi familia bien, Mark.

—¿No hay solución? ¿Has pedido una segunda opinión? Podemos enterarnos de dónde están los mejores especialistas y viajar hasta allí —estoy conmocionado, un nudo de emociones aprietan mi estómago. Antonio es lo más parecido a un padre que conozco.

—Me temo que no hay más que hacer, tengo seis meses como mucho.

—No me lo puedo creer...

Me levanto y camino como un perro enjaulado. Mi cabeza funciona a mil por hora. No sé qué hacer, ni qué decir. Tengo tantas cosas que agradecerle que no sé por dónde empezar.

—Quería hablarlo contigo a solas, antes de la reunión de mañana con los jefes de departamento.

—Lo entiendo pero... —doy un puñetazo en la mesa y me acerco a él. Se levanta y me tiende los brazos. Los acepto de inmediato. Lo abrazo intentando reconfortarnos a ambos, pero reconozco que estoy bastante lejos de mantener el control. Se separa de mí y me mira a los ojos. Sé que me conoce lo suficiente como saber que no se me da muy bien hablar de sentimientos. Así que me da una palmada en el brazo, como zanjando el tema, y se vuelve a sentar.

—Vamos, ven a mi lado. Tenemos que hablar de la empresa. Es importante.

Como si pudiera haber algo más importante que perder a un padre.

—He vendido mi parte de la empresa a David Lane.

Mi cerebro colapsado solo asimila un nombre. David Lane... Era de sobra conocido que llevaba años intentando hacerse con ella. Antonio y yo siempre nos habíamos negado a vender.

—¿Cómo que le has vendido la empresa?!

—Lo siento Mark, de verdad que lo siento, pero he tenido muchos problemas, como ahora sabes, de salud y financieros.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque pensé que se solucionaría, evidentemente, se van a solucionar pero no de la forma que yo pensaba. Firmé el acuerdo la semana pasada. Supongo que sabrás que David sufrió un infarto en Los Ángeles hará dos meses. Pues ha decidido trasladarse definitivamente a España. Nos reunimos en su casa, no está bastante recuperado para trabajar. Acepté las condiciones de la compra y firmé la venta de mis acciones.

—¿Qué implica eso para los demás trabajadores? ¿Y para mí? ¿Por qué no me la vendiste a mí?

—Porque a ti no te habría pedido el dinero que le pedí a Lane. Y lo necesitaba. Escucha, te dije que me encargaría de mi familia, y tú también eres mi familia. El viernes tuve una reunión con el segundo de Lane, Jorge García. Solo puse dos condiciones: no habría despidos en las sedes de Resort y tú pasarías a ser accionista en su empresa. Te he traspasado el 20% de mis acciones. A David le vendí el 55 restante.

—¿Aceptó?

—Tendrás el 45%. No pude hacer más.

—¿Trabajaré en sus oficinas con él?

—Sí, me temo que César, Alan y tú tendréis que trabajar en el edificio de Lane. Pero no trabajarás con él. Después del infarto, Jorge me dijo que el hijo de Lane, Dani se haría cargo de la delegación de Madrid.

—Nunca he oído hablar de él.

—Ha estado viviendo en Estados Unidos. Estudió allí, es más joven que tú, creo que tiene unos 28 años.

—O sea, que voy a trabajar con un niño de papá mimado que no tiene experiencia en manejar un imperio que mueve millones. Escucha Antonio, entiendo que desde tu punto de vista necesitabas hacerlo, pero la empresa estaba en su mejor momento. Yo hubiera seguido al mando y hubiéramos tenido enormes beneficios a corto plazo.

—Yo no tengo tiempo, Mark. No quiero trabajar el tiempo que me quede. Quiero vivir.

—Se la compraré a Lane de nuevo. No quiero trabajar para nadie. Era nuestra ¡Es mía!

—Escucha, sabes perfectamente que Lane no te la devolverá. Lleva años intentando que se la vendamos. Seguirás haciendo lo mismo, Mark.

—No... lo mismo no. Ahora tengo que rendirle cuentas a un *pinpín*. ¿Crees que no sé lo que hacen ese tipo de corporaciones?, compran empresas como la nuestra y en cuanto las controlan se hacen con todo el poder. Ni mi puesto, ni el de los demás empleados está en absoluto garantizado. Puede que lo esté durante un tiempo pero no es nada seguro.

—Escucha, si juegas bien tus bazas tienes la posibilidad de crecer dentro de una empresa enorme como es la de David Lane. Trabajas duro y sabes cómo tratar con gente como él. Lo siento, de verdad que sí. Pero he hecho lo que tenía que hacer. Mañana informaré a los trabajadores. Esta semana tendréis que prepararlo todo para el traslado. El fin de semana que viene David presentará a su hijo delante de todos los empresarios más influyentes y anunciará la adquisición de nuestra empresa. Allí los conocerás. Lo mismo no es tan malo como tú supones. Puede ser una gran oportunidad para ti.

»Algo importante puede salir de esto.

—Haré lo que haga falta para recuperarla.

—Por favor Mark, hazme caso. Tómate las cosas con calma y no hagas ninguna tontería, tienes muchas cosas que perder. Al fusionarnos con David Lane el valor de las acciones subirá como la espuma, y con el 45% en tu poder tienes más que suficiente para vivir tú y tu familia el resto de vuestras vidas sin preocuparos jamás por el dinero. Y como te he dicho antes, tienes la posibilidad de ascender, de llegar a ser alguien importante en su empresa. Sé sensato, Mark.

Pero yo ya tengo mi objetivo.

Me niego a seguir debatiendo sobre la empresa cuando soy incapaz de pensar en otra cosa que no sea su salud. Nos quedamos un rato más hablando sobre el tratamiento médico al que se tiene que someter, cómo se encuentra y cuáles son sus planes para los próximos meses. Piensa ir a visitar a sus hermanos a Barcelona y pasará allí un tiempo. Antonio no está casado y no tiene hijos pero se siente responsable de su familia. Como él dijo, Alan y yo formamos parte de ella, y mi madre también, aunque no la haya nombrado. Todavía no me puedo creer que no nos haya dicho nada de su enfermedad hasta ahora. Le prestaré mi ayuda para todo lo que necesite y me mantendré a su lado como si fuera mi padre. Porque para mí, así es.

El resto de la semana me ha pasado volando, reuniones, documentos que preparar, papeles que

firmar. Todo el mundo está muy preocupado, la sombra de los despidos que la fusión pueda ocasionar está en el pensamiento de todos los trabajadores. Pese a que Antonio y yo les hemos dicho que pueden estar tranquilos, que el acuerdo de fusión garantiza sus puestos de trabajo no acaban de convencerse. No los culpo, yo mismo dudo del poder de liderazgo y de dirección del niño mimado de Lane.

Daniela

Hoy es el gran día. Mi padre está exultante, yo también. Nunca me ha gustado ser el centro de atención. Pero me siento diferente, tengo ganas de demostrar muchas cosas y de pasarlo bien. Toda la semana ha sido una locura. Preparativos, ultimar todos los detalles, reuniones con los jefes de departamento. Casi no he tenido tiempo de pensar y lo agradezco, no quiero recordar la noche del sábado. No es que me arrepienta, en absoluto. Fue el mejor sexo que he tenido en mi vida, pero claro, no tengo mucho con lo que comparar.

Cleo ha estado la mar de pesada, creo que todavía no se cree que me fuera a un hotel con un ligue de una noche. Yo tampoco la verdad, pero lo cierto es que desde el sábado me siento diferente, liberada, más sensual. Hasta mi padre dice que nota cierto cambio para bien, parezco más suelta y más segura de mí misma.

Como resultado de mi revolución esta semana he cambiado el vestido que me compré para la fiesta. Había elegido uno negro largo de corte imperio atado al cuello. El nuevo es rojo, con el cuerpo drapeado y entrecruzado, entallado hasta las caderas y falda vaporosa con una abertura que me llega al muslo, de Cavalli. El escote resalta mi pecho. Me encanta.

Lo he preparado todo, medias de seda, ropa interior de encaje en rojo también, sandalias con taconazo plateadas y los pendientes de mi madre. Son preciosos y antiguos, en oro blanco y brillantes. Me han recogido el pelo con un moño flojo que deja caer mechones perfectamente desordenados sobre mis hombros. En conjunto, hoy me siento especialmente guapa.

Mi padre ha puesto un coche para que pase a recogerme. Jorge, su ayudante se ofreció, pero le dije que sería conveniente que él llegara primero para recibir a los invitados. Cleo vendrá más tarde, la puntualidad no es lo suyo.

Cuando el coche ha llegado a la puerta del hotel, el botones me ha abierto la puerta y me he dirigido con paso firme hacia el salón donde tiene lugar la recepción. El jefe de sala me conoce, esta semana me he pasado muchas horas hablando con él y me ha saludado.

—Buenas noches señorita Lane, espero que todo resulte de su agrado.

—Muchas gracias Felipe, estoy segura de que sí. Han hecho un trabajo excelente.

Muy amablemente, abre la puerta del salón para que entre. En cuanto traspaso las puertas, me quedo sorprendida de la cantidad de gente que hay. Toda la entereza de la que he hecho gala durante el día parece desmoronarse poco a poco. Paseo un poco a ver si encuentro alguna cara conocida. Mucha gente me observa, un camarero pasa por mi lado y me ofrece una copa de cava. La acepto de inmediato y doy un sorbo intentando tranquilizarme.

—¿Qué haces tú aquí?

Al oír esa voz mi corazón da un vuelco. No puede ser. Me doy la vuelta y definitivamente sí, sí puede ser, es él. Está guapísimo con un Armani negro que le queda como un guante, sus ojos azules parecen de hielo. No puedo evitar sonreírle, pero parece que a él no le he hecho gracia mi gesto.

—¿Cómo me has encontrado?

Cuando me recompongo de la sorpresa, intento contestarle pero mi voz sale insegura, como un murmullo.

—Para encontrarte te tengo que buscar.

Huelo su aroma y siento un tirón dentro de mí. Mi cuerpo definitivamente se ha vuelto loco.

—O sea, que me has estado buscando.

—No era algo que se me hubiera ocurrido...

—No sé cómo has conseguido entrar, pero desde luego aquí no te puedes quedar.

—No me puedo ir... —digo confusa.

—Claro que te puedes ir. Pensé que eras diferente pero evidentemente no. Eres como todas.

No aceptas un no. Por eso pagaste la cuenta del hotel, para poder averiguar quién era. Te lo dejé bien claro antes de subir a la habitación. ¿O no? Quizás necesitas que sea más claro. No quiero nada contigo, lo que quería ya lo conseguí, no me interesa saber nada de ti ni volverte a ver. No me acostaré de nuevo contigo, de hecho, viéndote otra vez puedo asegurar que ni siquiera me gustas. Así que sé buena y lárgate antes de que llame a seguridad y vean que no tienes invitación. Créeme, será más embarazoso.

Sentí un nudo en el estómago que no me dejaba respirar.

—Tú sin embargo no me has decepcionado porque nunca esperé nada más que lo que obtuve de ti. Gilipollas.

Hago lo que me dice, salgo por la puerta del salón. Si durante toda la semana me he sentido bien, eso se ha borrado de un plumazo. Fuera, intento tomar aire.

—Daniela, ¿qué haces aquí?, ¿no te encuentras bien? estás pálida... ¿necesitas algo?

—Un poco de agua Jorge, por favor... —mi voz apenas es un susurro.

—En seguida. No te muevas.

En cuanto veo que se va, lo cojo de la chaqueta y le pido que no me deje sola. Me coge por la cintura y se encamina a la puerta del salón en busca de la bebida. Me paro en seco. Se vuelve y me mira.

—No tienes de qué preocuparte Daniela, esta fiesta es para ti. Estás preciosa y más que preparada para esto. Tú mandas esta noche, no hay nadie más importante que tú. Es tu noche.

Tiene razón. Es mi fiesta, si le molesto que se vaya. Con la cabeza alta inspiro, y pienso que por un desprecio más no pasa nada. Ella, estás acostumbrada... solo que hace tiempo que nadie te humilla y dejaste claro entonces que eso no te iba a parar. Le cojo del brazo y entro en el salón. Le veo al lado de las puertas que dan a la terraza, está acompañado por dos hombres más y una belleza pelirroja pegada a él. Debe ser algún empresario influyente si no, no estaría aquí. Se vuelve hacia mí y me fulmina con la mirada. Levanto la cabeza y muy seria me doy la vuelta.

Nos perdemos entre la multitud. Jorge me presenta a un montón de gente, y el hecho de que esté acompañada impide que se acerque. Cosa que agradezco.

—Vamos a la parte trasera del escenario, tu padre te espera. Ánimo, lo estás haciendo muy bien. Si necesitas cualquier cosa ya lo sabes.

—Gracias, Jorge. Te tomo la palabra —le sonrío y le doy un beso en la mejilla.

Capítulo 6

Mark

¿Cómo se ha atrevido a volver a entrar? Me he comportado como un capullo lo sé. Pero los nervios de toda la semana y la impresión de volver a verla...

No sé qué hace cogida del brazo de Jorge García.

—Vaya, vaya, Mark... Así que aquí tenemos a otra que no puede aceptar que pases de ella.

—Alan, tienes el don de la oportunidad para tocarme los cojones. La sonrisita de estos dos me saca de mis casillas. Hoy parece que todo lo hace.

—Eh, eh, eh... tranquilo. La verdad es que viéndola, creo que hicimos fatal nuestra elección. No está nada mal... No es a lo que estás acostumbrado, no es un palo que parezca que se va a partir por la mitad. Tiene más curvas que el circuito del Jarama ¿Qué tal si corro por él?... Como ya has pasado de ella supongo que no te importará.

Aprieto las mandíbulas, menuda nochecita me espera.

—No creo que seas su tipo, César.

—Tampoco creo que tú seas el suyo ahora.

—No te acerques a ella.

—¿Por algo en concreto?

La mano de Cristina en mi hombro me salva. No sé qué contestar a eso. Solo sé que no me gusta la idea.

—Cris cariño, Mark no está de muy buen humor. Pégate a mí si quieres divertirte porque este miermo hoy no está para mucha marcha.

—Luego te regalo un baile Alan, no llores. ¿Cuándo vamos a conocer al hijo pródigo? ¿Alguien lo ha visto?

—No. Nadie sabe quién es.

La he perdido de vista, no la veo, ni a ella ni su nuevo guardaespaldas. ¿Dónde se ha metido?

—Pues más vale que le causemos buena impresión y le caigamos bien, porque si es uno de esos hijos de papá caprichosos que no le gusta que le lleven la contraria lo vamos a tener crudo —dice César.

—Creo que ya vamos a salir de dudas.

Las luces se atenúan y aparece en el escenario David Lane.

Su baja estatura, su pelo cano y su oronda tripa le hacen parecer un entrañable abuelo, pero no hay que dejarse engañar por su apariencia, es un tiburón de los negocios, eso me ha quedado muy claro.

Antonio se pone a mi lado.

Mientras Lane prosigue su discurso de agradecimiento, por la asistencia, por las muestras de apoyo recibidas tras su infarto y los cambios que ello supone... Estamos ansiosos de que llegue el momento de la presentación.

—Así que no voy a hacerles esperar más. Dani, cariño, ven a mi lado.

El silencio se adueña de todo el salón. En cuanto sube al escenario mis ojos no pueden apartarse de ella.

—Joder...

Alan y César me miran boquiabiertos.

—¿Ella es él? ¿Dani? —susurra Alan.

—Dani de Daniela. Mierda.

—Vale, es mucho peor de lo que pensábamos. Mark, la has cagado pero bien —me susurra César al oído.

—¡Vaya qué sorpresa! Yo pensé que era un hombre. Todo el mundo hablaba de Dani... ¿quién iba a pensar que Dani era una mujer?

—Y que lo digas Antonio, y que lo digas... —César se termina de un trago su copa de cava.

La oigo de fondo hacer su discurso, pero no la escucho, no paro de pensar en cómo voy a solucionar el tremendo lío en el que nos he metido. La gente a mi alrededor prorrumpe en aplausos.

—Vamos, es hora de presentarnos —dice Antonio.

—Sí vamos, será divertido. ¿Verdad, Mark? —mi hermano, con total certeza, es como un grano en el culo y de los gordos.

—¿Tramáis algo? —Antonio nos mira, pasea su mirada de unos a otros. Nos conoce muy bien a mi hermano y a mí, nos ha visto nacer y nos ha sacado de más de un lío con mi madre.

—¿No seguirás con la idea de recuperar la empresa verdad?

—No te preocupes Antonio, créeme, esa es la última de mis preocupaciones ahora.

—Eso espero, no lo estropees por favor. Te juegas mucho. Los tres lo hacéis.

Nos abrimos paso entre la gente, Cristina va cogida de mi brazo, es la jefa del departamento de restauración de la empresa. Además compartimos cama de vez en cuando, los dos sabemos lo que hay y nos entendemos muy bien. Ella no espera nada de mí y yo no quiero nada de ella.

—Señor Lane, permítame presentarle a mi socio Mark Rivas. Daniela sigue de espaldas a mí con Jorge a su lado. Está hablando con un par de hombres que sonrían educadamente sin perder de vista su escote.

—Hola señor Rivas, es un placer conocerlo por fin —nos estrechamos las manos—. Jorge me ha comentado que se reunieron esta semana y que está pronta su instalación en nuestras oficinas.

—Sí señor Lane, calculamos que a mitad de la semana que viene, a más tardar el viernes ya estaremos instalados. Procuraré que sea lo más pronto posible.

—Muy bien, me alegra oír que tiene ganas de empezar con nosotros. Permítame presentarle a mi hija. A Jorge creo que ya lo conocen —todos asentimos, hemos estado hablando con Jorge García toda la semana.

—Dani, cariño... —la sujeta por el codo y le da la vuelta. Sigue sonriendo mientras se gira, pero en cuanto me ve, su sonrisa desaparece.

—Ellos son Antonio Leal y su socio Mark Rivas. Los demás caballeros son el hermano del señor Rivas, Alan, jefe del departamento comercial y César Ros, jefe del departamento de recursos humanos de su empresa. Esta encantadora señorita debe ser Cristina Marín, jefa de restauración. Son los directivos de la empresa con la que nos fusionamos.

—Buenas noches señores, señorita, encantada. Si papá, recuerdo que compramos su empresa. Pronuncia compramos con un retintín que no pasa desapercibido para nadie.

—Señorita Lane, es un placer conocerla. Tengo muy buenas referencias sobre usted, de su trabajo y como persona.

—Daniela por favor, señor Leal —sonríe amablemente a Antonio. Me ignora. Me enfurece que no me mire. Tengo ganas de cogerla, sacarla de allí y llevármela otra vez al hotel.

—Si las referencias vienen de mi padre no se fie. Suele pensar que gusto a todo el mundo, pero no se lo crea. Sé de gente que no opina igual que él.

Y ahí está la segunda indirecta. Vamos a jugar.

—Hola, Daniela.

El silencio se establece a nuestro alrededor y todos nos observan de hito en hito.

—¿Os conocíais? —pregunta David Lane.

Respondo que sí a la vez que ella dice que no. Todos los presentes nos miran con curiosidad.

—Nos hemos visto un par de veces. Pero nadie nos había presentado. No nos conocemos — responde ella.

—Pero lo vamos a hacer y mucho —veo que se pone colorada y me fulmina con la mirada.

—Pues sí, la verdad es que de ahora en adelante van a pasar mucho tiempo juntos. Espero, señor Rivas que cuide bien de mi niña.

—Por supuesto, señor Lane. La cuidaré como si fuera mía.

—Ya no soy una niña papá, y por supuesto no soy de nadie señor Rivas, no lo olvide. Señores, si me disculpan debo atender a los demás invitados. Señor Leal, ha sido un placer.

Se da la vuelta y se marcha acompañada de Jorge. ¿Es que ese hombre va a estar toda la noche pegado a ella?

David Lane rompe en carcajadas cuando su hija se aleja.

—Aunque no lo parezca Dani tiene mucho carácter. Ya se acostumbrarán. Muchacho, tienes mucho trabajo por delante en mi empresa y no solo con los hoteles.

Se marcha riendo aún.

—No ha ido tan mal. Solo faltaba que volaran cuchillos —dice Alan.

—¿Alguien me quiere decir a qué ha venido tanta hostilidad? ¿Hay algo que yo deba saber, Mark?

—De momento creo que será mejor que no, Antonio.

—Un poco borde la niña de papá ¿no? Se pasea por aquí como si fuera la reina de Saba y todos riéndole las gracias porque tiene dinero.

—Cristina, cuidado en la cena, no te muerdas y te envenenes. Cristina fulmina con la mirada a Alan y me coge del brazo, buscando mi apoyo.

—Siento decirte, Cristina, que esta es su fiesta. No dudo que muchos de los aquí presentes le hagan la pelota por su dinero. Pero no es tonta. No la subestimes y de ahora en adelante procura no hacer ningún comentario ofensivo, y menos en público.

—Claro, cómo no. Ahora es la jefa.

—Cuidado.

La recepción da paso a la cena. Está sentada en la mesa con su padre, la mujer de este, una de las amigas con las que estaba el sábado pasado, el tal Jorge y un par más de hombres acompañados que no sé quienes son. Es entre el primer y el segundo plato cuando veo que se levanta. Yo hago lo propio.

—Ahora vuelvo.

César me coge del brazo y en voz baja me advierte:

—Compórtate, no hagas ninguna tontería más por hoy. Quizás sea mejor dejar que las cosas se enfríen y hablar con ella la semana que viene.

—Ni hablar —retiro mi silla y voy en su busca.

La veo dirigirse hacia la puerta y la sigo fuera a una distancia prudencial. Espero a que salga del baño apoyado en la pared de enfrente. Sale y me mira sorprendida.

—Señor Rivas —levanta la cabeza y pasa por delante de mí. La cojo por el brazo, sin intención de dejarla ir.

—Tenemos que hablar.

—Suéltame —de un tirón se aparta de mí.

Me acerco a ella hasta que queda pegada de espaldas a la pared.

—Pero bueno, ¿tú eres imbécil o qué?! Tú y yo no tenemos nada que hablar a menos que sea de trabajo. Y si lo que quieres es comentar el sábado pasado, como tú has dicho, ya conseguiste lo que querías y no te gustó. Así que no hay nada más que decir.

—Ya lo creo que sí. ¿Por qué no me dijiste quién eras cuando has llegado esta noche?

—¿Por qué tenía que hacerlo?

—Era por eso ¿no?, para hacerme quedar como un imbécil delante de todo el mundo.

—Para eso no te hago falta, lo haces estupendamente bien tú solito.

—No me gusta que me vacilen.

—Oh, que pena. Haber elegido muerte.

Se escabulle por debajo de mi brazo y se encamina a toda prisa al salón. Intento alcanzarla, pero Cristina se interpone en mi camino.

—¿Hablabas con ella?

—Nos encontramos a la salida del baño. ¿Qué quieres, Cristina?

—¿Por qué no... cuando se acabe la cena, pasamos del baile y vamos a mi casa? —se pega a mí y me besa el cuello mientras me ronronea en el oído. No sé por qué pero hoy me molesta especialmente.

—No creo que sea lo más conveniente.

—Venga, Mark... Te vendrá bien relajarte un poco.

—He dicho que hoy no. Tú te puedes ir cuando quieras.

—De acuerdo. Tienes razón, hoy tenemos que hacer el papelón. Solo intentaba animarte un poco.

—Entremos.

La cojo por el brazo y volvemos a entrar al salón.

Daniela

“Pedante, egoísta. ¡Pero este tío qué se ha creído?! Ni una disculpa. Encima el indignado es él. Pues lo lleva claro”.

Dejo mi bolso en la mesa y me siento al lado de Cleo bastante enfurruñada.

—Pues sí que has vuelto contenta del baño...

—El imbécil ese me ha seguido hasta allí. ¿Te puedes creer que me ha echado en cara por qué no le he dicho quién era?

—El tío bueno con el que... ¡Oh, desgracia la tuya! vas a tener que trabajar todos los días.

—Uy sí, qué suerte...

—¿Sabes a quién se parece un montón?

—Sorpréndeme, a ver.

—Al actor ese, Henry Cavill... ¡Sí, eso es! El nuevo Superman. ¡Vas a trabajar con tu propio superhéroe!

—Qué más quisiera él que parecerse.

—¿El actor?

—Estamos graciosas hoy. Quién iba a pensar que tendría que volver a verlo. ¿Qué hago, Cleo? me muero de vergüenza cada vez que me mira.

—Pues qué vas a hacer. *Echar palante* y ponerlo en su sitio.

La orquesta empieza a tocar, los músicos van calentando mientras nos acabamos el postre. Pronto me tendré que levantar.

—Dani, cariño, baila con tu viejo padre.

—Claro, papá.

Llegamos a la pista y estamos solos. Todo el mundo nos observa.

—¿Cómo estás, cariño?

—Bien, papá. Sabes que no me gusta mucho ser el centro de atención pero me lo estoy pasando bien —no sé si bien es la palabra, entretenida definiría más la noche.

—Me alegro. Sé que todo esto ha sido un cambio muy grande para ti. ¿Echas de menos la vida en Los Ángeles?

—Un poco, la verdad, lo que más echo de menos es a Alex.

—Tu hermano también te extraña.

—Sí, lo sé. Hablo con él todos los días.

—Escucha, Dani, mi intención es que definitivamente te hagas cargo de la empresa aquí en Madrid. Ya estoy viejo y no me siento con ganas de seguir al mando. Quiero que estés lo más cómoda posible porque no quiero que te vayas.

—Lo suponía, papá. Pero la verdad, no puedo prometer que me quede. Probaré unos meses, si te parece... Cuando estés recuperado del todo volvemos a hablar. Lo haré lo mejor que pueda, por eso no te preocupes, es solo que no conozco a la gente con la que tengo que trabajar y me crea cierto recelo.

Mi padre me ve venir, siempre lo ha hecho.

—¿Por qué has sido tan desagradable con Mark Rivas?

—¿Desagradable? Pues no sé... si ha sido así, no me he dado cuenta.

—Vamos, Dani, que nos conocemos —se me escapa un suspiro.

—¿No hay ninguna posibilidad de que trabaje con Jorge, tiene que ser conmigo?

—Cariño, Mark ahora es el nuevo socio de la empresa. Tienes que trabajar codo con codo con él porque quiero que aprendas a llevar su negocio. Por eso estás aquí. El tema de los Resorts es importante. Era la oportunidad que esperábamos para entrar de lleno en el mercado europeo. Debe tratar directamente contigo, y Jorge estará a las órdenes de los dos. En este asunto, quiero que te dejes guiar por él. ¿Por qué no quieres?

—Es que creo que no nos hemos caído demasiado bien.

—Tengo buenas referencias de él. Trabaja duro y es muy meticuloso. En cuanto os conozcáis un poco más a fondo seguro que os llevaréis a las mil maravillas, ya verás.

Justo lo que necesito, conocerlo más a fondo.

En cuanto acaba la canción Jorge toma el relevo de mi padre.

—¿Estás mejor?

—Sí, gracias. Supongo que serían los nervios.

Coloca una mano en la parte baja de la espalda y me aprieta con-tra él. Me resulta un poco violento, no lo esperaba. Parece un hombre muy correcto y comedido. Charlamos un poco sobre mi segunda semana en la empresa y me cuenta algunos cotilleos sobre mis compañeros. Como que un becario y una de las administrativas, están liados y se ven a escondidas por la oficina. Pero al ser un rumor y dado que nadie los ha visto, no les pueden llamar la atención.

La situación me hace reír.

—¿Y entonces de dónde sale el rumor?

—Pues parece ser que ella se lo ha contado a una compañera, que a su vez se lo ha dicho a su novio que trabaja en la cafetería, que se lo ha dicho a...

—Vale, vale ya me hago una idea. ¿Pero en la oficina?

—Hay gente a la que le da mucho morbo montárselo en el lugar de trabajo.

—¿Interrumpo algo más que un baile?

Nos giramos sobresaltados. A nuestro lado, Mark, con la mandíbula apretada y los ojos fijos taladrando al pobre Jorge, aventuran que sigue estando de mal humor. Pues que le den.

—Hola, Mark. Supongo que querrás ser el siguiente —Jorge le respone conciliadoramente.

Ni pensarlo, me niego a estar de nuevo entre sus brazos.

—Qué pena... pero ya lo tengo comprometido, señor Rivas —le digo dulcemente como si fuera una dama del siglo XIX que tiene su carné de baile completo.

—Entonces acabaré este. Seguro que a Jorge no le importa.

Sin esperar su respuesta me arrastra a sus brazos. Coloca la mano en mi espalda, más abajo, prácticamente donde esta pierde su nombre. Instintivamente me pego a él, intentando alejarme de su mano me encuentro completamente acoplada a su cuerpo. Pese a lo nerviosa y cabreada que estoy con él, una sensación de calidez me inunda. Es como si mi cuerpo reconociera el suyo y se sintiera en casa.

Lo oigo inspirar hondo y nos movemos entre la gente. La canción acaba e inmediatamente, sin descanso, la orquesta enlaza con una versión de *She*, de Elvis Costello. Me encanta esta canción.

—Podrías soltar un poco la correa. —Mark me distrae de mis pensamientos.

—¿De qué me hablas ahora?

—De Jorge.

—Al contrario de lo que te pueda parecer no lo obligo a estar conmigo.

—Pero lo animas. Deja de sonreírle y de seguir sus insinuaciones.

—No creo que sonreír a alguien sea incitar. Y tampoco creo que se me insinúe. Pero en el supuesto caso de que lo hiciera, no es asunto tuyo.

—Te equivocas, sí que lo es. Es un empleado y tú eres la dueña de la empresa. No me parece correcto.

—Entonces recuérdalo.

—¿Temes que no me pueda controlar y que acabes desnuda encima de la mesa de la sala de juntas?

Me lo susurra al oído como si tal cosa y un escalofrío me recorre la espalda. Los pezones se me endurecen y me avergüenza notar la humedad en mi ropa interior.

—Eso no va a pasar.

—Nunca se sabe...

—Yo sí lo sé. Parece que se te ha olvidado nuestra primera conversación de esta noche.

—Siempre puedo reservarme el derecho a cambiar de opinión.

—Es una pena que no solo dependa de ti. No me volvería a acostar contigo por nada del mundo —iré derechita al infierno por mentir pero no me importa.

—De acuerdo. Nada de acostarnos. Podemos hacerlo de pie, sentados, sobre la mesa, en el sofá...

Se acaba la canción, intento apartarme de él pero no me lo permite, está tan pegado a mí que me cuesta respirar. Noto a través de mi vestido que él también está excitado. Lo miro sorprendida.

—Sigue bailando conmigo.

Debería alejarme de él. Este juegucito se me está yendo de las manos. En cuanto bajo la mirada reparo en una mancha de carmín en el cuello y en su camisa. Una rabia irrefrenable sube por mi estómago y se agarra a mi garganta.

—Suéltame.

—Todavía no.

—Ya lo creo que sí.

Con disimulo clavo el tacón derecho de mis Manolos en su pie. Instintivamente me suelta y me mira con el ceño fruncido.

—Estoy segura de que la misma que te ha estado divirtiendo y besando en el cuello esta noche puede calentarte en el sofá, en la mesa o donde te dé la gana.

Sigue con su mano la dirección de mi mirada y se frota la mancha de pintalabios. Entrecierra los ojos y una sonrisa de superioridad aflora en su boca.

—¿Celosa?

—No tengo porqué. Mi intención también es tener sexo esta noche. No sé por qué tendría que envidiarte por ello.

Me sujeta firmemente el codo. Me aprieta tanto que casi me duele. Parece que lo he cabreado. Mejor.

—Daniela perdona, tu padre te está buscando.

Mark me suelta al momento.

No me había dado cuenta que Jorge estaba a mi lado. Roja como un tomate, voy a buscar a mi padre.

Capítulo 8

Mark

Es una mujer irritante, de mente rápida y lengua afilada, que para mi desgracia me pone.

En cuanto la veo alejarse vuelco toda mi frustración en Don Perfecto. Me molesta que lo defienda. El hecho que lo tenga tan bien considerado va a interferir en mi progreso y posicionamiento en la empresa.

—¿Qué tal es estar bajo sus órdenes? —mi pregunta lo obliga a dejar de mirarle el trasero mientras se aleja.

—De momento es mejor de lo que esperaba. Ya te darás cuenta tú mismo esta semana.

—No estaré exactamente bajo sus órdenes.

—Si pensar eso te consuela, adelante.

—Supongo que para ti también supondrá un gran cambio. Pasar de ser el segundo al mando al tercero, tiene que ser jodido, hablando claro.

—El orden numérico no me importa. Voy a seguir haciendo lo mismo así que no, no me supone un gran cambio. Al menos no como el tuyo.

—Sí, bueno. He pasado de tener una empresa pequeña que daba muy buenos ingresos a formar parte de una de las mayores empresas hoteleras del mundo que me reportará más que suculentos beneficios. Tampoco está nada mal.

Se queda callado. Supongo que a eso no tiene nada que añadir.

—Por cierto, Jorge, te agradecería que cuando esté hablando con Daniela a solas, no nos interrumpas. Cualquier tema de trabajo lo puedes consultar más tarde conmigo, no es necesario que la busques a todas horas ni que te pegues a ella.

—No me ha parecido que la conversación fuera de trabajo. Y ya que estamos, te diré que trabajo directamente para ella. Estoy a sus órdenes para todo, absolutamente todo lo que necesite.

—No creo que esta noche te necesite para ir de mesa en mesa.

—No. Pero sí para que la lleve a su casa. El señor Lane, así me lo ha pedido. Buenas noches, Mark. Nos vemos esta semana.

Las palabras se me escapan sin que pueda retenerlas.

—Espero que tus atenciones con ella se deban estrictamente a una relación laboral.

—Así es.

Cierto alivio me relaja los músculos que sin darme cuenta he mantenido en tensión.

—Me alegra saberlo.

—De momento.

—No deberías permitirte ciertas licencias. Intentar liarse con el jefe es el cuento más antiguo del mundo.

Cristina hace su aparición en este preciso momento y me coge del brazo.

—¿De qué habláis tan serios?

—Precisamente estábamos hablando de ti. Buenas noches —contesta Jorge mientras se aleja.

He sido un completo hipócrita. Cómo he podido criticar algo que he estado haciendo. No me reconozco. Me he dejado arrastrar por el más absurdo de los ridículos, estoy seguro que desde fuera parecíamos dos gallos en plena pelea.

Cristina me rodea el cuello con los brazos y nos movemos al ritmo de la música.

—Podrías contarme la conversación ya que era sobre mí.

—No exactamente. No tiene importancia.

—Para mí sí la tiene. ¿Era personal o laboral?

—Laboral, hablábamos de las mujeres que tienen un cargo.

—Espero que hablaras bien de mí.

—De momento no tengo queja.

—Sabes que si nos vamos a mi casa puedo hacer que te mejore el humor...

—Hoy lo dudo mucho.

—Me emplearé a fondo.

—Creo que a partir de ahora debemos ser más discretos. No quiero habladurías ni ser el cotilleo de la nueva empresa. Entre nosotros no hay nada y no quiero que haya malentendidos.

—Eso antes no te importaba.

—Antes no trabajábamos para la mayor empresa hotelera de Estados Unidos.

—¿Qué me quieres decir exactamente?

—Que no quiero demostraciones públicas de afecto. En el futuro prefiero que las dejemos exclusivamente para el dormitorio.

—¿Voy a tener prohibido acercarme a ti fuera del horario laboral?

—Básicamente.

—De acuerdo. Intuyo que esto es fuera del horario laboral ¿Me equivoco?

—En cierto modo así es. Deberías bailar también con César y Alan; incluso con Jorge. Debemos empezar a dar la sensación que estamos integrados en la nueva empresa.

—Por eso has estado bailando con Daniela Lane todo el rato —prefiero obviar el tono desdeñoso de su voz.

—Exactamente. La gente debe verme como un socio importante y poco menos que dueño de una parte de la empresa.

Nos separamos y llegamos junto a César y Alan. Antonio se despide y nos quedamos los tres solos, mientras Cristina acompaña a Antonio a despedirse de David Lane.

—Creo que Cristina está celosa —me comenta Alan.

—¿De qué exactamente?

—Hoy parece que solo tienes ojos para Daniela Lane. Si nosotros lo hemos visto, las mujeres que se dan más cuenta de esas cosas...

—Cristina sabe lo que hay. Hoy tenía que calmar un poco los ánimos.

—Pues en lugar de calmarlos parecía que ardían, hermanito...

Ardiendo estoy yo. Desde que he bailado con ella tengo una erección constante. Lo mejor será no volver a acercarme a ella.

La noche avanza y la gente poco a poco se retira. No vuelvo a hablar con Daniela ni a cruzarme en su camino. Pero tengo curiosidad por saber con quién piensa irse a la cama esta noche. Así que cuando la veo salir acompañada de Jorge decido que ha llegado el momento de abandonar la fiesta.

En cuanto salimos a las puertas del hotel los veo en la acera, Jorge habla por teléfono bastante preocupado, Daniela espera paciente a su lado. Le doy mi tarjeta al aparcacoches y veo que Jorge ya ha dejado el teléfono y habla en voz baja con ella. Escucho retazos de la conversación.

—De verdad, no te preocupes. Una emergencia es una emergencia —Daniela intenta

tranquilizarlo.

Jorge parece bastante apurado.

—Si hubiera recibido la llamada antes de que tu padre se marchara podrías haber vuelto con él.

—No pasa nada, llamo a un taxi y arreglado.

Veo de soslayo que Jorge me mira. Supongo que duda si pedirme que la lleve o no. El hecho de que esté acompañado de Alan, César y Cristina, parece ser un punto a mi favor porque se decide a hablar conmigo.

—Mark, disculpa, tengo una emergencia y no puedo llevar a Daniela hasta su casa. ¿Podría acercarla vosotros, por favor?

¡Vaya! por una vez la mirada asesina de ella no va dirigida a mí.

—Que no, de verdad que no es necesario molestar a nadie. Seguro que desde recepción me localizan algún taxi. No voy a hacer que por mi culpa cuatro personas se desvíen de su camino.

Sonrí maliciosamente y le contesto:

—Una.

—¡¿Una qué?! —me espeta. Así que ahora vamos a sacar las uñas... La situación me divierte, parece bastante desesperada por tener que venir conmigo. Así que procedo a darle una explicación, pacientemente, como si fuera una niña pequeña.

—Solo una persona. Alan ha venido en su moto y Cristina se va en el coche de César.

Ahora es Cristina la que me taladra con la mirada pero sabe que no puede, ni debe, decir nada.

César asiente y le contesta:

—Es verdad, señorita Lane. Seguro que para Mark no es ninguna molestia, al contrario.

Jorge también parece contrariado pero finalmente se rinde a lo evidente. Soy su mejor opción.

Mi Mercedes llega y me entregan las llaves.

—Magnífico coche, señor.

—Gracias —me alegro de haber venido con el S400. Resultará más cómodo para ella subir en él con ese vestido, que en el deportivo.

—Daniela, Mark te acercará a casa. Lo siento pero debo irme. Abro la puerta del copiloto. Daniela acepta de mala gana y sube.

Antes de que cierre la puerta se despide de él.

—Espero que no sea nada grave. Hasta el lunes.

Le estrecho la mano a Jorge y nos vamos.

Capítulo 9

Daniela

En los diez minutos que llevamos en el coche ninguno de los dos ha abierto la boca. Solo lo hice en cuanto se sentó a mi lado para darle la dirección. El tiempo pasa y es desesperante.

—¿No tienes música en el coche?

—Claro. Hay un cedé puesto, si no te gusta tengo más en la guantera.

Aprieto el botón y los últimos acordes de una canción inundan mis oídos. Lo agradezco, nunca he sido de silencios incómodos, supongo que como todo el mundo, por eso son incómodos.

Empieza la siguiente canción y veo por el rabillo del ojo que sonrío. Me propongo escuchar atentamente para no hacerle caso y me centro en la letra.

*“Nos conocimos ayer,
tú me invitaste a beber,
yo te invité a no sé qué,
tú dijiste qué bien...
Y te hablé de poesía
por ver qué decías,
que si es tontería,
que sí, que no...
Habrá que hacer el amor.*

*Llegó la luz al salón
y vi tu sujetador
y en cada pezón
una llamada a la acción.
Me callaste la boca,
dijiste: ¡te toca,
míster Don de Lenguas,
demuéstralo!*

*Habrá que hacer el amor,
por un mundo mejor,
habrá que hacer el amor...”*

Vale. Ya es suficiente. Apago el reproductor de cedés. El color de mi vestido y el de mi piel debe ser el mismo. ¡¿Pero es que con este hombre no puedo ni escuchar música sin que todo llame al SEXO?!

—¿Qué pasa, no te gusta la canción? —ahora ríe abiertamente. Sabía perfectamente lo que iba a escuchar. Pero claro, en este caso no lo puedo culpar. La idea de poner música ha sido mía...

—Quizá si la escuchara con otra persona me gustaría más.

—¿Quieres que te deje el cedé? —continúa diciendo. Será mejor cambiar de tema.

—No esperaba este tipo de música en tu coche.

—Es música independiente, el grupo se llama Sr. Chinarro. ¿Por qué no lo esperabas?

—No sé. Conduces un Mercedes, vas de esmoquin...

—¿Querías música clásica? También tengo. Soy de gustos eclécticos. Me gusta la música en general.

—No te conozco lo suficiente para haber sacado esa conclusión. No debería haberlo hecho. Perdona.

Se pone serio de momento y me observa.

—No pasa nada.

—Lo sé, pero no me gusta que se saquen conclusiones precipitadas y se encasille a la gente sin conocerla. Y yo lo acabo de hacer —nos quedamos los dos callados.

Nos acercamos a mi apartamento. A estas horas no hay tráfico y casi hemos llegado. Siento a la vez pena y alivio porque se acabe esta noche. Creo que me estoy volviendo loca. Mañana domingo pensaré en todo lo que ha pasado y cuál es la mejor manera de sobrellevarlo. Si voy a tener que trabajar todos los días con él, tendré que aprender a normalizar nuestra relación. Quizá lo mejor sea hacer borrón y cuenta nueva. Lo del sábado pasado no existe. No ha ocurrido. Estoy segura que ninguno de los dos quiere que se repita y no queremos recordarlo. Sí, eso es lo mejor.

—¿Vives sola?

—No.

Espera que explique mi respuesta y como ve que no voy a continuar, ataca de nuevo.

—¿Y bien? —resoplo, supongo que no lo va a dejar así.

—Vivo con Cleo. Es mi prima, la habrás visto esta noche en la cena.

—¿Cómo es que no has vuelto con ella?

—Porque se iba demasiado pronto. Yo no podía irme y a ella no le gustan ese tipo de eventos.

—¿Está en casa?

—No lo sé.

El último tramo del viaje lo hacemos en silencio, yo perdida en mis pensamientos y él en los suyos. Seguro que Cleo ha llamado a alguien y se ha ido de fiesta. Un sábado por la noche no me imagino a Cleo en casa, volverá de madrugada, siempre que no haya encontrado algún ligue. Entonces aparecerá para desayunar o directamente para comer.

—Hemos llegado.

—Sí, gracias por traerme —intento bajar del coche pero su mano en mi brazo me lo impide.

—Te acompañaré arriba.

Voy a protestar pero ya ha salido del coche y se dirige a mi puerta.

Bajo y estoy más que decidida a no dejarle subir. Me coge del brazo y me lleva hacia el portal.

—Ya está, de verdad, no es necesario.

—No te lo he preguntado. Subiremos juntos en el ascensor y te acompañaré hasta tu puerta.

—Si claro, y me meterás en la cama también —¿Qué he dicho?! Se para en seco.

—Me tomaré eso como una invitación.

El azul de sus ojos se vuelve gris, los entrecierra y sin que lo espere me besa. Hago un mínimo intento de separarme pero me agarra la cintura y me aprieta más fuerte. Me niego a devolverle el beso. No, no, no... esto no es lo que tú y yo queríamos, intento que mi cerebro se comunique con mi cuerpo pero se niega a escuchar, es una batalla perdida... Me enciendo por momentos y cuando me

quiero dar cuenta le beso con auténtica pasión. Enredo mis dedos en su pelo y lo acerco a mí, más si cabe. Sus manos bajan hasta mi trasero y me aprieta contra su cuerpo al tiempo que me apoya en la pared del portal.

Oigo una voz a lo lejos, pero no sé qué dice. Poco a poco esa voz se hace más nítida, abro los ojos y me encuentro al portero observándonos. Me siento como si fuera mi padre el que me está mirando. Aparto a Mark, mientras intento recuperar el aire que necesitan mis pulmones para funcionar con normalidad. En cuanto el cuerpo de Mark se separa del mío el portero me reconoce.

—Señorita Lane. Lo siento, no la había conocido. Perdóneme.

—No se preocupe, Félix —parece que el rubor no me va a abandonar en toda la noche. Pero agradezco su intervención, ha vuelto a conectar mi cuerpo con el cerebro y este toma el control. Veo la intención del pobre hombre de retirarse.

—¿Necesita algo, señorita? —ahora mi cerebro funciona a mil por hora. Y digo lo primero que me viene a la cabeza.

—Me he dejado el chal en el coche —no llevo chal. Confío en que Mark sea como todos los hombres y no se fije en esos detalles. Asiente ligeramente y se encamina hacia el vehículo. Sin perder tiempo le pido en voz baja a Félix que se despida de mi parte del señor Rivas y le dé las gracias por acompañarme, pero que diga lo que diga, no le deje subir a mi casa. Me escabullo en el portal y corro hacia el ascensor; en cuanto entro y me doy la vuelta para darle al botón de mi piso veo a Mark como escucha las disculpas del pobre portero en la puerta, pero con los labios apretados y los puños cerrados caídos a los lados de su cuerpo, no lo mira a él, me fulmina a mí. Mientras las puertas se cierran le digo adiós con la mano y sonrío triunfante. Sí, he ganado. He ganado como mínimo una reprimenda en cuanto lo vea en la oficina y un calentón. Para qué negarlo.

Mark

Hace apenas unas horas que nos hemos instalado en las nuevas oficinas. Los demás directivos de la empresa tienen su despacho y la sala de reuniones en el piso de abajo. Pero el de Daniela, el de Jorge y el mío están en la penúltima planta, junto con la sala de juntas de los directivos. Encima de nosotros está el restaurante de la empresa, el gimnasio y la piscina climatizada. Mi despacho se encuentra enfrente del de Daniela; nos separan las dos mesas de nuestras secretarías, y unas puertas acristaladas nos aíslan del resto de la planta.

He de reconocer que tengo unas vistas impresionantes, desde el lateral de mi mesa a través del inmenso ventanal que hay de suelo a techo veo el parque del Retiro. Tiene el espacio suficiente para una mesa de trabajo en acero y madera de roble, un par de sillones de una plaza y uno de tres en piel de color chocolate, una pequeña mesa de reuniones con seis sillas y un cuarto de baño perfectamente equipado. Las paredes son de madera en color roble también, y el suelo de parqué del mismo tono. Dos reproducciones de Miró dan el toque de color al despacho. Si el mío es así no me puedo imaginar cómo será el suyo. Ocupa el de su padre, así que debe ser impresionante. Sé que se encuentra dentro porque su secretaria me lo ha dicho. Pero no ha salido en toda la mañana. No puede ocultarse todo el día. Ya saldrá, ya.

Decido dejar la puerta abierta mientras Paula y yo colocamos todos los documentos en los archivadores. He traído a mi secretaria conmigo, me conoce desde que formamos la empresa y a veces me habla como si fuera mi madre. No quiero tener que empezar de cero con otra, y ella sabe cómo me gusta el trabajo, nos entendemos a la perfección. Nadie ha puesto pegas al respecto y ella está encantada de trabajar en el centro, y cito textualmente, “rodeada de tanto glamour”. A sus cincuenta y dos años, veinte de matrimonio y tres hijos, la verdad es que está estupenda.

Se acerca la hora de comer y le digo a Paula que puede salir cuando quiera, luego continuaremos.

—¿Tú no sales a comer?

—Todavía no. En cuanto coloque unas cuantas cosas en su sitio, lo haré. Avisa por favor a César para que no me espere.

—¿Quieres que te baje algo?

—No gracias, si veo que se me hace tarde te doy un toque y te pido algo.

—Está bien, como quieras.

No pienso moverme de aquí hasta que la vea. Han pasado tres días desde que el sábado me dejara colgado como un idiota a la puerta de su casa. Todavía no me puedo creer que lo hiciera, sobre todo cuando mi intención era ponerla a tono y largarme. Necesitaba que le quedara claro que si no nos volvíamos a acostar era porque yo no quería. No porque ella lo decidiera. Sé que no es inmune a mí. Por eso me cabrea aún más la situación. El pobre conserje no sabía cómo decírmelo. Ahora espero su explicación cara a cara.

Sigo trabajando y en cuanto miro el reloj ha pasado una hora más. Su secretaria no está en su mesa. Se acabó. Mi paciencia tiene un límite. Con paso decidido cruzo el pasillo que separa mi despacho del suyo y entro sin llamar a la puerta.

Levanta la cabeza de golpe de su escritorio y me mira asustada. Lleva una coleta que no le

recoge todo el pelo y mechones se escapan por aquí y por allá. La luz de la cristalera la baña por detrás y hace que se le transparente el sujetador a través de la blusa blanca ceñida que lleva.

—¿Esta es la educación que te han dado? ¿No sabes llamar a la puerta?

De asustada ha pasado a cabreada. Pues muy bien, hasta que llegue al nivel de cabreo que tengo yo aún le queda.

—¿No sabes que también es de mala educación no salir a saludar a tus nuevos empleados? —cierro la puerta tras de mí y pongo el pestillo.

—Abre la puerta.

—¿Por qué? ¿Necesitas algo de fuera? ¿Un chal o algo? —mientras lo digo me acerco lentamente a su mesa. El despacho, como había supuesto es enorme, pero debe haberle dado su toque personal porque es bastante femenino. Es todo blanco, paredes, mobiliario y suelo. Jarrones de flores naturales por aquí y por allá dan color. El cuadro de Gustav Klimt *El Beso*, encima de los sillones de piel también en blanco y varios cojines en naranja estratégicamente colocados, dan sensación de calidez.

—Ay, es verdad, qué tonta. Si no llevaba chal.

—¿No me digas? —se queda callada esperando adivinar mis intenciones. Me acerco a su mesa y me siento en uno de los sillones que hay enfrente y la miro fijamente. La estoy poniendo nerviosa, lo sé y me encanta. Vamos a jugar.

—¿Has comido? —levanta una ceja y deja de mover la pierna que tenía cruzada.

—Iba a hacerlo de un momento a otro, así que... creo que será mejor que lo haga ya. Veo que es bastante tarde. Si eso es todo lo que teníamos que hablar, te agradecería que salieras de mi despacho para que pueda irme.

Sin quitarle el ojo de encima saco mi móvil y llamo a mi secretaria.

—Hola Paula, sí, se me ha hecho un poco tarde. Ajá. No, todavía no he puesto algunas cosas en su sitio... Sí eso era, estupendo, pero en lugar de uno, dos menús completos, y tráelos al despacho de la señorita Lane. Gracias.

—¿Qué tienen que traer a mi despacho?

—La comida, espero que te guste el menú.

—No pienso comer contigo. Tengo mucho trabajo que hacer.

—Pero has dicho que ibas a comer.

—Está bien, acabemos con esto. ¿Qué quieres exactamente?

—Una explicación.

—Te vi hablando con el portero, supuse que él ya te habría informado.

—Sé lo que me dijo. Lo que quiero saber es porqué. Y antes de que mareas la perdiz te lo resumiré. Quiero respuestas a: ¿por qué me enviaste al coche?, ¿por qué no me lo dijiste tú?, ¿por qué tenías miedo? y ¿por qué no contestaste a mis llamadas ni a mis mensajes? —Me cruzo de piernas y espero pacientemente a que medite sus contestaciones. La he puesto más nerviosa, si cabe.

—No tenía ninguna llamada, ni ningún mensaje tuyo. No me habrían llegado nunca —ahora la miro con curiosidad.

—Tengo tu número.

—Apuesto lo que quieras a que no...

—¿Me vas a decir que perdiste el móvil?

—No. No lo perdí, es solo que... el número que tú tienes no es el mío.

Vale, ahora sí que estoy sorprendido.

—¿Y de quién es?

—No lo sé. Me lo inventé —empieza a hablar atropelladamente—. Aquella noche en el Sound, me inventé un número de teléfono. No creía que me llamaras y en el supuesto caso que lo hicieras, bueno, no tenía intención de volverte a ver.

—Muy bien, tema del teléfono zanjado. Ahora quiero tu número apuntado sobre ese papel y más te vale que sea el correcto. Vamos a trabajar juntos y lo necesito. Siguiendo cuestión.

—¡Ves! ya lo estás haciendo otra vez.

—No desvíes el tema.

—¡Me intimidas! No podemos tener una conversación sin que impongas o exijas algo.

—No me dio esa sensación el sábado cuando te pegabas a mí y me tirabas el pelo mientras nos besábamos. Asumo que esa va a ser tu excusa. Que te intimido y no te atreves a decirme las cosas. ¿Esperas que me lo crea?

—Pues sí.

—Mala suerte. No cuela.

Nos miramos retándonos con la mirada. Unos golpes en la puerta rompen la tensión del momento y Daniela se levanta de golpe. Me adelanto a sus intenciones y con un gesto le indico que yo abro.

Paula me entrega las dos bolsas de comida y se despide. Me acerco a la enorme mesa de reuniones y empiezo a sacar las cajas de comida. Ella se levanta y se pone a mi lado a distribuir los platos.

—¿De verdad te intimido? —lo digo sin mirarla, mientras lo organizamos todo. Me preocupa mucho su respuesta, algunas veces he sido borde pero por nada del mundo quisiera que me tuviera miedo.

—No. Pero no me preguntes por qué me fui.

—Lo dejaré correr —la oigo suspirar pero no puedo dejar de decir mi última palabra.

—De momento.

Sonríe sin levantar la vista de la mesa mientras coloca los cubiertos.

Daniela

Contra todo pronóstico la comida resulta agradable. No volvemos a comentar nada del sábado pasado. Menos mal. ¿Qué le iba a decir? ¿Que sí, que tenía miedo de seguir?, ¿Que me gusta mucho y que no quiero complicarme más la vida? Mejor lo dejo como está.

Charlamos un poco de mi vida, de cuándo me fui a Los Ángeles, de cómo se trabaja en las oficinas centrales y de mi hermano. Él me cuenta la historia de su negocio, que todo empezó con un modesto hotel en la Costa Brava muy bien situado, con una pequeña cala privada... Poco a poco y con bastante ambición se fueron haciendo con resorts, primero por la costa española y más tarde por el Mediterráneo. Habla con verdadera pasión de su trabajo. No creo que esté muy contento de que mi padre comprara su empresa pero no hace ningún comentario al respecto. Lo observo atenta, me encanta escucharlo cuando habla, tiene la voz perfecta, grave y sensual.

—No sigas mirándome así —doy un salto. Seguro que solo faltaba que me cayera la baba. ¡Por Dios, qué vergüenza!

—¿Así cómo? —sueno tímida y avergonzada.

—Como si quisieras que te besara.

No sé qué contestar a eso. Bueno sí, pero no debo. Nos miramos esperando uno la reacción del otro. Mi móvil rompe el momento y me apresuro a contestar.

—¿Con la *bella* directora, *per favore*? —sonrío y me dirijo hacia el ventanal que tengo detrás de mi mesa. Adoro a Mario, él me puso mi cuarto nombre, soy Daniela, Dani, Ela y para él siempre *Bella*. Era nuestro compañero de piso en Los Ángeles, profesor de historia del arte, italiano de pura cepa, guapo a rabiar y gay, al más puro estilo Rupert Everett en la película *La boda de mi mejor amigo*, elegante, con porte y saber estar. Lo quiero muchísimo, siempre tiene para mí las palabras justas en el momento exacto. Le suelo decir “estoy segura que me he enamorado de ti, ¿de verdad no tengo ninguna oportunidad?” Le encanta esta broma. Siempre que se lo digo me contesta que casarnos solucionaría rápidamente mi enamoramiento.

—Hola, *caro*. Te echo mucho de menos.

—No es eso lo que oído por ahí, *bella*, parece ser que tienes un *amore* que te alegra el *corpo*.

—No creas nada de lo que te digan, *bello* —seguro que ha sido Cleo.

—Mmmm, no sé si ponerme *celoso*.

—Jajajaja, tú sabes que me casaré contigo cuando me lo pidas.

—¿*È vero* que es igual que Superman? —un portazo me sobresalta y en cuanto me giro Mark ha salido del despacho. Me siento en mi silla y miro por la ventana los árboles del retiro.

—Pufff, más —ahora que se ha ido puedo hablar con Mario y me desahogo con él. Se lo cuento todo, cómo nos conocimos, nuestra noche en el hotel, el baile, lo de hoy en la oficina y espero sus sabios consejos.

—*Guardare amore*, Superman ya te dejó claro que no es *homo* de una *dona*. *Protegge gli cuore*.

—Que me proteja el corazón... No va a volver a pasar, Mario.

—No tiene por qué no pasar, si te lo pasaste *bene* repítelo, *bella*, pero no pongas el *cuore* también en la cama.

—Es que no estoy segura de no ponerlo.

—¡Bella, sal de ahí y súbete al primer avión que venga a Los Ángeles!

Seguimos hablando un rato más y cuando nos despedimos prometo llamar pronto y él venir a verme en Navidades.

El resto de la tarde la paso en el despacho enterrada entre un montón de papeles que tengo que firmar y compras que autorizar. María, mi secretaria hace rato que me ha dicho si ya se podía ir. Deben ser casi las nueve. Cierro el ordenador, cojo el bolso y salgo de la oficina por primera vez en todo el día. Paula tampoco está en su mesa. Decido ser educada y pasar a despedirme de Mark, no como él. Se ha largado después de la comida sin despedirse. Llamo a la puerta y oigo un *adelante*.

Cuando entro está sentado detrás de su mesa y Cristina encima de esta con sus estupendas y espectaculares piernas cruzadas delante de él. Me quedo de piedra, ya ni me acuerdo de a qué he venido. Tengo la sensación de haber interrumpido alguna escenita íntima entre estos dos. Cristina me mira a mí y luego a él, intenta bajarse de la mesa pero Mark le pone una mano en el muslo y se lo impide. La deja ahí.

—¿Querías algo? —su voz suena dura, me siento una intrusa, un estorbo. Bueno, realmente sea porque es exactamente lo que soy.

—Nada importante —parece que la pequeña tregua que teníamos durante la comida se ha terminado. Cuando me doy la vuelta para irme me tropiezo con Jorge.

—Hola, Daniela, iba a buscarte. ¿Te apetece tomar algo antes de irnos a casa?, algunos compañeros van a un bar de tapas cerca de aquí cuando salen de la oficina.

—Claro, así me despejo —lo que sea con tal de salir de aquí. Jorge asoma la cabeza por la puerta, levanta una ceja y se despide de Mark.

Vamos en silencio hasta los ascensores y esperamos a que lleguen. ¿Estarán liados?, pues claro que están liados, parece que estoy tonta. Bueno y a mí qué. Pues eso, que haga lo que quiera.

El ascensor llega y entramos. Jorge aprieta el botón y se vuelve a hablar conmigo.

—He pensado que después de tomar algo si te apetece podríamos cenar —justo cuando las puertas están cerrándose una mano lo impide. Se abren de nuevo y Mark y Cristina entran. Me sitúo al fondo y dejo la máxima distancia entre ellos y yo. La parejita sigue en silencio. Jorge se pone a mi lado.

—¿Te apetece? —me pregunta

—Claro, así no hago la cena —le contesto un poco ausente, sigo perdida en mis pensamientos.

—¿Algo en particular?

—Italiano, llévala a un italiano. Seguro que le gusta —mientras lo dice, Mark ni siquiera se ha girado a mirarnos. Pero bueno, ¿a qué viene ese retintín? ¿Quién le ha dado vela en este entierro? Él que se ocupe de llevarse a su Barbie donde quiera y que me deje a mí tranquila.

—Sabrás tú lo que me gusta... Donde tú elijas estará bien, Jorge.

—De acuerdo tengo unas cuantas ideas —sonríe con sinceridad—. Espero que estés abierta a todo.

—Pues yo espero que no —lo dice en voz baja, pero aun así lo oigo, bueno lo oímos todos. Pienso en contestarle lo más borde que pueda pero el timbre del ascensor indica que hemos llegado a la planta baja. Paso por su lado y salgo del ascensor. Jorge me sigue y les da las buenas noches. Ellos bajan al garaje, seguro que se marchan juntos y disfrutan de una noche de sexo. Ela —me advierto—, no sigas por ahí...

Jorge pone la mano en mi espalda y me susurra al oído mientras pasamos el control de

seguridad:

—¿A que son igual a Barbie y Ken? —el comentario me hace reír y mejora mi pésimo humor. Salimos del edificio, ni siquiera me he vuelto a mirarlos. Es verdad, hacen una pareja estupenda. Él está impresionante con el traje azul oscuro y ella tan sofisticada con su vestido en color cámel, ceñido a su escultural cuerpo, zapatos de taconazo y su pelo rojizo al viento. Verlo con ella ha hecho que vuelva a preguntarme qué vio en mí aquel sábado en el Sound.

Llegamos al bar, solo está a dos manzanas de la oficina. En cuanto entramos algunos de los empleados nos saludan con la mano y nos acercamos. María, mi secretaria también está y la saludo con una sonrisa. Al principio parecen cohibidos por mi presencia. Supongo que vienen aquí para rajarse de los jefes y de pronto llego yo, estropeándoles el plan. Me siento en un taburete de la barra y pedimos, para mí lo de siempre, Coca-Cola Zero y Jorge una cerveza. Es la primera vez que hablamos fuera de la oficina desde la fiesta.

—Siento de verdad lo del sábado.

—¿Otra vez con eso? ya está, lo pasado pasado está.

—De acuerdo, además por lo que puedo observar llegaste sana y salva.

Bueno... casi. Le sonrío educada y seguimos charlando. Me cuenta el motivo de su urgencia y mis ojos se abren como platos. Tiene una hija de cuatro años que vive con él, está separado desde que la niña tenía un año y como la madre viaja mucho por temas de trabajo la custodia la tiene él. Parece que la pequeña se puso enferma y tuvo que salir corriendo para llevarla al médico. Por eso no pudo llevarme a casa. Es un encanto, siento una empatía enorme con la pequeña, sé lo que es no poder estar con tu madre y que tu padre trabaje hasta tarde.

—No deberíamos estar aquí. Tendrías que ir a casa a estar con tu hija, estará deseando verte.

—Hoy la tiene su madre. Pasará unos días en Madrid y aprovechará para verla. Si no, yo no podría estar aquí.

—Se me hace incomprensible como una madre puede vivir sin ver a sus hijos —lo digo sin filtrar, como me pasa muchas veces y al momento me arrepiento. Lo debe ver en mi cara porque sonrío.

—No te avergüences, tienes razón.

Es tan diferente estar con Jorge. Con él todo es más fácil, la conversación fluye y puedo decir lo que me parezca, no tengo miedo de mis reacciones ni de las suyas, es agradable. Pero no es Mark.

Al final vamos a cenar a un japonés, no me entusiasma mucho la comida japonesa pero a Jorge sí y me aconseja los platos que puedan gustarme. Tengo que reconocer que he cambiado de opinión. Volveré más veces, aunque eso sí, siempre pediré lo mismo. Por si acaso.

Después de cenar me lleva a casa, nos despedimos en el portal y se marcha. Así de fácil.

Capítulo 12

Mark

He llegado demasiado temprano a la oficina. Mi intención es ir al gimnasio del ático y hacer unos largos en la piscina. Tan solo el de seguridad y yo estamos en todo el edificio. Necesito soltar adrenalina, el ejercicio me vendrá bien. No ha sido la mejor noche de mi vida, lo de Cristina no estuvo mal pero no sé por qué, no lo disfruté como siempre, me costó ponerme en situación. Debo estar acumulando estrés estas últimas semanas, el tema de la fusión y los cambios en la empresa me están pasando factura.

Después de dos horas, es el momento de bajar al despacho. Ahora físicamente me siento mejor, mi mente, sin embargo, va por su camino.

A través de las puertas de cristal la veo. Está de espaldas a mí con las manos apoyadas en la mesa, hablando con su secretaria y con Paula. Estas dos la escuchan atentamente. La falda se ajusta a sus caderas, el movimiento de su pie hace que se bambolee su trasero y me excito al instante. Joder, tendría que haberme duchado con agua fría.

Abro las puertas de cristal, entro mascullando buenos días en un tono más malhumorado de lo que pretendía y voy a mi despacho. No he cerrado la puerta y desde mi mesa la vista es mucho peor. La veo de perfil, puedo apreciar como se marcan sus pechos y para colmo se transparentan a través de su camiseta. Menuda mañanita me espera...

Llamo a Paula para que entre y me lea la agenda del día. La tengo desde ayer, realmente, quiero saber de qué hablaban.

—¿Cierro? —me pregunta Paula.

Quiero gritar un rotundo NO. En cambio accedo.

—Sí, por favor.

—A ver, tienes una reunión a las once con César para tratar las nuevas contrataciones de personal extra en los hoteles de la costa mediterránea para la temporada alta. Después de comer, a las cuatro, te reúnes con Daniela y Jorge para informarles de lo hablado con César y a las seis, con Alan, Fernando y Elsa, para ver los paquetes promocionales.

—¿Por qué me reúno a las cuatro con Daniela y Jorge, y a las seis con los comerciales? Supongo que luego tendré que informar a Daniela igual.

—Porque Jorge tiene un compromiso y no puede estar si la reunión es a las seis.

—Cámbialo —me mira sorprendida.

—¿Quieres que posponga la reunión con Daniela a las seis, pese a que Jorge no puede... y con Alan a las cuatro? Tengo que volver a reprogramar la agenda con las demás secretarias. No sé si va a poder ser...

—Si Jorge no puede estar que no esté. Pero yo no voy a perder el tiempo con dos reuniones con la dirección por su culpa. Arréglalo.

—Está bien, me pondré a ello. ¿Algo más?

—No, nada —se levanta y cuando está apunto de salir no puedo evitar preguntar—. ¿De qué hablabais tan animadas ahí fuera?

—Ah, de la cena de ayer de la jefa. Cotilleos, nada importante.

—¿Y si no era importante por qué estabais tan interesadas? ¿Pasó algo que valga la pena

contar? —mientras hablo con ella estoy sacando las carpetas de los cajones para la reunión con César. Como no contesta levanto la vista y la veo mirarme con los ojos como platos.

—¿Pasa algo? —Pregunto.

—No, nada. Nunca has querido saber nada sobre cotilleos de la oficina. Me sorprende, eso es todo.

—Tienes razón. Da igual, lo he dicho sin pensar. Puedes irte. Infórmame cuando hayas hecho los cambios.

—La llevó a un japonés, estuvieron hasta las tantas y se comportó como un auténtico caballero. Por si al final sí que te interesa —lo dice mientras sale por la puerta con una sonrisita en los labios.

Voy a tener que cuidar más mis comentarios o al final Paula creerá que me importa lo que Daniela haga en su tiempo libre. Nada más lejos de mi intención. Todavía no he tenido oportunidad de devolverle la del sábado por la noche. Ayer vi la ocasión perfecta después de comer en su despacho, pero esta vez, el teléfono con la llamadita del italiano me lo estropeó. Prefirió contestar que entrar al trapo conmigo. Ya van dos, hoy sabrá ella lo que es quedarse a medias.

A las once bajo a la sala de juntas para reunirme con César y su equipo. La reunión dura una hora y en cuanto termina los demás nos dejan solos.

—He oído que la jefa salió ayer con los empleados de tapas, pero que se fue con Jorge a cenar... hay muchos rumores al respecto.

—Ya sabes que a la gente le gusta mucho hablar. Fueron a un japonés, la llevó a casa y se comportó como un caballero.

—Parece que estás muy bien informado...

—Paula me lo ha dicho esta mañana cuando he llegado a la oficina, la propia Daniela se lo estaba contando. Así que no pasó nada más importante que una cena.

—¿Eres consciente que también se puede ser un perfecto caballero en la cama no?

—Por lo que pude comprobar, ella prefiere a un canalla, como yo, antes que un perfecto caballero.

—Pero ayer se fue con él, no contigo.

—Porque yo no se lo propuse.

—¿De verdad crees que ella lo volvería a hacer contigo?

—No lo creo, lo sé. Si no vuelve a pasar es porque yo no quiero. No porque ella no esté dispuesta.

—Si tú lo dices...

En cuanto llego a mi despacho el humor me ha empeorado notablemente. Si Paula ha dicho que Jorge se comportó como un caballero es que no se acostó con Daniela. Todavía, porque estoy seguro de que eso es lo que quiere.

A la hora de comer salgo de la oficina y me tropiezo en las puertas de cristal con la que supongo, es la prima de Daniela. La vi en el Sound y en la fiesta de presentación. Le abro la puerta y entra sonriente.

—¿Está Ela en su despacho? —me pregunta.

—¿Ela? —en ese momento sale Daniela. Ni siquiera me mira. Saluda a su prima alegremente, la coge del brazo y sale por las puertas de cristal que todavía sostengo.

—¿También eres Ela? ¿Hay algún otro nombre tuyo que deba conocer? —se vuelve a mirarme y contesta tajante.

—No. Para ti soy Daniela. Ela es para los amigos.

—¿Y para los que son más que amigos?

—Quizá eso debas preguntárselo a alguno de ellos —sonrió de medio lado... Madre mía lo que le haría yo a esa lengua descarada que tiene.

—¿Cómo a Jorge? —la prima parece asistir a un partido de tenis, con los ojos abiertos y sonriendo abiertamente.

—¿No me digas que te interesa lo que pasó ayer con él?

—No pasó nada.

—Que a ti te importe no. Además, ¿te pregunto yo a ti por tus amiguitas? Pues eso. Vámonos Cleo.

—No por favor, si me lo estoy pasando de vicio. Seguid, seguid —la prima me cae bien.

—Que no me preguntes no quiere decir que no te interese. Que ya nos vamos conociendo.

—Creído.

Se da la vuelta indignada y se dirige hacia los ascensores. Mis carcajadas resuenan en la oficina. Me encanta sacarla de sus casillas. Cuando se enfada entrecierra los ojos, el verde se hace más intenso y arruga sus labios carnosos apretándolos como un beso. Por mucho que a ella le disguste, es demasiado expresiva para ocultar lo que piensa. Ahora lo sé seguro, entre Jorge y ella no pasó nada.

Me dirijo hacia las escaleras sonriente. En el restaurante me encuentro con César, quien me hace gestos para que me acerque a su mesa, y me siento con él a comer.

—No sabes cuánto te odio —me dice cabreado.

—¿Y eso? ¿Qué he hecho yo ahora?

—Ganar la estúpida apuesta. Solo han pasado dos malditas semanas.

—¡Ah! es eso, la abstinencia sexual, lo que te tiene así —no puedo evitar reírme.

—He conocido hoy a la mujer perfecta. Ha venido por trabajo, creo que es diseñadora porque he visto un montón de dibujos y bocetos. Era todo perfecto, los dos buscábamos lo mismo, sexo del bueno sin ningún tipo de compromiso. ¿Y qué le he tenido que decir? que si puede esperar dos semanas. ¿Te lo puedes creer?

—¿En serio?! —ahora me carcajeo abiertamente.

—No te rías. ¡Me ha preguntado si tengo alguna enfermedad de transmisión sexual!

—¿Y qué le has dicho?

—Que no. Por supuesto. Le he dicho que quería quedar con ella y que nos viéramos varias veces antes de irnos a la cama.

—¿Se lo ha tragado?

—No lo sé. De momento hemos quedado con ella y una amiga el viernes por la noche —sostengo la copa de vino a mitad de camino a mi boca.

—¿Cómo que *hemos*?

—Pues eso, no voy a quedar a solas si no voy a poder acostarme con ella. Tú te vienes y ella se trae a una amiga.

—Tú estás loco. Ni de broma.

—Ahora no me puedes decir que no. Ya le he dicho que iría con un amigo. Y no me fío de Alan, seguro que mete la pata y cuenta lo de la apuesta.

—Esta me la pagas. No te garantizo que aguante más allá de la cena.

—Quién sabe, igual va y la amiga está para hacerle un favor.

Capítulo 13

Daniela

—Desde luego, de momento, el día no puede ser más interesante. ¿No me digas que no era para coger a Superman y encerrarte con él en el despacho? Y para trabajar otras cosas...

—Uy sí. Es todo un encanto. Bienvenida a mi día a día con el señor Rivas.

—Vamos... si te lo tienes que estar pasando bomba.

—Bueno, vale que tenga que tragármelo en la oficina, pero fuera me niego que ocupe mis pensamientos. Dime, ¿qué era eso tan importante que me tenías que contar?

—Ni sueñes que esta conversación se termina aquí, en casa continuamos. Pero bueno, al lío, que se acaba la hora de la comida y no me da tiempo a contarte —hoy no como en el restaurante del edificio Lane. Vamos a un Vips que hay cerca de la oficina. No me apetece cruzarme con ningún indeseable en mi hora de comer.

—Por cierto, ¿tú no tenías que venir a media mañana para hablar del nuevo logotipo de los hoteles?

—Sí, y he ido te lo prometo. Pero, y ahí está el *quid* de la cuestión, he conocido a un tío.

—Hoy, un día cualquiera entre semana, así sin más.

—¡A ver si solo voy a poder ligar los sábados!

—Bueno, da igual, déjalo ¿y?

—Pues que nos hemos encontrado en la puerta del edificio Lane, nos hemos tropezado y todos los papeles e ideas de los bocetos han salido volando.

—Peliculero total. Vale, perdona sigue.

—Bueno, pues que luego hemos ido a tomar café y una cosa ha llevado a la otra y hemos acabado enrollándonos en el parking.

—Y por qué no me sorprende...

—Esto sí que te va a sorprender. Cuando estábamos a punto... Va y me dice que más despacio. Que quiere salir conmigo antes de hacerlo.

—¿En serio?! ¿Y por qué no lo he conocido yo antes?

—Pues no lo sé. Trabaja a tus órdenes, así que igual lo conoces.

—Sí claro, como conozco a todos los empleados en persona...

—Bueno, el tema es que he quedado con él el viernes por la noche.

—¿No me digas que vas a tener varias citas con ese tío antes de ir a la cama? Debe estar muy bien...

—Ni te lo imaginas. El caso es que necesito que me acompañes el viernes.

—Vale, ahora además de considerarme poco menos que una monja tengo que ir de carabina. Ni lo sueñes.

—Lo de monja lo retiro por siempre jamás después de lo de Superman. Y lo de carabina, no exactamente. Él me ha dicho que traerá a un amigo.

—Lo que faltaba.

—Venga, Ela por favor... ahora es más una cuestión de orgullo. Tengo que hacer lo que sea para llevármelo a la cama. No me trago ni por un momento que sea el tipo de tío que necesita varias citas para acostarse con una tía. Aquí hay gato encerrado.

—¿Y no has pensado que a lo mejor lo que quiere él es eso? ¿Que vayas detrás de él y te arrastres para llevártelo a la cama?

—Lo sabré el viernes. Anda, Ela, por favor —Cleo es la única persona capaz de no ofenderse después de lo que le he dicho.

—Está bien, pero si no me gusta la compañía me largaré.

—De acuerdo.

—No llegaré ni al postre. Te aviso.

—Ya veremos, igual la cosa se desmadra y tienes algo que contarle a Superman el lunes.

—Cállate, Cleo, que aún me puedo arrepentir de acompañarte.

En cuanto terminamos de comer regreso a la oficina. Al llegar, María me informa del cambio de la reunión. No me puedo creer que por su culpa tengamos que cambiar la agenda todos los demás. Me siento enfurruñada en mi silla y empiezo a preparar todo el papeleo.

La tarde avanza y cada vez estoy más nerviosa. No me hace gracia estar a solas con él. Sí, eso es, lo mejor es que María nos acompañe y tome nota. La aviso que quiero que venga a la reunión de las seis y sigo trabajando más tranquila.

En cuanto miro el reloj son las siete y media y todavía no hemos empezado. Paula, la secretaria de Mark, me informa de que la reunión se debe de haber alargado porque todavía no ha subido a su despacho.

A las ocho le digo a María que se puede ir. Yo creo que voy a hacer lo mismo. Ya nos reuniremos mañana y de paso que nos informe a Jorge y a mí.

Cierro el ordenador y cojo mi bolso dispuesta a irme a mi casa. Paula y María ya lo han hecho. Tengo un cabreo monumental. Si nos hubiéramos reunido a las cuatro como estaba previsto, mañana no tendríamos que pasar horas poniéndonos al día. Por su culpa llevamos un día de retraso. Cuando voy a salir del despacho el teléfono de mi mesa suena. Es la línea interna, y como María no está, ni Jorge tampoco, debe ser él. Por un momento se me ocurre salir sin mirar atrás.

Al final lo cojo. Seguro que va a decirme que mañana nos ponemos al día. En cuanto descuelgo el teléfono no me da tiempo ni a contestar.

—Te espero en la sala de juntas —y cuelga. Pues que bien.

Entro sin llamar a la puerta, con mi bolso colgado al hombro y dispuesta a dejarlo allí plantado.

Lo veo al fondo de la sala frente a la enorme cristalera, mirando hacia la calle. No lleva la americana y tiene las mangas de la camisa remangadas. Un montón de papeles están esparcidos sobre la mesa, como si hubiera estado trabajando allí. Y si es así, ¿por qué no nos hemos reunido antes? Cada vez estoy más enfadada. Mejor cortar por lo sano.

—Mándame por mail los detalles de las dos reuniones. En casa les echo un vistazo y mañana te digo.

En cuanto me oye se da la vuelta y me observa. No lleva corbata y los botones superiores de la camisa desabrochados. Tiene cara de cansado, pero no cansancio físico; físicamente está imponente. Es más mental, como si estuviera preocupado por algo.

—No creo que sea lo correcto. Teníamos una reunión.

—Exacto. Teníamos. A las seis y son las ocho. Ya no puedes hacer y deshacer a tu antojo. Mañana nos reuniremos con Jorge.

—Tendremos la reunión ahora y, como convenimos, se lo haremos saber a Jorge. Antes de que pongas cualquier excusa, tenemos un problema en uno de los resorts de Barcelona. Es urgente y hoy

tiene que quedar resuelto.

Así que ese es el motivo de su preocupación. Cierro la puerta y me rindo a lo inevitable. Mi trabajo es más importante que mi orgullo. Me siento en uno de los sillones y dejo el bolso sobre la mesa.

—¿Qué ocurre?

—Cuando estaba reunido con los comerciales, me han llamado desde Barcelona. El director del Resort me ha informado de que ha habido una intoxicación alimentaria.

—¿Es grave? —me incorporo en mi asiento.

—Hay bastante gente afectada, niños también. Pero afortunadamente nada más grave que un simple caso de gastroenteritis.

—¿Alguien ha tenido que ser hospitalizado?

—Hospitalizados no. Pero sí atendidos en los centros de salud y hospitales.

—¿Se sabe qué lo ha provocado?

—Estamos en ello. Parece ser que algunos alimentos llegaron ya en mal estado.

—¿Y cómo es posible que al cocinarlos no se dieran cuenta?

—No lo sé. Yo tampoco me lo explico. Puede que nos enfrentemos a algunas denuncias.

—¿En todos estos años al frente de tu empresa había ocurrido alguna vez?

—No, nunca.

—Hablaré con los abogados. Prepararemos indemnizaciones para los afectados y esperemos que no se filtre a la prensa.

—Tenemos que ir a Barcelona. Una vez allí nos reuniremos con el equipo del hotel. Lo más importante es depurar responsabilidades. Esto no puede volver a ocurrir.

—¿No pueden venir los responsables del hotel aquí?

—No. No podemos dejar al hotel, en estos momentos, con menos personal. Sobre todo debemos ir a dar la cara frente a nuestros clientes y empleados.

—De acuerdo —suspiro—. Necesitamos una lista de proveedores y el registro de entrada de los alimentos al hotel.

—Cristina nos facilitará la lista.

Lo que faltaba, la Barbie.

—Quiero verla mañana a primera hora.

—Ya está citada.

—¿Siempre ha sido la encargada de hostelería?

—Sí ¿Por qué? Nunca he tenido queja de su trabajo.

—Estoy segura de que no... Pero evidentemente algo ha salido mal. Espero que estés dispuesto a ser inflexible en el caso de que no haya hecho bien su trabajo.

—¿Insinúas que puedo favorecerla de algún modo?

—Supongo que el hecho de acostarte con ella no te hace parecer muy imparcial.

Vale, no lo tendría que haber dicho. Ahora además de preocupado está cabreado.

—Yo nunca me implico emocionalmente, ni por supuesto laboralmente, en mis relaciones sexuales.

Un tenso silencio se expande por la sala de juntas. Un aguijonazo en el pecho hace que me encoja en la silla.

—Es todo un detalle por tu parte contármelo —no es que no lo supiera. Me lo dejó claro cuando nos conocimos, pero duele.

Se queda quieto frente a mí mirándome.

—Acabemos con esto cuanto antes —me levanto y voy hacia la puerta.

—¿Dónde vas?

—A mi despacho, necesito la agenda para llamar al bufete. Espero que pueda localizar a alguien y contactar con el gabinete de prensa. Si se va a filtrar, y estoy segura de que sí, prefiero que seamos nosotros los que hagamos un comunicado.

—El gabinete de prensa está avisado.

Salgo sin mirar atrás. Al llegar a mi mesa, me dejo caer en el sillón. Mario tenía razón. No soy como Cleo o Carla. Yo me implico emocionalmente, siempre lo hago. Pero aprenderé a no hacerlo, de eso estoy segura.

Cuando regreso nos enfrascamos en llamadas telefónicas. Mañana recibiremos la información sobre los clientes afectados y nos pondremos en contacto con ellos para ofrecerles una indemnización. Mark ya tenía parte del trabajo adelantado antes de que me llamara y en apenas hora y media, ya todo estaba bajo control. Viajaremos a Barcelona el sábado y me hospedaré en el Resort. Él lo hará en casa de su madre.

Cuando miro el reloj son casi las diez de la noche. Gran parte del papeleo lo tenemos solucionado, solo falta que mañana nos envíen el resto de la información. Me estiro en mi silla, intento relajar el cuello y me doy un pequeño masaje en los hombros. Es hora de irse.

Me levanto y ordeno todos los papeles que tengo delante de mí. Los meto en carpetas y me cuelgo el bolso.

—Hoy no podemos hacer nada más. Nos vemos mañana —como no me contesta, solo me mira, me doy la vuelta y me dirijo a la puerta.

Cuando tengo la mano en el pomo e intento abrir, lo siento detrás de mí. Apoya una mano en la puerta y me lo impide.

—No te vayas. Se me ocurren un montón de cosas que podemos hacer.

Capítulo 14

Mark

Huelo su perfume perfectamente. Un aroma a flores y vainilla flota a su alrededor y no puedo evitar rozar mi nariz en su pelo.

Mi mano impide que abra la puerta. No sé muy bien qué reacción esperar de ella. Pero esta es la oportunidad que yo buscaba. Es mi turno de poner las cosas en su sitio.

Con la otra mano le rodeo la cintura y la acerco a mí. La oigo respirar más rápido de lo normal. Sus pechos suben y bajan. El movimiento y su vista a través de su camiseta casi transparente me excitan. Lo lleva haciendo todo el día.

La beso bajo el lóbulo de la oreja, sigo acariciando su cintura y deslizo mi mano lentamente hacia sus caderas. La pego a mí y sé que nota perfectamente mi erección.

Aparto la mano de la puerta, le quito el bolso y lo dejo caer al suelo. Se deja hacer.

Le doy la vuelta y la apoyo contra la puerta, mi cuerpo presiona el suyo y mis manos suben la falda por sus caderas. Acaricio su ropa interior y la beso.

La beso con hambre y con desesperación. Me acabo de dar cuenta de que esto se me escapa de las manos. Sé lo que debo hacer, pero no lo quiero hacer. Me arrepentiré, estoy seguro, pero ahora solo puedo pensar en una cosa.

Casi oigo cómo su cerebro funciona a mil por hora. No me niega el beso, ni impide mis caricias, pero todavía no es totalmente mía. Noto sus reservas.

La ciño por completo a mi cuerpo y nos movemos por toda la sala de juntas. La siento encima de la mesa y me cuelo entre sus piernas. El roce de su sexo con el mío me está matando. Le subo la camiseta y se la quito. Contemplo sus pechos en toda su plenitud. Deslizo los dedos por el borde de su escote y puedo ver como sus pezones se endurecen. Inmediatamente mi lengua los reclama.

La recuesto sobre la mesa, voy besando y succionando cada centímetro de su cuerpo. Escucho sus jadeos y sus manos vuelan a mi pelo. Me encanta cuando me lo tira salvajemente y sé que la estoy descontrolando. Me pone todavía más.

Noto cómo nos aceleramos y nuestros movimientos se vuelven más erráticos e imprecisos. Tiro de su ropa interior y la rompo. El momento es tremendamente erótico, estoy tan excitado que hasta me duele.

Mientras intento desabrocharme la camisa me muerde suavemente en el cuello. Con cada intento de quitarme un botón mis dedos rozan sus pezones. Sus manos bajan a la hebilla del cinturón y se cuelan dentro de mis pantalones. Tengo la sensación de que voy a salir ardiendo en cualquier momento. Le sujeto las manos sobre su cabeza, la vuelvo a recostar sobre la mesa, sus pezones sobresalen de las copas del sujetador y mientras me conduzco dentro de ella los muerdo y los succiono con auténtica necesidad. Necesito estar dentro de ella, necesito perderme en el placer que me proporciona, necesito saciarme de ella.

Necesito no tener que necesitarla.

Rezo por que llegue pronto al orgasmo porque mi cuerpo se niega a escucharme.

Mis acometidas cada vez son más fuertes y sus jadeos me vuelven loco. Su cuerpo se arquea y se deja ir convulsionando levemente entre mis brazos. En cuanto lo noto me uno a ella en uno de los orgasmos más intensos de mi vida.

Todavía estoy dentro de su cuerpo, mi frente descansa entre sus pechos, me muevo ligeramente y le suelto las manos. Automáticamente las enreda en mi pelo y me acaricia suavemente.

De repente el gesto me parece demasiado emotivo y me retiro. Mientras me abrocho los pantalones ella se incorpora en la mesa y comienza a vestirse.

—¿Qué pasa contigo? No tendríamos que haberlo hecho. No ha sido buena idea —mis pensamientos salen por mi boca y suenan enfadados.

—¿Cómo dices? ¿Qué pasa conmigo?

Que qué pasa, que no puedo apartar mis manos de ti y no soy capaz de pensar con claridad cuando te tengo cerca.

—Esto se tiene que acabar —vuelvo a pensar en voz alta.

—¡Perdona! ¿Acaso he sido yo la que se ha abalanzado sobre ti? ¿La que te ha pedido que no te fueras? ¿Te he incitado yo a esto? No he sido yo, cualquiera que te escuche pensaría que te he obligado.

Vale, está realmente enfadada, y tiene razón. No puedo echarle la culpa de esto.

—Daniela, escucha...

—No. Escúchame tú. Este juegucito se ha acabado. Estoy harta. Solo trataré contigo temas estrictamente laborales.

Sin darme tiempo a reaccionar, ya ha salido por la puerta y me quedo solo en la sala de juntas.

Me dejo caer en uno de los sillones y veo a mi lado en el suelo su ropa interior inservible. Joder, he sido un completo imbécil. No tendría que haberla dejado irse así. Se ha ido sola a las diez de la noche y sin ropa interior.

Descuelgo todo lo rápido que puedo el teléfono y llamo a recepción. Quizá no se ha ido todavía y espera un taxi, así que confío en que el de seguridad la retenga hasta que yo baje. Mientras espero a que me contesten, me pongo como puedo la chaqueta y recojo un poco.

—Recepción.

—Soy Mark Rivas, ¿la señorita Lane ha salido ya?

—Sí, señor, ha salido hace apenas un momento.

—¿Sabes si se ha ido a pie o ha cogido un taxi?

—No lo sé seguro, señor, pero diría que se ha ido a pie.

—Mierda. Vale gracias.

Salgo todo lo rápido que puedo y voy hacia los ascensores. Aprieto insistentemente el botón. Sé que por más veces que le llame no subirá más rápido. Decido que las escaleras son mi mejor opción. Llego al garaje y me monto en mi coche. La llamo desde el manos libres pero no me contesta al teléfono.

Debe ir camino de su casa. Conduzco por la parte derecha, pegado a la acera. No sé qué camino puede haber tomado.

Cómo no lo he pensado antes. Acelero y voy directo a su casa. La esperaré en su portal. Cuando llego vuelvo a llamarla por teléfono.

Como era de esperar tampoco lo coge.

Llevo casi diez minutos aparcado en la puerta y no llega. Tamborileo con los dedos en el volante, estoy nervioso. No estoy nada familiarizado con esta sensación de protección que me despierta.

Pasan cinco minutos más y salgo del coche. No se ve acercarse a nadie. Mi paciencia tiene un límite y creo que ya lo he traspasado. Llego hasta su puerta y el pobre Félix sale a recibirme. Estoy seguro que se acuerda de mí.

—Buenas noches, señor Rivas —lo sabía, como para olvidarse de mi cara de cabreo.

—Buenas noches, Félix. ¿Podría decirme si la señorita Lane ha llegado ya a su casa?

—Perdóneme, pero no creo que sea correcto proporcionarle ningún tipo de información, a menos que la señorita Lane lo autorice.

—Lo entiendo, pero es que se ha dejado algo importante en la oficina y tengo que devolvérselo.

—Puede dejármelo a mí, yo mismo se lo daré en persona —joder. Este hombre y yo nunca nos vamos a caer bien.

—De acuerdo, llámela y si está en casa se los doy. Si no, no puedo. Es confidencial.

Lo veo dudar, pero parece ser que se lo ha tragado. Entra en recepción y marca el número. Lo escucho desde la calle.

—Señorita Lane, perdone que la moleste pero el señor Rivas está aquí y dice que tiene que entregarle algo confidencial...

Me doy la vuelta antes de que salga y me meto en el coche. Seguro que Félix está a punto de echarme a patadas por orden de Daniela. Mañana hablaré con ella. Ahora sé que está en casa.

Daniela

Me duele la cabeza y todo el cuerpo. Esas son las consecuencias de dejarse engatusar por un impresentable. No he podido pegar ojo en toda la noche. Una ducha y un café cargadito mejorarán mi horrible aspecto.

Menudo día me espera, a primera hora reunión con la Barbie, Superman y Jorge... Voy a tener que pasarme un buen rato frente al espejo para parecer decente. Me arreglaré el pelo, más maquillaje, el vestido malva cruzado y los zapatos de tacón de color nude.

Igual la cita de mañana de Cleo no me viene tan mal. Dicen que un clavo saca a otro clavo, pues eso, a Mark lo tengo que sacar como sea. Todavía resuenan en mis oídos sus palabras de anoche. No entiendo por qué se puso así, no entiendo qué quiere de mí. Ni para qué me llamó por teléfono, ni vino a casa ¡No lo entiendo a él!

Suspiro y me dispongo a entrar en la ducha. Cuando me miro al espejo decido que voy a tener que dejarme el pelo suelto para que me tape la marca que tengo en el cuello.

Salgo de casa con suficiente tiempo, y voy directa al despacho de Jorge. Le pongo al día de mi reunión de ayer con Mark y las decisiones que tomamos con respecto a los clientes afectados por la intoxicación. Les reembolsaremos el dinero de su estancia en el hotel y les ofreceremos otra más larga con todos los gastos pagados en los hoteles que elijan de nuestra cadena. Estoy segura de que alguno querrá una compensación económica. Jorge ya se ha puesto en contacto con el bufete y están mirando la cuantía más grande que nos pueden pedir.

A las nueve nos vamos a mi despacho. Al pasar las puertas de vidrio Mark y Cristina están esperándonos. Está apoyado en la mesa de su secretaria con las piernas y los brazos cruzados. Evito mirarlo a los ojos y entro en mi oficina. Jorge lo hace detrás de mí y ellos lo siguen.

Ocupamos la mesa de reuniones. Jorge y Cristina hablan sobre lo sucedido, él le pide el listado de proveedores y la fecha de entrada de productos que han sido cocinados. Mark me pasa los dossiers de la reunión de ayer y sé que busca mi mirada, pero todavía no me siento con ganas de afrontarla. Jorge me retira la silla y me siento, presidiendo la mesa en medio de los dos.

Cristina está nerviosa, es lógico, si yo fuera ella también lo estaría. Lo trae todo muy bien preparado, pero Mark no tarda en ver el fallo. Se ha cambiado una de las empresas suministradoras de los productos lácteos al hotel.

—¿Hace cuánto que cambiamos de empresa? —pregunta Mark, aparentemente calmado.

—Cuando hablamos de recortar gastos, pensamos que la empresa que nos suministraba siempre resultaba muy costosa, así que... —Cristina está más nerviosa por momentos. Jorge y yo nos mantenemos al margen.

—No recuerdo que ese tema se tratara en ninguna reunión. Si el presupuesto que nos factura la nueva empresa es casi la mitad del que teníamos con nuestra habitual proveedora, la calidad no puede ser la misma nunca, Cristina.

—Me garantizaron que así sería...

—A ver si lo entiendo —interrumpo porque yo también me estoy poniendo atacada—. Corrígeme si me equivoco. Cambiaste un proveedor por otro de sospechosas garantías.

Si las miradas mataran, caería fulminada sobre la mesa en estos momentos.

No, si la entiendo, lo más seguro es que quisiera marcarse un tanto con Mark al reducir gastos en el hotel. Pero sea como fuere, no me parece profesional.

—¿Esta misma empresa suministra a más hoteles? —pregunta Jorge intentando poner paz.

—Tenía pendiente firmar con ella para dos hoteles más de la Costa Brava —al ver cómo la miramos añade atropelladamente—. Pero antes pensaba comentarlo contigo Mark, esperaba que tuviera buenos resultados en el Resort para presentarte la oferta.

Justo lo que yo pensaba. Lo ha hecho para impresionarle.

—Tu fallo ha sido no comprobar que la calidad de los productos no fuera inferior, no has velado por que la nueva empresa cumpliera con su promesa de calidad —hace una pausa y se frota la sien—. Ahora déjanos solos. Más tarde pasaré a hablar contigo por tu despacho —le espeta Mark.

Se levanta muy seria y sale por la puerta.

—Nunca había tenido ningún problema con ella. Es la primera vez que hace algo así —comenta Mark

—No me parece de confianza una persona que toma decisiones erróneas y precipitadas para impresionar a su jefe. No es muy profesional que digamos. —Mientras lo digo es la primera vez que le miro. Me sostiene la mirada y contesta:

—¿Qué sugieres, Daniela? ¿Despido?

—No pondría ninguna pega al respecto.

—Haya paz... Veamos —Jorge como siempre tan en su sitio—. Es la primera vez que sucede y que Cristina mete la pata. Creo que el despido es excesivo. Pensaremos alguna penalización pero no creo que haga falta dejarla sin trabajo.

Mark y yo seguimos aguantándonos la mirada. Al final accedo a que Cristina no sea despedida, pero a cambio todas sus decisiones van a tener que ser aprobadas por alguno de nosotros tres.

El resto de la mañana ha pasado volando. Solucionamos el tema de los proveedores y nos ponemos al día con las reuniones de ayer. Se acerca la hora de comer y Jorge me invita. Accedo encantada y estoy dispuesta a salir de mi despacho con él, pero tiene que pasar por el suyo un momento para hacer unas llamadas, así que el terrible momento que esperaba ha llegado. Estamos solos.

Me niego a dirigirle la palabra. Me levanto y coloco todos los documentos en los cajones.

—Tenemos que hablar.

—Estamos fuera del horario laboral. En cuanto vuelva de comer puedes comentarme cualquier tema de TRA-BA-JO, que quieras —ni siquiera lo miro. Pero sé que se estará cabreando.

—Escúchame, sé que anoche...

—Anoche nada, todo quedó claro y cristalino —intento pasar por su lado y me coge de la muñeca. Me suelto y froto mis muñecas mientras lo miro con asombro.

—¿Te duelen? —lo pregunta con gesto serio y preocupado. Me dolieron más otras cosas que dijiste... Pero eso me lo callo.

—No es nada. Y como quieras echarme la culpa otra vez o me vuelvas a decir que no querías que pasara no respondo —voy hacia la puerta.

—Joder, Daniela. No te vayas —hace una pausa y añade—: Come conmigo.

—Esto es increíble. ¿Qué quieres, Mark? —lo digo en tono cansado—. Explicámelos porque de verdad que no te entiendo. Me agotas.

—Ya te dije que no te hicieras ideas románticas sobre mí. No esperes más de lo que hemos tenido. Sé que te gustaría que tuviéramos una relación pero...

—¡Un momento! ¡Un momento! ¿Te he pedido yo algo? Si quisiera tener una relación con alguien te aseguro que ese no serías tú. Eres arrogante, creído, egoísta y mujeriego. Además de, por lo que he podido comprobar, bipolar. Así que no me tengas lástima ni creas que me estoy enamorando de ti porque no podrías estar más equivocado.

—¿No te han dicho nunca que no sabes mentir? —lo dice con toda la tranquilidad del mundo y una sonrisita de superioridad que me pone de muy mala leche.

—Ya veremos si miento.

Lo dejo plantado en mi despacho y voy a buscar a Jorge. Cada vez estoy más convencida de encontrar otro clavo que me ayude a olvidar a Mark.

Al llegar al restaurante nos sentamos en la terraza del mirador. La temperatura a finales de mayo invita a tomar el sol y ya apetece pasar más tiempo al aire libre.

Soy consciente de las miraditas y sonrisas de los empleados. Sé que cuchichean sobre nosotros desde el día que nos fuimos juntos del bar de tapas. La verdad es que no me importa.

—¿Te das cuenta de que todo el mundo nos mira? —me pregunta Jorge en voz baja.

—¡Eso mismo estaba pensando yo!

—Creo que piensan que estamos liados.

—Bueno, no me importa. Ahora que ya ha pasado el rumor del becario con la administrativa, en algo se tienen que entretener en su tiempo libre.

—Tienes razón. Pero con la imaginación que tienen seguro que ya van contando por ahí que lo hemos hecho en tu despacho, en el mío y seguro que en la sala de juntas.

Me pongo roja al instante.

—Perdona, no quería incomodarte.

—No te preocupes, es defecto de nacimiento. No soy muy hábil disimulando mis sentimientos. El rubor es totalmente incontrolable.

—Sé que te estás viendo con alguien —me quedo callada al momento. Y me pregunto qué sabe...

Sonríe y me mira, mezcla de ternura y decepción.

—No me mires, así. No soy adivino ni nada por el estilo. Solo soy muy observador.

—¿Y qué es lo que has observado exactamente?

—Que tienes una marca de un... llamémoslo beso apasionado, en el cuello. A parte de una ojeras muy bien disimuladas pero aun así evidentes.

—No estoy con nadie. Y tampoco sé si estaba exactamente. Creo que no.

—Si no está contigo es porque no te valora lo suficiente y no te merece.

—En eso estamos de acuerdo.

—Me alegro que lo tengas claro. No quiero que nadie intente aprovecharse de ti —hace una pausa como dudando si continuar o no y al final sigue en voz baja pero firme.

—Escucha, Daniela, no sé hasta qué punto tienes experiencia, ni quiero que me lo cuentes, no te asustes. Solo quiero que tengas cuidado. Es posible que alguien se acerque a ti con el aparente propósito de mantener una relación sentimental contigo, asegúrate de que realmente es así. Que no busca nada más.

—Como el dinero...

—Yo más bien estaba pensando en la empresa.

Mark

Subo a comer a la cafetería y me siento con César. Los veo en la terraza, la conversación parece muy íntima por la forma de acercarse mientras hablan. No me extraña que toda la empresa ande revolucionada cotilleando si se acuestan o no. La verdad es que lo parece.

Todavía le estoy dando vueltas a eso de “*ya veremos si miento*”. Me viene a la mente el italiano y cómo no, Jorge. Al italiano lo descarto porque está bastante lejos, y a su perro faldero lo tengo controlado. ¿Habrá alguien más?

—Vaya, vaya... ¿Qué dicen? —me pregunta César.

—¿Y cómo quieres que lo sepa?

—No sé, por un momento he pensado que tenías superpoderes y los oías... Déjame decirte que como los sigas mirando así te quemarás los ojos.

—Muy gracioso. Podrían dejar de alimentar las fantasías de las mentes calenturientas de la empresa.

—Bueno, lo de fantasías lo dices tú. Puede que sean una realidad.

—No vuelvas con eso, ya te dije que NO están liados.

—Bueno, lo que tú digas. No quiero ponerte de mal humor a un día de mi cita.

—Mierda, lo había olvidado.

—Tranquilo para eso estoy yo, para recordártelo. A las diez en *Il Salotto*.

—Un italiano, que bien.

—Da lo mismo, porque si en lugar de un italiano fuera un japonés o un chino tampoco te parecería bien. Disimula un poco mañana y no me hagas quedar mal.

—Tienes razón, ya quedarás tú suficientemente mal cuando la despidas con un casto beso en la frente.

—Cabrón. ¡Ojala te dejen a ti a dos velas y empalmado!

—Si te consuela, nunca se sabe —me río abiertamente.

—Si claro, como si a ti te hubieran dicho que no alguna vez —Daniela me ha dicho que no. Posiblemente mi fijación con ella se deba a eso.

—Cambiando de tema. ¿Cómo va lo del Resort?

—Hablaré con Cristina ahora en cuanto terminemos de comer. Confidencialmente te diré que metió la pata al cambiar de proveedor y no comprobar la calidad que ofrecía. Daniela quería su despido.

—Me parece un poco drástico. Pero te tengo que decir que no me extraña.

—Al final tiene que consultar decisiones y ser supervisada por alguno de nosotros tres.

—Amigo... no sé si has hecho buen trato.

—¿Por?

—Porque si ya te costaba un poco mantenerla a raya, ahora va a tener la excusa perfecta para estar pegada a ti.

—Con respecto a eso también tengo que hablar.

—Pues que tengas suerte.

En cuanto terminamos de comer voy directo al despacho de Cristina. Llamo a la puerta y entro.

Está sentada en su mesa y me mira expectante. Ocupo el sillón que hay frente a ella y le hablo con claridad.

—No voy a andarme con rodeos. Los dos sabemos que has metido la pata.

—Sí, lo sé. ¿Vas a despedirme?

—No. Pero la confianza que teníamos en ti se ha visto afectada. De ahora en adelante, supervisaremos tu trabajo Daniela, Jorge o yo.

—Con supervisar quieres decir que ya no tomo ninguna decisión. Es eso ¿no?

—De momento sí.

—¿Y de quién ha sido la idea? ¿De la niña de papá? Ella que tiene menos experiencia que yo... ¿Es la que me tiene que controlar?

—Cuidado con lo que dices de ella. A todos nos ha parecido lo más correcto.

—Pues si tengo que elegir acudiré a Jorge o a ti. Preferiblemente a ti.

—Si yo fuera tú no lo haría. Acude a Daniela o a Jorge. Cuanto menos acudas a mí mejor.

—Explícame por qué.

—Es a ellos a los que les tienes que demostrar que vales en tu puesto. Yo hasta ahora no he tenido queja. Pero un fallo más y estás en la calle.

—¿Estarías de acuerdo con ellos? ¿No harías nada para impedir mi despido?

—Si ellos toman la decisión es porque hay motivos, así que no, no haría nada para impedirlo.

—Ya veo. Prefieres cederle la confianza a ella, porque es la dueña aunque no sepa hacer *la o con un canuto*, antes que a mí. ¿Realmente confías en ella o es por ambición, para ascender en la empresa?

—Estoy siendo bastante paciente contigo, pero te aseguro que estás llegando a mi límite. No es cuestionable, es lo que hay. Si no estás dispuesta a trabajar así puedes presentar tu carta de dimisión.

—No me queda otra que ceder.

—Hay otro tema del que tenemos que hablar —ahora viene la parte difícil.

—¿Del trabajo también?

—No. Esta vez no tiene nada que ver, es personal. No vamos a volver a vernos fuera del trabajo.

—¿Esto también es idea de ella? ¿No le parece bien?

—Daniela no tiene nada que ver. Es cosa mía.

—¿Por qué no quieres?

—Lo hemos pasado bien durante un tiempo pero lo mejor a partir de ahora es que mantengamos una relación estrictamente profesional.

—¿Ya te has cansado de mí? ¿No te lo pasaste bien la otra noche? Porque déjame decirte que tú tampoco eras el de siempre. Estabas ausente —hace una pausa y añade—. ¿No me digas que has encontrado a alguien que te haga sentar la cabeza?

—Tú y yo siempre hemos sido sinceros. Sabíamos lo que había y los reproches quedaban fuera del trato. No lo estropees ahora.

—No me contestas, o sea que puede ser...

—Preocúpate por lo realmente importante, porque no hay más que hablar.

—¡Vaya! Hoy es mi día, pierdo la credibilidad profesional y a mi amante.

—Podría ser peor. Podrías haber perdido tu empleo. Céntrate en tu trabajo y olvídate de lo demás.

—Nosotros estábamos bien juntos. Era perfecto.

Me levanto, suspiro y decido zanjar el tema de una vez por todas.

—No existía un nosotros, era esporádico. Ni un juntos y mucho menos era perfecto. Era temporal. Asúmelo.

Me doy la vuelta y voy hacia mi oficina. A través de la puerta de cristal, Paula me hace señas hacia el despacho de Daniela.

—¿Qué ocurre?

—El jefazo y su mujer han estado en el despacho de Daniela.

—¿Su padre?

—Sí. Ahora solo está su mujer. El señor Lane ha pasado a hablar con Jorge.

—De acuerdo; si necesita algo estaré en mi mesa.

Cierro la puerta, empiezo a programar el viaje a Barcelona y los documentos que vamos a llevar. Me interrumpen cuando llaman a la puerta y sin esperar contestación, pasa David Lane bastante más recuperado, sin bastón, y entra en mi despacho como el dueño de la empresa que es.

—Buenas tardes, Mark. He pasado a ver cómo os iba por aquí.

—Buenas tardes, señor Lane. Tome asiento por favor.

—Gracias. ¿Qué tal está yendo vuestra incorporación?

—Nos vamos poniendo al día en la empresa. Está resultando más fácil de lo que esperaba.

—He visto la reacción que habéis tenido con el problema en el Resort. Me ha parecido rápida y acertada.

—Gracias, la situación merecía acciones inmediatas. El sábado viajamos a Barcelona. Espero que este fin de semana quede todo solucionado.

—Sí. Lo sé ¿Y con Daniela?

La pregunta me sobresalta y por un momento pienso en ella sobre la mesa de la sala de juntas.

—Bien —mi respuesta es escueta pero es todo lo que soy capaz de decir en estos momentos.

—Quisiera saber tu opinión con respecto a ella. Sé que mi hija está preparada para este trabajo y que su hermano la instruyó bien. Pero es muy joven, me interesa saber lo que tú piensas.

—Daniela sabe lo que hace. Le falta experiencia para tomar según qué decisiones. Se deja llevar muchas veces por su impulsividad pero aprende rápido.

Veo a David Lane sonreír y creo que no le viene de nuevo nada de lo que le he dicho.

—Hay algo que debes saber sobre mi hija, Mark. Daniela no separa, nunca lo ha hecho, su corazón y sus emociones en nada de lo que hace. Eso tiene su parte buena y su parte mala. Y a veces eso dificulta mucho su trabajo, sobre todo en el puesto que está. Necesita a alguien que la ayude a racionalizar las cosas en algunos momentos, que la sepa llevar y que la comprenda.

—Lo entiendo.

—Espero que entre Jorge y tú la ayudéis.

—Haré lo que pueda al respecto.

Charlamos un rato más sobre temas de contratos y promociones en los hoteles. Al cabo de media hora abandona mi despacho. Es la primera conversación larga que he mantenido con él. Me parece un hombre con un saber estar y un porte extraordinarios. Sabio, curtido por la experiencia, que sabe muy bien lo que dice y por qué lo dice. Un hombre del que se puede aprender.

Salgo para decirle a Paula que imprima los billetes de avión y tenga mañana viernes todo preparado en los dossiers. La puerta del despacho de Daniela se abre y sale cabizbaja, mirando al suelo.

Su manera de actuar me dice que hay algo que no está bien. Se acerca a la mesa de su secretaria y en voz baja dice que se marcha. Todavía faltan dos horas para acabar su jornada. Ahora

sé seguro que pasa algo. Paula y yo nos miramos interrogantes.

Musita un buenas tardes y sale hacia los ascensores.

—¿Sabes si ha ocurrido algo? —le pregunto a María.

—No... después de comer ha venido sonriente como siempre. Y no ha salido de su despacho desde la visita de su padre con su mujer.

No creo que David Lane haya dicho nada que pudiera ponerla así. Tiene que ser otra cosa.

—Ahora vuelvo.

Salgo en dirección a los ascensores y me coloco a su lado mientras esperamos a que las puertas se abran. Sabe que estoy ahí pero no me mira. Sigue perdida en sus pensamientos.

—¿Qué te ocurre, Daniela?

—Necesito irme a casa, eso es todo.

—¿Te encuentras mal? ¿Quieres que te lleve?

—Mark, de verdad, por favor, necesito estar sola. Mañana hablamos.

—¿He tenido yo algo que ver? —por primera vez levanta la mirada y le veo los ojos hinchados y rojos. ¿Ha estado llorando?

—Tú en tu línea ¡Todo lo que pase en mi vida no gira en torno a ti! Deja de ser tan egocéntrico —aprieta insistente el botón del ascensor.

—¿Por quién estás así?

Cuando las puertas se abren aparece su prima, pasea su mirada de uno a otro y se centra en ella.

—Como tardabas he subido a buscarte ¿Nos vamos?

—Sí.

Entra y pulsa el botón. Las puertas empiezan a cerrarse y las sujeto para que no lo hagan. No sé porqué pero no puedo dejar que se vaya así. Daniela resopla, la prima se gira y con chulería me espeta.

—A ver, Superman, suelta las puertas para que podamos irnos.

—No me has contestado —ignoro a la borde de su prima y me centro en ella.

—Ela ¿qué le tienes que contestar a este para que nos deje irnos?

—¿Por qué estoy así? —contesta Daniela en voz baja, la veo descomponerse por momentos. Aprieto las manos porque tengo unos deseos irrefrenables de sacarla de ahí dentro y llevármela.

—Vale, acabemos de una vez. Está así porque el amor de su vida iba a venir desde Los Ángeles la semana que viene y de momento no puede.

Me quedo paralizado sujetando las puertas como un imbécil, mirándola fijamente y solo se me ocurre preguntar en un tono de mala leche que ni yo me espero...

—¿Es el italiano?

—¡Premio! Ale, *guaperas*, déjanos para que podamos tener una conversación de chicas, atiborrarnos a helado y ver pelis de amor.

Suelto las puertas y ambas desaparecen.

Daniela

Por fin se cierran las puertas y me desmorono en los brazos de Cleo. ¿Cómo puedo ser tan tonta y dejar que me siga afectando? Desde el momento en que los he visto entrar en mi oficina he sabido que venía a por mí. Traía sus tentáculos y la lengua cargada de veneno esperando a que mi padre nos dejara solas para inyectármelo.

—Ponte las gafas de sol para salir del ascensor, así nos evitaremos más preguntas incómodas. En casa hablamos tranquilamente —me acaricia suave la espalda y me reconforta.

Salimos sin más interrupciones del edificio Lane y vamos a casa dando un paseo. El aire fresco de finales de mayo me sienta bien. Ya huele a tardes de verano, el aroma de las flores y plantas del parque del Retiro enmascaran la polución de la ciudad. Cleo no me hace ningún comentario al respecto. Me conoce y sabe que necesito un poco de tiempo para *resetearme* y volver a ser yo.

Llegamos a casa todavía en silencio y entro directa a mi habitación. Fuera maquillaje, me recojo el pelo en una coleta y adiós zapatos de tacón. Hola *leggings* grises y camiseta ancha y desgastada de los *Rolling*.

Vuelvo al salón y Cleo ya tiene sobre la mesa de centro dos tarrinas enormes de helado Haagen Dazs, vainilla con nueces de macadamia y *cheesecake*. Me acomodo en el sillón y me lanzo a por la de nueces de macadamia.

—¿Qué te ha dicho la bruja para que te pusieras así?

—Estoy cabreada, muy cabreada conmigo misma. Me prometí que no me afectaría nada de lo que hiciese o pudiera decir. Pero hoy no era mi día. Demasiado estrés acumulado.

—Empecemos por el principio. Cuéntamelo —tomo aire lentamente y empiezo.

—En cuanto mi padre se ha ido y nos hemos quedado solas la he visto venir. Me ha mirado de arriba abajo y ha empezado su crítica. Sobre todo. No se ha dejado nada en el tintero; el pelo, el maquillaje, la ropa, los zapatos. Por supuesto nada estaba bien. Pero cuando me ha visto el cuello, ha sido lo más.

—Con el cuello te refieres al chupetón, ¿no? Porque eso es lo que es.

—Sí, eso. Ha empezado a interrogarme, su primera pregunta ha sido: “¿A quién has pagado para que se acostara contigo?”

Cleo se queda con la cuchara a medio camino y abre los ojos como platos.

—¿Será zorra! ¿Y tú qué le has dicho?

—Pues me he quedado tan impresionada que no he sabido qué decir...

—Tendrías que haberle dicho que el número lo habías cogido de su agenda.

—El caso es que ahí no ha acabado todo... Que si en el fondo me comprende, que si sale la remota posibilidad de que alguien quiera acostarse conmigo que la aproveche pero que tome medidas porque con la poca experiencia que tengo me dejaré engatusar... ¿Sigo?

—No, ya me hago una idea. Lo de siempre... Sabes que en el fondo está celosa ¿no?

—Es que por unos momentos he vuelto a mi adolescencia. Me he sentido igual de fea, ridícula y rechazada.

—¿Pero tú te has visto en el espejo? No tienes unas medidas de 90-60-90 pero y qué. Tienes

unos pechos que ya quisieran muchas y unas curvas que quitan el hipo ¿Por qué no te lo crees? Si Jennifer López y Beyoncé son un icono sexual y tienen más curvas que una carretera de montaña, ¿por qué tú no te ves igual? ¿Acaso no te das cuenta de cómo te miran los hombres?

—No me hables de hombres...

—Pues vale, hablemos de superhéroes. ¿Qué pasa con Superman?

Sonreír es inevitable.

—No lo sé, Cleo... No quiere nada conmigo, pero no me deja tranquila. Empieza él y luego dice que se arrepiente. Me tiene muy harta.

—Llegadas a este punto. Voy a hablarte de una de las clases de mi profesor de Antropología en la universidad.

—Estupendo... ¿Tomo apuntes?

—Calla y escucha. Biológicamente, los hombres, se sienten atraídos por las caderas, los pechos o las piernas de las mujeres. Son cualidades físicas que saltan a la vista. Hasta ahí estamos de acuerdo —asiento mientras me meto la cuchara de helado en la boca y lo saboreo—. Y estas señales visuales, cuando son voluptuosas, señalan que la mujer ha pasado la pubertad, por lo tanto está en capacidad para procrear y ellos ante esto se sentirán atraídos.

—Muy bien. Le atraigo porque tengo pechos y caderas grandes.

—No he terminado —me señala con el dedo amenazante y prosigue—. Cuando encontramos una pareja que nos gusta, por las cualidades que te he dicho antes, el cuerpo segrega una sustancia llamada dopamina. Produce una reacción que causa que esa persona se vuelva adicta. El profesor buenorro la llamaba *la pócima del amor*, esta pócima nos afecta hasta el punto de ignorar todo lo que nos rodea y hacernos sentir insaciables. A ellos más incluso que a nosotras, porque la dopamina y la testosterona actúan retroalimentándose, tener sexo les hace querer más.

—No te sigo...

—*¡Ojú mi niña!* no sé cómo acabaste la carrera licenciada con honores. A ver, te lo digo clarito. Lo tienes *pillado*, pero él no lo sabe. Su cabeza le dice que le gusta una cosa pero su cuerpo y sus instintos le hacen perder la cabeza cada vez que está contigo. Solo le hace falta un empujoncito para darse cuenta.

La miro con escepticismo y nada convencida de que Mark sienta algo por mí.

—Que sí... sino de qué le pica que te lées con Jorge, o con el italiano, como dice él. Tú déjame a mí que esto lo soluciono yo...

—¡Miedo me das! Ni se te ocurra hacer, ni decir nada, que te conozco.

—Ains que *siesa* eres... ¿Alguna vez te he metido yo en algún lío?

—Mejor me callo, me vienen unos cuantos castigos a la mente por tu culpa. Por cierto... ¿Contigo ha funcionado alguna vez eso de *la pócima del amor*?

—La probé con el profe... ¡No me mires así! me daba mucha curiosidad eso de hacer que te sientas insaciable... Supuse que como era un experto en el tema merecía la pena probarlo a ver qué tal.

—¿Y?

—¿Sabes eso de que hay gente que sabe mucho pero no vale para dar clases? Pues eso. Y de repente mi humor es otro. Así es ella, ese es el efecto que causa en mí.

—¡Eres de lo que no hay! —ríó abiertamente.

—Venga va, elige peli, hoy te dejo.

—Mmmm dudo entre *El diario de Noah* o *Los Puentes de Madison*...

—Madre mía *chiquilla*, voy a por los kleenex y que sea lo que Dios quiera...

El resto de la tarde la pasamos entre lloros viendo una peli tras otra y comiendo pizza. Sobre la una de la madrugada caemos rendidas en la cama.

Me despierto de mucho mejor humor, me levanto con ganas de comerme el mundo, porque esta soy yo, la Ela que no se esconde y da la cara. Elijo unos pantalones pitillo en rosa fucsia, una blusa blanca de seda, complementos en fucsia y verde y manolequinas verdes. Es viernes y nos espera un estupendo fin de semana por delante. Para empezar, esta noche la cena con Cleo y su cita, de la que por cierto, no sé nada. Quizás después de todo lo conozca. Antes de ir a cenar le preguntaré.

Al llegar a la oficina, Paula y María me preguntan cómo estoy. Sonrío y les doy las gracias por preocuparse por mí y las tranquilizo diciéndoles que ya estoy bien.

Entro en mi despacho y sobre mi mesa ya tengo los billetes de avión y los documentos para el viaje. Los reviso y lo guardo todo en mi maletín.

A mediodía subo a comer al restaurante y me vuelvo a sentar en la terraza. Hoy toca ensalada y una Coca-Cola Zero. Después de los excesos de anoche me lo autoimpongo.

María y Paula me hacen gestos para que me sienta con ellas y acepto encantada. Siempre me ha gustado socializar con la gente, y ellas me caen muy bien. Paula me habla de sus hijos, sorprendentemente tiene tres, el mayor está en la Universidad y los otros dos en el instituto. Su marido tiene un taller de reparación de coches que a duras penas puede mantener a flote con la crisis. Me encanta oírle hablar de su familia.

Por su parte, María tiene dos años más que yo y vive sola en un pequeño estudio en Alcorcón. Sus padres son de Valencia y vino a Madrid buscando trabajo hace ya seis años. Entró en la empresa por enchufe. Ella misma lo reconoce. Su madre y Aída son familia. Enterarme de esto me pone inmediatamente alerta... y ella se da cuenta enseguida.

—No la conozco mucho. Lo poco que recuerdo de ella es encontrarnos en casa de unos familiares en fiestas señaladas. Después de que me dieran el empleo, algo pasó entre ella y mi madre. Aída intentó que el señor Lane me despidiera. Gracias a Dios no lo hizo, pero desde entonces me tiene en su lista negra —se arrepiente enseguida y añade—. Perdona Daniela, lo siento, no debería hablar así de la mujer de tu padre.

Se ve acalorada y preocupada.

—No te preocupes, te entiendo —le sonrío y Paula cambia de conversación hábilmente.

—¿Tienes preparados todos los documentos que necesitas para mañana? Si no, puedes pedirme lo que quieras. Como hoy Mark no está puedo echarle un cable a María si lo necesita.

Me yergo en la silla al oír su nombre. No lo había visto en toda la mañana, pero suponía que estaría por otros departamentos.

—No sabía que hoy no estaba. No me dijo nada ayer.

Paula sonrío y me mira como si fuera mi madre y estuviera intentado convencerla de que ayer llegué a la hora del toque de queda y no dos horas más tarde.

—Ha llamado esta mañana diciendo que hoy pasaría el día en nuestras antiguas oficinas, creo que necesitaba contratos y documentos para el viaje de mañana.

Asiento y me relajo. Al menos hoy voy a tener un día tranquilito y sin discusiones. No hago caso a la desilusión de no verlo. En tan poco tiempo me he acostumbrado a tenerlo cerca...

—Me ha dicho que te diga que mañana por la mañana a las ocho pasará a recogerte para ir al aeropuerto —cuando iba a abrir la boca para protestar añade—: Y que no es cuestionable.

Típico.

El resto de la tarde se pasa rápido y cuando me quiero dar cuenta es hora de irse a casa.

Llego y Cleo ya está casi preparada. La verdad es que sí que se ha propuesto seriamente llevárselo a la cama... Ha elegido un vestido negro con tiras transparentes en el cuerpo que cubren lo estrictamente necesario, minifaldero, ajustado, con escote cerrado al cuello y unas sandalias de tacón también negras con tiras de *strass*.

—¡Caray! Debe merecer mucho la pena. ¿Por cierto, cómo se llama? Todavía no me lo has dicho...

—Es una sorpresa. No te lo vas a creer... ¡Es ideal! Y venga, date prisa que hemos quedado a las diez en el restaurante.

Entro en el cuarto de baño y me doy una ducha rápida. Me seco la melena rizada, me queda sexy y desenfadada. Aún estoy acabando y entra Cleo.

—¿Qué vas a ponerte?

—Unos vaqueros y una camisa.

—¡Ni lo sueñes! Ya te dejo yo sobre la cama lo que tienes que llevar.

—No merece la pena que me arregle mucho, no puedo volver tarde. Recuerda que mañana vuelo a Barcelona.

—¡Qué aguafiestas eres!

Sale y la oigo rebuscar en mi armario mientras acabo con las tenacillas y me maquillo. Al entrar en mi habitación sobre la cama está el vestido que ella misma me regaló en Navidades y que nunca me he atrevido a estrenar.

—¡Sin rechistar! —me señala amenazante—. Y date prisa que llegamos tarde.

El vestido es azul eléctrico, por encima de la rodilla, atado al cuello y con un escote en forma de uve que no deja mucho a la imaginación, sandalias plateadas y cartera a juego.

En el espejo no me reconozco. Estoy muy atractiva...

—¡Prima, estás estupenda! Esta noche arrasas.

En la puerta ya nos espera un taxi y nos vamos al restaurante. *Il Salotto* está lleno a rebosar, todas las mesas están ocupadas, así que supongo que la cita de Cleo ya estará dentro. Entramos y empiezo a fijarme en la gente. Mi prima va delante de mí y de repente lo veo. Es inconfundible, no se puede ser, ni estar más guapo ¡Con lo grande que es Madrid y tenemos que coincidir en el mismo restaurante!

Nos vamos acercando y cuando llegamos a su mesa Cleo se para. Los dos se levantan, parece tan sorprendido como yo. Me repasa de arriba a bajo y aumenta la temperatura de mi cuerpo por momentos. Saludo con educación y tiro del brazo de Cleo para seguir andando. Ella se suelta y mirando al acompañante de Mark le pregunta incrédula:

—¿Este es el amigo que te acompañará a la cena?

—¿Y ella es tu amiga?

Cleo empieza a reírse y yo no quiero aceptar la evidencia.

—¡Esto es genial! Ela, él es mi cita. César. ¿A que es ideal? ¡Yo soy Cleo y él es César! —y sin más se sienta a la mesa. Mark y yo nos quedamos de pie observándonos. Tengo dos opciones, salir por donde he venido, o sentarme y si le incomoda que se vaya. Dudo un poco, él sigue de pie sin quitarme ojo. De perdidos al río; me quedo. Con lo mona que me he puesto no me voy a ir a casa aún. Dejo la cartera sobre la mesa y al ver mi intención me retira la silla para que me siente.

Cleo mira a Mark y entrecierra los ojos, la conozco. En menos de tres, dos, uno...

—Ves Ela, al final no vas a tener que aguantar a un baboso comiéndote con los ojos durante toda la noche. Ya te puedes relajar.

—Inmediatamente, Mark aparta la vista de mi escote y se sienta a mi lado.

Mark

Sorpresa, sorpresa... La noche será interesante, y dura, muy dura... Cuando la he visto, en un principio no la he conocido. Si hubiera venido así vestida la noche de la apuesta, estoy seguro de que no la habrían elegido. Está preciosa y muy atractiva. El hecho de que ella actúe como si no lo supiera la hace todavía más deseable. No ha habido un solo hombre en todo el restaurante que no paseara su mirada por su cuerpo, yo más que ninguno. Menos mal que he venido acompañando a César.

Empezamos a ojear el menú. Bueno, lo ojean ellos, porque yo la sigo leyendo a ella de arriba a abajo por encima de la carta. La prima tiene razón, no puedo dejar de mirarla. El simple hecho de tenerla cerca, rozarla o olerla me provoca una erección.

—El día que nos conocimos no venías a pedir trabajo ¿verdad? —la pregunta de César me obliga a desviar la mirada y centrarme.

—Más o menos. Ela me pidió que hiciera unos bocetos para cambiar el logotipo de los nuevos Resorts, iba a enseñárselos.

Ahora la miro directamente a los ojos.

—No me dijiste nada de que quisieras cambiar los logotipos de los hoteles. Este tipo de cosas debes consultármelas a mí primero.

—Supuse que era evidente, debemos incluirlos también estéticamente dentro de Experience Hostess. Iba a modificarlos un poco.

—Como si solo fuera poner un punto. Debes contar conmigo. Lo tengo que autorizar —de la excitación al cabreo en un minuto.

—Mi intención era esperar a tenerlos para enseñártelos. Estaba segura de que te gustarían, pero podemos hablarlo... —si se muestra tan condescendiente es que le parece importante.

Me recuesto en mi silla, cojo la copa de vino y empiezo el juego.

—Si tanto interés tienes en esto vas a tener que negociar. Tenemos todo el fin de semana, ve pensando qué me ofreces —mientras bebo de mi copa la penetro con la mirada y se pone colorada al instante. Pero al momento levanta la barbilla, me mira desafiante y repasa con su lengua su labio inferior.

—Pensaré en ello —suena juguetona y extremadamente sensual. Mi bragueta no está preparada para albergar el enorme bulto que, estoy seguro, me torturará toda la noche.

Cenamos en silencio, la conversación la acaparan César y Cleo. La prima no para de insinuarse abiertamente y mi amigo no para de sudar. Observándolos no sé quién de los dos lo pasará peor, si César o yo. Él porque no puede llevarse a Cleo a la cama y yo porque no debo hacerlo con Daniela. Aunque me encante tener este tipo de jueguecitos con ella no va a volver a ocurrir, cada vez que lo hago termina escapándoseme de la manos.

—¿Dónde vamos ahora? ¿Tenéis algo en mente? Yo he pensado ir a un local de salsa que me han recomendado. Según he oído los camareros son bailarines profesionales y sacan a bailar a la gente ¿Qué os parece? puede ser divertido —Cleo está emocionada.

Seguro que Daniela dice que no. Mañana volamos temprano.

—Me apunto —dice sonriente. Mierda.

—¿No sería mejor ir a un local tranquilo a tomar unas copas? —César suena desesperado. Sé

lo que está pensando, pasar el resto de la noche restregándose en una pista de baile no es lo más recomendable.

Si al final deciden no ir al local de salsa me retiro.

—¡Venga ya! No seas *desaborío*. A Ela y a mí nos encanta bailar salsa. En Los Ángeles teníamos amigos bailarines profesionales que nos enseñaron. Casi todos los fines de semana íbamos a un local para practicar.

—Si no quieres bailar no tienes por qué hacerlo, no te preocupes César, nos sentaremos en una mesa a tomar algo —dice Daniela.

—Claro, por mí no hay problema. Seguro que los camareros y la gente del local nos sacan a bailar a Daniela y a mí.

—Me rindo, si las señoritas quieren ir a bailar salsa, no hay más que hablar. ¿Y tú, Mark? ¿Te apuntas?

—No creo que sea buena idea que Daniela y yo vayamos. Mañana salimos temprano. Podéis ir vosotros si queréis.

Acaparo la atención de la mesa y un tenso silencio se adueña de la situación.

—¿Perdona? ¿Te tengo que pedir permiso acaso? Yo voy a bailar. Tú vete a casa.

—Como veo que no tienes mucho sentido común, deberías dejar que tomara yo las decisiones. Nos vamos a casa.

—Tú te vas a casa. Yo no. No hay más que hablar.

Me acerco a ella y le siseo rozándole la oreja:

—No pienso dejar que vayas sola a un local de esos.

Noto cómo contiene la respiración, suelta un pequeño jadeo. Se vuelve, nos quedamos a escasos centímetros de distancia y me contesta acariciándome con su cálido aliento.

—Entonces parece que estamos de acuerdo —mira a Cleo y dice en voz alta y clara—. A bailar salsa.

Salimos del restaurante y cogemos mi coche. Cleo y César se sientan detrás, así que Daniela va delante conmigo, tengo una vista espléndida de sus piernas y de sus pechos. No puedo evitar imaginármela encima de mí, desnuda en mi coche solo con esas sandalias de tacón. Introduzco como puedo la dirección que me da Cleo en el GPS y en menos de quince minutos estamos allí. Ojalá se acabe pronto esta noche...

Está bastante lleno, pero afortunadamente encontramos una mesa en una de las tribunas desde donde se ve la pista de baile. La acompaño a través de todo el local con mi mano posada en su cintura, no protesta ni se aparta, cosa que me sorprende. Para una vez que no me lleva la contraria no me quejo.

Al llegar a la mesa, las dejamos acomodadas y vamos a la barra a por las bebidas.

—Libérame, tío, por favor —me ruega César.

—Una apuesta es una apuesta.

—Pero en este caso deberías darme las gracias. Menudos gilipollas que fuimos tu hermano y yo. Cuando la he visto esta noche me he quedado de piedra. Tiene un polvazo impresionante.

—Tú a lo tuyo y a Daniela déjala en paz. Aún no estoy muy seguro de si debo daros las gracias.

—En ese caso no te preocupes. Porque otro puede estar dando las gracias ya por haberla encontrado, sola... —miro hacia donde me señala César y la veo en la pista de baile en brazos de un

moreno musculoso moviendo las caderas contra su cuerpo.

—Joder. ¿Qué han pasado? ¿Cinco minutos?

—O menos... pero tienes que reconocer que hoy desprende feromonas suficientes para dejar el Camp Nou a sus pies.

Nos dan las bebidas y volvemos a la mesa. Me siento y la busco con la mirada. Cuando por fin la encuentro no estoy dispuesto a perderla de vista ni un segundo. El tío con el que está bailando baja su mano peligrosamente hacia su culo y ella se carcajea con él. Que se acabe la canción de una puta vez.

—¿A que mi prima se mueve bien?

Asiento, porque no estoy seguro de cómo sonará mi respuesta.

—En Los Ángeles los tíos hacían cola para bailar con ella.

—¿Y el italiano no tenía nada que decir? —mierda, he picado como un imbécil.

—¿Por? No hay nada malo en bailar salsa. El mambo se lo monta en el dormitorio.

—No me interesa la información.

Por fin se acaba la canción y cuando creo que va a volver, empieza otra y el amigo del musculitos toma el relevo.

—¿Quieres probar, César?

—No sé... no he bailado salsa en mi vida.

—Tú déjate llevar —se levanta y tira de él.

—Ahí está el problema, en que si me dejo llevar nos echan del local por escándalo público — la coge de la cintura y la pega a su cuerpo.

—Asumo el riesgo —y lo besa apasionadamente.

Estupendo, me quedo solo en la mesa con las bebidas y vigilando como si fuera su *segurata*. Aguanto dos canciones más y cuando se relaja el ritmo y empieza la canción *Burbujas de amor*, de Juan Luis Guerra ya no aguanto más.

Me acerco a ella por su espalda, coloco las manos en sus caderas acercándola a mí de un tirón suave, pero seguro. Ladea la cabeza y me mira de reojo.

—Esta es mía.

El cubano nos mira y yo aprovecho para besarla en el cuello. Daniela se da la vuelta, pega su cuerpo al mío y asumo que estoy perdido.

—Baila ahora para mí.

No existe nadie más en la pista de baile. El roce de su cuerpo contra el mío, el aroma que tengo metido en la cabeza, la vista de su escote... No entiendo qué me pasa con ella ¿A qué se debe ese sentido de territorialidad que tengo?

Nos movemos al ritmo de la canción.

*“Tengo un corazón
mutilado de esperanza y de razón
tengo un corazón que madruga donde quiera jay!
Y este corazón
se desnuda de impaciencia ante tu voz,
pobre corazón
que no atrapa su cordura...”*

Mi mano se pasea por su espalda de arriba a abajo. Me coge, se da la vuelta y roza mi

erección con su trasero mientras baila.

—Espero que estés dispuesta a asumir las consecuencias de esto. Sonríe y seguimos bailando hasta que se acaba, demasiado pronto, la canción.

Coge mi mano y me conduce hacia la mesa.

—Estoy sedienta.

—¿Crees que podríamos irnos ya a la cama?

—Puedes ir yendo tú si quieres.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero —se para y me mira.

—No quiero ser tu amante —nos quedamos los dos en medio de la pista de baile.

—No sé qué decir a eso.

—Respuesta incorrecta —suspira Daniela.

—¿Mark? —nos damos los dos la vuelta y maldigo mentalmente mi suerte al ver a Andrea—. ¿Cómo tú por aquí? Creí entender cuando nos vimos ayer que hoy no saldrías.

—En un principio era mi intención —veo a Daniela dar un paso atrás.

—Bueno, pues ya que estás aquí podríamos acabar lo que empezamos ayer.

La miro de reojo, percibo cómo se va alejando de mí.

—Lo siento, Andrea, es un poco tarde. Mañana tengo que viajar.

—Bueno, pero una canción no me podrás negar ¿no? —me pone morritos y se pega a mí. Es más alta que Daniela y no tiene la calidez de su cuerpo. Me giro buscándola pero ya no está a mi lado, ni tampoco la veo en la mesa. Me dejo guiar a la pista de baile pensando que quizá la encuentre allí. Pero no.

—¿Has venido solo o te acompañan tu hermano y César?

—He venido con César.

—¡Estupendo! mis amigas están en la barra, podríamos presentárselas a César.

—Hoy no. Ya te he dicho que debo irme —intento por todos los medios mantener las distancias. Ya se ha acabado la canción y sigo sin verla.

—¿Ese de ahí es César? —me giro y lo veo.

—Sí.

—Pues no pierde el tiempo. Las hay que son rápidas.

—Ha venido con ella. Lo siento pero tengo que hablar un momento con ellos —la dejo allí y los interrumpo.

—¿Dónde está Daniela?

—Tú sabrás. ¡Ah no! Perdona... que la has dejado plantada para bailar con ese bicho palo...

—¿Os viene de familia no?

—¿Lo de la lengua viperina? Si. Entre otras cosas.

—¿Lo sabes o no lo sabes?

—Lo sé. Está con un tal Usnavy.

—¿Y quién coño es Usnavy?! —nos retamos con la mirada y finalmente es César el que intercede.

—Está en el privado que hay arriba.

—¿Aquí hay privados?

—Yo tampoco lo sabía pero parece ser que sí —comenta César.

Localizo las escaleras y me encamino hacia allí. Estoy a punto de subir cuando la veo bajar acompañada por el musculitos de antes.

—Te he estado buscando.

—Qué pérdida de tiempo... —pasa por mi lado y el tal Usnavy la coge por la cintura.

—¿Dónde crees que vas? —la cojo del brazo.

—A casa, es muy tarde.

—¿Piensas acostarte con él?

—¡Esto es el colmo...! ¡A ti no te importa! Pero para que quede claro no voy acostándome por ahí con tíos que conozco de una noche.

—Conmigo lo hiciste.

—...Capullo.

—Lo haces por lo que ha pasado antes.

—Mira esto —se gira, mira al cubano y le pregunta—. Si esa chica de allí se acercara a ti ahora mismo y te dijera que fueras a bailar con ella, ¿qué le dirías?

—Que no mi *amol*, que estoy *ahorita* contigo, mi reina.

—Y no me conoce, no trabaja conmigo y no me he acostado con él.

—¿A tu italiano le parecerá bien que te vayas con otro?

—Igual de bien que si me fuera contigo. No quieres nada conmigo, pero tampoco que lo tenga con otro. Pero tú sí que puedes hacer lo que te dé la gana. Pues que te quede claro que yo también.

Y se marcha con él.

Capítulo 19

Daniela

—Gracias por acompañarme hasta el taxi, Usnavy. Eres un encanto.

—De nada, mi reina. Ya sabes, si te apetece volver a bailar salsa aquí nos tienes a Denis y a mí. No te olvides de darle recuerdos a Jairo para cuando vayas a Los Ángeles.

—Lo haré, si no en persona, en cuanto hable con él. Me lo he pasado muy bien.

—¿Pese al tipo ese que te salió *como el perro que tumbó la olla*?

—Sí, aun así me lo he pasado bien.

—No deberías darle cancha mi *amol*, ese es una llama.

—¿Una llama?

—En Cuba decimos que un tipo o una tipa “es una llama” cuando se la pasa de diversión en diversión y es un pícaro. Ándate con ojo, niña. Y recuerda que si al final te falla, aquí me tienes para el *vacilón* y lo que tú quieras, mi reina.

Le beso en la mejilla y me subo al taxi. Tendría que haber vuelto a casa después de cenar, pero cuando Cleo ha sugerido venir no he podido resistir conocer a los amigos de Jairo, nuestro amigo y profesor de baile. Él fue quien nos recomendó cuando viniéramos a Madrid visitar el Celia Cruz Club y que preguntáramos por Usnavy y Denis.

Mando un mensaje a Cleo:

“Estoy en el taxi. Me voy a casa, como supondrás, sola. Si no nos vemos, como mañana vuelo temprano, te llamaré cuando esté en Barcelona. Pórtate bien y ya me cuentas. Un beso.”

De vuelta al apartamento pienso en lo caprichosa que es la vida.

Tenía que ser César la cita de Cleo y venir Mark a acompañarlo. La idea de sacar un clavo con otro no ha funcionado. La cuestión está en que no debería haber dejado que se me clavara.

Cuando llego a casa me quito la ropa, me desmaquillo y me meto en la cama. Dejo el móvil sobre la mesilla de noche, cuando voy a apagar la luz recibo un mensaje. Es Cleo.

“Supongo que ya estarás en casa. No sé si iré a dormir, espero que no. Tú me entiendes... Sabemos “todos” que no te has ido con Usnavy porque lo hemos visto entrar, solo, al poco de irte. A este Superman le voy a dar yo la criptonita que necesita... Bueno, descansa y pórtate mal en Barcelona. Hablamos cuando vuelvas. Besos.”

Ahora sí, apago la luz, estoy agotada son casi las tres de la mañana. No quiero ni pensar en cuanto me levante, solo faltan cuatro horas. Me pongo de lado, abrazo la almohada y voy cogiendo la postura cuando el móvil me desvela. Otro mensaje. Voy a matar a Cleo.

“Parece que al final has tenido sentido común. Espero que ya estés en la cama... por desgracia para ti y para mí, sola. La conversación de esta noche no ha acabado. He estado pensando y tenemos que hablar, no podemos posponerlo más. A las ocho en punto estaré en tu casa. No se te ocurra irte al aeropuerto sin mí.

(Piensa que ahora podría haber estado contigo)

Mark.”

Vale y ahora quién duerme... Claro que podría haber estado conmigo. No voy a pensar en lo que podría haber pasado porque me pongo mala. Qué más tenemos que hablar...

Un pequeño aleteo de mariposas en mi estómago, un atisbo de ilusión. Igual no quiere que sea una más. Sé que le molesta que otros me rondan, no hay que ser muy lista para darse cuenta. Puede que Cleo tenga razón al final de todo. ¿Y si el viaje a Barcelona sirve para establecer una tregua y sentar las bases de una posible relación? Es la primera vez que me ilusiona estar en serio con alguien. No sé cómo lo hace, pero me siento especial cuando me mira, me habla, me toca... En noches como la de hoy se comporta como si fuera la mujer más deseable del mundo y no le gustara que compartiera mi presencia con nadie más, como si quisiera mi exclusividad. Puede sonar primitivo, hasta yo misma me cuestiono hasta qué punto puede ser machista. Pero me hace sentir especial, valiosa y por primera vez en mi vida, hermosa.

Hace cinco minutos que he cerrado los ojos... ¿cómo es posible que suene el despertador? Pero sí, es hora de levantarse. Me caigo de sueño, pero tengo esa adrenalina extra que recorre mi cuerpo desde el mensaje de hace apenas una hora, que me impulsa a moverme.

Me ducho con agua casi fría para despejarme, me seco el pelo y me lo plancho. Maquillaje, pantalones pitillo verde esperanza... y blusa sin mangas blanca. Americana amarilla, bailarinas en el mismo tono y complementos en verde. ¡Olé! son las siete y media y parezco fresca como una rosa. Dejo la maleta de viaje, el portátil y el portadocumentos en la puerta. Café con leche en la barra *office* de la cocina y *It's a beautiful day* de Michael Bublé de fondo. ¡Viva el buen rollo!

A los cinco minutos suena el portero y Félix me informa que Mark está abajo esperándome. Las ocho en punto. El café con leche y las maripositas van dando saltos en mi estómago. En la entrada cojo todos los bártulos. Cuando voy a abrir reparo en el bolso de Cleo y sus llaves sobre la mesa de la entrada. Está en casa... lo vuelvo a dejar todo en su sitio y pienso en ir a su habitación para despedirme. Suena el móvil, un mensaje:

“No me hagas subir a buscarte. Llegaríamos tarde.”

El espejo de la entrada me devuelve una sonrisa bobalicona que me avergüenza. Cuando llegue a Barcelona la llamo. No voy a despertarla ahora.

Cuando llego abajo Félix me ayuda con las maletas. Salgo y lo veo. Ahí está, apoyado en un deportivo negro, pantalones vaqueros oscuros, camisa a cuadros en rojo, chaqueta de piel y gafas de sol. Seguro que solo mirarle ya es pecado.

Me pongo las gafas de sol y me acerco al coche.

—Buenos días, Daniela.

—Buenos días —me abre la puerta del coche y entro. Huele a él. Cuando se sienta a mi lado me observa mientras pone el coche en marcha.

—Puedes poner música si quieres.

—No estoy segura —sonríe abiertamente y se incorpora a la circulación.

—¿Has descansado?

—Poco —prácticamente nada... Pensando en ti ya tenía suficiente.

—Yo también, pero aún así es más de lo que me hubiera gustado.

—¿No querías dormir?

—Daniela, a veces dudo si realmente eres tan inocente como aparentas o te gusta tomarme el pelo.

—Un poco de cada cosa. Según me convenga.

Se ríe y lo deja ahí, no hace ningún comentario más al respecto y pone música

—¿Vas a dejar el coche en el aeropuerto?

—No. Mi hermano Alan vendrá a recogerlo más tarde.

—¿Cuántos años tiene Alan?

—Tiene treinta y dos. Nos llevamos cuatro años.

—¿Habéis trabajado siempre juntos?

—Cuando Alan acabó los estudios empezó en la empresa.

—¿Estáis muy unidos?

—Pues sí. Bastante, a veces tengo ganas de matarlo pero supongo que es lo normal entre hermanos.

—¿No tenéis más hermanos o hermanas?

—Que yo sepa no. ¿Qué has desayunado hoy?

—Café con leche. ¿Por?

—Porque estás muy preguntona.

—¿Te molesta?

—Eso es otra pregunta.

—O sea, sí —lo que yo pensaba, celoso de su intimidad.

—Vamos a cambiar los papeles. Yo pregunto y tú respondes.

—Vale.

—¿Así de fácil?

—¿Me estás llamando fácil? —intento parecer ofendida.

—Te puedo asegurar que no lo eres.

—Entonces pregunta —consiento feliz de mantener una conversación normal con él.

—¿Quién es Usnavy?

—El cubano con el que bailé ayer.

—Dime algo que no sepa.

—Entonces tendré que volver a quedar con él para que me cuente cosas.

—Muy graciosa. Ya hablaremos de eso cuando hayamos terminado en el Resort.

Otra vez las mariposas en mi estómago...

—¿Qué clase de nombre es Usnavy? —dice Mark centrado en la carretera.

—Es una historia interesante. La madre de Usnavy se quedó embarazada de un supuesto militar estadounidense que la abandonó en cuanto dejó la isla. Usnavy opina que era un militar americano que quería probar el *producto local*, pero su madre se quedó bastante colgada de él y le puso a su hijo el nombre que venía en una cadena que le regaló: U.S. NAVY.

—Te lo estás inventando. No puede ser verdad.

—Que no, que no. Te lo prometo. Me lo contó él mismo ayer cuando le pregunté por su nombre.

—¿De verdad te ibas con él?

Tardo un poco en contestar.

—¿Te querías ir tú con la rubia? ¿Lo hiciste?

—No.

—Yo tampoco lo habría hecho.

Sonríe satisfecho, por suerte llegamos al aeropuerto y aparcamos. Insiste en llevar mi maleta hasta el mostrador de facturación de *Business Class*. De allí nos pasan a la sala VIP y esperamos a la hora de embarque.

Dos horas después aterrizamos en Barcelona. Estoy de los nervios, no estoy acostumbrada a tener conversaciones banales con él. No es que no me interese cómo se confeccionan los horarios de los trabajadores en la temporada alta, ni las contrataciones que se necesitan de más... es que he estado todo el rato esperando a que sacara “el tema”, pero parece ser que no es el momento. Puede que tenga razón, pero para mí desde lo vi esta mañana todos los momentos son buenos.

—Sé lo que estás esperando, pero tendrás que aguantar a esta noche después de la cena — vale, el tic de mi pierna me delata. Uf, que calor... después de la cena puedo esperar muchas cosas y algunas en la cama. ¡Madre mía, ni yo misma me reconozco! Un momento... —¿Tenemos una cena? ¿Con quién?

—Tú y yo.

¡Sí! Solo me falta aplaudir y dar saltitos de alegría.

Un coche de la empresa nos espera a la salida de la terminal y vamos directos al Resort. En cuanto llegamos, el director del hotel Arnau Estellés y la gerente Laia Roig, nos reciben en la puerta. Suben mis maletas a la suite y vamos directos al despacho de Estellés.

Nuestra presencia aquí es para dar la cara ante los empleados y los clientes más que nada. Todos los asuntos legales y las decisiones importantes ya las tomamos en Madrid. Les informamos de los cambios previstos en cuanto a proveedores y de las campañas a través de las redes sociales para cortar la mala publicidad y promocionar el Resort.

Sobre las dos de la tarde bajamos al restaurante. Está bastante lleno, y pese a encontrarnos a finales de mayo hay muchas familias con niños y parejas de escapada de fin de semana. Tenemos una de las mejores mesas y nos sirven un menú degustación con los platos típicos de la zona y exquisiteces de la carta. Está todo buenísimo y le transmitimos nuestras felicitaciones al personal de cocina.

A las cuatro Arnau y Laia se retiran. Mark y yo nos quedamos solos.

—Deberías subir a descansar. No es que hayas dormido mucho —me mira fijamente.

—Sí. Descansaré un rato. Más tarde daré una vuelta por las instalaciones y me pasaré por el spa.

—Mientras yo no esté cualquier cosa que necesites pídesela directamente a Arnau o a Laia.

—No te preocupes, estaré bien.

Odio los silencios. Me sigue mirando, puedo perderme en el azul de sus ojos y ser incapaz de encontrar lo que está pensando.

—Te recogeré a las nueve. Vístete cómoda, no tenemos que ir muy arreglados. Y ponte pantalones.

—¿Dónde vamos?

—No seas impaciente —se levanta y yo hago lo mismo—. Te acompaño a los ascensores.

Salgo delante de él y caminamos en silencio. Soy consciente de que su presencia no pasa desapercibida para ninguna de las mujeres de recepción, trabajadoras o clientas. Todas quedan al momento cautivas de su presencia. Me gustaría cogerlo, acercarlo a mí y dejarles claro que es mío. Pero de momento no lo es.

—¿No te molesta que te observen todas las mujeres allá donde vayas?

Me mira como si no me entendiera y pasea sus ojos por el hall.

—¿A ti te importa?

—¿Que te miren? No me importa lo más mínimo —miento.

—No que se fijan en mí, sino en ti. Cada uno de los hombres con los que nos hemos cruzado en el hotel te ha repasado de arriba abajo y alguno que otro ha estado más de lo debido mirándote.

—No es verdad.

Sacude negando con la cabeza y me conduce a los ascensores. Mientras esperamos, la escena me recuerda a la primera vez que nos acostamos. Los dos de pie esperando el ascensor y él paseando su mano por mi espalda.

—Yo también me acuerdo... Te voy a dejar aquí Daniela. A las nueve te espero en recepción.

Adivina mis pensamientos porque me habla con voz ronca. Se da la vuelta y desaparece por la puerta del hotel. Subo sola en el ascensor.

Mi habitación es enorme, la decoración me encanta. Predominan los tonos en blanco y crudo. Flores naturales por aquí y por allá. Cortinas en organza sobre ventanas de madera en blanco también. Las vistas son increíbles, se ve el mar. Lo he echado mucho de menos. En Los Ángeles me encantaba salir a pasear por las tardes por la playa. Aprovecharé mi estancia aquí para hacer lo mismo.

Del comedor de la suite paso a la habitación. En cuanto entro veo una cama tamaño *king size* de madera en blanco con un dosel de líneas rectas, que preside la estancia. Todo tiene un aire romántico que hace que estar sola parezca un desperdicio. El baño tiene bañera redonda de hidromasaje y ducha. Me apunto mentalmente tomar un baño relajante.

Me quito la ropa y llamo a Cleo, estoy un poco preocupada, tendría que haber entrado a verla antes de irme. Al cuarto tono lo coge:

—¿Cómo va, Ela?

—Bien, ahora estoy descansando en la habitación. ¿Y tú? Cuéntame.

—No hay mucho que contar. Nos enrollamos y cuando creía que ya tenía el *pescao vendío*... me dice que no puede, que tenemos que esperar un poco.

—O sea, que lo has mandado a tomar viento fresco.

—¡Ni hablar! Y menos ahora que sé lo que sé.

—No entiendo nada.

—No puede acostarse conmigo ni con nadie porque hizo una apuesta con sus amigos a que no era capaz de pasar un mes sin tener relaciones sexuales.

—Menuda estupidez de apuesta.

—Pues sí, pero no voy a desperdiciar el reto. Y en el caso de que aguante todo el mes, ¿te imaginas lo que será hacerlo con él después de haber estado todo el tiempo calentándolo?

—Tú sabrás, Macarena, tú sabrás...

—No me llames Macarena. Cada vez que lo haces me recuerdas a mi madre cuando me reñía de *chica*... ¿Y Superman?

—Pues se queda en casa de su madre. Esta noche hemos quedado para cenar, quiere hablar conmigo.

—Mmm seguro que no solo hablar.

—Eso espero...

—¡Prima! quién te ha visto y quién te ve... Pásatelo bien, te lo mereces.

—Mañana te cuento. Sé buena.

—Y tú mala.

Nos despedimos, pongo la alarma del móvil y me dejo caer en la cama. Al momento el sueño

me vence y descanso placenteramente.

El resto de la tarde la paso en el spa, entre baños, saunas y masajes. Sobre las nueve ya estoy lista. Pantalón de lino en blanco, blusa estampada de flores en rosa y malva atada a la cintura, chaqueta de punto rosa y sandalias de cuña blancas. Me dejo el pelo suelto y ondulado, me rindo, no puedo dominarlo con la humedad. Estoy más que nerviosa pero lo llevo bien.

Al llegar a recepción está esperándome apoyado en el mostrador hablando animadamente con la recepcionista. Mal empezamos.

No sé si acercarme o no... así que me mantengo a cierta distancia esperando a que se de cuenta de mi presencia. Mira el reloj y se gira hacia los ascensores. Entonces me ve. Se despide de la recepcionista y llega a mí.

—¿Por qué no te has acercado? Te estaba esperando.

—No sabía si interrumpía.

—En todo caso, sería ella la que nos molestaría a nosotros.

Vale, después de todo la cosa no va tan mal. Sonrío y me devuelve el gesto. Me coge de la mano y salimos del hotel. Busco con la mirada el coche pero no hay ninguno en la puerta.

—No vamos a ir con coche —me aclara al ver mi gesto.

—¿Vamos a pie?

Tira de mí y me señala una moto enorme,

—Vamos en ella. Siempre que vengo a Barcelona la uso para moverme de aquí para allá. Me resulta más cómodo y rápido que el coche. ¿No te gusta?

Estoy emocionada y asustada a partes iguales. Siempre he pensado que me gustaría ir de paquete en una moto, pero nunca lo he hecho.

—Sí, me encanta. Es solo que, bueno, nunca he subido en una. Tengo un poco de respeto.

Me mira extrañado.

—¿Nunca has subido en una moto? ¿Ni de adolescente?

—No. No tuve una adolescencia muy normal.

—Pues me encanta ser el primero —me pasa una chaqueta de cuero negra—. Es de Alan pónitela que hace frío —me tiende la mano—. Sube nena, que te llevo.

Una mirada pícara y una sonrisa de medio lado me desarman. Me pasa el casco y me ayuda a acomodarme. Por el casco nos comunicamos, me cojo tímidamente a su espalda, me sujeta las manos y las ciñe a su cintura.

—Abrazame fuerte, no tengas miedo y disfruta.

—Eso depende exclusivamente de ti.

—No sabes cómo me alegra oír eso.

Acelera y emprendemos la carretera de la costa. A los cinco minutos decido que me encanta ir en moto. Percibo perfectamente todas las sensaciones que me rodean, me siento desprotegida y al mismo tiempo eufórica. Todo se vive más intensamente.

—¿Cómo vas? ya estamos cerca.

—¿Tan pronto?

—Si te ha gustado prometo darte una vuelta mañana. A la luz del día.

—Me encantaría.

A los pocos minutos llegamos a una carretera secundaria y avanzamos unos cuantos kilómetros más. No parece muy transitada. Nos detenemos en una explanada detrás de unos montículos de arena. Me ayuda a bajar y él hace lo mismo. Coge los cascos, me toma de la mano y por un camino de madera me conduce a la playa. En medio hay un restaurante. Al llegar un camarero nos espera,

reconoce a Mark al instante, él le da los cascos y nos acompaña a nuestra mesa. Para llegar hasta ella debemos seguir por los tablones de madera hasta una pequeña cubierta con techo de paja y cortinas de gasa. Cada mesa tiene su propio reservado. El sonido, el olor del mar, las velas y la compañía son perfectas.

—Este sitio es precioso.

—Sabía que te gustaría. Por cierto, mi madre insiste en invitarte mañana a comer a casa. Si no te apetece puedes decírmelo, no te preocupes.

Me pone un poco nerviosa, pero al mismo tiempo tengo curiosidad por saber más cosas sobre él.

—Dile que estaré encantada.

El resto de la cena transcurre entre miradas, sonrisas e insinuaciones. Degustamos marisco y carne hecha a la brasa con hierbas. Por fin después del postre se decide a hablar del tema que llevo horas esperando.

Acaricio con mis dedos arriba y abajo mi copa de Martini. Siento el pulso en los oídos.

—A estas alturas es mejor que no nos andemos con rodeos —se baña los labios con la copa de ron añejo sin pestañear, ni apartar sus ojos de mí—. No soporto que otro que no sea yo te ponga las manos encima. Y si me apuras te diré que tampoco me hace mucha gracia que te miren. Cuando estoy contigo me adula y al mismo tiempo me preocupa porque no tengo la certeza de que eres mía. No estoy muy familiarizado con tener que asegurarme que solo quieras estar conmigo. Nunca lo he necesitado... Hasta ahora.

Sigo en silencio a la espera, con la ilusión de escuchar lo que quiero oír y la certeza de que no me va a ofrecer lo que necesito.

—Por regla general nunca he querido la exclusividad de mis amantes y por supuesto mucho menos les he ofrecido la mía. Estoy dispuesto a cambiar eso por ti.

Reúno el valor suficiente para preguntar en voz baja, atenazada por los nervios que retuercen mis entrañas.

—¿Qué me estás pidiendo exactamente?

—No te estoy dando una declaración de amor, Daniela. No quiero una relación sentimental. Quiero que tengamos una relación sexual, exclusiva, sin terceras personas. Pero nada romántico.

Si en este momento me hubieran apuñalado no me sentiría peor. Mi cabeza da vueltas y de pronto el lugar no me parece apropiado, la brisa del mar me molesta y el ruido de las olas me aturde.

—Que nos gustamos y nos atraemos no es una novedad. Simplemente ponemos algunas condiciones para la tranquilidad de ambos —hace una pausa—. Daniela, mírame, dime lo que piensas.

—La respuesta es no.

Mark

“La respuesta es no”. Lo repito mentalmente. Ha bajado la mirada hacia la mesa. No estoy dispuesto a perder la oportunidad. No me voy a rendir tan fácilmente.

—Te estoy ofreciendo más de lo que le he ofrecido nunca a nadie.

—Es todo un honor.

—No seas sarcástica, ahora no.

—Para ti sigo siendo como las demás.

—Si fueras como ellas no te ofrecería lo que te estoy dando.

—¿Y qué es? Sexo. Igual que con ellas. No puedo hacerlo. Y créeme, de verdad que lo siento.

—¿Por qué no puedes? Más bien será que no quieres.

—Ni quiero, ni puedo, ni debo. Ya te dije que no quería ser tu amante.

—No quieres ser amante de nadie, ¿o solo es porque soy yo?

—Eres el primero que me lo propone. Si quisiera aceptar tener una relación sexual con alguien, sería contigo. Pero creo que me merezco algo más.

—Un príncipe azul —no puedo evitar la ironía en mi voz.

—Alguien que me valore y quiera compartir conmigo todos y cada uno de los momentos y lugares del día. No solo la cama.

—No quiero una relación sentimental, Daniela, no creo en el amor.

—¿Nunca te has enamorado?

—No. No sé lo que es, ni quiero saberlo. Para mí tener una relación formal y casarse es sinónimo de doblegar la personalidad y estar a merced del otro.

—Si no lo has sentido nunca no lo puedes saber.

—¿Y tú sabes lo que es?

—Querer, es querer. Lo mismo da que sea un amigo, un padre, un hijo... Cuando quieres a alguien te preocupas por él. Sí, haces cosas que a lo mejor nunca se te habrían pasado por la cabeza y renuncias a partes de ti. Pero no te arrepientes ni te lo cuestionas porque ver feliz a la otra persona te hace serlo a ti también.

Escuchándola me viene a la mente la conversación que tuvimos David Lane y yo en mi despacho. “Daniela no separa, nunca lo ha hecho, su corazón y sus emociones de nada de lo que hace”. Cómo he sido tan estúpido de pensar que ella aceptaría algo así.

—A veces se me olvida que aún eres joven. Todavía no tienes la suficiente experiencia.

—Que sea joven no quiere decir que no sepa lo que quiero. Lo quiero todo, el paquete completo. Duradero, basado en la confianza, la sinceridad, el respeto, la admiración y los sentimientos.

La observo mientras bebo de mi copa. Sé que está nerviosa, no ha parado de rodar su copa entre los dedos. El silencio se adueña de nosotros, solo las olas del mar nos acompañan.

—¿Dónde viven tus padres?

Así que ahora jugamos a eso, a cambiar de tema. De momento voy a darle un respiro pero todavía no he dicho mi última palabra.

—Mi madre vive en una urbanización cerca de Barcelona, en Alella. Mi padre murió.

—Lo siento...

—No lo sientas. Estamos bien.

Veo que entrecierra los ojos y tiene dudas.

—¿Vivíais allí cuando erais pequeños?

Chica lista, otra seguiría preguntando por mi padre.

—No. Le compré la casa a mi madre hace unos años, cuando la empresa empezó a ir bien.

—Tu madre debe echaros mucho de menos a Alan y a ti.

—Pues sí, pero le gusta demasiado vivir aquí en la costa como para trasladarse a Madrid.

—No me extraña, esto es precioso. ¿Siempre que vienes te quedas con ella o tienes algún lugar para ti?

—Tengo una casa en la playa. Al lado del primer hotel que construimos. Hay un bosque a sus espaldas y por delante unas escaleras que bajan a una cala privada.

—Tu refugio.

—Sí. Es mi lugar para pensar. Vengo en vacaciones o cuando tengo más de dos días, para poder disfrutar y aislarme.

—Yo hago lo mismo. Bueno, lo hacía... en Los Ángeles. Tenemos una casa de montaña en Aspen. Cuando necesitaba estar sola, volaba a allí. A veces iba con Álex, pero otras lo hacía sola, para esquiar, pasear o simplemente leer en la casa.

—¿Tú sola en medio de la montaña?

—Bueno, no estoy exactamente sola. El matrimonio que cuida la casa durante todo el año vive dentro de la propiedad, no muy lejos.

—¿No tengo ninguna posibilidad de que te lo pienses verdad?

Ya hemos jugado bastante al despiste. Tarda un poco en contestar, veo como se tensa otra vez y me habla en voz baja.

—No puedo hacerlo, Mark.

Aprieto la mandíbula, no me puedo creer que esto se acabe así.

—Respeto, pero ni comparto ni me gusta tu decisión.

Llamo al camarero, pago la cuenta y nos dirigimos al hotel. Estamos los dos muy callados. He tenido un fallo de estrategia, pensé que siendo directo y sincero facilitaría las cosas. Pero no, tendría que haber tenido más tacto. He dado un paso en falso y ahora no hay vuelta atrás.

Al llegar, aparco y la acompaño hasta los ascensores. No queda casi nadie en la recepción. Evita mi mirada desde que salimos de la playa. En mi cabeza solo ronda la idea de que no la voy a volver a tener.

Me planto delante de las puertas del ascensor, le levanto la barbilla y apoyo mi frente en la suya.

—Regálame esta noche, Ela. Como despedida.

Veo la duda en sus ojos, las puertas se abren, pasa por mi lado y entra. Me quedo fuera, esperando a que desaparezca, decepcionado, excitado, y herido en mi orgullo. Nunca me habían dicho que no y ella me ha rechazado ya dos veces.

—Te estoy esperando.

No lo dudo ni un segundo, aprieto el botón, entro, la empujo al fondo del ascensor y me adueño de su boca, la lamo, la muerdo y me paseo por toda ella. No dejo ningún sitio por explorar. Mientras, mis brazos la rodean intentando no dejar ni un resquicio de aire entre nuestros cuerpos. Necesito que desaparezca esta sensación de pérdida.

Daniela

Llevo la ropa puesta pero me siento desnuda ante sus caricias y sus besos. Me agarro a él como si de ello dependiera mi vida. Nunca he sentido esta pasión ni he tenido esta sensación de perder la cabeza que Mark provoca en mí.

Estoy empezando a marearme, me cuesta respirar y las piernas no me sujetan. Afloja un poco su abrazo y se separa poco a poco de mí. Me mira con los ojos entrecerrados, nunca sé lo que piensa, no tengo ni idea de lo que le pasa por la cabeza.

Da un paso atrás, aprieta el botón de detenida y saca su móvil del bolsillo. Mientras marca, con la otra mano me acaricia el cuello.

—¿Arnau? Estoy en el ascensor del hotel. Necesito que desconectes las cámaras de seguridad y no lo pongas en marcha hasta que yo lo desbloquee.

Creo que nunca he abierto los ojos tanto como en este momento.

—Esperaré —le espeta mientras me mira fijamente y sigue con sus caricias. Baja su mano por mi espalda y juguetea con la cinturilla de mi pantalón. Al llegar a la parte de delante, desabrocha el botón.

—De acuerdo, gracias. Lo sé, no esperaba menos de ti.

Y cuelga.

No pensará en serio que lo hagamos en el ascensor...

Se acerca lentamente a mí y me besa debajo de la oreja, al mismo tiempo abre los botones de mi blusa y me roza los pezones sutilmente con sus dedos. Contengo la respiración y un escalofrío de excitación recorre mi espalda. Desciende lentamente dejando un rastro de besos húmedos a lo largo de mi cuello, entre los pechos, las costillas... Hasta llegar al ombligo. Se arrodilla en el suelo y me atrae hacia él con un suave tirón de sus manos en mi trasero.

Restriega sus labios y su nariz sobre la cremallera de mi pantalón. Su pelo me hace cosquillas y se lo acaricio. Se separa un poco de mí, y poco a poco desliza los pantalones por mis piernas hasta el suelo.

Me descalza y aparta los zapatos a un lado. Vuelve a acercar su boca a mi sexo, noto su aliento húmedo y caliente a través de mi ropa interior. Las huellas de mi excitación se abren paso y humedecen mis bragas.

Con los pulgares me las quita y me separa las piernas. Con un dedo repasa el corazón de mi pubis y poco a poco lo desliza dentro de mis pliegues, sin apartar la vista de mis ojos. Me arqueo y levanto la cabeza hacia el techo del ascensor.

—Mírame, Ela. Quiero memorizar cada momento, cada mirada y cada expresión tuya mientras te llevo al orgasmo.

Bajo la vista de inmediato y la fijo en el azul de sus ojos que brillan de excitación.

Se levanta sin apartar su mano de mi sexo, sin dejar de torturarme, me muerde los pezones a través del encaje de mi sujetador blanco. Mi cuerpo se mueve instintivamente sobre su mano y los jadeos escapan de mi boca.

—Desabróchame el pantalón, cariño —casi me suplica.

Me susurra al oído mientras me muerde el lóbulo de la oreja. Torpemente voy liberando botón

a botón la presión que albergan. Tanteo a través de su bóxer su impresionante erección. Meto dentro la mano y lo acaricio de arriba a abajo. Un sonido gutural escapa de su boca y me besa con la misma pasión que cuando entramos. Enreda sus manos en mi pelo y tira de él mientras me devora. Mis manos siguen dentro de su ropa interior. Me encanta excitarlo, me siento poderosa. Lo sigo torturando con una mano y con la otra le voy bajando la ropa interior.

—Sujétate a mí. Cógete a mi cuello.

Le hago caso, aún hipnotizada por sus ojos.

Posa una mano a cada lado de mis muslos, con un movimiento sorprendentemente ágil me levanta y enredo las piernas en sus caderas. La punta de su sexo acaricia la entrada a mi cuerpo, a mi gozo. Con el mismo movimiento certero me penetra de una firme y placentera estocada. Intento moverme, pero presionada contra la pared del ascensor y sin puntos de apoyo no puedo.

—No te muevas —sisea frente a mi boca—. Déjame a mí.

Se retira despacio y vuelve a penetrarme de un empujón. Repite su tortura unas cuantas veces más, hasta que de mi boca sale una súplica desesperada.

—Por favor, necesito...

—¿Qué necesitas? Dímelo.

No para de atormentarme en ningún momento.

—Necesito más. Más fuerte, más rápido...

Como si lo hubiera estado esperando y fuera una liberación para él, se hunde más dentro de mí, empieza a mover sus caderas con movimientos circulares rozando el lugar exacto en el momento preciso. Se acelera igual que mi orgasmo. Gotas de sudor resbalan por mi cuerpo, entre mis pechos y por su frente. Me siento completamente llena de él, en cuerpo y alma.

El orgasmo estalla entre los dos, los suspiros de satisfacción y los jadeos resuenan en el limitado espacio del ascensor. Sin soltarme apoya la cabeza en el hueco de mi cuello, lame y me besa las gotas de sudor. Poco a poco se retira y me deposita en el suelo. Me sujeta al instante cuando nota que mis piernas no me sostienen. Permanecemos abrazados unos minutos mientras nos recuperamos.

Me deja apoyada en la pared del ascensor, se sube los pantalones e igual que me ha quitado la ropa, me vuelve a vestir con la misma paciencia.

Me abrocho los pantalones, la blusa y me pongo los zapatos. Mientras lo hago me pregunto si ahora volverá a su casa.

—¿Estamos bien? —me acaricia la mejilla con el pulgar—. Ni pienses que me voy a ir. Te he pedido una noche, Ela, entera.

Levanto la cabeza y asiento.

Saca el móvil del bolsillo para llamar a Arnau. Al momento aprieta el botón y subimos a mi habitación cogidos de la mano.

Sé que es un error, que no debería pasar, pero no me he podido resistir a esta última vez. Mientras nos besábamos y nos abrazábamos en el ascensor he tenido la certeza de que es demasiado tarde. La decepción que he sentido con su propuesta no ha hecho más que afianzar mis sentimientos.

Estoy asustada, tengo la sensación de perder algo insustituible en mi vida. No deja de ser curioso, porque nunca ha sido mío.

Llegamos a la puerta, la abro y entramos.

—¿Te gusta la habitación? —me coge por la cintura desde atrás y me abraza.

—Me encanta.

—Sabía que te gustaría. Vamos a probar la bañera de hidromasaje.

Me suelta y se va directo al cuarto de baño, como si estuviera en su casa. Prácticamente es así, este es su hotel, lo debe conocer perfectamente.

Sigo de pie en la entrada, frente a la enorme cama cuando sale del baño, sin camisa, zapatos ni calcetines y en pantalón vaquero. Me quedo observando el dibujo de sus abdominales mientras se acerca a mí. Me tiende la mano y me conduce dentro del cuarto de baño. El vapor del agua caliente flota por toda la estancia. Me da la vuelta y por segunda vez esta noche me desabrocha la blusa. Mientras lo hace, le acaricio los brazos, me siento incapaz de dejar de tocarlo. Desabrocha el sujetador y lo deja caer al suelo. Mis pezones vuelven a erguirse bajo su mirada, los acaricia superficialmente, y aún así, lo siento como si me quemara. Me desnuda por completo y me ayuda a entrar en la bañera. El agua caliente y el jabón me envuelven. Lo observo mientras termina de desnudarse. Es espectacular, todas y cada una de las partes de su cuerpo. Perfecto. Nunca he tenido la oportunidad de admirarlo sin ropa, siempre hemos estado demasiado “ocupados” para poder fijarme. Hoy lo hago, por primera y última vez...

—Si me sigues mirando así, no vas a tener el baño relajante que te he preparado.

Me sonrojo por el descaro con el que he estado mirándolo. Sonríe, entra y se acomoda detrás de mí. Apoyo mi espalda en su pecho y comienza a masajearme los hombros. Cierro los ojos y le dejo hacer. De los hombros desciende hasta mis pechos, se entretiene en ellos y noto a mi espalda la muestra de su excitación. Ladeo la cabeza, le beso en la mandíbula y en el cuello.

—Es la segunda vez que no usamos precaución —me dice en voz baja.

Me tenso al momento pero a él parece no preocuparle el tema. Sigue sus caricias eróticas hacia mi sexo.

—No tienes que preocuparte. Tomo la píldora —asiente con la cabeza.

—Tú tampoco, nunca jamás he tenido relaciones sexuales sin protección. Menos contigo. No me arrepiento, te he sentido piel con piel. Cada centímetro de tu cuerpo.

Me doy la vuelta y lo miro fijamente. Cómo es posible que sus palabras tengan el poder de elevarme hasta el cielo y otras veces dejarme caer en el infierno. Hasta ese punto es importante para mí. De pronto tengo la necesidad de hacer que su noche también sea inolvidable. Ahora me toca a mí. Tomo la iniciativa, me acerco y lo beso. Un beso tierno y erótico a la vez, repaso con mi lengua su labio inferior, lo muerdo y tiro suavemente de él. Igual que hice la primera noche.

Intenta cogerme pero me aparto.

—Ahora me toca a mí. Mando yo.

Levanta las manos a modo de rendición y me deja a mi aire. Lo beso y lo acaricio intentando memorizar cada parte de su cuerpo. Quiero inmortalizar cada detalle de esta noche.

Me coge de las manos y las sujeta frente a sus labios, tiene los ojos cerrados pero en cuanto los abre, un brillo peligroso se ha adueñado de ellos. No sé cuánto tiempo he estado paseando por su cuerpo y saboreándolo.

—Es suficiente. A la cama.

Se levanta y anuda una toalla a su cintura. Me ayuda a salir y me envuelve en otra.

Llegamos a la cama y volvemos a hacer el amor. Lento, dulce y apasionado al mismo tiempo. En una palabra, perfecto.

Me despierto entre sus brazos, con la cabeza apoyada en su pecho. Todavía no es de día pero no falta mucho. Me está acariciando la espalda.

—Tengo que irme, Ela. Me cambiaré de ropa y vendré a buscarte sobre las doce para que tengas tiempo de descansar.

Al escucharle caigo en que me ha estado llamando Ela desde que subimos en el ascensor.

Intento incorporarme, pero me detiene y me besa con auténtica pasión, como si fuera el último. Porque es el último.

—Dime que has cambiado de opinión.

Niego con la cabeza, un nudo en el estómago sube y corre el peligro de prorrumpir en llanto. Sé que no lo entiende, pero yo estoy segura de que se lo daría todo, no solo mi cuerpo y mi placer. No quiero sufrir, cuando todo esto terminara estaría todavía más enamorada y para él solo habría sido una más.

Respira hondo y se levanta de la cama. Lo veo vestirse apoyada en el cabezal, cubierta por la sábana. En cuanto acaba se acerca y vuelve a besarme, tengo que aferrarme a la sábana que sostengo sobre mi pecho para no cogerlo y arrastrarlo de nuevo a mi lado. Se separa unos milímetros de mí, me frota la nariz con la suya, se da la vuelta y se va.

Y ahora sí, me deshago en un mar de lágrimas.

Intento volverme a dormir, pero las sábanas huelen a él. No sé exactamente cuándo, pero me duermo bien entrada la mañana.

El teléfono de la habitación me despierta. Parece que Mark ha pensado en todo, llaman desde recepción para decirme que son las once de la mañana y que en quince minutos me suben el desayuno. En una hora tengo que estar lista. Voy directa a la ducha, pero al entrar en el cuarto de baño, y ver la bañera un montón de sensaciones me abruman. Las lágrimas caen por mi cara sin control mientras me aseo.

Me dejo el pelo ondulado, elijo un vestido corto, suelto, estampado en flores pequeñas azules, chaqueta vaquera entallada y bailarinas también en azul. Me esmero con el maquillaje para tapar las ojeras. Estoy cómoda con este look informal, me veo más joven que con los habituales trajes que llevo a la oficina.

A las doce en punto abandono la habitación hecha un manojo de nervios. No sé cómo debemos comportarnos a partir de ahora que todo se ha acabado. Solo somos socios y compañeros de trabajo, nuestra relación será mucho más formal.

Lo veo de espaldas a mí hablando con Arnau, y me avergüenza pensar que el director intuye, o incluso sabe a ciencia cierta, lo que pasó en el ascensor. Dudo entre acercarme o no. Pero al final, reúno el valor suficiente y avanzo con paso firme. Arnau es el primero en verme, me sonrío educadamente sin una pizca de ironía en su mirada.

—Buenos días, señorita Lane.

—Buenos días, Arnau, Mark.

Al mirarle puedo ver las huellas del cansancio también en su cara. No es que no esté guapo, eso sería imposible.

—Hola, Daniela.

Vuelvo a ser Daniela... Me encantó oír Ela en sus labios mientras hacíamos el amor. Aparto inmediatamente los recuerdos de anoche y trago el nudo de emociones que siento en la garganta.

—¿Vamos?

Asiento, nos despedimos de Arnau y salimos. Veo la moto aparcada a la puerta, se me había olvidado por completo, me miro el vestido y doy un paso atrás. Me mira con curiosidad, me repasa de arriba abajo y sonrío.

—No lo recordabas.

—Pues no. Subiré a cambiarme.

—Ni hablar. Estás preciosa. Además así seguro que llegamos antes.

Entrecierro los ojos y lo miro con curiosidad.

—Seguro que nos permiten adelantar solo para poder admirar tus piernas. El primero yo, no me lo pierdo por nada del mundo.

Me pongo roja como un tomate, es la primera vez que alguien me llama preciosa y que alaba mis piernas.

Se sube a la moto y me ayuda mientras lucho contra el vuelo de la falda para engancharlo por donde pueda. Cuando parece que por fin lo he conseguido, me pasa el casco, se pone el suyo y nos vamos.

Disfruto del camino igual que lo hice anoche, pegada a su cuerpo y admirando el paisaje. Tardamos casi una hora en llegar, tengo la sensación de que lo ha hecho a propósito para darme el paseo que me prometió.

Llegamos ante una verja de hierro muy trabajada que da paso a un camino de adoquines con árboles a ambos lados. No se ve la casa desde la valla. Mark acciona el mando a distancia y las puertas se abren. Veo el bosque que se extiende a ambos lados del camino, el sitio es muy bonito. Detrás de una curva aparece la casa delante de nosotros, de piedra rústica, dos alturas, ventanas de madera y enredaderas por las paredes. No me esperaba este estilo de casa para nada.

En cuanto paramos, me ayuda a bajar y él hace lo propio. Las puertas de la casa se abren y una señora rubia platino, alta, guapa y con los ojos azules nos recibe con una sonrisa.

—Bienvenida, Daniela, espero no te moleste que te trate de tú —me sorprende su acento británico.

—En absoluto. Encantada, señora Rivas.

En cuanto lo digo madre e hijo se quedan mudos. Presiento que no debería haberla llamado así. Se recompone, sonrío, me toma del brazo y me conduce dentro de la casa.

—Llámame solo Lisa, hace mucho tiempo que nadie me llamaba así.

—De acuerdo —digo tímidamente.

—Ven te enseñaré la casa mientras Mark va preparando la barbacoa.

—¡Ya me estás mandando! —Mark protesta, pero abraza con cariño a su madre y le da un beso en el pelo.

En cuanto nos quedamos solas recorreremos toda la casa mientras Lisa me habla maravillas de su hijo.

—Si estuviera a la venta lo compraría, me lo estás vendiendo muy bien.

Se ríe abiertamente y me rodea con un brazo los hombros.

—Eso espero, que quieras quedártelo... Significa entonces que lo estoy haciendo bien.

Me quedo anonadada y un poco avergonzada por su respuesta. Salimos a la terraza, nos sentamos a la mesa preparada con aperitivos, refrescos y vino. Lisa se sirve una copa y yo una Coca-Cola Zero mientras vemos a Mark ocupado con la barbacoa a cierta distancia de nosotras. Se ha cambiado de ropa, vaqueros desgastados y camiseta azul celeste.

—He oído hablar mucho de ti. Ya me habían dicho que eras bonita, mi hijo no exageraba...

Me sonrojo, no me esperaba que Mark hablara de mí con su madre y menos que le dijera que soy bonita...

—Si te soy sincera, me ha sorprendido tu juventud.

—La verdad es que puede resultar un poco chocante que con veintiocho años mi padre haya depositado tanta confianza en mí.

—Si lo ha hecho es porque eres muy competente y te ve capaz —le sonrió abiertamente y me devuelve el gesto. Resulta muy agradable hablar con ella, me trata con mucha familiaridad y

confianza.

—Mark no me comentó que eras inglesa.

—Mi hijo no suele hablar mucho de la familia.

Lo mira largo rato y cuando por fin se decide a hablar me sorprende la confianza que deposita en mí.

—Efectivamente soy inglesa, conocí al padre de Mark durante unas vacaciones en las que vine a Barcelona con unas amigas. Trabajaba en el puerto, cuidaba y mantenía varios yates de gente adinerada. Me enamoré de él de inmediato. Era tan guapo como Mark.

No me sorprende que se enamorara de él. Mark debe tener el color del pelo de su padre, pero los ojos indudablemente son de su madre.

—Estuvimos saliendo todo el verano y cuando llegó la hora de regresar no pude hacerlo. Mi familia se lo tomó muy mal, abandoné mis estudios y una vida más que acomodada para vivir aquí con él. Después de eso mis padres dejaron de hablarme. En ese momento no me importaba, pensaba que de amor también se comía, y así fue durante un tiempo. Me mudé a vivir con él a un modesto apartamento de una habitación, pero para mí era el lugar perfecto mientras estuviera conmigo. Yo me dediqué a buscar empleo y lo encontré en una boutique exclusiva de ropa de caballero, no me pagaban mal y me gustaba el trabajo. Durante un tiempo fui feliz, pero todo acabó cuando me quedé embarazada de Mark.

La miro con los ojos como platos.

—No me malinterpretes, yo estaba encantada de estar embarazada, pero para el padre no fue tan maravilloso. A partir de ahí todo cambió entre nosotros. Con el tiempo entendí que yo para él solo era un pasatiempo, que un embarazo complicaba demasiado su vida. Empezó a retrasarse a la salida del trabajo y cuando venía a casa lo hacía bebido y sin dinero. En poco tiempo los escasos ahorros que teníamos se esfumaron. Tuve que dejar la tienda porque me obligó. No quería que me relacionara con hombres de dinero. Yo pienso que aunque no lo dijera, era porque yo ganaba más que él. Me dediqué a limpiar casas sin que se enterara, lo poco que ganaba lo escondía para comprar cositas para el bebé. Cuando nació Mark todo fue mucho peor. A los cuatro años llegó Alan y la convivencia fue a peor. Mis hijos vivieron un verdadero infierno cuando eran pequeños. Mark, al ser el mayor se daba más cuenta de las cosas y hacía todo lo posible por proteger a su hermano.

—Debió ser terrible para todos.

—Aunque suene muy duro, descansamos el día que su padre murió en un accidente de coche por ir bebido cuando Mark tenía ocho años. Nos alivió no tener que soportar su presencia, pero nos dejó un montón de deudas. Mi hijo ha trabajado toda su vida, para poder traer algo decente que comer a casa, para pagar sus estudios, los de su hermano...

—Ahora entiendo por qué es tan importante para él su trabajo.

—Espero que con esto entiendas muchas más cosas y seas paciente. El único amor que ha conocido mi hijo es el mío.

La miro con la boca abierta, ¿tan evidentes son mis sentimientos?

—No soy tonta, Daniela. Mi hijo no vino a dormir anoche y sé que estaba contigo.

Después de su derroche de sinceridad, no puedo hacer menos y me rindo a lo que para ella, es más que evidente.

—Él tiene muy claro lo que quiere, y no es a mí. Mark siempre ha sido sincero conmigo — digo en voz baja

—Mi hijo es muy inteligente, pero en cuestión de sentimientos no tiene ni idea. Estoy segura que ni siquiera se ha dado cuenta de lo que sientes.

—Y mejor que siga siendo así, yo tampoco lo he pasado muy bien y no quiero sufrir más, Lisa.

—Me gustas, Daniela, eres diferente a todas las mujeres que le rondan. Puedo estar tranquila de que no buscas su dinero, tienes muchísimo más que él. Eres sincera, sencilla y tienes muy claro lo que quieres. Podrás hacer que mi hijo salga por fin de su cascarón. Estoy segura que eres lo que él necesita. Te pido un poco de paciencia.

—No se puede ayudar a quien no quiere.

—Dale tiempo.

Sonríe y mira hacia la barbacoa, con amor y orgullo. El gesto me hace recordar a mi madre y se me humedecen los ojos. Cuando me mira me aprieta la mano.

—Me has recordado a mi madre —le explico.

—¿Está en Estados Unidos?

—No. Murió cuando yo tenía doce años.

—Lo siento, Daniela, algún día, si tú quieres, me encantaría que me contaras tu vida. Aquí estaré yo para escucharte. Pase lo que pase entre mi hijo y tú.

—Gracias.

Mark nos interrumpe sin que ninguna de las dos nos diéramos cuenta de su presencia.

—¿De qué estáis hablando tan serias?

—Cosas muy trascendentales, casi existenciales diría yo, que nos gustan a las mujeres y que los hombres no entendéis ni queréis entender.

—Mmmm, o sea, que criticando a los hombres, o lo que es peor... a mí —señala a su madre con el dedo y la advierte—. No agobies mucho a Daniela, que tú eres de las que no callas.

—Cariño... ¿Tienes miedo de que no quiera volver?

Y así, tal cual, como si no hubiese dicho nada del otro mundo se levanta y se va.

Mark se sienta a mi lado y coge una cerveza.

—No te había dicho que comeríamos de barbacoa, he supuesto que te gusta, pero si no, no hay problema.

—Ni que tu madre era inglesa...

—Sí, bueno eso también. Le has caído bien.

—Y ella a mí.

Observo cómo el viento mece la copa de los árboles del jardín y el humo de la barbacoa asciende.

—Me va a resultar realmente difícil. ¿Lo sabes no?

—No lo digas como si me echaras las culpas.

—Eres tú la que me ha dicho que no.

—He dicho que no a tu propuesta. No a ti. Yo no quiero lo que me ofreces y tú no estás abierto a otras posibilidades. En todo caso es culpa de los dos.

—Cuestión de incompatibilidades...

—Supongo.

—A partir de ahora las cosas serán diferentes, me comportaré contigo como he debido hacerlo siempre. Seré correcto en todo momento.

—De acuerdo. Nos veremos en la oficina y en el caso de que nos encontremos fuera de ella con otras personas mantendremos las distancias.

Entrecierra los ojos y me mira con suspicacia. Su madre interrumpe el momento.

—Mark, tienes la carne preparada en la cocina. Adela lo ha dejado todo dispuesto en la nevera —se gira y me mira—, Adela es la cocinera y el ama de llaves, pero a Mark le encanta

cocinar y hoy ha querido hacerlo. Así que tiene el día libre.

—Gracias, mamá. Pues allá voy, nunca probarás mejor barbacoa que la mía...

Se levanta y entra en la casa.

—¿He interrumpido algo interesante?

—No, Lisa, ya estaba todo aclarado.

—Recuerda lo que te he dicho, Daniela.

—Entiendo que eres su madre y estoy segura de que Mark vale la pena. Es más, lo sé. Pero yo también merezco que luchen por mí y que me quieran como necesito. Mi adolescencia no fue muy feliz. Estuve muy sola, y créeme que estando sola, era un poco más feliz que en compañía de la mujer de mi padre. He tardado mucho en aprender a quererme. Si tuviera que tomar como referencia las relaciones de mi padre saldría huyendo. Primero muere su mujer y ahora está casado con una arpía manipuladora. Pero yo no quiero renunciar a compartir mi vida con la persona que me merezca y me haga feliz.

—No has hecho más que darme la razón. Tú no le bailas el agua... Eres perfecta.

El resto del día resulta muy agradable y familiar. Me he sentido integrada, he visto y conocido cosas de Mark que me han sorprendido. Es extremadamente atento y cariñoso con su madre, parece como si se quitara la coraza con ella y fuera realmente él mismo.

Sobre las seis de la tarde me despido de Lisa con dos besos y un abrazo de complicidad. Mark insiste en llevarme al hotel, pero con la excusa del vestido y de que refresca, me salgo con la mía y llamamos a un taxi. Me acompaña hasta la verja dando un paseo, al llegar el taxi ya está esperándome. No sé cómo debo despedirme, así que de perdidos al río, lo beso, ahora sí, por última vez.

Mark

—Mark, ¿Subimos a comer?

César asoma la cabeza por la puerta de mi despacho, miro el reloj y veo que son las dos.

—Sí, espera un segundo que termine de redactar esto y vamos.

—Ya está empezando a hacer calor. ¿Qué tal si hoy salimos a la terraza?

—Ya veremos cuando subamos.

—Quieres decir que sí, siempre y cuando la jefa y su sombra no estén en la terraza.

—No me importa si están o no.

—¡Vamos! han pasado casi tres semanas desde que volvisteis del Resort en Barcelona y os comportáis los dos con demasiada corrección. Cuéntame de una vez qué pasó allí.

—No pasó nada que te interese. Acordamos dejarnos de juegucitos y aceptar lo que somos.

—Amantes.

Lo fulmino con la mirada. Ya me gustaría a mí.

—Compañeros de trabajo.

—No te esfuerces que a mí tus miraditas asesinas no me intimidan. Nunca te había visto tan raro. De hecho... ¿Cuánto hace que no quedas con ninguna “amiga”?

—He estado bastante ocupado.

—Pues déjame decirte que ella no pierde el tiempo. Según Cleo, ya ha salido a cenar varias veces con Jorge y ha ido a su casa a conocer a su hija.

Aprieto la mandíbula, cierro el portátil y me levanto de la silla.

—Daniela puede hacer lo que quiera y con quien quiera.

—Entonces te da lo mismo.

—Ya te lo he dicho.

—Pues mejor. No vaya a ser que por vuestra culpa se me estropee el chollo con la prima.

—Sigue soñando.

—La tengo en el bote, amigo.

—Te dará la patada en cuanto te descuides. No te creas que le estás haciendo un favor, igual el favor te lo está haciendo ella a ti.

—Y no sabes qué favores... Desde que se abrió la veda después de la apuesta no tengo palabras.

—Venga, vale fanfarrón, vamos a comer.

—Hoy es viernes. Sería un buen día para salir ¿no crees?

—Tienes razón. Llamaré a alguna, a Marta por ejemplo.

—Vaya, entonces sí que vas a estar ocupado...

Subimos al restaurante y como temía, ahí está, en la terraza con Jorge. Desde que hemos vuelto de Barcelona me he esforzado al máximo por evitar cualquier situación o comentario íntimo entre nosotros. Soy consciente de que hay quien se está aprovechando de ello. Todavía tengo que analizar las sensaciones que eso me provoca, desde luego, de indiferencia no son.

—Todas las mesas están ocupadas, deberíamos haber subido antes —me dice César.

—No pasa nada, comeremos fuera.

Cuando me doy la vuelta para salir, me sujeta del brazo.

—Jorge nos invita a sentarnos a su mesa.

Miro y lo veo haciéndonos señas para que nos acerquemos.

—Ni hablar.

—Al final va a resultar que sí que te importa. Deja de comportarte como si estuvieras celoso.

—No me toques más los cojones.

—Pues vamos.

Llegamos a su mesa y Jorge con una sonrisa educada nos invita a sentarnos. Miro a Daniela y asiento con un movimiento casi imperceptible. Me acomodo en una silla a su lado.

—Gracias por invitarnos a compartir la mesa —dice César.

—De nada, no hay problema. Daniela y yo estamos encantados —levanto una ceja y la miro. ¿Ahora también habla por ella? César ve mi gesto y decide intervenir.

—Por fin, viernes. ¿Tenéis algún plan para el fin de semana?

—Pues la verdad es que había pensado llevar a mi hija a Valencia a ver el Oceanográfico.

—Seguro que le encanta —responde César amablemente.

—Estaba intentando convencer a Daniela para que nos acompañara.

Me yergo en la silla y ella me mira de reojo. César sonrío maliciosamente y también me observa.

—Parece que todos tenemos planes interesantes este fin de semana. Mark ha quedado con una amiga y yo también.

Cierro los ojos e inspiro, tengo unas ganas tremendas de matar a César. Cuando miro a Daniela, está con la cabeza agachada mirando al plato. Luchó contra las ganas de justificarme, pero de pronto pienso, si quedo con Marta, es porque ella no ha querido aceptar.

—Mi hija estaría encantada de que vinieras, además, podríamos pasear por la playa.

Levanta la mirada y lo observa mientras su cabeza funciona a mil por hora.

—De acuerdo. Con lo de la playa me has convencido —le pone una mano en el brazo y le sonrío coqueta.

—Estupendo. He pensado salir esta noche, porque así aprovechamos el sábado.

—Tengo que prepararme la maleta con algo de ropa y las cosas de aseo.

—No te hará falta mucha ropa.

Una imagen aparece en mi mente, Daniela desnuda en la cama del hotel con Jorge. Carraspeo y bebo de mi copa. Intento ser racional, si van con la niña no hay muchas posibilidades de que pase nada.

—No conoces bien a las mujeres, Jorge. Para dos días ya me contarás el tamaño de la maleta...

—Tienes razón César, pues imagínate viajar con tres.

—¿Tres? —le pregunto de pronto a Jorge.

—Sí, Daniela, mi hija y la señora que la cuida. Así cuando la niña se canse se va al hotel y los adultos podemos aprovechar.

Cabrón, lo tenía todo pensado.

—Qué previsor... —le digo fríamente.

—No hace falta que Elvira viaje con nosotros, nos acoplamos al ritmo de la pequeña. Por mí no te preocupes.

—Ya está todo arreglado. A las siete te recojo en casa. Sobre las diez y media, once estaremos en Valencia.

—De acuerdo entonces.

Nos traen la comida, durante todo el almuerzo César y Jorge acaparan la conversación hablando de las cosas que se pueden ver en Valencia. Daniela y yo permanecemos callados.

—Si me disculpáis, me retiro para adelantar trabajo que tengo pendiente, así salgo antes — comenta Daniela.

Nos levantamos los tres cuando se retira de la mesa. El móvil de César suena y también se aleja para contestar. Nos quedamos Jorge y yo solos, nos retamos con la mirada hasta que él decide intervenir.

—Te tengo que dar las gracias, Mark.

—¿Por?

—Estaba seguro de que Daniela no aceptaría mi invitación hasta que César ha comentado que tenías una cita para este fin de semana.

—¿Qué estás insinuando?

—Seamos claros. Sé que entre Daniela y tú en Barcelona hubo algo. No me importa el qué. Si ella tenía algún interés en ti, se acabó. Sé lo que ella busca en una relación y tú no se lo puedes dar.

— Y supongo que crees que tú sí.

—Tengo todo el fin de semana para demostrárselo.

—¿El hecho que ella se decidiera a ir contigo porque ha oído que tengo una cita no te dice nada? Le sigo importando, más de lo que te gustaría. Que tengas suerte en Valencia. La vas a necesitar.

Me levanto de la mesa y voy a mi despacho. Cierro la puerta de malos modos y me paseo como un león enjaulado. La imagen de Daniela desnuda en sus manos me atormenta.

Después de diez minutos de desgastar la alfombra y autotorturarme, salgo como una flecha y sin llamar entro en su despacho. Han sido tres semanas de contención. Por una salida de tono, porque eso es lo que voy a hacer, no pasa nada.

Está de pie mirando por la ventana, cuando oye la puerta, se da la vuelta y me mira. No le sorprende mi interrupción, casi como si la estuviera esperando.

Entro y cierro con pestillo a mis espaldas. Me acerco a ella con paso firme, no se amilana y me espera quieta en el mirador.

—Contesta solo a una pregunta —le digo cuando estoy frente a ella.

—Tú pregunta, pero me guardo el derecho a responder.

—¿Es lo que él te ofrece lo que tú quieres?

—Me ofrece mucho.

—Me parece muy cobarde por tu parte. Aceptas una relación fácil, donde está todo hecho. Ya tienes prácticamente la familia feliz que querías. Solo que no es tuya ¡Es la suya!

—No me hables tú de cobardía, no seas hipócrita, Mark. No critiques lo que él me ofrece porque me brinda todas y cada una de las partes de su vida. No solo la sexual.

—¿Te vas a acostar con él?

—¿Qué te hace suponer que no lo he hecho ya?

—Lo sé.

—Eso son ya dos preguntas, no te importa.

Se da la vuelta y comienza a recoger. Tiene razón, camino hacia la puerta, pero antes de salir no puedo evitar sisear:

—Maldita sea la razón por la cual puedo decir que sí que me importa.

Dejo la puerta abierta tras de mí y me encierro en mi oficina. Cojo el móvil y llamo a Marta.

Resulta tan fácil... Dos frases y ya está todo arreglado. Ella sabe lo que quiero y no me tengo que preocupar por lo que digo, ni por cómo actúo. Está todo más que claro.

César entra en mi despacho sin llamar cuando todavía tengo el móvil en la mano y se sienta frente a mí.

—¿Cómo te has ido sin esperarme? y sobre todo: ¿Qué ha pasado con Jorge? menuda cara de cabreo cuando he vuelto.

—El muy cabrón me ha dado las gracias por ayudarle a que Daniela se decidiera a ir a Valencia con él. Te las tendría que haber dado a ti. Has sido tú el que ha dicho que yo había quedado con Marta.

—Ah. Entonces ella va porque tú has quedado. Porque has quedado ¿no?

—Sí. Ahora mismo. Mañana salimos a cenar.

—Vale, a ver si lo entiendo. Ella se va a Valencia con Jorge porque tú has quedado con Marta. Y tú te has acabado de decidir a llamar a Marta cuando ella ha dicho que se va a Valencia. Es correcto ¿no?

Me quedo en silencio mientras analizo la situación. Hay que ser imbécil.

—Veo que sí, que tengo razón. Pues bueno, cada uno que se lo pase lo mejor que pueda. Por cierto ¿qué tal si quedamos los cuatro, Marta, tú, Cleo y yo?

Puede ser una buena idea, así la prima le pone al día de mi fin de semana.

—Me parece bien.

—Claro que te parece bien, así Cleo le cuenta lo que has hecho y quién sabe, igual tú te enteras de algo de lo que pasa en Valencia.

No puedo evitar sonreír.

—A veces pienso que pasamos demasiado tiempo juntos.

—Lo sé. Acepta un consejo de tu mejor amigo. No tardes demasiado en decidirte —se levanta y se va.

No la vuelvo a ver. En cuanto salgo del despacho ya se ha ido. En lugar de ir a mi apartamento me paso por el gimnasio, corro en la cinta, me entretengo en los aparatos y finalmente nado en la piscina. Cuando llego a casa estoy muerto de cansancio, meto una pizza en el horno, me tomo una cerveza, zapeo durante un rato y me acuesto.

El sábado por la mañana, me levanto y salgo a correr por el parque. Quedo a comer con Alan en su loft y por la tarde me retiro a descansar un poco, antes de la cena. He quedado con César y Cleo en un japonés. Me tiro en el sofá y leo para distraer mi mente. Se acerca la noche, para todos... No lo quiero pensar.

A las nueve y media recojo a Marta en su casa. Está espectacular como siempre, lleva su largo y rubio pelo suelto, vestido rojo ceñido y muy escotado. La espero apoyado en el coche. En cuanto sale, se acerca a mí y me da un corto beso en los labios. Le abro la puerta, entra y nos dirigimos al restaurante.

Durante el camino hablamos de su trabajo, es enfermera, y me pregunta sobre mi incorporación en Experience Hostess. Soy escueto en mis explicaciones, no quiero hablar mucho de la empresa.

Al llegar ya nos están esperando en la mesa. Cleo repasa con descaro a Marta de arriba abajo, durante las presentaciones le da dos besos y le sonrío fríamente.

—¿A qué te dedicas Cleo? —le pregunta Marta.

—He estudiado historia del arte y soy diseñadora gráfica.

—¿Trabajas en la misma empresa que ellos?

—No exactamente. Hago algunos trabajos para ellos pero básicamente soy *freelance*.

—Cleo es la prima de Daniela Lane, la jefa de la empresa —aclara César.

—¡Ah! Ahora entiendo... Un poco de enchufe no va mal ¿no?

Cleo levanta el mentón y la desafía con la mirada.

—Supongo, a nadie amarga un dulce... ¿Y tú de qué trabajas?

—Soy enfermera.

—Trabaja en una clínica privada —digo a Cleo.

—Ah, entiendo. Entonces sabes de lo que hablas cuando me dices lo de enchufe.

No sé si ha sido buena idea juntarnos, evidentemente no se soportan y encima la presencia de Cleo no hace más que recordarme a Daniela.

—No sabía que salías con alguien, César, algunas de mis amigas se van a poner muy tristes cuando se lo diga.

—Si lo dices por mí, no te preocupes. No salimos juntos, solo lo utilizo para el sexo. Supongo que sabrás que no está mal en la cama. Puedes decirles a tus amigas que está libre, no hay problema.

Marta la mira boquiabierta, y César entrecierra los ojos.

—Tú y yo tenemos que hablar. Luego —amenaza César sujetando a Cleo por el brazo.

—Solo hablar... Pues menudo desperdicio —se suelta de la mano de César y se centra en la carta.

Se podría cortar el momento con un cuchillo. Sonríe maliciosamente a César, conque la tiene en el bote... Al final decido echarle un cable.

—Pidamos.

El resto de la cena no resulta más agradable que el comienzo. Cuando estamos en los postres, Cleo recibe una llamada al móvil.

—Hola, Ela. ¿Qué tal por la luna de Valencia?

César y yo nos miramos. No puedo evitar estar pendiente de la conversación. Mientras, Marta no para de insinuarse y acercarse a mi oreja, me está poniendo realmente nervioso, y no en el buen sentido de la palabra. César intenta distraerla para que yo pueda escuchar algo...

—¿No me digas? Así que te ha llevado a cenar a un restaurante del puerto.

Se ríe.

—Cena para dos en el puerto y paseo por la playa. Desde luego sabe cómo montárselo. Seguro que la niña duerme hoy con la niñera. No hay duda.

Sigue atenta al teléfono y yo a ella. Pone los ojos en blanco y sigue:

—Eso se soluciona en la cama, cariño...

Maldita sea, no quiero oír hablar de camas.

—¿Yo? Pues estoy en un japonés con César, Mark y su amiga...

Sí, ya sabes que nosotras no somos mucho de japonés, no creo que vuelva... Ajá... No... En su línea... Pues claro, yo también espero lo mismo de ti. Llámame cuando quieras... Y yo a ti... Ela, pórtate mal, pero que muy mal.

Esto último lo dice mirándome directamente y cuelga. Tengo que morderme la lengua para no preguntar. La curiosidad me está matando.

—¿Qué cuenta tu prima? ¿Le gusta Valencia? —César me salva.

—Sí, está encantada, aunque claro, la compañía también hace mucho.

—Caray con Jorge, cenita y paseo por la playa...

—Creo que se va a declarar... De hoy no pasa. Lleva preparando el terreno desde que Daniela

volvió de Barcelona.

Me disculpo y salgo del restaurante. Saco el móvil, descarto llamarla directamente... Me decido por un mensaje.

“No hagas ni digas nada de lo que te puedas arrepentir. Espera a volver y hablar conmigo”.

Cuando voy a mandarlo, Marta sale del restaurante a buscarme, finalmente guardo el móvil sin enviarlo.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí, es que tenía una llamada importante que hacer.

—¿Quieres que nos marchemos ya a casa? —se acerca y me besa en el cuello—. Para qué perder el tiempo...

—Tienes razón. Entremos a despedirnos y nos vamos.

A la media hora estoy en casa de Marta, sentado en el sofá, con ella a horcajadas sobre mis rodillas intentando por todos los medios concentrarme en lo que estoy haciendo y ponerme en situación.

Subo y bajo las manos por su espalda mientras me besa y me desabrocha la camisa. Su olor es lo primero que extraño, no huele a vainilla y a flores. No tiene la calidez de su cuerpo. Todo me resulta extremadamente frío y postizo. No lo estoy disfrutando ¿Quién me iba a decir a mí que estar con Daniela me gustaría tanto? Me vibra el móvil en el bolsillo del pantalón.

—Perdona, Marta —veo que es César. Me levanto y respondo al teléfono.

—Espero que aprecies lo que estoy haciendo por ti porque me la estoy jugando.

—Al grano.

—Cleo ha estado prácticamente pegada al teléfono todo el rato. Esta vez no me ha dejado escuchar la conversación, pero sé que hablaba con Daniela.

—¿Entonces?

—Calla y escucha. Después de la conversación han venido los mensajes. Así que... mientras Cleo se preparaba en el baño, no te diré con qué, ni para qué... le he cotilleado el móvil.

—¿Y?

—Seré breve y conciso. Jorge se ha declarado, se han enrollado y ella le ha dicho que se lo tiene que pensar.

—¿Nada más? —digo irónicamente.

—¿Te parece poco?

—¿Algo sobre la habitación del hotel?

—¿No crees que si hay algo sobre eso estarán en ello? Todavía no ha llegado la información.

—Joder... No sé si hubiera preferido que no llamas.

—Pues es lo que hay, te dejo —y cuelga el teléfono.

Mierda si ya me costaba ponerme en situación ahora va a ser peor.

—¿Pasa algo, Mark? —Marta me rodea el pecho desde la espalda y baja sus manos hacia el cierre de mis pantalones.

—Espero que esta noche te esmeres a fondo.

—Cuenta con ello, cariño.

Nos volvemos a poner en situación, Marta saca todo su arsenal y yo me dejo llevar.

Después de una hora, yacemos en la cama.

—Espero que se solucionen pronto los problemas.

—¿Qué problemas? —le digo ausente.

—Los que no te dejan concentrarte. No sé dónde estabas, o con quién, pero desde luego conmigo no.

—Tengo muchas cosas en la cabeza.

—Pues que quede claro que por mí, no ha sido. La próxima vez espero que me compenses.

—Tómame esta vez, por todas las que me debías —me levanto y empiezo a vestirme.

—Está bien. Dejémoslo en empate.

—Ya te llamaré.

De camino a mi casa tomo plena conciencia de lo insatisfactoria que me ha resultado la experiencia. He intentado por todos los medios quitarme a Daniela de la cabeza, y cuando no lo he podido hacer, no se me ha ocurrido nada más absurdo que intentar imaginar que estaba con ella. Por supuesto, no ha resultado. Ha sido patético.

Al llegar a casa me ducho, necesito quitarme este olor dulzón a perfume empalagoso y a sexo. Me acuesto con la imagen de Daniela desnuda sobre la cama en el hotel de Barcelona. Inmediatamente me excito. No me puedo creer lo que me ha costado centrarme esta noche, y ahora con solo recordarla tengo una erección de caballo.

Después de una noche de insomnio, el domingo me veo incapaz de seguir en casa, y sobre todo sin saber nada. Llamo a César.

—Son las nueve y media de la mañana de domingo. Espero que sea importante.

—¿Estás en tu casa?

—Sí.

—¿Solo?

—Por desgracia...

—¿Tienes planes?

—No.

—Pues ya los tienes. En una hora estoy ahí —cuelgo antes de que me responda.

A la hora en punto estoy en su casa. Me abre la puerta todavía con los pantalones del pijama.

—Vístete que nos vamos de cañas.

—Estupendo, en lugar de un café, una caña de buena mañana me sentará de vicio.

—No te quejes tanto.

—Primero mi café, luego más tarde, las cañas. Siéntate, no te quedes de pie ¿Quieres algo?

—No. ¿Que tal la noche?

—Podría haber ido mejor. No fue buena idea juntarlas.

—Sí. Eso mismo pensé yo. ¿No ha pasado Cleo la noche contigo?

—*La fiera de mi niña* me echó de su casa después de hacerlo. No quiso que me quedara.

—Así que la fiera de tu niña ¿eh? —me hace gracia.

—Tú no te rías. Que yo no me chupo el dedo. A ver si te crees que no sé a qué se debe tu visita tempranera.

No me voy ni a molestar en desmentirlo. Se aleja a la cocina, me quedo en el salón mirando por la ventana impaciente. Cuando vuelve se sienta en el sofá, con su vaso de café, cruza las piernas y me mira.

—¿Y con Marta?

—Como siempre.

Levanta una ceja y me mira con ironía.

—Pues no lo parece.

—¿Vas a esperar a que te pregunte o me lo vas a contar?

—Esperaré.

—Es por simple curiosidad.

—Seguro.

Me siento en el sillón de enfrente.

—¿Qué sabes?

—Saber sé muchas cosas, ¿a qué te refieres exactamente?

—A Daniela, a lo que pasó anoche después de que habláramos —digo exasperado.

—No te va a gustar lo que te diga.

Entrecierro los ojos y espero mientras toma un sorbo a su café.

—Lo último que sé es lo que le oí hablar a Cleo. Daniela le contaba que ya estaban en el hotel y que lo había invitado a tomar algo a su habitación.

Me levanto y vuelvo a mirar por la ventana.

—¿Pasó la noche con él?

—No lo sé, pero yo apostaría a que sí. ¿Si no para qué le iba a invitar a su habitación? Desde luego, Cleo la animaba a que lo hiciera.

—Entonces no lo tenía claro.

—Tendrás que preguntárselo a ella mañana. De todas maneras me parece lógico que se acostara con él. El tío se lo está currando, y tú al fin y al cabo, lo hiciste con Marta.

—Pero eso ella no lo sabe —me doy la vuelta y lo miro—. ¿Verdad?

—Sí lo sabe. Cleo sabe que hablé contigo y que tú estabas en casa de Marta. Se lo dijo a Daniela, yo lo oí. ¿No te has parado a pensar por qué demonios te importa tanto?

—No sé si quiero saberlo.

—Pues igual eres el único... Que no lo sabe, digo.

Daniela

Son casi las diez de la noche cuando llego a casa. Estoy exhausta y al mismo tiempo ansiosa. No he hecho más que entrar por la puerta y Cleo ya está acosándome a preguntas.

—Cámbiate de ropa y al sofá. Te espero.

Cuando vuelvo al salón, la tele está apagada y sobre la mesa de centro hay un bol de palomitas.

—¿Has cenado? —me pregunta.

—Sí, paramos por el camino.

—Pues al grano, reina mora.

—Ya te lo conté todo prácticamente ayer. Me lo he pasado muy bien, la niña es un encanto y el padre también, para qué negarlo.

—Todo eso está muy bien, pero a mí me interesan más otras cosas, quiero que me cuentes la cena y el “postre”.

—Cotilla.

—Dime algo que no sepa —coge las palomitas y se recoge en el sofá mientras me mira atentamente.

—La cena fue estupenda, estuvimos en un pub que es un barco anclado al puerto, bailamos y después paseamos por la playa. Hablamos de muchas cosas, le conté mi vida antes de irme a Los Ángeles...

—Al grano prima, que me acabo las palomitas y no hemos llegado al *quid* de la cuestión.

—Bueno, como sabes, en la playa me besó.

—Eso es, por ahí ya vamos bien.

—Yo le devolví el beso, me abrazó y me apretó contra su cuerpo... Luego me dijo, y cito textualmente: “Quiero que esto sea el principio de lo nuestro, quiero los días y por supuesto las noches. Te quiero en nuestras vidas”.

—¡Qué momentazo, por Dios!

—No supe qué decirle... Por eso cuando llegamos al hotel y fue a ver a la niña te llamé.

—¿Me hiciste caso?

—Pasó la noche conmigo en mi habitación.

—¡Ole, ole, ole! No te reconozco, prima. ¡Que le den a Superman! ¿Al final no te llamó? porque yo estaba segura de que lo haría después de la cara que le vi en el restaurante. Además, apuesto lo que quieras a que mi “emperador romano” le fue con el cuento de que estabais juntos en la habitación.

—¿Por qué me tenía que llamar? Se lo estaba pasando de vicio con la rubia en su casa, como me dijiste.

—Pasemos de Superman, por el momento... ¿Qué tal Jorge en la cama? Detalles “mi arma”, detalles

—No lo sé... —bajo la mirada y juego con el bajo de la camiseta.

—¿Perdona?! ¿Te acostaste con él o no?

—No. Le dije que no lo tenía claro. Me preguntó si había otra persona.

—Ay, que me lo estoy temiendo... Dime que no le hablaste de Superman.

—No le hablé de nadie en concreto, pero le dije que no podía aceptar su proposición. No me parecía justo. Estoy a gusto con él, me gustan nuestras conversaciones, pero nada más. Cuando nos enrollamos en la playa pensé que me costaba ponerme en situación porque era la primera vez que me besaba... Pero luego en la habitación del hotel no me sentía cómoda teniendo ese tipo de intimidad con él.

—Pues que yo sepa no te pasó eso con Mark... ¡Anda, no sabes tú ni *na!*

—¿Crees que no me da rabia? Jorge es perfecto, guapo, cariñoso, responsable, inteligente, la lista es infinita. Pero sé que no funcionaría. No quiero entrar de lleno en su casa, que la niña se acostumbre a mí, formar parte de sus vidas y descubrir que no los hago felices porque no puedo sentir por Jorge lo que siento por...

—No tienes remedio prima. ¿Cómo se lo ha tomado?

—Pues me ha pedido tiempo. Que le deje cortejarme...

—Yo creía que esa palabra ya no se usaba.

—Pues ya ves, todavía hay caballeros andantes. Le he dicho que no se merece perder el tiempo conmigo. ¿Sabes lo que me ha contestado?

—Ilumíname.

—Que yo tampoco merezco perder el tiempo con la persona equivocada. No tuve más remedio que darle la razón. Nos pasamos la noche hablando y al final nos quedamos dormidos.

—Eso solo te puede pasar a ti, alma cándida. Pasar la noche en una habitación de hotel con un tío buenorro dispuesto a todo por ti y dormirte.

—Soy un caso perdido. Ayúdame Cleo. Esto no va a ninguna parte.

—Hace tiempo que te dije que me dejaras a mí. Ahora sí que voy a tomar las riendas y tendrás que hacerme caso.

El lunes llego temprano a la oficina. Ni María, ni Paula están en su mesa y no quiero mirar hacia el despacho de Mark. Entro rápida en el mío y me preparo para mi ritual. Enciendo el ordenador, me preparo un café con leche y me lo tomo mirando el parque.

A media mañana, María entra para traer la correspondencia y ponerme al día de la agenda de la semana. Cuando acabamos solemos relajarnos charlando un rato.

—¿Quieres un café, María?

—No gracias, ya he tomado uno arriba.

No para de mirarme como si no se atreviera a decirme algo.

—¿Qué ocurre?

Me toco el pelo, el vestido sin mangas y la cara.

—No, perdona —sonríe tímidamente—. El caso es que hoy en la cafetería no se hablaba de otra cosa.

—¿De qué?

—De tu escapada con Jorge.

—Otra vez con eso...

—Los rumores dicen que se te declaró y pasasteis la noche juntos...

Mientras lo dice, el propio Jorge entra en mi despacho. María se ruboriza y se levanta para salir rápidamente. Jorge me mira y la retiene tomándola del brazo.

—A nadie, excepto a Daniela y a mí, le importa lo que pasó.

María se suelta, sale avergonzada y cierra la puerta. Él camina hacia mi mesa y se sienta.

—María no lo preguntaba de mala fe. Es buena chica. Simplemente me estaba contando lo que se hablaba en la cafetería.

—Puede que tengas razón, he sido un poco borde. Hablaré con ella. He venido porque necesitaba verte.

—Jorge, escucha...

—Necesitaba saber si lo ocurrido entre nosotros podría interferir en nuestra relación laboral.

—Por mi parte no, y lo sabes. Estoy cómoda contigo, me ayudas muchísimo...

—Pero no te gusto.

Suspiro, me siento culpable.

—Perdóname, Daniela, no tendría que haber dicho eso. Has sido muy sincera conmigo y te lo agradezco. A partir de ahora seremos compañeros de trabajo.

—Y amigos, si tú quieres, claro...

—Claro que quiero.

Se levanta, se acerca a mí, me levanta del sillón y me abraza cariñosamente.

No había otro momento para que Mark irrumpiera en mi despacho...

—¿Interrumpo?

Jorge se separa de mí, me guiña un ojo y contesta.

—Pues claro, no lo ves.

Camina hacia la puerta, cuando va a salir se vuelve y me dice:

—¿Nos vemos luego a la misma hora, en el mismo sitio?

—Como siempre —le contesto con una sonrisa. Se marcha y cierra la puerta tras de sí.

Ahí está, quieto en medio de mi despacho sin decir nada ni quitarme ojo de encima. Me siento y espero pacientemente a que se decida.

—¿Ya es oficial? —me dice fríamente.

—¿Has visto algún comunicado? —le digo sarcástica.

—Entonces es cierto.

Suspiro, estoy harta, no quiero más juegucitos, se acabó.

—Jorge y yo no estamos juntos. Somos amigos.

Avanza hacia mi mesa, apoya las manos y acerca su cara a la mía.

—¿Le dijiste que no? ¿Por qué?

—Eso es cosa mía.

—Pero pasaste la noche con él, ¿O no?

—Sí, pasé la noche con él.

Aprieta los puños en la mesa. Se acabaron las explicaciones.

—El viernes tenemos una reunión importante con la empresa de decoración —dejo de mirarlo y rebusco entre los papeles de mi mesa.

—Me importa una mierda la empresa de decoración.

—Pues no vengas a la reunión —le espeto.

Me levanto para salir del despacho. El espacio se ha vuelto pequeño o me falta aire. Intento pasar rápido por su lado pero me detiene cogiéndome del brazo. Me aparto y le señalo con el dedo.

—¡No se te ocurra criticarme ni reclamarme nada! Tú te acostaste con tu amiguita ¿Te he preguntado yo cómo fue? —intenta acercarse más a mí y no tengo más remedio que dar marcha atrás.

—Fue estúpido —baja el tono de voz y sigue acercándose a mí.

—Pero fue —voy retrocediendo hasta chocar con la pared.

—¿Te acostaste con él porque yo estaba con ella?

—¿Te acostaste con ella porque yo estaba con él? —nos retamos con la mirada.

—Sabes que no me gusta la idea de que alguien que no sea yo bese, muerda, lama o devore tu cuerpo.

—Es una pena que no dependa de ti —estoy prácticamente aprisionada entre la pared y su cuerpo. Acerca su boca a mi oído y me susurra.

—¿Lo hizo así?

Me besa debajo de la oreja mientras sus manos suben mi falda hasta la cintura y traza suaves círculos sobre el encaje de mi ropa interior persiguiendo la forma de corazón. Mis pulsaciones se disparan. Esto, era esto lo que me ha faltado todo el fin de semana. Que no eran sus manos, ni sus labios, ni su cuerpo. Lucho por no frotarme contra su mano, ni rodearle con mis brazos para acercarlo más a mí. La imagen de Mark haciendo lo mismo con otra mujer pasa como un relámpago por mi cabeza y me devuelve la cordura. Acercándome a su oído le digo:

—No. Lo hizo a su manera, y muy bien, por cierto.

Lo aparto y salgo del despacho hecha un flan.

Mark

Lo he vuelto a hacer. Mis impulsos sobrepasan al sentido común. Aún así no puedo evitar cierto alivio. Separo las manos de la pared, me recompongo y salgo de su despacho.

A la hora de la comida subo al restaurante y veo a Jorge sentado solo. Me acerco a él y tomo asiento.

—Espero que no te moleste.

—No. En absoluto —responde Jorge.

—Somos mayorcitos para andarnos con rodeos y estamos fuera del horario laboral. Lo que tratemos ahora queda totalmente al margen de nuestra relación profesional, que dicho sea de paso, considero muy buena.

—De acuerdo. Vamos a hablar de Daniela.

—Exacto. Y lo que hablemos quedará entre nosotros —aclaro.

—Por supuesto ¿Qué quieres saber?

—Qué pasó en Valencia y si los rumores son ciertos.

—Voy a preguntarte algo que igual te sorprende ¿Por qué te importa tanto?

—Estoy intentando averiguarlo. Jorge, créeme.

—Eres un capullo.

—Vaya, gracias —digo sarcástico.

—Si has estado con ella, que estoy seguro de que lo has hecho, no entiendo cómo no lo tienes claro. A mí me ha bastado un fin de semana y un par de besos para darme cuenta de lo especial que es. No te la mereces.

—En eso estamos de acuerdo —veo entrar a Daniela en el restaurante y me levanto—. Gracias.

—¿Ya está todo lo que querías saber? —me pregunta Jorge con las cejas levantadas.

—Sí. Ya me has dicho lo que necesitaba. Os dejo comer tranquilos.

Al salir rozo a Daniela en el brazo y le susurro al oído:

—No lo hiciste. Eres más lista que yo, Ela.

Paso el resto del día con una sonrisa perpetua en los labios. Soy consciente que tengo que analizar lo que me está pasando. Pero con Jorge ya fuera de juego, tengo tiempo para hacerlo. No hay prisa.

El martes nos encontramos en el ascensor. No estamos solos, pero sé que los recuerdos de Barcelona nos rondan a los dos y aprovecho cada ocasión que se me presenta para rozarla, acercarme a ella o besarla en el cuello, el pelo... De modo sutil, casi imperceptible para los demás.

Mantengo el juegucito durante toda la semana. Daniela me mira como si me hubiera vuelto loco o me faltara un tornillo. Sé que no me entiende pero es mi manera de empezar, poco a poco. De poder ir asimilando lo imprescindible que se ha vuelto en mi vida y ganar terreno despacio, pero seguro, con ella.

El viernes a primera hora tenemos la reunión con la empresa de decoración. Hay que fijar los términos del contrato y las condiciones. Al final se ha salido con la suya y modificaremos los logotipos de los hoteles y la estética, para que encajen perfectamente en Experience Hostess.

Mientras avanza la reunión pienso en invitarla esta noche a cenar. Mis intenciones son claras. Empezar poco a poco, quedar como amigos, sexo incluido, por supuesto, y ver si funciona. Sin prisas, sin muchas responsabilidades, despacio, sin agobios...

Unos golpes en la puerta detienen la reunión. La puerta se abre y un tipo que parece haber salido de un anuncio de Armani entra con paso firme. Todos los presentes lo observamos, esperando a que se presente o de algún motivo a su interrupción. Camina decidido y con una mirada lasciva que no presagia nada bueno.

La mira a ella, a Daniela. Llega a su lado, la levanta de un brazo y la besa. Maldita sea, la besa como si esto fuera el *making of* de una película de los años cincuenta... ¿Quién demonios es este ahora? Estoy a punto de levantarme cuando Daniela lo separa y lo mira con los ojos como platos.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta en un susurro.

—*Amore, la vita senza di te non è vita.*

¡¿El italiano?!

—Mario, estoy en medio de una reunión importante...

—*Scusare signori*, entenderán que estaba ansioso *per* besar *al amore de lla mia vita*. No molesto más. *Bella ti* espero en el *tuo* despacho.

Todos los presentes sonrían, menos Jorge y yo. Nos miramos sin entender nada. Ahora mismo solo estoy deseando que se acabe la reunión para poder hablar con Daniela.

El italiano sale no sin antes darle un pequeño azote en el trasero. Noto cómo la bilis sube por mi garganta.

—Perdonen la interrupción, lo siento. Sigamos por favor —está ruborizada de pies a cabeza

La reunión se alarga todavía una hora más. En cuanto terminamos, me quedo rezagado esperando a que se vacíe la sala de juntas para hablar con ella. La veo intentar escabullirse con Elena Esteve, la decoradora.

—Daniela, un segundo.

—Hablamos luego, Mark.

—No. Hablaremos ahora.

He sonado realmente brusco, no me importa. Nos miran sorprendidos, pero tienen el acierto de salir y dejarnos solos.

—¿A qué ha venido el italiano?

—Eso tendrás que preguntárselo a él.

No he tenido opción a réplica aún, cuando el *señor Armani* entra por la puerta

—¿Interrumpo?

Como si eso le importara...

—No, Mario, pasa, ya habíamos terminado la reunión.

El italiano me mira de arriba abajo y sonrío. Tengo que apretar los puños para no romperle sus perfectos dientes. Se acerca a Daniela y la coge por la cintura.

—*Amore*, preséntanos.

—Mario, él es Mark Rivas, el nuevo socio del que te hablé.

—Mark, Mario es...

—Su novio, y espero que pronto *il suo* prometido.

Me apoyo en la mesa con los brazos cruzados y la fulmino con la mirada.

—Daniela no me dijo que tuviera novio, igual se le olvidó ese pequeño detalle.

—*La verità* es que nos habíamos tomado un descanso. Pero *in el tempo* que llevamos separados me he dado cuenta que no puedo estar sin ella. *Sono venuto* a buscarla, no puedo arriesgarme a que otro se me adelante.

—Pues igual ya has llegado tarde —me siento como si fuéramos dos perros intentando marcar el territorio.

La mira ofendido.

—*Bella ¿e vero?*

Daniela, levanta el mentón, me desafía con la mirada y aclara:

—No. Todavía estás a tiempo. Nadie me ha ofrecido nada interesante que mereciera la pena pensar.

Chasqueo la lengua y muevo la cabeza negando.

—Pobre Jorge...

—*Non capisco.*

—Jorge es un buen amigo, Mario. Luego te lo presento. Trabaja aquí en la empresa. Era la mano derecha de mi padre.

—Ok, *tutto* aclarado. *Amore* tengo el equipaje en recepción. Necesito *riposo*.

—Desde recepción te pueden pedir un taxi. ¿En qué hotel te hospedas?

Me mira y se ríe como si hubiera hecho la pregunta más estúpida del mundo. Y posiblemente así es...

—*Non* tengo hotel. *Bella* y yo compartiremos cama. *Non vedo l'ora* de comprobar si el *cuore* ha cambiado de forma.

—¡Mario!

Cabrón, hijo de puta.

—*Arrivederci*, Mark. Ha sido un *piacere*.

Solo soy capaz de cabecear afirmativamente. Le estrecho la mano por educación, más fuerte de lo que el protocolo exige y los veo marchar con una de sus manazas en el trasero de Daniela.

Capítulo 25

Daniela

—¡No me lo puedo creer! ¿Qué haces aquí? ¿Cuándo has llegado? ¿Cómo que no me has avisado de que venías?

—*Bella, amore*, dónde quedaría el *effetto sorpresa*... —se ríe y lo abraza con fuerza. Estamos solos dentro del ascensor.

—*E bello il tuo Superman... ragazza lista mi Bella.*

Me separo de él y le doy una palmada en el hombro.

—¿A qué ha venido eso de que soy tu novia? ¿Y ese compromiso que te has sacado de la manga?

—*Io non sono un superhéroe como el tuo Superman, ma sono venuto a salvare.*

—¿A salvarme de qué?

—Tú tranquila y déjanos a la *tua prima* y a mí.

—¿Cleo? ¿Ella tiene que ver con que tú estés aquí?

—*Non te enfades con ella... ¡Io sono la kriptonita! Grazie* a los dos, en menos de una semana Superman *sarà geloso* y caerá rendido a tus pies.

—Estáis locos los dos. Cuando pille a Cleo la voy a matar. Como si a Mark le importara mucho si estoy contigo o no.

—¡Ay! *Il amore* no te deja ver *la verità*. Superman ahora estará *disperato* pensando que tú y yo compartiremos *tua cama*.

Si la cosa no estaba ya lo suficiente complicada, faltaba Mario.

Salimos del ascensor y vuelve a agarrarme con posesión de la cintura. Le miro sorprendida. Me guiña un ojo y añade:

—Disimula, *amore*. ¿Vamos a casa, *Bella*?

—Tengo que trabajar, Mario, no puedo irme aún —levanta una ceja y me mira irónico.

—¿No eres tú la jefa, *Bella*? Es viernes, tómate la tarde libre.

—La tarde sí, pero todavía no ha acabado la mañana. Vete a casa y antes de comer estoy ahí con vosotros.

—Si no hay más remedio. Te espero en casa. *Si buona*.

Me abraza y me besa en el pelo. Cuando lo veo subir al taxi regreso a mi oficina temiendo lo que me voy a encontrar.

En cuanto me ve, María se levanta y me dice que Jorge ha venido a buscarme. Me espera en su despacho y Mark ha dejado dicho que lo avisen cuando llegue.

Suspiro y me encamino al despacho de Jorge. Llamo tímidamente a la puerta y entro.

—¿Jorge, querías verme?

—Sí, pasa Daniela. No he podido comentar contigo qué te ha parecido la reunión.

Respiro aliviada y me siento.

—Pues la verdad es que me han gustado bastante las últimas dos propuestas. Yo me basaría en la situación geográfica del hotel para elegir la decoración.

—Ajá. A mi también me parecen las más adecuadas —dice Jorge.

—Lo hablaremos con Mark y si le parece bien, nos centraremos en ellas.

—De acuerdo. Los decoradores son muy profesionales y han sabido captar muy bien nuestra idea.

Asiento y justo cuando empezaba a relajarme, ocurre lo que tanto temía.

—Daniela, sé que no es de mi incumbencia, y no quería molestarte, pero... ¿Es cierto que el italiano que ha venido hoy es tu pareja? Porque la verdad es que me siento bastante estúpido.

—Lo siento, Jorge, de verdad. Eres mi amigo y no quería que estuvieras molesto. A Mario lo conozco hace muchos años y lo quiero muchísimo...

—No me malinterpretes, no quiero que me tomes como alguien que no puede aceptar un *no* por respuesta. Lo acepto, tú y yo somos amigos. Tan solo quisiera saber si cuando fuimos a Valencia ya manteníais algún tipo de relación. Más que nada porque me hubiese gustado tenerlo claro antes de ir —me sonrío y añade—. Te habría invitado igualmente, pero no habría hecho el ridículo que hice.

—Cuando acepté ir contigo no tenía nada con nadie...

—Entonces no hay nada más que hablar —se levanta y me da un beso en la mejilla—. Que disfrutes de tu fin de semana. Pásatelo muy bien. Nos vemos el lunes.

Me quedo mucho más tranquila. Jorge es un buen amigo y una excelente persona.

Al salir de su despacho me encuentro en el pasillo apoyado en la pared de enfrente al culpable de mi insomnio, de mis dolores de cabeza y de mis palpitaciones.

—¿Ya has terminado con todos tus pretendientes?

Su voz está llena de contención, pero sus ojos refulgen de enfado. Estoy como en shock. Ni respondo, ni me muevo, ni prácticamente respiro.

—Pues es mi turno.

Me toma del brazo y me lleva a rastras hasta la sala de juntas. Es la única manera de que nadie nos vea. Si vamos a su despacho o al mío, María y Paula nos verían. Por su expresión supongo que también nos oirán.

Al entrar cierra la puerta tras nosotros con pestillo, y yo automáticamente me alejo de él lo máximo posible y me coloco al otro lado de la mesa.

—¿A qué estás jugando, Daniela?

Trago saliva, tomo aire y las palabras salen de mi boca sin filtro ni control.

—Pues de momento no tengo claro si al pilla-pilla o al escondite. No lo he decidido aún.

No es momento de ponerse en plan borde o graciosa, pero cuando estoy nerviosa a veces es mi forma de escape y de liberar tensión.

Me mira con los ojos entornados, apoya la espalda en la puerta y se cruza de brazos.

—Bueno, pues dado que estás encerrada en un espacio limitado, lo del escondite resulta un tanto absurdo. Y si lo que quieres es jugar al pilla-pilla por mí no hay problema. Pero fijemos los términos para el ganador.

—¿Qué quieres, Mark?

—Yo nunca pierdo, Daniela. No está en mi naturaleza darme por vencido.

—No me refería al estúpido jueguito.

—Ni yo tampoco.

Suspira, se aleja de la puerta y apoya los brazos en la mesa frente a mí.

—Soy un hombre extremadamente racional, Daniela. Nunca me dejo llevar por los instintos, menos contigo y eso me descoloca bastante. Necesito información para poder analizar la situación y actuar en consecuencia.

—Creo que me he perdido .

Suspira exasperado.

—¿Qué va a pasar con el italiano?

—No lo sé.

—¿Lo dejaste tú o te dejó él?

¡Dios! ¿Dónde me han metido esos dos locos? En cuanto llegue a casa mataré a Cleo, y a Mario también por dejarse engatusar por la loca de mi prima.

—Nos distanciamos cuando me vine a Madrid —técnicamente es verdad.

—¿Quieres volver con él?

—¿A Los Ángeles? me lo estoy planteando.

—¿Qué haría que cambiaras de opinión? —¡Tú! Me muero por gritar, sin embargo decido ser cauta.

—Pues algo muy bueno me tendría que pasar.

—Cambiaré mi pregunta ¿Qué puedo hacer?

Levanto las cejas y lo miro sorprendida, creo que hasta tengo la boca abierta. Mi voz sale entrecortada y ronca.

—¿Qué estarías dispuesto a hacer?

—No voy a destapar mis cartas tan pronto, cariño. Dile al italiano, de mi parte, que gane el mejor.

Se endereza, camina hacia la puerta, la abre y antes de salir todavía tiene tiempo y ganas de soltarme la última bomba.

—Confío, espero y deseo que duerma en el sofá.

El corazón amenaza con salirme por la garganta. Otra vez las mariposas revolotean en mi estómago. Respiro hondo, ahora soy yo la que necesita racionalizar las cosas y no dejarse llevar otra vez por la ilusión y los sentimientos. Lo que le pasa a Mark es que está dolido en su orgullo. Se le pasará en cuanto otra rubia despampanante se le ponga a tiro. O lo que es peor, se asegure que entre Mario y yo no hay nada. Entonces la tormenta pasará y él volverá a ser el mismo de siempre.

Me voy a casa. Lo hago dando un paseo, tengo que calmarme un poco antes de llegar, y así evitar cometer doble homicidio.

En cuanto entro por la puerta oigo las risas, la música y el buen rollo que se traen esos dos metomentodo manipuladores.

—¡Ela! ¿Cómo tú tan pronto en casa? ¡Ah! No me lo digas, tenías ganas de estar con tu amorcito.

—¡Tú! Loca, cotilla, manipuladora... —la señalo con el dedo mientras me acerco a ella.

—¿Perdona? Acaso te has olvidado de la frase, a ver cómo era... ah sí: *Soy un caso perdido. Ayúdame, Cleo.* Desagradecida... —me espeta teatralmente dolida.

—¡Sí claro! Yo me refería a que te sacaras de la manga un novio en celo, que además de ser mi amigo, es muy pero que muy ¡GAY!

—Pues no te quejes tanto que por lo que he oído la cosa no ha ido tan mal. “*Desaboría*”.

—*Amore, amore* haya *pace*. *Bella* tu prima lo ha hecho *per favore*. Además *é divertente*.

—Estáis locos. Los dos. Me vais a buscar un problema.

—Ya lo tienes, primita ¿O Superman no ha ido a pedirte cuentas?

—Pues sí. Ha tenido la caradura de venir a pedir explicaciones. Y de paso, Mario, de su parte que gane el mejor. Igual queréis un pin cada uno.

—¡LO SABÍA! *Ea*, ahora a seguir con el plan. Esta noche cenita los tres. Ya he llamado a César para decirle que hoy tengo planes con mi prima y su, de momento, exnovio.

—¿Y? —suspiro y caigo rendida en el sofá.

—Pues que le he dicho donde íbamos por si le apetece pasarse a tomar una copa. Adivina con quién vendrá...

—Eso es mucho suponer Ma-ca-re-na... —le digo para hacerla rabiarse.

—¡Ay niña! que “*mala sombra*” tienes cuando quieres...

Después de una cena muy entretenida, llena de risas y buen rollo vamos al local en el que conocí a Mark. El Sound está lleno, de gente y de recuerdos para mí.

Llevamos apenas una hora cuando lo percibo más que lo veo. Un escalofrío recorre mi espalda y me eriza la piel. Lo busco con la mirada, lo encuentro apoyado en la barra con una copa en la mano y sus ojos fijos en mí.

—No creo que tarden mucho en venir. César me ha preguntado hace rato dónde estábamos —dice Cleo

—Ya están aquí —digo en voz baja.

—¿Dónde? —me dice sorprendida.

—En la barra.

Sin ningún tipo de disimulo se vuelve hacia allí y sonrío maliciosa.

—¡Oh, qué sorpresa! Si ha venido con Mark... de verdad que no me lo esperaba... —ironiza Cleo.

—*Preparare Bella, io sono un pulpo cuando sono innamorato* —me susurra Mario a la oreja mientras me hace cosquillas.

Río y me retuerzo entre sus brazos. Huyendo de él me encuentro casi tumbada en el sofá con Mario prácticamente encima de mí.

—Hay lugares especiales para que la gente disfrute de este tipo de espectáculos. Incluso pueden unirse si quieren.

Levanto la cabeza y ahí está, a los pies del sillón, al lado de César. Imponente, guapo como siempre. Empujo a Mario mientras me incorporo y me arreglo el escote del vestido.

—¿*Era una proposizione?* —le dice Mario con una sonrisita insinuante.

Le doy una patada por debajo de la mesa.

—Siempre que seas tú el que mire —añade, Mark.

—Sentaos con nosotros a tomar algo —les invita Cleo.

César se sienta a su lado. Mark coge un taburete y lo hace frente a mí. Cleo le presenta a Mario y enseguida encuentran tema de conversación, el deporte. César que si el Barça es el mejor equipo y Mario que si los equipos italianos son lo más. Mark no abre la boca. Solo bebe de su copa y me mira de arriba abajo, me estoy poniendo cardíaca.

—Mañana, Mark y yo vamos a jugar una partida de squash. ¿Qué dices Mario? ¿Te apuntas?

—César, *io sono un appassionato* del deporte. *Contare* con ello.

—Estupendo, mañana a las doce nos vemos en el club. Te mandaré la dirección. Nena, tú también vendrás para darme suerte ¿No? —le pregunta a Cleo.

—Claro, allí estaremos Daniela y yo. No me lo perdería por nada del mundo.

—Si me disculpáis ahora vengo —me levanto y cuando paso por delante de Mario me da un cachete en el culo y me guiña un ojo. Niego con la cabeza y me dirijo hacia el baño.

Cuando salgo entorno la puerta poco a poco. No veo a Mark en la pared de enfrente. Ya casi me he acostumbrado a que esté detrás de cada puerta que abro.

Salgo y al pasar por la terraza una mano me arrastra fuera. En un momento me encuentro entre

sus brazos.

—Aquí empezó todo —me dice. Como si no me acordara...

—Pero esta noche acabará de manera diferente —le digo.

—Porque tú quieres —me aparta el pelo, lo coloca detrás de la oreja y me masajea el lóbulo rozando el cuello con sus dedos a la vez.

—¿Y después qué? —susurro.

—Dime qué quieres oír.

—Déjalo, Mark —quiero que quieras lo mismo que yo. Suspiro y me aparto.

—No puedo —me vuelve a acercar a él y coloca su frente en la mía mientras me acaricia la espalda de arriba a abajo.

—Tengo que volver —muy a mi pesar me separo.

—Llevaba rato observándote. ¿Qué intenta demostrar el italiano? ¿Por qué cuando yo estoy cerca no para de toquetearte? Hasta que no me ha visto no te ha puesto una mano encima.

—Estás un poco paranoico.

—Yo creo que lo hace porque no se fía de mí, ni ya puestos de ti. Intenta demostrarme que eres suya. Debe ser porque no lo tiene claro —dice ignorando mi comentario.

—Lo que tú digas —tengo que salir de aquí cuanto antes.

—Ela, por favor.

Me detengo en el acto por la novedad que supone lo de Ela, desde nuestro fin de semana en Barcelona no lo había vuelto a escuchar, y por el “por favor”. Se vuelve a acercar a mí y susurra sobre mis labios.

—No lo hagas, no te acuestes con él. No puedo imaginármelo, no quiero pasar toda la noche pensando, cómo y dónde te está tocando.

No puedo decir que no me ablandan ni me halagan sus celos. Pero no puedo tolerar su egoísmo. Lo miro entrecerrando los ojos.

—¿Te has parado a pensar cómo pasé yo la noche en Valencia sabiendo que tú estabas en la cama con tu amiguita?

Se separa de mí como si lo hubiera abofeteado y lo dejo allí plantado. Al volver a la mesa basta una mirada mía a Mario para que se levante, nos despedimos y nos vayamos a casa.

Mark

Tal y como esperaba la noche ha sido un infierno. No han parado de asaltarme imágenes de Daniela en la cama con el italiano. Durante las pocas horas en las que he conseguido conciliar el sueño las pesadillas no me han dejado descansar.

Cuando llego al club son las once de la mañana. Corro un rato en la cinta, hago pesas y cuando me quiero dar cuenta ya son las doce. Me encamino a las pistas de squash y los veo a todos allí reunidos.

Minifalda vaquera, camiseta de tirantes, coleta... Joder ¿puede enseñar un poco más? Así no hay quien se concentre.

Nos saludamos fríamente. Echamos una moneda al aire y la suerte decide que comencemos la partida *mr. Armani* y yo. Cuanto antes acabemos con esto mejor.

El muy cabrón sabe jugar y no está dispuesto a ponérmelo fácil. Cuando me quiero dar cuenta pierdo por un juego. Nos quedan dos. Ganará el mejor de cinco. De repente hemos pasado de partido amistoso a batalla campal. Apenas nos da tiempo a ver la pelota, vamos corriendo de un lado a otro de la pista. Tengo la sensación de que nos estamos jugando algo más que un partido.

En uno de los estiramientos para llegar a la pelota, un dolor en la parte interna del muslo me desequilibra y caigo al suelo. El italiano para el juego, se acerca a mí y se agacha.

—*¿Stai bene?* —me dice respirando con dificultad por el esfuerzo y secándose la frente con una toalla.

—Me ha dado un tirón, no es nada. He estado demasiado tiempo haciendo ejercicio antes del partido —intento ponerme de pie pero vuelvo a sentir el tirón y me dejo caer.

—Deja que te haga un *massaggio*. *Io sono un esperto*.

Se arrodilla y comienza a masajearme el muslo. Desvío la mirada a la grada y veo a Daniela sonreír con una mirada enigmática. Maldita sea, tenía que pasarme ahora. Seguro que encima piensa que Mario es mejor que yo.

—Yo creo que ya no me duele, puedes dejarlo.

No sé por qué, pero aunque parece saber perfectamente lo que hace y tener experiencia, me incomoda. Supongo que si no lo tolero a distancia, menos de cerca.

—¿Seguro? *Io* puedo seguir un poco.

Le aparto las manos y me levanto.

—¿Quieres *continuare*? podemos dejarlo así.

—Seguiremos, todavía nos quedan dos juegos.

Asiente, se vuelve a las gradas y le lanza un beso. Daniela sonrío negando con la cabeza al mismo tiempo. Aprieto los dientes y lo apremio para empezar.

Reanudamos la partida, pero acabo perdiendo por un juego. Le estrecho la mano con deportividad pero ni me espero a que acudan a nuestro lado César, Daniela y Cleo. Cuando ellos llegan yo ya estoy entrando a los vestuarios.

No me cruzo con César ni con Mario mientras me visto. Deben estar jugando alguna partida, o estarán en los otros vestuarios. Si que me sorprende encontrarme a Daniela esperándome en la

puerta.

—Hola —me dice con una sonrisa conciliadora.

—Hola. ¿Dónde te has dejado al resto?

Pasa por alto mi tono irritado y sarcástico. Contesta con la misma sonrisa y con voz condescendiente.

—Están tomando algo en la terraza... ¿Estás bien? ¿Te duele?

—¿Te importa? Te lo has pasado estupendamente mientras me humillaba tu... ¿cómo lo llamo, Daniela? novio, amigo con derecho a roce...

Se pone seria, se separa de la pared y saca pecho. Como si mis ojos no se dirigieran a ellos sin necesitar invitación, como si no fuera suficiente el movimiento que tienen con su respiración para incitarme. Lucho por desviar la mirada hacia el verde iris de sus ojos.

—El hecho de que nos acostáramos unas cuantas veces y no haya querido ser tu amiguita con derecho a roce no te da derecho a inmiscuirte en mi vida privada. Veo que sí, que estás bien —se da la vuelta para marcharse pero vuelve sobre sus pasos y añade—: No me conoces si crees que me río de que te hagas daño.

—De que me haga daño no. De mí. He visto cómo te reías y le dedicabas miraditas al italiano.

—Déjalo, Mark, no lo entiendes.

—Explícamelo.

—No. Estaremos en la terraza. Si quieres venir, Mario dice que te invita para celebrar su victoria.

—Estupendo, encima quiere fardar.

—Tampoco lo conoces si piensas eso. Está seguro de que ha ganado porque te has lesionado. Dice que eres muy bueno y tienes mucho aguante.

—¿Y tú qué le has contestado a eso, cariño?

Sonrío de medio lado y me acerco a ella, acorralándola contra la pared. Se pone roja y desvía la mirada. Todavía me sorprende y me entenece su falta de picardía. Con semejante insinuación la mayoría de mis amigas ya estarían colgadas de mi cuello. Sin embargo, ella, la que me interesa, no se atreve.

—¿Vas a venir o no? —me pregunta nerviosa.

—Contigo voy donde me pidas, nena.

Se humedece los labios, estoy seguro de que sin ninguna doble intención, pero para mí supone toda una invitación. Ve claras mis ideas, pasando por debajo de mi brazo me coge de la muñeca y tira de mí en dirección a la terraza.

—Pues vamos.

Llegamos y nos sentamos en la mesa donde están los demás. Pido una bebida isotónica y me encuentro aceptando una cena a la que nos invita el italiano.

—Puedes traer una *ragazza* si quieres, Mark.

Miro a Mario y me recuesto en la silla. Todos me observan con curiosidad, menos Daniela que mira hacia otro lado, como si lo que ocurriera en el campo de golf fuera infinitamente interesante. Así que esa son las intenciones del italiano, dejarme fuera de juego.

—No gracias, iré solo.

—¿No tienes ninguna *ragazza speciale* a la que quieras *traere*? —insiste, insiste cabrón.

—¿Quién te dice que no me la encuentre allí?

Levanta la bebida y brinda conmigo con una sonrisa. No lo ha entendido *el espagueti*... Le devuelvo el gesto y veo a César reír por lo bajo. Daniela me mira sorprendida. Aprovecho que se

levantan los demás para decirle al oído:

—Te dije que no me iba a dar por vencido. Prepárate para esta noche.

Nos despedimos en la entrada del club y quedamos a las diez para cenar en un restaurante *typical spanish*. El italiano quiere disfrutar de nuestra gastronomía, así que lo emplazo a reservar en Casa Lucio. Le digo que llame de mi parte, porque hoy sábado la cosa está mal para encontrar mesa sin contactos. Nos vamos cada uno por su lado formándonos expectativas sobre la noche que nos espera.

A la hora prevista llego al restaurante con César. Saludamos al maitre y nos tomamos algo en la barra mientras esperamos.

—No te reconozco, me tienes realmente sorprendido —me dice, César.

—Podría decir lo mismo de ti.

—Pero ahora no estamos hablando de mí. ¿Sabes lo que estás haciendo? Y sobre todo ¿dónde te estás metiendo? Espero que lo tengas claro y no sea un ataque de cuernos. Porque te juegas algo más que tu orgullo, si eso es lo único que te motiva. No creo que a David Lane le haga mucha gracia que te tires a su adorada hija por cuestión de vanidad.

—No hables así de ella.

—No la insulto a ella... Daniela me cae muy bien. Desde luego no es lo que esperábamos, no es una niña de papá sin preparación, ni es egoísta, ni caprichosa. Es dulce, cariñosa, cercana...

—Es perfecta.

Las palabras salen de mi boca como si hubieran estado ocultas y escaparan revelando una verdad que me golpea. Es cierto, es perfecta y quiero que sea para mí.

César me mira alucinado, lo entiendo, ni yo mismo me lo creo. Sonríe, levanta su copa y brinda conmigo.

—*Buonanotte*.

Nos volvemos. La veo al lado del italiano cogida de su brazo. Miro su mano y automáticamente se suelta. Ese pequeño gesto me encanta y sonrío de medio lado. Estrecho la mano al italiano, beso a Cleo y me tomo mi tiempo para Daniela. Como quien no quiere la cosa la beso en la comisura de los labios haciendo un auténtico esfuerzo de autocontrol para no besarla como necesito.

—Aunque tu mente todavía no lo sepa, tu cuerpo sabe que es más mío que suyo —le susurro al oído. Contiene la respiración mientras alejo mis manos de su cintura y mi aliento acaricia su mejilla al tiempo que me separo.

Ocupamos la mesa, nos sirven un tinto Ribera del Duero crianza 2010 y nos decidimos por un menú de degustación.

—Todavía no sabemos a qué te dedicas, Mario —pregunta César.

—*Io sono profesor di storia dell'arte in UCLA*.

—Tengo entendido que es una de las mejores universidades. ¿Estudiasteis vosotras dos allí también? ¿Es allí dónde os conocisteis? —insiste César.

—Sí —contesta Cleo—. Nos conocimos allí entre juerga y juerga. Más tarde compartimos piso los tres. Yo no quería molestar pero... Daniela insistió.

—Tu *non* molestas, *amore*. Casi nunca *stati a casa* —le guiña un ojo a Cleo.

—¿Y dónde estabas si casi nunca ibas a casa? —César mira con los ojos entrecerrados a Cleo.

—*Amico...* Cleo es una *rubacouri*. Cama *non* le faltaba a mi *ragazza*. *Non ti preoccupare*.

—Estupendo —sisea mi pobre amigo.

—¿Qué pasa? ¿Acaso has estado tú en un seminario todos estos años?

—Cleo, ¿has pensado en algún sitio para ir después? —añade Daniela intentando cambiar de tema.

El resto de la cena, César y Cleo no paran de lanzarse comentarios malintencionados. El cabreo de los dos va en aumento gracias a la inestimable ayuda del amigo italiano. Este tío es peor que un grano en el culo.

—*Ora* una copa de champagne.

—Cava. En España somos más de cava —le digo.

—Cava, *perfetto*.

—¿Por qué brindamos? —pregunta César todavía cabreado.

—*La celebrazione* es por Daniela *e me*. Automáticamente me enderezo en la silla y la miro.

—Voy a pedirle a *Bella...*

Mi corazón amenaza con romper las costillas y el nudo en la garganta me impide respirar.

—*Non*, así *non*. *Bella amore...*

Se da la vuelta, le coge las dos manos y se arrodilla ante la mirada atónita de todos los presentes, incluida ella.

—Mario...

—*Amore. Ritorna da me. Senza* ti no puedo vivir.

Pues por mí que se muera en este momento. Todo el restaurante rompe en aplausos. ¿Qué pasa con la gente? ¿No tienen otra cosa mejor que hacer que escuchar conversaciones ajenas?

—¡Qué bonito, Mario!, estarás contenta prima —Cleo aplaude como una loca igual que todos los demás.

Daniela sigue callada y alucinada. Es buena señal, debe serlo. Parpadea varias veces y por fin se decide a hablar.

—Eres increíble.

Vale, definitivamente no es eso lo que quiero oír.

—En casa hablamos, *amore*. Sé que estás nerviosa.

Pide la cuenta, paga y nos levantamos para salir del restaurante. La gente va estrechando la mano y felicitando a Mario de camino a la puerta. Me acerco a Daniela y la cojo por la cintura.

—Tenemos que hablar. Es importante, *Ela*. Deshazte de él.

Daniela

Me ha vuelto a llamar Ela. Su frase se repite en mi mente una y otra vez. En la puerta del restaurante intento organizar el caos de mis pensamientos ¿En qué estaba pensando Mario? Las cosas están yendo demasiado lejos...

—Bueno, ¿dónde queréis ir? Yo voto por volver al Celia Cruz Club ¿Qué dices Mario? ¿Te animas a bailar salsa?

—¡No! —responden Mark y César. Los miramos sin entender.

—Si no quieres venir no hay problema, César. Ya nos veremos.

—¿Estás intentando deshacerte de mí, nena?

—No me tientes...

Parece que estos dos van a pasar toda la noche igual.

—*Io non* tengo problema. Donde mis *due amores* digan.

—Pues entonces no se hable más, a Daniela y a mí nos encanta. Mark hace un intento de acercarse nuevamente. Pero Mario, esta vez sin intención, lo impide y me aleja de él.

—Entonces nos vemos allí —dice Cleo.

—Ven conmigo —le ordena César más que sugiere.

—Ahora no me apetece. Voy con Daniela y con Mario.

—No seas cabezona.

Lo fulmina con la mirada y se aleja altiva hacia la parada de taxis. Mario ríe alegremente, César se debate entre seguir a Cleo o no, y Mark me mira de una forma que me produce escalofríos.

Cuando llegamos al Celia Cruz Club, Mark y César ya están en la barra. Rodeados de mujeres, cómo no. La cara de Cleo es un poema, pobre, al final va a resultar que su emperador romano la ha conquistado. La actitud de Mark es diferente a la de su amigo. Mientras César no para de sonreír y acercarse insinuante a una rubia escultural con mini vestido, Mark mantiene las distancias y parece no entrar al juego con las dos mujeres que no paran de toquetear su brazo. Me ha visto nada más entrar y no me ha quitado ojo.

—¿Así que a esto jugamos? Pues se va a enterar el chulo piscinas este...

—Cleo, que te conozco. Estoy segura que lo hace para fastidiarte.

—Pobre *uomo*, Cleo. Deja que recupere algo de su orgullo. *¡Santa Madonna!* ahora que miro... *¡Qué corpos!*

Cleo y yo reímos al ver la cara de Mario mirando a los bailarines que se mueven en la pista de baile. Nos sentamos en una de las mesas y pedimos las copas. Me encuentro con la mirada de Mark cada vez que lo miro. No puedo evitar estar celosa. Las dos chicas que tiene al lado no paran de acaparar su atención y de insinuarse. Una de ellas se acerca mucho, demasiado, y le da un beso en el cuello. Me levanto, tiro de Mario y salimos a la pista a bailar. Como pareja de baile somos perfectos, es lo que tiene años y años de practicar los dos juntos los sábados por la noche.

—*Io penso* que no va nada mal con Superman —dice entre vuelta y vuelta.

—No, claro que no. A él le va estupendamente.

—¿Celosa? Te está probando, *Bella*. Quiere ver que te interesa.

—Si para demostrarse que me interesa tiene que estar metiéndole mano a otra, no va por buen camino.

—*Ay amore*, no todos nos declaramos en un *ristorante*.

—¿Cómo se te ocurre arrodillarte? Por un momento ha estado a punto que darme un infarto. ¡Pensaba que ibas a proponerme matrimonio!

—*Bella*, el *tuo* Superman ha estado a punto del homicidio.

—*¡Mi amol!*

Lo reconozco al instante.

—¡Usnavy!

Me separo de Mario y le doy dos besos. Los presento y parecen caerse bien de inmediato.

—Ya veo que me has hecho caso y has encontrado a otro que te alegre el cuerpo, mi reina.

—Es una larga historia, Usnavy. Algún día te la contaré.

—Espero, Mario, que no te moleste que baile con Daniela.

—*Non ti preoccupare. Io non sono geloso. Confío en Bella.*

Pongo los ojos en blanco, me da un beso en la mano y se aleja hacia nuestra mesa. Al mirar hacia allí veo que Cleo no está. La busco con la mirada y la encuentro en una esquina de la pista de baile pasándolo en grande con un mulato. O eso es lo que quiere hacer creer a César, porque a mí no me la cuela.

—Vamos a *gosar* mi *amol*. Mueve esas caderas, mi reina.

Tres canciones después, necesito un descanso y beber algo. Usnavy se despide de mí con un beso en la mejilla y saca a bailar a una señora de unos cincuenta años que ha venido con sus amigas a celebrar su cumpleaños. Sonríe al ver la cara de sorpresa de la mujer y cómo la corean las demás para que aproveche y disfrute con mi amigo.

Veo a Mario solo en la mesa, observando el local y repasando de arriba abajo a algún que otro bailarín que pasa por delante. Me dirijo hacia allí cuando alguien se pega a mi espalda y me sujeta por las caderas.

—¿No te parece que tres son multitud?

Al momento el corazón se me acelera. Hacía rato que lo había perdido de vista. Suponía que a estas alturas estaría con aquellas dos en la cama.

—Me lo dices precisamente tú, que estabas con dos sobonas en la barra.

—¿Estás celosa, cariño?

Me da la vuelta. Cambia la canción y vuelve a sonar aquella de Juan Luis Guerra que bailamos juntos la primera vez que vinimos. Sonríe de medio lado y me coge de la cintura con posesión, moviéndose al ritmo de la música.

—¿Lo estás tú? —le pregunto.

—Sí. No sabes cuánto.

Me sorprende su sinceridad. Clava sus ojos azules en los míos y como siempre me quedo hipnotizada bajo su mirada.

—¿Además de por el italiano también tengo que sufrir por el cubano?

—¿Sufres? —lo miro escéptica.

—Sin ninguna duda —suspira y se acerca más mí—. ¿Hasta cuándo, Daniela?

Me tomo mi tiempo en contestar ¿Cómo es posible que no entienda que depende exclusivamente de él?

—No depende solo de mí —agacho la cabeza y mi aliento acaricia su piel, huelo su aroma. Reprimo las ganas de besar y acariciar con la lengua la línea de su cuello.

—¿Piensas volver con el italiano? —no suena prepotente ni enfadado, más bien preocupado.

Esto está llegando demasiado lejos.

—No lo sé. Escucha, Mark, las cosas no...

—¿Y si yo te pidiera que no lo hicieras? —me separo de él y lo miro directamente a los ojos.

—Te tendría que preguntar por qué —paramos de bailar, me coge de la mano y tira de mí hacia la salida.

—Vámonos.

—Ya hemos hablado muchas veces, Mark, y siempre terminamos igual.

—Esta vez te prometo que será diferente. Confía en mí —lo miro indecisa.

—No puedo irme así. Tengo que despedirme.

—Si yo fuera el italiano, ten por seguro que no te dejaría ir con otro.

—Nadie decide sobre mis actos, Mark. Yo tomo las decisiones. Espérame en la puerta —no lo tiene nada claro, noto cómo sus ojos buscan en los míos cualquier signo de duda o de que se la voy a jugar—. Confía tú ahora en mí.

Se da la vuelta y se dirige hacia la salida. Camino hacia la mesa y me siento al lado de Mario.

—Mark quiere que me vaya con él. Quiere hablar conmigo.

—¿*Ma* qué haces *qui Bella*? —suspira y me habla con ternura—. No tengas miedo, *amore* —me coge la mano y me la besa—. *Tutta la vita* has evitado sufrir, *ma* si no sufres no vives, *Bella*. *La vita es per tutto, il buono* y lo malo. Arriésgate —me levanta y me da un pequeño azote mientras me empuja hacia la puerta. Lo beso en la mejilla y camino hacia la salida.

Al salir lo veo pasearse por la acera con impaciencia. Como si supiera que lo estoy mirando se da la vuelta, viene hacia mí y me coge de la mano, fuerte, como si temiera que me puedo escapar.

—¿Lista?

Asiento, me sonrío y camina hacia su coche.

Me abre la puerta, entro y al momento lo tengo a mi lado. No hay mucho tráfico, pero conduce con impaciencia.

—¿Dónde vamos?

—Donde pueda estar seguro de que no te vas a ir. A mi casa.

—No creo que sea buena idea ir a tu casa, preferiría un sitio neutral —se da la vuelta y me mira—. No voy a ir a ningún sitio, no hace falta que me secuestres —le sonrío y veo cómo su gesto se relaja.

Paramos en un semáforo y al reanudar la marcha da la vuelta.

—Está bien. Te mereces un sitio más bonito.

—¿Para qué?

—Ya lo verás.

Tardamos veinte minutos en llegar y aparcar. Él, perdido en sus pensamientos y yo, en él. Saca un cdé del reproductor y antes de salir añade:

—Espérame un momento en el coche. Ahora vengo.

A los quince minutos miro impaciente de un lado a otro y sigo sin verlo. Son las dos de la mañana y no hay prácticamente nadie por la calle, dudo que haya algo abierto a estas horas. No sé dónde puede estar.

Se abre la puerta y me sobresalta. No lo he visto acercarse, me tiende la mano y salgo del coche.

—Deberías haber cerrado cuando he salido. Siento haberte asustado. Perdona —me coge de la mano, caminamos un par de manzanas y nos paramos frente al edificio del Círculo de Bellas

Artes.

—Vamos.

Lo sigo con los ojos como platos. El conserje nos abre la puerta, lo saluda con una sonrisa pícaro y nos señala los ascensores. Cuando salimos me quedo boquiabierto. Desde la azotea las vistas son impresionantes, el lugar es precioso. Me conduce hacia la barandilla y observo anonadado Madrid a nuestros pies.

—Contéstame a una pregunta, Daniela —me sujeta por los brazos y me pone frente a él—. ¿Qué tipo de relación quieres?

Temo volver a tener la misma conversación que en Barcelona, sobre todo temo el mismo tipo de oferta.

—Ya te dije que lo quería todo, el pack completo. Quiero alguien que me quiera, que me respete, que no me mienta y quiera compartir su vida conmigo... Como yo compartiré la mía.

—¿Quieres una relación tradicional?

—Cada relación es diferente porque las personas lo son. No creo que pida tanto.

Suspira, toma aire, y por fin se decide a hablar.

—Te ofrecí un acuerdo sexual que no aceptaste. Me he mantenido al margen durante tres semanas como te prometí. Me limité a una relación estrictamente laboral. Pero no funciona Daniela, no puedo. Ahora sé que aquello que te propuse tampoco habría sido suficiente para mí. Nunca había tenido la necesidad de pasar cada momento del día con nadie. Me atormenta la sensación de ansiar tu presencia, tus palabras, tus gestos, tus labios, tu mirada, tu cuerpo... Mi bienestar depende exclusivamente de ti. No soporto los pensamientos que me asaltan en cualquier momento o lugar imaginándote en brazos de otro. Así que, llegados a este punto solo puedo decirte que acepto lo que quieras, lo que sea... pero contigo. Estoy en tus manos, Daniela, soy tuyo.

—¿Lo que quiera? —digo con la voz entrecortada, apenas un susurro.

—Lo que sea, pero contigo.

Soy incapaz de hablar y prácticamente de sostenerme en pie. El corazón amenaza con salirse de mi pecho, no tengo suficiente aire en los pulmones, no veo con claridad, los oídos me zumban, y sin embargo soy la persona más feliz del mundo. Por fin logro centrarme en el azul de sus ojos para volver del mundo de mis sentidos.

—Te quiero a ti.

Afloja un poco la presión que ejercen sus manos sobre mis brazos. No era consciente de la fuerza de su agarre hasta ahora.

—Repítemelo.

—Te quiero a ti.

Casi no me da tiempo a terminar, sus labios se apoderan de los míos y nos besamos, lo hacemos como dos personas que llevaban tiempo buscándose y se reencuentran. Lo abrazo con fuerza como si temiera despertar de pronto en mi cama y todo fuera un sueño. Sigo sin creérmelo, me lo ha dicho, es mío. ¡MÍO!

Un sonido lejano, una canción nos envuelve. Aflojo un poco mis brazos y me separo lentamente. Miro a mi alrededor, luces de colores alternan el suelo de la azotea desde el rosa, al verde. Una inmensa gama de colores nos rodea. Reconozco la melodía y lo miro sin entender.

—Desde que la escuché no puedo pensar en nadie más que en ti.

—Me confiesa.

La voz de Michael Bublé canta *Close your eyes*.

—¿Lo has hecho tú? —asiente—. ¿Todo? ¿Las luces? ¿La canción?

—Todo. Incluso vaciar este sitio para nosotros.

—¿Había gente?

—Sí. Baila conmigo.

Seguimos abrazados. Se mueve al ritmo de la música y me arrastra con él. Pegados bajo el cielo estrellado con nuestra banda sonora particular.

—Así que has utilizado tus encantos para conseguir todo esto.

—Más bien mi dinero, cariño. Pero ha valido la pena.

—Siempre has estado muy seguro de ti mismo, desde que nos conocimos... ¿Qué habría pasado si te hubiera rechazado?

—Tenía otra canción preparada, por si acaso —sonríe y me acaricia la espalda—. No me hubiera rendido, eres demasiado importante.

El eco de la canción flota en el aire y seguimos bailando, rozándonos, acariciando nuestros cuerpos y besándonos. No se cuánto tiempo ha pasado cuando me susurra al oído:

—Vámonos.

Nos besamos en el ascensor, al salir del Círculo de Bellas Artes, antes de subir al coche y dentro de él.

Aprovecho mientras conduce para mandarle un mensaje a Cleo y a Mario. Me mira de reojo y frunce el ceño, pero no me pregunta nada. En algún momento tendré que explicarle la verdad sobre Mario.

Entramos en el garaje del que supongo es el edificio donde vive. Salimos y me guía con una mano en la parte baja de la espalda hacia los ascensores. Algo ha cambiado, está demasiado serio y distante. Cuando entramos teclea un código en el panel y subimos directamente a su casa en el más absoluto silencio, me estoy poniendo de los nervios. Están empezando a aflorar mis inseguridades.

Se hace a un lado y me cede el paso a su casa. El salón es enorme, decorado en blanco y negro. Muebles, cortinas incluso el suelo es oscuro. Pocos detalles personales adornan la estancia, tan solo una foto suya con su madre y su hermano encima de una mesita al lado del sofá.

—¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

—Pues yo sí, lo necesito —camina hacia el mueble bar y se sirve una copa.

Estoy de pie en medio del salón sin saber qué hacer ni qué decir. Se pone de espaldas a mí y mira hacia el horizonte a través de los enormes ventanales. El silencio me está matando, quizá sea mejor que me vaya, su indiferencia me duele. ¿Se habrá arrepentido? Se me humedecen los ojos y siento un nudo que me oprime el pecho.

—¿Ocurre algo? —la voz me sale entrecortada y ronca.

—Quizá antes no me he expresado bien o no me has entendido. Se me enfrían las manos, los oídos me zumban. Doy un paso atrás en dirección a la puerta.

—Quiero exclusividad, Daniela. Por supuesto te ofrezco lo mismo que te estoy pidiendo.

—La tienes.

—¿Y el italiano lo sabe? —se da la vuelta y me mira penetrándome con la mirada.

Mark

Al darme la vuelta la veo pálida y mucho más cerca de la puerta. Camino rápido y me pongo frente a ella. Con un dedo alzo su barbilla y se me parte el pecho en dos al ver las lágrimas asomar por sus ojos.

—Perdóname, Ela, he sido insensible. Todo esto es nuevo para mí.

—Creía que te habías arrepentido.

Niego con la cabeza. Acaricio su mejilla con el pulgar.

—Confía en mí. Es solo que necesito respuestas.

—Pregunta —roza la mejilla contra mi mano y acaricio su pelo.

—En el coche cuando te he visto teclear en el móvil... ¿El mensaje era para el italiano?

—Era para Cleo y para Mario.

—¿Qué ha habido y qué hay entre el italiano y tú? —la oigo suspirar y me contesta.

—Mario es una persona muy importante en mi vida. Lo quiero muchísimo, me ha ayudado y ha estado a mi lado en momentos delicados. Sí, he vivido con él, sí, he dormido con él...

Me aparto de ella y aprieto los puños, no quería detalles. Se acerca y me toma de las manos.

—He dicho dormido. Nunca hemos mantenido relaciones sexuales, y la única pareja que hemos formado ha sido de baile.

Entrecierro los ojos y mi mente bulle de preguntas.

—No entiendo nada. Os he visto besaros y meterte mano más veces de las que quisiera recordar. Sabe detalles íntimos tuyos —sin ir más lejos la depilación de su pubis.

—Mario es guapo, cariñoso, listo y gay. Además de mi mejor amigo.

Tardo un momento en asimilar sus palabras.

—Has dicho gay. ¡GAY!

—Sí —me dice avergonzada.

—Entonces qué significa todo esto... ¿Por qué quiere que vuelvas con él? ¿Por qué me ha hecho creer que estaba contigo?

—Fue todo idea de Cleo. Yo no quería entrar en el juego. Créeme...

—¿Quieres decir que todo fue para darme celos?

—Ellos pensaban que sí, que necesitabas un empujoncito para reaccionar, yo no. He intentado decirte la verdad pero...

Me paseo de arriba a abajo por el salón. Me siento utilizado y engañado. Esa bruja de Cleo y el cabrón del italiano.

—Entiendo que estés enfadado y que quieras que me vaya —me doy la vuelta y la señalo con un dedo.

—No te atrevas a salir de aquí ni a moverte de donde estás —se queda clavada al suelo y me mira insegura.

—Sí, estoy cabreado, sí, me siento utilizado y sí, tengo ganas de matar a la loca de tu prima y al italiano. Pero al mismo tiempo siento un alivio enorme —sonríe y yo añado—. No obstante no creas que me he olvidado de tu parte de culpa. Estoy pensando la manera en que puedas resarcirme.

—Tú dirás —me responde sumisa. Eso me da una idea. Entrecierro los ojos y me siento en el

sofá con la copa en la mano.

—Desnúdate.

Levanta las cejas y me mira vacilante.

—Te estoy esperando, nena —digo con voz insinuante.

Lleva sus manos temblorosas hacia el lazo que anuda su vestido a la cintura. Lentamente lo va deshaciendo y aflojando la tela que se ceñía a su cuerpo. Entreveo el encaje violeta de su sujetador y cómo amenazan con desbordarse sus pechos de él. Me humedezco los labios y la erección que tengo ya es prácticamente insoportable. Por fin se abre del todo y lo deja caer al suelo. La observo anonadado, dudo que alguna vez me canse de ella.

—Sigue —digo con voz ronca.

—Lleva sus manos a la espalda y se desabrocha el sujetador. Lo desliza por sus brazos y lo deja caer al suelo. Vacila si seguir o no.

—Los zapatos no, cariño. Todo lo demás —sonríe traviesa y con los pulgares en el elástico de sus bragas se va deshaciendo de ellas lenta y sensualmente—. Acércate.

Camina hacia mí. El bamboleo de sus pechos es toda una invitación. Me incorporo en el sillón y con la mano, que hasta hace un momento sostenía el vaso, la acaricio desde el cuello, pasando por los senos, los pezones, el ombligo y descendiendo rozando apenas el pubis, por sus muslos y rodillas hasta llegar a sus tobillos. Tiene toda la piel erizada por las caricias de mis manos, aún frías por el hielo de mi copa. Coloco un cojín a mis pies, me entiende al instante y se arrodilla entre mis piernas.

—Desnúdame.

Se recuesta y presiona mi erección con sus pechos para desabrochar la camisa. Un jadeo escapa entre mis dientes. Cada botón que desabrocha besa el trozo de piel que queda al descubierto. Llega al cinturón, lo afloja y abre el botón de los pantalones. Lo hace todo con delicadeza y tomándose su tiempo. Su “expiación” está resultando una tortura para mí. Me deshago de los zapatos, los calcetines y levanto las caderas para que me los quite. Pasea el dedo índice por la cinturilla de mis bóxer y va rozando la punta de mi miembro.

—Eres mala. Se suponía que este castigo era para ti, no para mí.

Se encoge de hombros.

—He hecho todo lo que me has dicho...

Me quito la ropa interior, la levanto y la siento a horcajadas sobre mí. Acaricio su pelo, voy moviendo lentamente mis caderas rozando y presionando su sexo. Jadea frente a mi boca. Alargo la mano y cojo un hielo de la copa. Restriego con él sus pezones y se endurecen al instante. Con la punta de la lengua trazo círculos sobre ellos. Comienza a moverse contra mi erección, la sujeto con fuerza para que no lo haga. Me mira con ojos anhelantes. Niego con la cabeza.

—Mando yo, cariño.

Sigo moviendo mis caderas, succionando sus pezones y apretando su trasero. Noto su humedad contra la mía. No sé cuánto tiempo aguantaré este juego, me muero por estar dentro de ella. Quito una mano y deslizo un dedo entre sus pliegues, acaricio sutilmente el clítoris y me impulso un poco más fuerte hacia su entrada sin llegar a penetrarla.

—Por favor —me suplica entre jadeos.

—Todavía no, nena.

Enredo los dedos en su pelo y la acerco a mi boca. Nos besamos sin apenas dejarnos respirar. Vuelvo a colocar mis manos en sus caderas y la levanto un poco para facilitar mi entrada. Desciende sobre mi miembro al ritmo que yo le marco. Contengo la respiración y me concentro en no acelerar, me lo pide el cuerpo, tengo que hacer lo posible por controlarme, pero los sonidos guturales y la

presión que ejerce me están volviendo loco. La vuelvo a levantar, a salir de ella...

—No... —gime contra mi boca.

Esta vez lo hago rápido, entro hondo y de una vez. Se arquea contra mí, sus pechos presionan mi torso, el pelo le cae en cascada sobre la espalda y las puntas de este cosquillean en mis manos sobre sus caderas. Comienzo a moverme más rápido y la arrastro conmigo. Fuerte, desesperado, intenso, satisfactorio, bueno, demasiado bueno. Siento sus espasmos sobre mi sexo y sus suspiros de placer, es entonces cuando me dejo llevar y alcanzo el éxtasis apenas unos momentos después que ella.

Respiramos entrecortadamente, todavía uno dentro del otro. Acaricio su espalda perlada de sudor mientras su aliento cosquillea en mi cuello. Cuando nuestros cuerpos se van normalizando la pongo en pie, me levanto y cogidos de la mano la conduzco hacia mi habitación. Entramos en el cuarto de baño, enciendo la ducha, la ayudo a meterse en ella y yo lo hago detrás. Nos enjabonamos, besamos, acariciamos y volvemos a hacer el amor. De pie contra la pared de la ducha.

Cuando nos secamos, salimos al dormitorio envueltos en las toallas. Le doy un beso en el pelo y camino hacia el vestidor.

—Puedes coger para dormir cualquier camiseta que encuentres en aquel cajón.

—¿Quieres que me quede?

Me doy la vuelta y la miro sin entender.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Por supuesto.

Abre el cajón, saca una camiseta negra, deja caer la toalla, se la pone y tira un poco del bajo.

—No tengo ropa interior.

—No te hace falta, cariño.

Me acerco a ella, la beso y acaricio su culo desnudo. Le doy un pequeño cachete y la empujo a la cama. Me pongo unos bóxer y me acuesto a su lado, la atraigo hacia mí y la abrazo.

—¿Te pasa algo, Ela?

—Es que... —como veo que no se atreve a seguir la presiono un poco.

—¿Qué? Puedes decirme lo que sea.

—Está bien, es que no paro de pensar cuántas veces habrás hecho esto mismo con otra, cuántas habrán dormido contigo aquí en tu cama.

—No he sido un santo, Daniela. Lo sabes, nunca te he mentado. Así que debes creerme cuando te digo que eres la única que ha venido a mi casa, la única con la que he hecho el amor en mi sofá, en la ducha y que ha dormido y va a dormir en mi cama... Y con la que lo pienso hacer en cada una de las habitaciones. ¿Te vale?

Levanta la cabeza con la sonrisa más radiante que me ha dedicado nunca nadie y asiente.

—Me vale —acerca sus labios a los míos y me besa. Como lo hizo la primera vez, repasa mi labio inferior con la lengua, lo muerde ligeramente y tira de él.

—Está visto que no quieres dormir. Se ríe y se aparta de mí.

—No puedo más, me duele todo el cuerpo. Sí que quiero dormir, por lo menos descansar un poco.

La vuelvo a acercar a mí, apoya su cabeza en mi hombro y me abraza.

—Menos mal. Necesito por lo menos diez minutos para recuperarme.

—Fanfarrón.

—No me provoques...

Apago la luz y no tardamos en caer en un sueño profundo y reparador.

La luz se filtra entre las rendijas de la ventana, debe ser tarde por la fuerza y la cantidad de luz

que ilumina la habitación. Me pongo de lado y la observo dormir. Su pelo se esparce sobre la almohada, lo huelo y la beso con delicadeza. Me levanto despacio y voy a la cocina. Hago café, saco algo de bollería y galletas, lo voy preparando todo sobre una bandeja. Cuando me doy la vuelta para regresar a la habitación la veo apoyada en el marco de la puerta. El pelo revuelto, la camiseta arrugada, las piernas desnudas y descalza.

—Buenos días, preciosa —me acerco y la beso en los labios—. No me digas que sigues desnuda bajo la camiseta.

La levanta poco a poco y reconozco unos bóxer míos.

—Me ha encantado tu cara —se ríe traviesa.

—Mmmm, a partir de ahora serán mis preferidos.

Nos sentamos en la barra de la cocina y empezamos a desayunar.

—Mark, he estado pensando que quizá, de momento, no deberíamos decir nada a nadie de la oficina.

Dejo el café y la miro.

—¿Por algo en especial?

—Pensé que estarías de acuerdo conmigo.

—Pues no.

—Seremos la comidilla de la oficina.

—Ya lo eras con Jorge y no te importaba. ¿Por qué ahora sí?

—Porque ahora es verdad.

—Por mí pueden decir lo que quieran. No tengo que ocultarme de nada ni de nadie. Es más, quiero que todos los sepan. No pienso esconderme ni disimular.

—Es solo que... mi padre no tardará en enterarse.

—Lo sé, de hecho deberías ser tú la que se lo contara. Yo no tardaría mucho. Si fuera él no me gustaría que se enterara todo el mundo antes que yo.

—Todavía no me lo creo —aflora una sonrisa tímida a sus labios.

—Tengo todo el día para convencerte de que ha ocurrido de verdad...

Pasamos todo el domingo haciendo el amor y retozando entre la cama y el sofá. Ni siquiera nos molestamos en vestirnos ni en cocinar. Pedimos comida a domicilio para no perder el tiempo. Disfrutamos el uno del otro sin tener la sensación de llegar a saciarnos lo suficiente.

—Debo irme a casa —me dice mientras se viste.

—No tienes porqué, mañana te llevaré antes de ir a la oficina para que te cambies.

—Es mejor que me vaya ahora y que nos veamos directamente allí.

—Ya estamos otra vez. Nunca he ocultado cómo soy ni lo que hago. No lo voy a hacer ahora.

Estoy recostado sobre el cabezal de la cama, gatea sobre ella, se acerca a mí y se coloca entre mis piernas.

—Lo sé. Pero necesito mis cosas y descansar. Sé que si me quedo no lo haré.

—Desde luego ofreciéndome semejante espectáculo para la vista, no. No vas a descansar.

Intento cogerla pero retrocede a tiempo y salta de la cama.

—Mañana más —me dice sugerente.

—Ten por seguro que sí, cariño. Ahora te acerco a casa.

—Puedo llamar un taxi.

—No vas a ir sola por la calle sin bragas. Te pongas como te pongas.

Tardamos cuarenta y cinco minutos en llegar a su casa. El tráfico es denso y parece que todos los semáforos se ponen de acuerdo para retrasar la llegada. La acompaño hasta el portal.

—¿Quieres subir?

—¿Quieres que me arresten? Todavía no se me han ido las ganas de asesinar a tu prima y al italiano.

—Vale, pues entonces mejor nos vemos mañana.

—Hasta mañana, nena —me acerco y la acorralo contra la pared mientras le devoro la boca.

—¿Está bien, señorita Lane?

Joder con Félix. Me aparto de ella y lo fulmino con la mirada.

—Sí, gracias. No se preocupe —le dice Daniela con una sonrisa. Ve mi gesto y añade—. Félix, el señor Ribas a partir de ahora puede venir a mi casa cuándo y a la hora que quiera.

—Entiendo señorita. Enhorabuena a los dos. Buenas noches señor Rivas, señorita Lane —se retira y nos vuelve a dejar solos.

—¿Ves como no era tan difícil, Daniela? Así ya tenemos algo de experiencia para mañana.

La vuelvo a besar hasta que me empuja y me envía hacia el coche.

Daniela

Floto en una nube. Nunca he tenido la sensación de que mi vida era perfecta hasta ahora. No sé qué pasará entre nosotros pero he perdido el pulso conmigo misma y evidentemente con él. Después de muchos años puedo decir que soy FELIZ.

Es cierto que nunca me han faltado cosas materiales, en ese sentido no tengo ninguna queja. Sin embargo llevaba mucho tiempo sin sentirme plena, sin sentirme importante para alguien.

Una vez en el apartamento, sufro el acoso y derribo de las preguntas de Cleo y Mario. Se lo cuento todo, bueno los detalles íntimos no. Aunque insisten. Están felices por mí y eso me hace apreciarlos un poco más, si cabe.

Sobre la medianoche los dejo en el salón, sé que tienen muchas ganas de seguir pero me duele todo el cuerpo. El dolor más satisfactorio que he sentido nunca, cada molestia que siento me recuerda nuestros momentos juntos.

El lunes amezco en la oficina más tarde de lo normal, se me han pegado las sábanas, por primera vez desde que trabajo aquí no llego a mi hora. María y Paula me ven entrar acalorada, y extrañadas preguntan si estoy enferma o si no me encuentro bien. Mi sonrisa radiante las convence de que estoy perfecta. Entro en mi oficina, dejo el maletín y decido ir a darle los buenos días a Mark. Llevo demasiadas horas sin verlo. Creo que soy adicta a él.

Con la misma sonrisa que no ha desaparecido de mis labios en todo el fin de semana atravieso los escasos metros que separan nuestros despachos ante la atenta y curiosa mirada de las secretarias. Golpeo con suavidad la puerta y sin esperar respuesta entro.

La sonrisa muere en mis labios al ver a Cristina sentada sobre la mesa de Mark. Con las piernas cruzadas, a su lado, cerca, demasiado cerca. Mark levanta la vista del ordenador y tarda unos segundos en darse cuenta de lo incómodo de la situación y de mis pensamientos. Cristina ni siquiera se molesta en levantarse, me mira de arriba a abajo esperando una explicación sobre mi presencia allí. Debería ser al revés, pienso malhumorada.

—Perdón, no sabía que estabas ocupado.

Se levanta en el acto cuando ve mis intenciones de retirarme.

—Para ti nunca lo estoy.

Cristina lo mira con ojos entrecerrados y conduce su mirada de uno a otro, sin entender.

—No te vayas. Cristina, hemos terminado.

No puedo dejar pasar el doble sentido de la frase.

—Todavía teníamos pendiente hablar de la semana gastronómica en el hotel de Tarragona.

La fulmina con la mirada. Yo me mantengo en segundo plano con los brazos cruzados en la puerta.

—He dicho que hemos terminado. Podemos hablarlo más tarde o puedes hacerlo con Jorge.

Baja de la mesa con desgana, se estira la falda de tubo que dejaba a la vista más pierna de la necesaria cuando estaba sobre la mesa, y sale del despacho. No sin antes, al pasar por mi lado, volver a mirarme de arriba abajo.

—Cierra la puerta.

—No.

Con apenas dos zancadas está frente a mí. Tira con suavidad de mis brazos y me aparta de la puerta. La cierra y me mira intentando adivinar por dónde voy a salir. Estoy segura que Paula y María no se han perdido detalle de lo sucedido. Pero no me importa. Ahora soy yo la que pienso que sí, que es mejor que todo el mundo sepa que estamos juntos, en especial la sección femenina de la empresa.

—¿Estamos bien? —me dice Mark inquieto.

—No lo sé. Tú supongo que sí, yo no lo tengo muy claro.

—No tienes nada de qué preocuparte, Daniela. Entre Cristina y yo no ha pasado nada.

Me separo de él y ando hacia el otro extremo del despacho.

—Lo sé. Pero no me parece ético que se siente encima de tu mesa. Pero lo peor es que tú se lo permitas.

—No me he dado cuenta —lo miro escéptica—. Supongo que estoy acostumbrado a que lo haga.

Niego con la cabeza y camino hacia la puerta. Apoya una mano en ella, me impide abrir, se pega a mi espalda y noto su aliento en mi oreja.

—Te he echado de menos —sigo sin contestar—. Tienes que confiar en mí, Ela —suspiro y pienso que tiene razón.

Me doy la vuelta y apoyo la espalda.

—Lo haré. Es solo que las inseguridades son mi punto débil. Siempre me he preguntado qué viste en mí la noche que nos conocimos y qué hizo que quisieras acostarte conmigo.

Veo en su mirada un atisbo de duda y quizá preocupación, pero desaparecen al instante.

—Eres preciosa.

Me besa en el cuello, sube hacia mi oreja, sigue por la mandíbula, la comisura de mis labios y por fin me besa. Como he deseado que lo hiciera desde el mismo momento en que nos separamos anoche. Nuestras manos vuelan entre nuestros cuerpos, intenta subirme la falda pero lo detengo.

—Aquí no —digo con la voz entrecortada.

—Cualquier momento y lugar son perfectos si estoy contigo. Le acaricio la mandíbula y lo vuelvo a besar con ternura.

—Luego, Mark —suspira y se aparta de mí.

—¿Luego? ¿Cuántas horas son exactamente?

Miro el reloj, son apenas las diez y media. La jornada dura hasta las seis en horario de verano.

—Unas ocho horas.

—Ni lo sueñes. La hora de la comida es mía, espero que no tengas mucha hambre.

—Depende del tipo de hambre —paseo mi mano por su muslo y al instante se pega a mí. Noto perfectamente su erección.

—Eres mala, Daniela, muy mala.

Lo empujo levemente, abro la puerta y me marcho dejándolo plantado con una sonrisa traviesa y una mirada que me incita a volver, cerrar la puerta y terminar lo que empezamos.

A la hora de comer Jorge entra en mi despacho como todos los días para salir juntos. Le digo que hoy no puedo porque he quedado. Es amigo mío, prefiero contarle yo misma lo que hay entre Mark y yo a que se entere por terceras personas.

—Jorge, tengo que contarte algo... Estoy saliendo con alguien.

—¿Y no es el italiano? —sonríó condescendiente.

—No. Mario es mi amigo. Mi mejor amigo.

Ve la duda en mis ojos, se sienta en la mesa, me toma las manos y me mira comprensivo esperando a que me decida hablar. Después de lo ocurrido en Valencia, temo hacerle daño. Pero sobre todo quiero ser sincera con él.

—Sea quien sea, es muy afortunado.

—Es Mark —me sigue mirando sin que aflore ningún tipo de reacción. Parece que no le sorprende en absoluto—. Pero por favor, no se lo digas a mi padre. Quiero que se entere por mí.

—Por supuesto. Daniela... —toma aire—. Escucha, ten cuidado. ¿Vale?

Lo miro seria y me pongo en pie. No me suelta las manos, me las sujeta con más fuerza. En ese momento se abre la puerta y Mark entra en mi despacho. Se cruza de brazos y nos mira. Jorge se levanta, me suelta las manos y me da un beso en la mejilla. Aprovecha el gesto para repetirme al oído en voz baja su advertencia. Al pasar al lado de Mark se detiene y le tiende la mano.

—Espero que la valores sobre todo por lo que es. Enhorabuena a los dos —Mark frunce el ceño y acepta la mano que le tiende. Jorge sale del despacho cerrando la puerta tras él.

—¿Por qué te ha dicho eso? —le pregunto a Mark.

—No lo sé. ¿De qué hablabais cuando he entrado?

—Le he contado lo nuestro.

—¿Y?

—Nada, Mark.

—¿Por qué estaba sentado en tu mesa y te cogía de las manos? Me cruzo de brazos y la pequeña arpía que hay dentro de mí saca las uñas.

—Tienes que confiar en mí —digo con voz aterciopelada.

—No me gusta que se tome según qué tipo de licencias.

—Pues no me he dado cuenta de lo que hacía. Debo estar acostumbrada.

Entorna los ojos y camina hacia mí.

—Está bien, entendido. Se acabaron las confianzas con examantes, expretendientes y el resto de personas del sexo contrario.

Rodeo su cuello con los brazos y me pego a él.

—Debemos irnos. Estamos perdiendo un tiempo precioso.

—Si nos quedamos aquí lo aprovecharemos más —me sube a la mesa y se cuela entre mis piernas.

—Puede entrar alguien.

—Están todos comiendo.

Comienza a besarme el cuello y acariciar mis muslos. Deslizo la americana por sus hombros y aflojo el nudo de su corbata. Nuestras manos se encuentran, tropiezan, intentando despojarnos mutuamente de nuestra ropa. En pocos segundos estamos completamente desnudos encima de la mesa de mi despacho. Haciendo el amor con voracidad, hambre y necesidad.

Acaricio su pelo sobre mi pecho mientras se normaliza nuestra respiración.

—¿Qué me pasa contigo?

Es la segunda vez que escucho esta pregunta de sus labios después de hacer el amor. Ahora entiendo lo que quería decir en aquel momento y por qué lo dice. Yo siento lo mismo, pierdo el control entre sus brazos. Me cuesta reconocer mis actos, esta impulsividad y los incontrolables jadeos que arranca de lo más hondo de mí. Restriega su nariz por mi pecho aspirando mi aroma y poco a poco se va incorporando. Sonrío, sujeto su cabeza entre mis manos y lo beso con dulzura. Me levanta de la mesa mientras nos besamos y me abraza, desnudos de pie enfrente del enorme ventanal

de mi oficina.

El teléfono de mi mesa nos interrumpe y el pánico se refleja en mi mirada. Me suelta, y con apenas cuatro zancadas cierra la puerta con el pestillo. No me creo que no lo hiciéramos antes. Me voy vistiendo a toda prisa mientras el teléfono sigue sonando. Lo veo ponerse su ropa pero nada que ver conmigo, se toma su tiempo. Es un espectáculo digno de ver. Por fin descuelgo acelerada el teléfono.

—¿Si?

—Dani, parece como si hubieras estado corriendo —¡madre mía! Ya lo creo, pero no de la manera que piensa.

—Hola, papá. Es que acababa de entrar en el despacho, lo oía sonar y he venido corriendo.

Mientras hablo con él, intento abrocharme el sujetador apoyando el teléfono en el hombro. Al segundo tengo a Mark detrás de mí haciéndolo, repartiendo besos por mi columna y produciéndome escalofríos de placer. Me va vistiendo y por extraño que parezca la situación es igual de erótica para mí que si me estuviera quitando la ropa. Apenas presto atención a la conversación de mi padre. Mark me sigue regalando besos por el cuello y acariciando mis brazos.

De pronto, mi padre acapara toda mi atención al mencionar el nombre de Aída junto con cena de celebración. Me tenso al instante. Mark lo nota, me da la vuelta y fija la mirada en mis ojos.

—¿Me has oído, Dani? El viernes celebraremos el cumpleaños de Aída con una cena a la que asistirán todas nuestras amistades. Es la primera vez que estás para la fiesta, así que vendrás ¿verdad, cariño?

Me separo de Mark y me pongo de espaldas a él mirando hacia la calle.

—Pues la verdad papá es que no puedo. El viernes por la noche tengo un compromiso desde hace tiempo y no lo quiero anular. Pero iré a comer —añado atropelladamente—, si no te parece mal. Así estoy con vosotros y puedo acudir a mi cita a la vez.

Suspira un poco decepcionado, pero gracias a Dios no insiste.

—De acuerdo, cariño. Te esperamos para comer.

—Gracias, papá.

—De nada, *baby*.

—¿Papá? Te quierísimo —le digo antes de que cuelgue.

—Y yo mi niña, y yo.

Mi padre ya ha colgado pero yo sigo con el teléfono pegado a la oreja. Cuando me doy la vuelta Mark está sentado en mi mesa con los brazos cruzados, el pelo todavía revuelto y la mirada preocupada.

—¿Qué ocurre, nena?

—Mi padre me invitaba a la fiesta de cumpleaños de su mujer el viernes por la noche.

—¿Y por qué no quieres ir?

Me acerco, me encajo entre sus piernas y me rodea la cintura con sus brazos.

—Es una larga historia. Entre Aída y yo no existe, en realidad, ningún tipo de relación. La soporto porque es la mujer de mi padre, pero nada más.

—Quiero que me lo cuentes.

—Lo haré, pero hoy no.

Tarda un poco en contestar mientras me analiza con la mirada.

—De acuerdo —sé que cede muy a su pesar, lo veo en sus ojos—. No es que no me alegre que te negaras. Estoy encantado. El viernes por la tarde nos marchamos de viaje.

Se me ilumina la mirada y sonrío como una niña ante su regalo de Navidad.

—¿Dónde?

—A mi casa —entorno los ojos y algo en mi mirada le hace carcajearse.

—A mi auténtica casa —puntualiza—. Nos vamos a Barcelona.

—¿A tu refugio?

—Ahora será el nuestro. ¿Qué te parece?

—¡Me encanta!

Me cuelgo de su cuello y lo abrazo con fuerza. Responde a mi abrazo estrechándome por la cintura contra su cuerpo.

—¿Tienes hambre? —me pregunta.

—Sí, un poco.

—Pues subamos a comer.

—Mejor pidamos algo y que nos lo bajen aquí —veo que pone mala cara—. No es por nada Mark, es que preferiría que no le llegaran rumores a mi padre antes de que yo se lo contara. Si subimos juntos a comer todo el mundo cotilleará.

—De acuerdo —se gana una de mis mejores sonrisas—. ¿Cuándo tienes pensado decírselo?

—Tengo una idea. ¿Qué tal si me acompañas el viernes a la comida? Hablaré con él mañana y se lo contaré.

—De acuerdo. Cuanto antes mejor.

Comemos en mi despacho y por la tarde no nos volvemos a ver hasta que terminamos la jornada laboral. No por falta de ganas, al menos por mi parte.

He vuelto a llamar a mi padre y he quedado mañana para comer. Nunca he hablado con él de estos temas ni le he presentado a nadie como mi pareja. No sé cuál pueda ser su reacción. No quisiera que se disgustara, espero que entienda que es cosa mía y que soy feliz.

Después de trabajar volvemos a casa de Mark. Cenamos pizza, vemos una película, o lo intentamos, mientras nos metemos mano en el sofá y acabamos haciendo el amor sobre la alfombra del salón. Me lleva a mi casa muy a su pesar. Le he prometido pasar los fines de semana en la suya, pero para la rutina del día a día prefiero estar en la mía. Además, y esto último no se lo he dicho, tengo miedo. Las cosas van un poco rápido, no me quejo, para mí perfectas... Pero no quiero prácticamente vivir en su casa, ya trabajo con él. Si lo nuestro no funcionara no habría ni un solo lugar en el que me sintiera a salvo. Por eso prefiero mantener mi casa como mi refugio.

El martes mi padre pasa la mañana en la oficina visitando varias de las secciones de la empresa y supervisando en persona el funcionamiento; aunque yo sé que lo hace desde casa todos los días, es demasiado adicto al trabajo para dejarlo en manos de los demás. Hoy Mark y yo apenas hemos cruzado un par de palabras y miradas en los pasillos. La visita de mi padre les tiene a todos nerviosos y ocupados.

A la hora de la comida salimos fuera del edificio. El restaurante está relativamente cerca, pero el chófer de mi padre nos espera en la puerta para llevarnos. Ya en el coche recibo un mensaje.

“Demasiadas horas. Demasiadas ganas. En cuanto acabes eres toda mía”.

Una sonrisa bobalicona me traiciona, y mi padre, que no es tonto, me coge la mano en la que todavía sostengo el móvil y me la aprieta.

—¿Quién es él, Dani?

La cara de sorpresa y el color rojo acaban por confirmar sus sospechas.

—¿Cómo lo sabes?

—Cariño, hace tiempo que lo sospecho. Además, esa cita del viernes por la noche ineludible...

—Es cierto. Hay alguien especial. Estoy feliz, papá —me recuesto en su hombro y lo cojo del brazo.

—Me alegro, *baby* ¿Y bien?

—Es Mark.

Se vuelve de golpe y me levanta la barbilla. Parece que al final sí que le he sorprendido.

—¿Mark Rivas?

—Sí.

Aparcamos en este preciso momento. El chófer abre la puerta para que salgamos y no es hasta que nos sentamos en la mesa cuando retomamos la conversación.

—¿Te he sorprendido, papá?

—Sí y no. Sospechaba que sería alguien del trabajo, pero tenía en mente otra persona.

—¿Te disgusta?

—Si te trata bien, estás contenta y eres feliz no hay problema, Dani.

—¿En quién pensabas, papá?

—A un viejo zorro como yo cariño nada se le escapa, me habían llegado rumores... Pero evidentemente eran de la persona equivocada.

—Tú pensabas en Jorge. Es lo que toda la oficina rumoreaba.

—Sí. Pero bueno, está claro que estaban todos equivocados.

—¿Te parece bien si me acompaña el viernes a comer a casa?

—Me parece perfecto.

El resto de la comida charlamos animadamente, del trabajo, de cómo va la empresa, de mi hermano y como no, por supuesto de Mark. Me he quitado un gran peso de encima. Ahora ya no tengo que esconderme de nada ni de nadie.

Después de la comida mi padre me deja frente el edificio Lane y vuelve a su casa. El ascensor no sube lo suficientemente rápido. Me obligo a no correr por el pasillo hacia su despacho para no ponerme en evidencia. Al pasar las puertas de cristal, saludo a María y a Paula y sin llamar entro en el despacho de Mark.

Levanta la cabeza con el ceño fruncido y sí, un poco cabreado por la interrupción. Al ver que soy yo, su enfado se transforma en sorpresa. Camino decidida hacia su mesa, gira la silla y me sigue con la mirada, me planto delante y me abalanzo sobre él. Tarda apenas un segundo en responder a mi beso, agarrarme y sentarme sobre sus piernas. Enredo las manos en su pelo y él acaricia mis muslos con una mano, mientras con la otra rodea mi cintura, posesivo.

—¿Ves cómo yo tenía razón? Aquí había tema. Tú hazme caso que la edad es un grado.

Oigo a Paula hablar con María. He dejado la puerta abierta, y no, no ha sido un descuido. Que se sepa.

Mark

Haciendo un esfuerzo sobrehumano la separo de mí.

—Intuyo que con tu padre ha ido bien.

Asiente con la cabeza. Sentada sobre mis rodillas, con las mejillas sonrosadas, los labios rojos e hinchados y la respiración agitada se me antoja irresistible.

Al mirar hacia la puerta veo a Paula y a María mirarnos sin ningún disimulo. Al momento María desvía la mirada avergonzada, pero Paula no. Sigue sonriendo, se levanta y nos cierra la puerta.

—Mi padre sabía que había alguien, pero no sospechaba que fueras tú.

—¿No me digas? ¿A que adivino quién?

—Pues sí, como el resto de la empresa.

—Habrá que acallar los rumores. Vuelve a hacer esto mismo mañana a la hora de la comida en el restaurante.

Se ríe y coloca las manos en mi pecho. Puedo sentir el calor de sus manos a través de la camisa.

—Le he dicho que me acompañarás el viernes a la comida. Le parece bien, no sé por qué pero te someterá a un tercer grado.

—No esperaba menos de él. Tu padre para los negocios investiga hasta el último detalle de la competencia, imagino cómo será con el novio de su hija.

—Has dicho novio... —susurra.

—¿Acaso no lo soy? ¿Somos pareja o me he perdido algo?

—Ahora mismo soy lo que quieras que sea.

—Te tomo la palabra, cariño. Pero será mejor que te lo diga cuando estemos en casa.

—Pues ve pensando en ello. Nos vemos a las seis.

Se levanta, me besa dulcemente en los labios y sale del despacho. Estoy seguro de que no es consciente de lo sensual del movimiento de sus caderas, de su mirada, de toda ella en general.

Si alguien me hubiera dicho hace unos meses que me pasaría esto, me habría reído en su cara. Nunca he tenido la sensación de necesitar a nadie, de saber en cada momento cómo está, de querer hacer feliz a otra persona, hasta ahora.

En nuestra vida se establece una especie de agradable rutina, trabajamos en el mismo sitio durante el día, tenemos de vez en cuando encuentros furtivos en cualquier lugar de la empresa, que resultan sumamente satisfactorios y al final de la jornada volvemos juntos a mi casa. Lo primero que hacemos en cuanto traspasamos la puerta es hacer el amor. Llevo todo el día esperándolo.

De todo, lo que más me molesta es tener que llevarla a casa cada noche. No hay manera de convencerla de que acepte quedarse a dormir. Me sorprende lo insistente que me vuelvo con el tema. Yo, que nunca he querido dormir con nadie, que nunca he traído a ninguna mujer a mi casa, que detesto el compromiso, me encuentro casi suplicando a Daniela que no abandone mi cama, mi casa... Que no me deje solo.

El jueves voy a su casa a despedir a Mario, que se marcha unos días a Italia a ver a su familia y luego regresará a Los Ángeles para preparar los cursos de verano en la facultad.

Cenamos entre bromas y cachondeo, de cómo piqué el anzuelo y me dejé llevar por los celos. Es inevitable reír ante los comentarios de Cleo y Mario. Ya en la intimidad del hogar no entiendo cómo no me di cuenta antes de su condición de homosexual. El muy cabrón podría ser actor si quisiera. Sigue besando a Daniela en los labios y dándole palmaditas en el trasero, lo que no me hace ninguna gracia. Pero ya no tengo los instintos asesinos de antes.

Es un buen tío, se preocupa por ella y la protege. Lo sé por la serie de advertencias que me ha hecho al respecto. Al final nos caeremos bien. Estoy seguro.

El viernes acudimos a la cita en casa de su padre. La noto nerviosa, está inquieta y perdida en sus pensamientos. Sospecho que no es por mi presencia, al menos no del todo. Tengo que conseguir que me cuente qué sucede.

Nada más entrar, su padre y la mujer de este nos reciben. Estrecho la mano de David Lane y hago lo mismo con su mujer. Estoy demasiado versado en estos temas como para no darme cuenta del examen pormenorizado al que me somete la señora Lane. Mirada lasciva incluida. No me gusta su forma de mirarme, ni a Daniela. Instintivamente me acerco a ella y la rodeo por la cintura. Agradece mi gesto porque noto cómo su espalda se relaja un poco.

Salimos a la terraza de la enorme mansión. David resulta un anfitrión estupendo, hace que me sienta a gusto al momento, hablamos sobre todo de negocios. Aída, su mujer, se esfuerza demasiado por ser el centro de atención. No puedo evitar pensar qué vio el inteligente David Lane en esa mujer.

—Bueno, todo este tema de la empresa está muy bien. Pero ahora, podríamos hablar de la sorprendente noticia... ¿Quién iba a pensar que Daniela encontraría a alguien?

Todos la observamos, entrecierro los ojos y ante mi mirada añade a toda prisa:

—En la empresa quería decir. Nunca habíamos tenido noticia de que Daniela saliera con nadie. Ha hecho falta venir a España para que se diera el acontecimiento.

—Bueno, que nosotros sepamos, querida —añade David.

Daniela sigue callada. Demasiado, nunca la he visto tan fuera de lugar, curiosamente, como en su casa

—Bueno dinos, Mark... ¿Cómo surgió? ¿Desde cuándo estáis juntos? ¿Qué viste en ella?

¿Qué clase de pregunta es esa? Imposto mi mejor sonrisa y decido ponerla en su sitio.

—Es bastante evidente, es perfecta. Resalta en cualquier lugar, frente a cualquier mujer. Donde está ella no existe ninguna otra, aunque las demás se esfuerzen en intentar hacerle sombra, es inútil, nunca lo consiguen —Daniela se sonroja y me sonrío tímidamente. Nunca la he visto tan sumisa. No me gusta nada. Sé que Aída entiende perfectamente mi indirecta. Se yergue en la silla y desvía la mirada malhumorada.

—Justo eso es lo que yo siempre he pensado. Pero Dani nunca me ha creído.

—¿Quieres que te enseñe la casa? —Daniela me coge del brazo. Asiento, me despido y la sigo dentro.

Subimos por la escalera de caracol hacia el segundo piso. Le doy la vuelta, un escalón por encima de mí tenemos los ojos a la misma altura. Con el dorso de mi mano acaricio su mejilla.

—Empiezo a entender por qué te fuiste.

Los ojos se le llenan de lágrimas. Ternura, rabia y un sinfín de emociones me atraviesan. Acerco mis labios a los suyos, la compenso con un beso intenso pero dulce. Parpadea un par de veces, vuelve a sonreír y me conduce hacia la que supongo debe ser su antigua habitación.

Al pasar tengo la sensación de adentrarme en un cuento de princesas.

—La decoró mi madre —me explica.

Asiento y me encamino hacia una cómoda repleta de fotos. Elijo una de familia. Reconozco a David Lane, la madre de Daniela debe ser la mujer que sonrío abrazada a sus dos hijos. El hermano de Daniela es igual que su padre; sin embargo ella tiene una mezcla perfecta de los dos. Se acerca y me coge la foto de las manos. Parece un poco avergonzada y no acierto a pensar por qué.

—Deberíamos bajar.

—¿La puerta no tiene pestillo?

Me mira escandalizada. Se me escapa una carcajada, la tomo de la cintura y la aprieto contra mí.

—Vamos, no será la primera vez que traes un chico a tu habitación.

—Sí lo es.

La seriedad de su respuesta borra la sonrisa de mi cara.

—En cuanto salgamos de aquí tienes que hablar conmigo.

Desvía la mirada, me coge de la mano y tira de mí hacia la puerta.

Bajamos al comedor y nos sentamos a la mesa donde ya nos esperan. La comida está exquisita, gran cantidad de manjares se extienden sobre la mesa. Me resulta incomprensible tal cantidad solo para cuatro personas. Ostentación es la palabra que me viene a la mente.

Daniela prácticamente no prueba bocado. Me sorprende pero no hago ningún comentario al respecto.

—Pues parece que hoy sobraré mucha comida. Normalmente cuando Daniela venía a comer esto no pasaba. ¿Te encuentras mal? —Pregunta Aída con fingida preocupación.

Ni siquiera contesta. No hace falta, la fulmina con la mirada y veo asomar algo de la Daniela que conozco y que me encanta. Pero desaparece en el acto al desviar la vista hacia su padre. Agacha la cabeza y sigue removiendo el plato.

No lo entiendo, estoy deseando que la ponga en su sitio. Tengo que contenerme para no ser yo mismo quien lo haga. Durante el café Aída sigue su cruzada contra Daniela.

—No sé si Daniela te lo ha contado, pero ya de pequeña tenía unos problemas tremendos con la comida. A la vista está que no están solucionados del todo, pero vamos, tengo que traer fotografías de cuando la conocí para que las veas...

—No hace falta. Las he visto.

—Entonces convendrás conmigo en que lo que he dicho es cierto —dejo la servilleta sobre la mesa, me recuesto en la silla y la miro directamente a los ojos.

—Pues no. La verdad es que no. He visto en las fotos a una niña preciosa, feliz y querida por sus padres. Igual que ahora veo a una mujer inteligente, valiente y hermosa que tengo la suerte de tener a mi lado.

El silencio se extiende por el salón. Igual no vuelvo a ser bien recibido en esta casa, no me importa, dudo que tenga ganas de volver, la verdad.

—Gracias —responde David Lane en un susurro. Parece avergonzado. Hace bien. Yo jamás permitiría que nadie tratara así a mi hija.

—Si nos disculpan, debemos retirarnos ya. Salimos de viaje ahora mismo —me levanto, le tomo la mano a David, inclino la cabeza a Aída y tomo de la mano a Daniela. Su padre se levanta, se acerca a ella, la besa y promete llamarla e ir a visitarla. No se molesta en intentar retenernos. Sería una pérdida de tiempo y resultaría mucho más contundente mi respuesta al respecto.

Salimos en silencio. En el coche camino del aeropuerto la observo por el rabillo del ojo, sigue

callada y demasiado seria. Desvío una mano del volante y aprieto su muslo. Me la toma, se la acerca a la cara, acaricia su mejilla y me besa los dedos.

—¿Qué quieres que hagamos este fin de semana? —le pregunto.

—¿Qué habías pensado?

—No me preguntes a mí... Porque entonces ibas a ver poco la playa.

Sonríe por primera vez desde que salimos de su casa, instintivamente me relajo y reconduzco la conversación hacia las posibilidades que el fin de semana nos ofrecen.

Casi tres horas después llegamos a mi casa y el ambiente se ha relajado bastante, vuelve a ser la misma de siempre.

Todo está preparado y en su sitio. Mi madre se ha encargado de que limpiaran y llenaran las despensa para nosotros, hasta la cena está preparada en el horno.

—Ven que te enseñe la casa.

Dejamos las maletas en la puerta y recorremos la casa. Salimos a través de las puertas acristaladas del salón a la enorme terraza, la luna se refleja en el mar y se ve la cala privada.

—Es muy bonita. La decoración sigue siendo moderna pero es muy diferente del ático de Madrid.

—¿Diferente para bien o para mal?

—Dice mucho más de ti —la miro interrogante—. Eso es bueno.

—Pues todavía no has visto nuestra habitación.

Cojo las maletas y subimos por la escalera de madera al piso superior. Únicamente ocupado por una cama enorme, un cuarto de baño y un jacuzzi frente a las ventanas.

—¿Te gusta? —le pregunto mientras prendo las velas que hay en los tres escalones de la tarima que llevan al jacuzzi y lo pongo en marcha.

—Me encanta —me contesta distraída.

—Pues ve quitándote la ropa —acciono el hilo musical y la voz de Nora Jones inunda la habitación.

Se da la vuelta y me mira. El agua sigue corriendo mientras me voy desabrochando los botones de la camisa, quitándome los zapatos y desnudándola con la mirada.

Una sonrisa traviesa aflora entre sus carnosos labios. Lenta y sensualmente comienza a bajarse el tirante del vestido suelto que lleva. Yo ya hiervo de expectación. Cierro el agua mientras la observo. De pie, en medio de la estancia, tan solo con la luz que se filtra por la ventana y el titileo de las velas. Nunca me ha gustado tanto mi habitación como ahora, con ella desnuda bañada por la luna y acariciada por el fuego de las velas.

Daniela

Me desvisto lenta y pausadamente. Alargo los movimientos y disfruto de la visión de Mark prácticamente desnudo y expectante. El sitio es perfecto, el ambiente también lo es, pero sin duda lo mejor es él.

Puedo afirmarlo categóricamente, sin ningún tipo de dudas, estoy enamorada.

Lo que ha pasado hoy en casa de mi padre no ha hecho más que afianzar mis sentimientos. Nunca nadie me había defendido delante de Aída. Ha tenido que ser él, mi Superman, el que me salvara de la situación. Necesito expresar y hacerle sentir todo el amor y la gratitud que he experimentado.

Por fin me deshago de la ropa interior y camino desnuda a su encuentro.

—Eres preciosa —susurra frente a mi boca.

Le beso como sé que nos gusta a los dos. Paseo mi lengua por su labio inferior, lo muerdo ligeramente y tiro de él. Al instante sus manos recorren cada una de las curvas de mi cuerpo. Se posan en mi trasero y empujan ligeramente las caderas al encuentro de su erección. Me restriego sobre ella encendiéndonos a ambos.

Me da la vuelta y veo nuestro reflejo en la ventana de la habitación. Una mano en mi pecho y la otra recorriéndome el muslo sin llegar a tocar donde lo necesito. Presiono mis nalgas contra su miembro y me muevo en venganza a su tormento.

—Eres mala, nena.

—Y tú...

—Yo haré todo lo que me pidas... Y lo sabes.

—Pues tócame.

—¿Dónde me necesitas, cariño?

—Por todas partes... —jadeo.

Lo veo sonreír a través del cristal de la ventana.

Comienza a chuparme el cuello. Mi piel reacciona al instante y los pezones se endurecen, más si cabe. Aprovecha y los toma entre el pulgar y el índice, los pellizca ejerciendo la presión justa para que una descarga de deseo y anticipación se extienda por el interior de mi cuerpo hasta mi sexo, que se humedece y palpita de impaciencia ante sus caricias.

Desliza sus manos alrededor de mi cuerpo, siento la pesadez de la excitación sobre mis pechos, que se sienten repentinamente abandonados y siguen reclamando sus atenciones.

Con una mano acaricia la parte interna de los muslos y me los separa. El índice de la otra mano persigue el corazón depilado de mi pubis, introduce lentamente el dedo y acaricia mi ya sobreexcitado clítoris. El aire escapa de mis labios, siento la necesidad de moverme con-tra su mano, pero me mantiene firmemente sujeta presionando mi trasero contra su dura erección.

La humedad que siento entre mis piernas facilita que me introduzca primero un dedo y posteriormente otro, al tiempo que con el pulgar me sigue estimulando. Las sensaciones me abruman, cierro los ojos y dejo caer la cabeza hacia atrás mientras juega conmigo.

Vuelvo a sentir una mano en mi pecho enroscando con los dedos mi sensible pezón.

Comienzo a jadear y a emitir susurros de placer que nunca me hubiera imaginado que pudiera

articular.

Ondulo mis caderas sobre su erección. El movimiento me ayuda a aliviar un poco mi placer. Oigo cómo se le escapa entre los dientes el aire y empuja contra mí, al tiempo que sus dedos siguen entrando y saliendo de mi cuerpo.

Estoy cerca, demasiado cerca, toda yo pide a gritos el orgasmo. Lo necesito en estos momentos casi tanto como respirar.

—Déjate llevar.

—No...

—Dámelo, cariño.

—Contigo, quiero terminar contigo.

—No será el último, te lo prometo.

De repente un movimiento de su mano toca algún punto dentro de mí, que hace imposible poder controlar el clímax que me sobreviene. Libero toda la frustración y la necesidad de desahogarme.

Me siento ligera, débil y extremadamente relajada, todavía tiemblo ante los espasmos del orgasmo. Si no fuera por sus manos que me mantienen en pie mis piernas hubieran cedido hace tiempo y me encontraría en el suelo, sin fuerzas.

—Me encanta —me susurra al oído.

—A mí más... seguro.

Me doy la vuelta, aprieto mi cuerpo contra el suyo y lo beso apasionadamente.

—Lo necesitabas, cariño —acaricia mi espalda con ambas manos, desde la nuca hasta mi trasero—. Estabas demasiado tensa.

— Ahora te toca a ti.

—No hay prisa. Puedo esperar.

—Pero yo no quiero esperar...

Me dejo caer lentamente hasta el suelo, de rodillas, ante su miembro que se yergue imponente. Lo tomo entre mis manos y lo acaricio. Un gruñido de satisfacción escapa de sus labios. Me acerco y lo beso suavemente en la punta. Nunca he hecho esto, no sé exactamente cómo se debe hacer, de qué manera resulta más satisfactorio... Pero me dejo llevar por el instinto, asomo la lengua tímidamente y recorro la punta haciendo círculos.

—¡Oh Dios!

Coloca sus manos en mi pelo y me masajea mientras experimento con su miembro y sus reacciones.

Poco a poco me lo introduzco en la boca mientras mi lengua lo acaricia.

Tener el control de su placer me hace sentir poderosa. Conforme me voy habituando a su tamaño, a su dureza de seda y a su sabor, succiono arrastrando su piel con mis labios. Cubriendo y descubriendo la punta mientras mi lengua saborea los primeros fluidos que escapan de él.

Nunca pensé que sus jadeos y su placer me excitarían tanto.

Enreda las manos en mi pelo y tira de él. Su respiración es irregular y comienza a mover levemente las caderas mientras ronroneos de satisfacción inundan mis oídos.

Instintivamente acelero mis movimientos. Tira con fuerza de mi pelo y se separa de mí. La visión de sus ojos, su mirada, me atrapa. Me levanta e introduce su lengua en mi boca. Un beso desesperado, hambriento y de necesidad.

—Esto será rápido... —me dice.

Entre besos subimos los escalones del jacuzzi. Mi espalda entra en contacto con el frío de la

ventana y me pego a su cuerpo.

Me da la vuelta y apoyo las manos en el cristal. Mis pezones reaccionan ante el frío y se yerguen curiosamente excitados ante el contraste del calor que abrasa nuestros cuerpos y la temperatura del mirador.

Me separa las piernas, posa las manos en mis caderas y las arrastra hacia atrás. Siento el tanteo de su miembro en la entrada de mi vagina como suaves caricias. Se aleja de mí y con un movimiento rápido, fuerte y certero entra en mi cuerpo. Mis pechos se pegan al frío vidrio, respiro pesadamente, intento moverme pero me siento tan llena y atrapada que no puedo hacerlo.

Sus movimientos se vuelven más dominantes, fuertes y rápidos en búsqueda de su satisfacción.

Una nueva sensación de calor se extiende por mi cuerpo. Oleadas de placer me invaden al tiempo que oigo sus jadeos y sus embestidas se vuelven más posesivas.

La rapidez con la que me sobreviene el segundo orgasmo me sorprende y me deja totalmente exhausta, desorientada, no me siento dueña de mi propio cuerpo. Soy suya en cuerpo y alma.

Mark no tarda en unirse a mí y alcanzar el clímax. Apoya la cabeza en mi espalda, siento su respiración sobre mi columna perlada de sudor y un escalofrío me recorre.

—Lo siento, cariño —dice entrecortadamente.

—¿Por qué?

—He sido demasiado brusco. Se retira de mí y me abraza.

—Me ha encantado. Te lo prometo.

—Me alegro... Ven conmigo.

Me toma de la mano y me ayuda a entrar en el jacuzzi. El agua está a la temperatura perfecta y el aroma de las sales enmascara el olor a sexo que impregna mi cuerpo.

Al momento lo tengo tras de mí y apoyo mi espalda en su pecho.

—Estoy tan relajada que creo que podría dormir aquí, ahora mismo.

—Ela, tenemos que hablar.

—Lo sé.

—Cuéntamelo —me dice en voz baja pero contundente.

Suspiro y decido que este es tan buen momento como cualquier otro para sincerarme con él.

—Yo tenía catorce años cuando mi padre conoció a Aída. Al principio no me hizo mucha gracia que mi padre saliera con otra mujer. No entendía que se hubiera olvidado tan pronto de mi madre. Además, yo era una adolescente que había vivido gran parte de su vida en Norteamérica y había perdido a mi madre y a mi abuela muy seguido. Mi hermano también se había ido a vivir fuera y mi padre trabajaba prácticamente todo el tiempo. Estaba al cuidado del servicio de la casa, que me trataban estupendamente, pero como la señorita de la casa —tomo aire mientras Mark coge una esponja y me sigue enjabonando en silencio—. Cuando empezamos a conocernos se portaba muy bien conmigo. Hacía todo lo posible por agradarme y ganarse mi afecto. No tardé mucho en sucumbir a su aparente simpatía. Necesitaba a alguien con quien poder hablar y compartir mis cosas. No fue hasta que se casó con mi padre y estuvimos solas cuando me di cuenta. Todo era pura fachada para ganarse su afecto... Como pudiste ver en las fotos, y sabes, no soy una mujer delgada —digo avergonzada. Deja de enjabonarme pero no responde—. Empecé a tener problemas con el peso desde pequeña, y cuando mi madre enfermó fue a peor, agravándose bastante con la presencia de Aída en casa. Sus continuos insultos y su manía de avergonzarme en público acabaron con mi poca autoestima. Me convertí en una chica introvertida, que no salía de la habitación, ni tenía amigos. Cada vez que traía a alguien a mi casa ella me avergonzaba delante de ellos y acababan riéndose también de mí. Menos Carla, la amiga que me acompañaba la noche que nos conocimos en el Sound. No podemos ser más

diferentes, ya lo has visto. De pequeñas era igual de bonita. Pero no le siguió la corriente ni una sola vez a Aída, al contrario. Así que un día le prohibió venir a casa. No le sirvió de mucho, nos veíamos en el colegio y fue mi pequeño apoyo. Solo cuando mi padre accedía y me dejaba ir a Granada con Cleo podía respirar un poco y permitirme algo de felicidad. Mi padre nunca ha sabido qué pasaba entre Aída y yo. Ya se cuidaba ella lo suficiente para no hacerlo delante de él. Intenté un par de veces hacérselo saber. Pero pensó que malinterpretaba las cosas y me dijo que ella lo hacía por mi bien. Por mi salud. Por eso en cuanto cumplí la mayoría de edad decidí seguir los pasos de mi hermano y escapar de esa situación. El resto de la historia ya la sabes.

Permanecemos en silencio. Hace rato que ha dejado de enjabonarme. Tengo sus brazos alrededor de mis hombros. Levanto la cabeza y veo su reflejo en el cristal de la ventana. Me da la vuelta y me siento a horcajadas sobre sus piernas.

—Quiero que prestes atención a lo que te voy a decir. Nunca te he mentado y lo sabes. Eres preciosa, Daniela. Perfecta. No cambiaría nada, absolutamente nada de ti. Me vuelves loco tal y como eres. Has conseguido lo que ninguna otra mujer ha hecho conmigo. No me puedo imaginar mi día a día sin verte, sin tocarte ni sin llevarte a casa después del trabajo. Estás en mi vida. Ahora eres mi vida.

Lo miro con los ojos como platos y la boca abierta. Si esto no es una declaración de amor, no sé lo que es. No me ha dicho “te quiero”, pero siento como si lo hubiera hecho.

Le rodeo el cuello con los brazos y le susurro un te quiero al oído. Cierra sus brazos sobre mi cintura y me aprieta contra su cuerpo.

—Me muero de hambre. Bajemos a comer. Hoy prácticamente no has comido y tienes que reponer fuerzas para el fin de semana que te tengo preparado.

—Entonces no se hable más. Cenemos.

Salimos del jacuzzi, nos secamos, Mark se pone unos pantalones de pijama sueltos que le caen sobre las caderas. Sentada en la cama me entretengo con la visión de su glorioso cuerpo todavía envuelta con la toalla.

—¿Te gusta lo que ves? —me pregunta con una sonrisa traviesa.

—Me encanta tu cuerpo.

—Ahora también es tuyo, cariño. Te espero abajo —se acerca y me da un suave beso en los labios.

En cuanto sale por la puerta me dejo caer de espaldas en la cama. No puedo ser más feliz.

Cuando empiezo a enfriarme me incorporo, dejo caer la toalla al suelo y elijo un camisón de algodón en crudo de tirantes, con encaje en el pecho y el bajo con la bata a juego. Me recojo el pelo en una coleta alta y bajo descalza al salón.

La mesa está preparada en la terraza y la comida huele realmente bien. Encuentro a Mark en la cocina emplatando y preparado para servir en la mesa. Se coloca los platos en el antebrazo y coge la botella de vino del frigorífico con la otra. Cuando se da la vuelta me ve apoyada en el marco de la puerta.

—Señorita Lane, si es tan amable, acompáñeme al salón —asiento teatralmente y paso delante de él.

—Parece que todo lo hace bien, señor Rivas... —deja los platos sobre la mesa y me retira la silla para que me siente.

—Menudo cumplido, señorita Lane —se sienta frente a mí y me sirve el vino—. Lo de los platos no tiene misterio. Son años y años de experiencia sirviendo en los restaurantes del puerto mientras estudiaba.

—Sí, algo me contó tu madre. Por cierto, ¿sabes que estoy aquí contigo?

—Por supuesto. Se ha puesto un poco pesada con que fuéramos a visitarla.

—Si quieres que vayamos no me importa.

—Ya le he dicho que no. Este fin de semana no te comparto con nadie.

Le sonrío provocativamente.

—Me alegro.

Comenzamos a cenar y me doy cuenta que realmente tenía mucha hambre. Está todo buenísimo. Me sirve todos los platos, hasta el postre. No deja que me levante ni una sola vez para ayudarle a retirar la mesa.

Cuando por fin vuelve a mi lado nos tumbamos sobre una cama estilo Chill out que hay en la terraza. Me recuesto sobre su pecho y nos cubrimos con una fina manta. El sonido del mar, de su respiración y el agotamiento hace que se me cierren lo ojos.

—Sé que no tengo derecho a preguntar. Pero he decidido que me da igual, que a partir de ahora lo tengo... ¿Con cuántos hombres has estado?

Me sorprende más que su pregunta el tono con el que lo hace.

—Uf...

—Vale. Sé que no me va a gustar. Así que cuanto antes terminemos mejor.

—Tres, contándote a ti —acaricio su pecho mientras hablamos.

—No me mientas... —me dice suavemente.

Me separo de su pecho y lo miro a los ojos.

—Tres. Uno en la universidad, perdí la virginidad con él y luego tuve una relación de apenas dos meses con un médico amigo de Mario y se acabó. Hasta que llegaste tú.

—¿Quieres decir que nunca te has ido con nadie para un polvo de una noche?

—Contigo.

—¿Y por qué conmigo?

Vuelvo a recostar mi cabeza en su pecho.

—Porque no lo había hecho nunca. Y pensé: ¿Cuántas posibilidades tengo de irme a la cama con alguien como él? Además no creí que volviéramos a vernos. Me morí de vergüenza cuando nos encontramos en la fiesta de presentación. La verdad, tú no ayudaste mucho que digamos.

—No me lo recuerdes...

Los ojos se me cierran del cansancio, creo que hasta llego a dormirme, porque lo siguiente que recuerdo es a Mark llevándome en brazos a la cama. Intento bajar al suelo pero no me deja. Nos acostamos en la enorme cama y caigo en un profundo y reparador sueño abrazada a él.

El sábado por la mañana nos despertamos bastante tarde. Sigo entre sus brazos cuando lo siento moverse y se levanta con cuidado de no molestarme. No le digo que ya estoy despierta, remoloneo un poco más en la cama hasta que decido ir al baño, asearme y bajar. Con la luz del día aprecio mucho mejor las vistas que tiene la casa. Son preciosas, y el agua que baña la cala es limpia y cristalina.

—Buenos días, dormilona.

—Hola. ¿Qué planes tienes para mí hoy? —le digo mientras me acerco y le rodeo la cintura con mis brazos.

Me besa en el pelo y me da un pequeño cachete en el trasero antes de darse la vuelta y sacar las tostadas.

—Muchas cosas, la primera, vamos a desayunar. Luego te pones la ropa de baño y saldremos

con la moto de agua a dar una vueltecita por la costa.

—Ya veo que lo tuyo son las motos.

—Lo mío eres tú. Lo demás es secundario.

Después del desayuno subimos a la habitación para ponernos el bañador. Menos mal que al final Cleo me recordó ponerlo en la maleta.

Mark entra en el vestidor para buscar el suyo y yo comienzo a desvestirme.

Dejo caer la bata al suelo y subo el camisón para sacarlo por la cabeza. Estoy frente al mirador donde está el jacuzzi y veo perfectamente el azul del mar. Sonrío al recordar la noche anterior, siento un tirón dentro de mí y el deseo despierta cada una de las zonas erógenas de mi cuerpo. Lo de ayer me encantó.

Cuando me doy la vuelta para coger el bikini que está sobre la cama, lo veo recostado en la pared con los brazos cruzados y la mirada clavada en mí.

—Eres una provocadora...

—Tendré que quitarme la ropa para ponerme el bañador...

—Lo sé. Pero todo en ti es una provocación para mí. Te espero abajo.

Sale de la habitación precipitadamente. No puedo decir que no sienta un poco de decepción. Me habría encantado que me cogiera, me tumbara sobre la cama y me volviera hacer el amor.

Suspiro y me pongo el bikini verde mar con aros dorados a ambos lados de la cadera y uno entre los pechos. Puedo atarlo perfectamente a la espalda pero decido picarlo un poco, así que bajo sujetándome los pechos con las manos para que no me caiga la escasa tela de la parte superior.

Desde mitad de la escalera lo veo en el salón rebuscando entre los cajones. Me aclaro la garganta.

—Mark, perdona... ¿Podrías abrocharme?

Levanta la cabeza, entrecierra los ojos y camina hacia mí como si fuera una pantera y yo su presa. Me doy la vuelta y espero impaciente sentir sus manos. Me aparta el pelo a un lado y lo deja caer sobre el hombro derecho. Se pega a mi espalda. Siento su aliento en mi cuello. Me retira las manos y la parte de arriba queda suelta sobre mis pechos. Coloca las manos sobre ellos y me acaricia los pezones. Reaccionan al instante y se endurecen.

—Dime qué te apetece, Ela.

Creía que era evidente. No pensaba que hiciera falta decirlo...

—¿Quieres que pare y te lo abroche o prefieres que siga con lo que estoy haciendo y vaya a más? —insiste al tiempo que ejerce más presión con sus dedos sobre ellos.

—Quiero que sigas, que vayas a más y que acabes —digo en un susurro.

—Entonces no me pidas que te lo abroche, cuando en realidad quieres que te lo quite. Estaré encantado, cariño.

Mark

Le doy la vuelta y dejo caer la parte superior de su bikini al suelo. La tomo entre mis brazos y hacemos el amor en el salón, sobre la alfombra, como he deseado hacerlo desde que nos hemos levantado. Pero quería que esta vez fuera diferente, que tomara ella la iniciativa. Quería ver que ella me necesitaba tanto, como yo que ella me lo demostrara.

Tengo una extraña sensación en el pecho desde nuestra conversación de anoche. Un pensamiento me ronda la cabeza... Por nada del mundo quisiera que ella se enterara de que me acerqué a ella por una apuesta. Le haría daño y no habría nada que yo pudiera decir para remediarlo.

Le acaricio la espalda tumbados en el suelo completamente desnudos y perdido en mis pensamientos.

—¿En qué piensas? Estás muy serio.

—Estaba pensando en que me encanta que hayas tomado la iniciativa. Por una vez no me hace parecer a mí un obseso sexual —se ríe y le acaricio los pómulos.

—Nunca he pensado que fueras un obseso sexual.

—Pero podrías... Desde que nos conocimos he estado obsesionado contigo. No ha habido un solo día que no deseara hacerte el amor.

—Entonces sí. Eres un obseso.

—Mi obsesión eres tú, mi punto débil.

—Me gusta ser todas esas cosas y más.

—No lo dudes. Es solo que no estoy acostumbrado a sentirme vulnerable. Y contigo lo soy.

—No tienes nada que temer, yo nunca te haría daño.

La aprieto contra mi pecho y trago saliva intentando deshacer el nudo que tengo en la garganta. No, ella nunca me haría daño, pero no puedo evitar pensar que yo ya se lo he hecho. Aunque ella no lo sepa ni lo vaya a saber... No tiene porqué. Fue una estupidez... pero la mejor estupidez de mi vida.

Nos levantamos, nos ponemos ahora sí, el traje de baño y bajamos a la playa. Pasamos el resto de la mañana montados en la moto de agua bordeando la costa. Comemos en casa y aprovechamos la hora de la siesta para volver a hacer el amor.

Sobre las nueve de la noche salimos en la moto para ir a cenar al mismo restaurante en la playa al que vinimos cuando tuvimos que resolver el problema con el Resort.

—Parece diferente a la última vez que estuvimos aquí —me dice mirando hacia la barra y el escenario que hay al lado.

—Lo es. Esta vez quiero mucho más —dirige su mirada a mis ojos.

—¿Ya no quieres una relación sexual exclusiva? —me pregunta.

—Por supuesto. Pero no solo eso. Como tú me dijiste, lo quiero todo.

El verde de sus ojos brilla y desprende reflejos dorados. Se levanta, se sienta en mi regazo y me besa apasionadamente. Me encanta.

Cenamos entre risas y confidencias. Cuando estamos en los pos-tres una orquesta comienza a tocar en el escenario y parejas se levantan para bailar sobre la arena. Le tiendo la mano y caminamos

hacia la improvisada pista de baile. Nos pegamos el uno al otro siguiendo el ritmo de la música.

Sobre la media noche regresamos a casa y salimos a la terraza a tomarnos la última copa de la noche. Dejo el móvil sobre la mesa y entro en casa en dirección al mueble bar cuando oigo mi móvil sonar.

—Cógelo, Daniela, a estas horas deben ser César o Alan.

La oigo responder:

—No, no te has equivocado, sí que es su móvil.

—¿Es Alan? Pregúntale qué quiere —le digo mientras pongo el hielo en las copas.

Al momento la tengo a mi lado tendiéndome el móvil.

—No es Alan, es una tal Marta. Quiere hablar contigo.

Mierda. Nos aguantamos la mirada, como no cojo el teléfono lo deja sobre la barra del mueble bar y se da la vuelta. La tomo por la muñeca evitando que se vaya. Se suelta y sube las escaleras hacia la habitación. Cojo el móvil de malos modos y contesto todavía peor. Hay mucho ruido de fondo, así que supongo que debe estar en alguna discoteca.

—Hola, cielo. Hace mucho que no sé de ti. Así que se me ha ocurrido que ahora sería un buen momento para compensar la última experiencia... ¿Qué me dices? ¿Te apetece un polvo salvaje conmigo?

—No creo que pueda ser —subo precipitadamente y la observo moverse por la habitación.

—¿No me digas que la última experiencia te defraudó tanto que no quieres volver a verme?

—No estoy solo, Marta —me mira. Camina hacia el cuarto de baño y se encierra en él antes que pueda evitarlo.

—Oh... Que pena... de todas maneras piensa si te conviene, igual yo puedo hacerte más cosas y mucho más interesantes...

—Tengo pareja, Marta. No vuelvas a llamarme.

Cuelgo el teléfono sin esperar respuesta. Intento abrir la puerta pero está cerrada.

—Daniela, abre por favor —espero su respuesta pero no llega—. Cariño contesta.

El tiempo se hace eterno hasta que por fin abre la puerta y pasa por mi lado con el camisón puesto y desmaquillada.

—No era nadie. No tiene importancia —la sigo por la habitación.

Deshace la cama y se acuesta de espaldas a mí. Me tumbo a su lado y pego mi cuerpo al suyo.

—Háblame. Vamos, nena... —aspiro el aroma de su pelo.

—No tengo nada que decir.

—Pero estás enfadada. No tienes nada por lo que preocuparte. ¿No has oído lo que le he dicho?

—Sí, lo he oído.

—¿Entonces?

—He oído que le has dicho que no estabas solo. Quizá cuando volvamos a Madrid y yo me vaya a mi casa puedas hablar con ella tranquilamente.

Le doy la vuelta, la pongo boca arriba, me coloco encima de ella y la aprisiono con mi cuerpo.

—¿Eso es lo que crees? Que quiero estar con otra. ¿Que cuando volvamos dejaré que te vayas a tu casa? Estoy contigo, Daniela, en todos los sentidos. No puedo cambiar mi vida antes de conocerte, pero intento demostrarte continuamente que es contigo con quien quiero estar. Evidentemente no lo estoy haciendo bien.

—No es fácil para mí. En la oficina está Cristina y fuera no quiero ni imaginar cuántas más.

—Tanto en la oficina como fuera solo estás tú. Créeme.

Me rodea el cuello con los brazos y siento su respiración en mi garganta.

—Lo siento. También es culpa mía, de mis inseguridades.

—Ven a vivir conmigo, Ela.

Se separa de mí y me mira con los ojos como platos.

—Comparte conmigo el día a día —estudio sus ojos a la espera de un atisbo de felicidad pero solo veo temor.

—No puedo, aún no.

Siento como una bofetada su respuesta.

—¿Por qué?, prácticamente lo estamos haciendo.

—Es demasiado pronto. Dame un poco de tiempo. Necesito ver que todo va a ir bien. Necesito estar segura.

—¿Dudas de tus sentimientos?

Echa la cabeza hacia atrás y se ríe abiertamente.

—No. Por eso mismo necesito tiempo y perspectiva. Sé paciente, por favor.

Tuerzo el gesto y añado:

—De eso no tenían cuando nací.

Vuelve a reír a carcajadas, me tumba en la cama y se sube a horcajadas sobre mí.

—Eres preciosa, cariño.

—¿Te gusto?

—No. Me encantas, me vuelves loco en todos los sentidos.

—Pues prepárate.

Se saca el camisón por la cabeza y la observo desnuda, boquiabierto e incrédulo por la enorme suerte que tengo.

Hace casi dos meses que volvimos de la escapada en Barcelona. Hemos viajado un par de veces más y pasamos nuestras vacaciones a bordo del yate que el padre de Daniela puso a nuestra disposición. Visitamos los hoteles de la costa mediterránea y disfrutamos del sol y de las instalaciones. A la vuelta pasamos un fin de semana con mi madre y Alan.

Daniela ha encajado tan bien en mi vida y con los míos, que me parece un recuerdo lejano cuando no estábamos juntos. Es como si siempre hubiera formado parte de mi vida.

En la oficina todos, absolutamente todos, saben que somos pareja desde que volvimos del viaje. Seguimos siendo la comidilla pero no nos importa. Pasamos el día juntos y por la noche vamos a mi casa. He conseguido que duerma conmigo entre semana algún día, aparte del fin de semana. Poco a poco mi casa se está llenando de sus cosas. He insistido infinitas veces para que acepte venir de forma permanente, pero nada.

Hasta hoy. Me ha dicho que tiene una sorpresa preparada para mí, espero que hoy sea el día. Cada vez estoy más impaciente y me siento más intransigente con el tema. Hemos tenido un par de discusiones al respecto en las que, a la vista está, no he sido yo el vencedor. Hoy será diferente, espero que esta vez sea la definitiva.

El teléfono de la oficina me saca de mis cavilaciones. Paula me informa de que tengo una visita que no está concertada. Sonrío y me pongo en pie.

—Claro que sí, dile que pase por favor.

Al momento la puerta se abre, un delgado y pálido Antonio entra en mi despacho. Sonrío y me acerco a abrazar al que puedo considerar como un padre sin temor a equivocarme. Me devuelve el

abrazo cariñosamente y nos sentamos en el sofá. Hablamos todas las semanas por teléfono, pero desde que se fue a visitar a su familia no nos habíamos visto en persona.

—¿Cómo estás?

—He estado mejor, Mark. Pero no quiero hablar de cosas tristes. He vuelto de despedirme de mis familiares y ahora solo tengo ganas de descansar. He estado deseando pasar a ver cómo os iban las cosas. Ya he visto a César y a Alan.

—Pues la verdad es que nos va muy bien. Nos hemos adaptado estupendamente.

—Sí, eso he oído. Parece que al final, estáis todos contentos con el cambio.

—Hubiese preferido seguir siendo dueño de mi empresa. Eso no ha cambiado.

Lo veo sonreír y negar con la cabeza.

—Eso pensaba, no cambiarás nunca, Mark —toma aire y al expirar suelta la frase como un suspiro—. Os he echado mucho de menos...

—Nosotros también. No es lo mismo trabajar sin tenerte a mi espalda para no hacerme perder el enfoque de las cosas —le aprieto la mano—. He aprendido mucho de ti, dentro y fuera del trabajo. A todos los efectos has sido mi padre.

Veo como se le humedecen los ojos y entiendo que esta también es su despedida. Ha venido para eso. Se me encoge el estómago.

—¿Has hablado con mamá? —digo en un susurro. No tengo confirmación oficial, ni manera de saberlo a menos que lo pregunte. Pero hace años que sospecho que la relación entre mi madre y Antonio es, o al menos ha sido durante mucho tiempo, algo más que una amistad.

—Sí. Ha sido duro. Muy duro —murmura.

Llaman a la puerta y Paula entra en mi despacho con cara de preocupación.

—Perdona, Mark...

—¿Qué ocurre? —Paula no suele interrumpirme cuando estoy reunido y mucho menos entrando al despacho. Pasa y entrecierra la puerta para que no la oigan.

—Me pediste que te avisara cuando Daniela recibiera ciertas visitas... Parece ser que lleva rato dentro. No la había visto llegar porque acabo de volver de mi descanso para almorzar...

Me pongo en pie y camino hacia la puerta. No hace falta que pregunte quién es.

—Discúlpame un momento, Antonio, por favor no te vayas. Paula, quédate con él y ofrécele lo que necesite.

Sonríe a Antonio y se aparta de la puerta para que yo pueda salir.

Sin esperar invitación entro en el despacho de Daniela y la veo de pie de espaldas a la ventana, blanca como la pared y mirando con los ojos como platos a la arpía que hay sentada frente a su mesa. Ni siquiera levanta la cabeza para mirarme. Entrecierro los ojos y avanzo en su dirección al tiempo que la arpía se levanta. Hace tiempo que Daniela no la ve. La última vez que vino, unas semanas atrás, pensé que había venido a atormentarla pero ni siquiera pasó por su despacho. Me la encontré saliendo de la oficina de Cristina. Cuando le pregunté qué estaba haciendo ahí me dijo que se había equivocado, que buscaba el despacho del abogado por temas personales. Desapareció rápidamente de mi vista.

—Bueno, creo que es hora de irme.

—Estoy de acuerdo —le espeto sin mirarla. Noto sus ojos recorrer mi cuerpo de arriba abajo con esa mirada lasciva que me pone los pelos de punta. Camina contoneándose hacia la puerta y desaparece.

Me acerco a Daniela y ella se da la vuelta para mirar por la ventana. Me pego a su espalda, le rodeo la cintura y la aprieto contra mí.

—¿Qué quería? —sigue sin contestar, tensa como un palo. No cede pese a mis caricias—.

¿Qué te ha dicho? Daniela... —le doy la vuelta. La estudio con la mirada preocupado...

—No quiero hablar ahora. Déjame sola.

Se aparta de mi lado y pone distancia entre nosotros. Apoyo las manos en la mesa y me acerco a su cara.

—Y una mierda. ¿Qué ha pasado?

—Por una vez, Mark. Hazme caso y déjame sola. Lo necesito.

—No puedes pretender que salga de aquí como si no me importara verte así.

Levanta las cejas escéptica.

—Vete.

Cuando voy a acercarme a ella con un cabreo más que considerable la prima entra como una tromba en el despacho. Me fulmina con la mirada y se acerca a Daniela.

—Ela, tengo que hablar contigo —dice Cleo suavemente y la toma de la mano—. Es importante.

Daniela la mira sin expresión alguna, asiente, se deja caer en el sillón y sin mirarme vuelve a echarme del despacho.

—Sal, Mark. Ahora.

—Eso — apostilla Cleo.

—Cinco minutos, ese es el tiempo que tardaré exactamente en venir a buscarte.

Me doy la vuelta y salgo del despacho con amargo sabor de boca y un mal presentimiento.

Daniela

Mi cuerpo está sentado, lo sé porque no tengo que hacer ningún esfuerzo para mantenerme. Veo a Cleo, que arrodillada frente a mí, me está hablando. La veo gesticular como una loca, pero no sé qué me dice... No la entiendo, de pronto se levanta y camina de un lado al otro del despacho despotricando. Debe haber discutido otra vez con César. Sí, eso debe ser. En mi cabeza y oídos todavía resuenan las palabras de Aída. No hay cabida para nada más.

—¿Me estás escuchando?

Levanto la vista y la miro al otro lado de la mesa.

—No.

—Joder, prima. ¡A la mierda! Una imagen vale más que mil palabras.

Se saca el móvil del bolsillo trasero de los vaqueros, busca algo y cuando lo encuentra me lo tiende. Lo cojo de mala gana y veo una foto, alguien durmiendo, una mujer, con el pelo esparcido por la almohada. Levanto la vista y la miro sin comprender.

—Vuelve a mirarla, ¿quieres? —me dice con tono más suave. Suspiro y me concentro en la imagen. Creo que la veo por primera vez. Soy yo. Entrecierro los ojos y miro a Cleo inquisitiva. Se arrodilla a mi lado, me coge las manos y suspira.

—Como no has estado escuchando nada de lo que te he dicho te lo voy a repetir una vez más. He discutido con César, estábamos en su casa y el muy capullo ha recibido una llamada al móvil de alguna “amiguita” y tiene la desfachatez de contestar y tontear delante de mis narices. Bueno, pero ese no es el tema, el caso es que cuando ha colgado se ha ido al baño y yo he aprovechado para registrarle el móvil. Vale, lo sé, no busques y no encontrarás... pero no lo he podido evitar. Así que me he encontrado con esto. Te he reconocido al momento. No entendía nada hasta que he leído el mensaje adjunto a la foto. Entonces he caído, todo encajaba... el hecho de que cuando conociera a César “no pudiera” acostarse conmigo... que finalmente me contara que era por una apuesta... Todo era por esto, Daniela. Mark se apostó con sus amigos acostarse contigo —vuelve a cogerme el móvil de las manos y cuando me lo devuelve aparece un texto con mi foto debajo.

De: Mark Rivas para César Ros y Alan Rivas.

“Gané la apuesta”

—Me lo he reenviado de su móvil al mío... Lo siento, cariño —murmura Cleo.

Aprieto nerviosa la foto y busco la fecha. La reconozco enseguida, es del día que nos conocimos en el Sound. Así que eso fue, eso fui, una apuesta.

De pronto no puedo quedarme quieta, me levanto y prácticamente corro hacia la salida. Cleo me pisa los talones, no sé exactamente cómo he llegado fuera, a la calle. Miro hacia un lado y otro sin saber qué camino tomar.

Me dejo arrastrar dentro de un taxi. Cleo se sienta a mi lado y le da la dirección al taxista.

—A casa no.

—¿Dónde quieres ir Ela?

—Mis cosas ya no están en el apartamento. Están en casa de Mark.

—¿Quieres ir a casa de Mark?

La miro como si le hubieran salido dos cabezas.

—Vale, vale lo pillo.

—Vamos al hotel —le digo.

—¿Qué hotel? —Cleo me mira sin entender.

—El de la foto —le doy la dirección al taxista. Me sumo en el más absoluto y desolador silencio, perdida en mí misma, en mis pensamientos y en mi dolor.

Oigo el móvil de fondo y a Cleo moverse a mi lado.

—Es Mark.

Asiento, pero ni siquiera lo toco. Lo dejamos sonar hasta que para. Lo volvemos a hacer cuatro veces más y después de otros tantos mensajes de texto, que ni me digno a leer, lo desconecto.

Llegamos al hotel y cada paso que doy es un puñetazo en mi estómago. Al llegar a la recepción compruebo que la suite está libre y la reservo. Un pensamiento nuevo me asalta, ¿cuántas veces habrá alquilado esta misma habitación con otras?

En cuanto el recepcionista lee mi identificación levanta la cabeza y pregunta si soy hija del señor David Lane. Asiento y se deshace por atenderme ofreciéndome todo lo que pueda necesitar. Que en estos momentos es poco, muy poco...

—Otra cosa no, pero insistente es un rato. Me está llamando a mí, Daniela. ¿Qué hago? —me dice Cleo mirando su móvil.

—Lo que quieras, pero no le digas dónde estoy. Aún no.

—Pues que le den. Que sufra.

Subimos a la habitación y en cuanto entro los recuerdos bombardean mi mente. Las piernas se me doblan, me dejo caer en la cama, abrazo mis rodillas y lloro. Lloro como he deseado hacer desde que la arpía salió de mi despacho, desde que he visto mi foto en el móvil, desde que he leído el texto y he comprendido todo. Cleo se tumba a mi lado y me acaricia esperando que me calme.

No sé cuánto tiempo ha pasado pero poco a poco consigo serenarme y respirar con más tranquilidad

Su móvil vuelve a sonar y se incorpora para mirar la pantalla. Se levanta y la oigo contestar.

—¿Qué quieres?... No, no estoy sola... ¿Te ha llamado él?... Pues que se joda... No te voy a decir dónde estamos... Ahora no quiero verte, ni hablar contigo... Pues dile que sí, que estoy con ella y que cuando quiera ponerse en contacto con él se lo hará saber... No sigas... Yo tengo más motivos para estar cabreada contigo así que no te pongas chulo... Pues entonces no hay más que hablar.

Cuelga el teléfono y lo tira encima de la cama a mi lado. Me incorporo y la observo mirar por la ventana.

—¿Por qué has hecho eso, Cleo? Las dos sabemos que con él es diferente.

—Pues está claro que estábamos equivocadas —se da la vuelta y se sienta a mi lado—. Cuéntamelo todo. Lo de la apuesta es una estupidez de mal gusto por su parte. Pero no creo que estés así solo por eso. Aunque si lo estuvieras no te culparía...

—No. Esto ha sido la guinda del pastel —inspiro hondo y Cleo espera pacientemente a que me arme de valor—. Hoy ha venido Aída al despacho.

La veo poner mala cara y cuando intenta meter baza le pongo los dedos en los labios para que me deje continuar. Sí, ha venido para hacerme daño. Y no se me ocurre otra manera con la que lo hubiera conseguido mejor que esta...

—¿Qué te ha dicho?

—Mark estaba conmigo porque quería recuperar su empresa.

—¿Qué tonterías dices?

—Eso mismo he pensado yo. Pero parece ser que es cierto. Todo, absolutamente todo era para recuperar su empresa. Conmigo tenía todo el poder.

—Tú no eres un títere. No puede manejarte a su antojo y él lo sabe. ¿De dónde ha sacado la bruja semejante mentira?

—Se lo ha dicho Antonio, el exsocio de Mark. Le dijo que haría cualquier cosa para recuperar la empresa... El propio Mark lo dijo. Y esa cosa era yo... No le he gustado nunca, Cleo. El mensaje con mi foto lo confirma. Yo era una apuesta, un reto y el camino para llegar a su fin.

—No puede ser tan cabrón, Daniela.

—¿Lo dudas?! ¿Cómo he podido ser tan tonta, Cleo? Los hombres como él no se fijan en mujeres como yo.

—¿Pero qué sarta de idioteces me estás diciendo?

—A él le gustan las mujeres como Cristina. Ha venido a mi despacho con la bruja, ella también lo ha confirmado. Mark le pidió que dejaran de verse y hacerse notar en público. No quería que yo los viera.

—¿Me estás diciendo que estaba también con ella?!

—No lo sé... mi cabeza no da para más, Cleo.

—Joder... ¿Qué vamos a hacer?

—Tú nada. Solo necesito un favor ¿Podrías ir a casa de Mark a recoger mis cosas?

—Por supuesto que puedo, pero no te voy a dejar sola, Ela. Estoy contigo.

—Necesito tranquilizarme y pensar qué voy a hacer. No estoy bien pero lo estaré, te lo prometo.

El teléfono vuelve a sonar, el de mi prima, porque el mío sigue apagado.

—Es tu padre, Daniela.

—Contesta tú por favor, no quiero hablar con nadie aún —inspira y descuelga.

—¡Hola, tito! ¿Qué tal?... ¿Daniela?... Sí, estoy con ella... Ah, pues no sé, no tendrá batería... Le diré que te llame... Que no... que estamos bien de verdad... Es que no se puede poner ahora, le digo que te llame luego. Un beso, tito.

Cuelga y se sienta a mi lado.

—Mark se está volviendo loco. Ha llamado a todo el mundo. Hasta a tu padre.

—Luego lo llamo no te preocupes, pero por favor ve a casa. Si te necesito te llamaré, te lo prometo.

A regañadientes abandona la habitación. Me acerco a la ventana y miro la gente andar de un sitio para otro. Llaman a la puerta otra vez y abro sin pensar, más que segura que debe ser Cleo.

—¿Qué cojones está pasando?!

Me quedo paralizada, lo miro incrédula y con el corazón a punto de salirse del pecho. Da un paso adelante y yo instintivamente lo doy atrás. Cierra la puerta, me mira intentando evaluarme y al minuto me odio a mí misma por las tremendas ganas de olvidarlo todo y echarme a sus brazos.

Mark

La tengo delante de mí, por fin. Después de medio día llamándola y buscando sin descanso la encuentro donde menos esperaba. Me mira mezcla de sorpresa, resentimiento y miedo. Me desconcierta.

—¿Esperabas a otra persona?

—¿Cómo me has encontrado? —le tiembla la voz y está pálida.

—Es curioso que tenga que buscarte... ¿En qué estabas pensando cuando te has ido sin hablar conmigo?

—En huir.

—¿En huir? ¿De quién? ¿Por qué? Explícate, Daniela, porque te juro que no lo entiendo. Me he vuelto loco buscándote, he puesto la ciudad patas arriba y cuando te encuentro lo único que te preocupa es que haya llegado a ti.

—¿Ha sido, Cleo?

—¿La loca de tu prima? No, al menos directamente. Al apagarlo he perdido la señal de tu móvil. Pero el de Cleo funcionaba y sabía que estaba contigo. Si no querías que te encontrara deberías haberle pedido a Cleo que desconectara su GPS del móvil.

—¿Qué has hecho qué?!

—Acciones desesperadas requieren medidas desesperadas. No desvíes el tema de la conversación porque aquí lo importante es que me has dejado plantado para venir a un hotel a saber para qué. ¿Acaso estabas esperando a alguien? —echo un vistazo a la habitación y veo la cama medio deshecha. Sensaciones que hacía meses que no sentía vuelven a recordarme el amargo sabor de los celos.

—¿Celoso? —me pregunta sarcásticamente al ver mi gesto cuando veo la cama.

—¿Tengo motivos para estarlo? Porque si te tengo que ser sincero, no te hace falta alentarlos. He descubierto contigo lo que significan y no se me olvida. Créeme.

—No me hagas reír, Mark. Dejemos de fingir que te importa, que te importo... Porque ya no te creo.

Me acerco a ella, pero pone distancia entre nosotros. Odio cuando se aleja de mí.

—Lo sé todo.

—¿Y qué es todo? —pregunto exasperado. Entrecierra los ojos y mirándome fijamente comienza a desvestirse. Pese a mi creciente enfado y la desesperación, mi cuerpo reacciona. Me excito, me excita como siempre consigue hacerlo, con un simple gesto como es verla bajarse la cremallera del vestido. Mi erección se despierta y toda la frustración de las últimas horas pugna por ser resuelta. Necesito desahogarme con ella, en la cama, contra la ventana, en el suelo. El sitio no me importa en absoluto, ansío entrar en ella y poseerla.

No me muevo, temo que cualquier movimiento mío provoque que se detenga. Se queda solo con la ropa interior. Levanta el mentón y me desafía con la mirada.

—¿Así está bien o necesitas que me lo quite todo? ¿Quieres algo más casual, menos preparado o prefieres que pose?

—¿De qué me estás hablando, nena?

—De la foto.

—¿Qué foto? ¡Maldita sea!

—Quizá quieras hacerme otra, ahora que había decidido irme a vivir contigo y mandársela a tus amigos. Podrías poner algo así como: *“Gané la primera apuesta y además la tonta de Daniela Lane cree que realmente me interesa y ha aceptado venirse a vivir conmigo. Como muestra de ello aquí la tengo, desnuda dispuesta a entregarse a mí cuando yo quiera”*. Y adjuntas otra foto.

Todo el aire abandona mis pulmones. Siento como si me hubieran golpeado con una barra de hierro en el pecho. Cierro los ojos e intento respirar. Lo sabe.

—Daniela escúchame. Sé que estás enfadada y tienes toda la razón para estarlo. Lo siento, no sabes cuánto, pero no me arrepiento...

—Claro que no. Mark Rivas no se arrepiente de nada. Solo piensa en sí mismo y en conseguir sus propósitos. Caiga quien caiga.

—No. No me arrepiento porque gracias a la maldita apuesta te conocí. Eres lo mejor que me ha pasado, Ela...

—Claro que lo soy. Gracias a mí podías recuperar tu empresa. O ya puestos, estando conmigo posicionarte en la empresa de mi padre y hacerte con el mando de Experience Hostess.

—Para un momento. Admito lo de la estúpida apuesta, es cierto, lo hicimos ¿Pero a qué viene eso de estar contigo para recuperar la empresa? ¡¿De qué demonios estamos hablando?!

—¿Vas a negarme que le dijiste a Antonio que harías cualquier cosa para recuperar tu empresa? ¿Vas a negarme que le pediste a Cristina que dejarais de veros porque no querías que yo os viera juntos? ¿Que aceptaste ante ella que recuperar tu empresa era lo más importante?

—¡Joder! Claro que me gustaría recuperar mi empresa; me costó muchísimo hacer de ella lo que es. Pero trabajar en Experience Hostess ha sido mucho mejor de lo que esperaba, muchísimo. Nunca jamás te utilizaría para recuperarla y mucho menos para hacerme con el control de la empresa de tu padre. Respecto a lo de Cristina, por supuesto que le pedí dejar de vernos. No he necesitado, ni querido estar con otra que no fueras tú. No existe nadie más que tú. ¡Maldita sea, Daniela, créeme!

Mientras hablo o grito desesperado, no lo tengo claro, atentamente sigo cada uno de sus movimientos mientras vuelve a vestirse sin mirar en mi dirección ni una sola vez.

—¿En qué consistía? —pregunta inexpresiva y con voz cortante.

—¿El qué? —voy acercándome lentamente a ella y me sorprende que esta vez no se aleje ni se mueva.

—La apuesta. ¿Por qué me elegiste a mí? —ve la duda en mi rostro y al momento lo entiende —. No fuiste tú. Ni siquiera me escogiste tú. Cuéntame las condiciones de la apuesta.

Me rindo a lo inevitable. No quiero más mentiras ni sombras entre nosotros.

—César y Alan escogieron a la mujer con la que me tenía que acostar. Si perdían debían estar un mes sin mantener relaciones sexuales, plenas. Si ganaban lo haría yo, dos meses.

—Muy maduro. Pero no has respondido a mi pregunta. ¿Por qué yo?

Cierro los ojos, inspiro y soy consciente del daño que estoy a punto de hacerle:

—Porque no eras el tipo de mujer con el que yo tendría relaciones...

La observo. Veo cómo se encierra en sí misma y se aleja de mí.

—Estamos hablando del físico. No soy el tipo de mujer que te suele gustar. Tenías que hacer el sacrificio de acostarte con alguien como yo. Alguien que nunca se te hubiese pasado por la cabeza meter en tu cama. Una mujer normal, lejos de ser una supermodelo —hace una pausa, se da la vuelta. Intento retenerla pero su mirada me deja paralizado —lamento mucho el martirio al que te pude someter. No te preocupes. No volverá a ocurrir.

—¿Qué me estás diciendo? —la intercepto en mitad de la habitación. Me planto delante de ella y la tomo por los hombros.

—Creo que está bastante claro pero si necesitas oírlo te lo diré. Se acabó. Pero no te preocupes, haré todo lo posible para que mi padre te devuelva la empresa. Será lo mejor para los dos. Así no tendremos que vernos y aguantar situaciones incómodas en la oficina.

—¡A la mierda la puta empresa! ¿Me estás dejando?

Da un paso atrás y se aleja de mis brazos.

—Ya lo he hecho, Mark. No has estado prestando atención. Entre tú y yo no hay nada. Nunca lo ha habido. Todo lo que yo creía era mentira. Ya no hay motivos para seguir fingiendo.

—¿Crees que lo que siento por ti es mentira? Llevamos saliendo más de tres meses, estoy loco por ti, vivo para ti. ¿Qué quieres que haga? Dímelo, maldita sea porque soy capaz de renunciar a cualquier cosa menos a ti. Eso no me lo pidas porque no puedo. Acepto lo que sea, pero contigo.

Entrecierra los ojos, se cruza de brazos y habla en voz baja pero firme:

—Demuéstramelo.

—¿Cómo? Dime qué puedo hacer. Pero no me dejes —no soy consciente de si nota mi desesperación, pero lo cierto es que lo estoy. Nunca jamás he tenido tanto miedo de perder algo. No puedo perderla.

—Ese no es mi problema, Mark. Tú has sido el que ha acabado con la confianza que tenía en ti y en lo nuestro. Has tenido infinidad de posibilidades de contarme la verdad. De decirme que nos conocimos por una apuesta. Que lo más importante en tu vida era tu empresa y que querías recuperarla. No hacía falta que viniera la bruja de la mujer de mi padre a humillarme. Gracias. Gracias por darle un motivo más para hundirme. Pasaré a recoger mis cosas por tu casa más tarde.

Se da la vuelta, abre la puerta de la habitación y a mí no se me ocurre nada razonable para mantenerla dentro conmigo. Doy un paso adelante dispuesto a retenerla. Se vuelve, herida y haciendo acopio de valor añade:

—Por cierto, la habitación está pagada. Puedes aprovecharla para llamar a alguna de tus amiguitas y así podrás quitarte el mal recuerdo de aquella noche.

Cierra la puerta tras ella y entonces caigo en que es la misma habitación. Estaba tan nervioso, tan desesperado que ni siquiera he caído en ello. Miro alrededor y los recuerdos de aquella noche vuelven a mí, son tan recientes que parece que acaba de suceder. Recuerdo hasta la ropa que llevaba puesta.

Salgo como una flecha de la habitación intentando retenerla pero llego tarde. Aprieto insistentemente el botón del ascensor, como si con ello llegara más pronto. Oigo el pitido y entro. El descenso se hace eterno. Cuando llego a la recepción no hay ni rastro de ella. Pregunto al recepcionista y me informa que la señorita Lane acaba de coger un taxi. Maldigo en voz alta provocando las miradas de desaprobación de los clientes y empleados del hotel. Bajo al garaje, cojo mi coche y conduzco como un loco hasta mi casa. Me ha dicho que su ropa estaba allí, así que supongo que pensará venir a por ella.

No puedo permitir que la saque de nuestra casa. Antes tenemos que hablar. Y esta vez no lo haremos solos.

Llego a mi apartamento, entro y veo su maleta en el salón. Al acercarme me doy cuenta de la existencia de papeles doblados y numerados en el suelo haciendo un caminito desde el salón hasta el dormitorio.

Me agacho y cojo el primero de ellos.

1. *“Bienvenido a nuestra casa”*

Sigo con el siguiente.

2. *“A partir de ahora seré tuya a tiempo completo”*

La presión que siento en el pecho es casi insoportable. Lo debió dejar todo preparado para sorprenderme. Por fin, Daniela había decidido venir a vivir conmigo.

3. *“¿Qué haces todavía vestido?”*

4. *“No intentes saltarte ningún papelito que te conozco”*

5. *“Sí. Yo ya estoy desnuda”*

6. *“Estás cerca, te oigo y ya estoy excitada”*

7. *“Se me ha olvidado el cava en la nevera... ¿Lo puedes traer por favor?”*

Sonrío y estoy tentado a mirar en el frigorífico.

8. *“¿Has cogido las copas? Seguro que no”*

9. *“Ahora estás haciendo malabarismos para coger el papel. Te prometo que valdrá la pena...”*

El décimo está a las puertas de nuestra habitación.

10. *“Prepárate para pasar la noche más inolvidable de tu vida. Te quiero”*

Abro la puerta con la mínima esperanza de encontrarla desnuda en la cama. Evidentemente no está. La sensación de vacío que siento duele incluso a nivel físico. Estoy jodido, muy jodido. No me puedo creer que la haya perdido.

Doblo con cuidado las notas y las guardo en el cajón de mi mesita de noche. Salgo del dormitorio intentando no pensar en lo que estaríamos haciendo ahora mismo si las cosas no se hubieran enredado tanto.

Ya en el salón me lleno un vaso de whisky y me lo bebo en dos tragos, lo vuelvo a rellenar y me siento en el sofá al lado de su maleta. La abro. Su aroma me envuelve y me enloquece un poco más si cabe.

El sonido persistente del timbre de la puerta me saca de mis ensoñaciones. Por un momento pienso que pueda ser ella y me levanto sin demora para abrir. Cuando veo a César plantado frente a mí, recuerdo que Daniela tiene llaves de mi casa.

—¿Qué está pasando?

Me aparto a un lado, lo dejo pasar y entramos al salón. Le ofrezco una copa y me la niega.

—¿No es demasiado pronto para beber? —me mira extrañado.

—Daniela lo sabe. Sabe lo de la apuesta.

—¿Cómo se ha enterado?

—No lo sé. Además me ha acusado de estar con ella para recuperar la empresa. Parece ser que Antonio y Cristina han hablado con la zorra de su madrastra y Aída la ha convencido de que estoy con ella por eso.

—¿Ha cortado contigo?

—Lo ha intentado.

Mira alrededor y ve su maleta.

—¿Ha decidido venirse a vivir contigo por fin?

—Eso era antes. Estoy esperando a que venga a por su ropa.

—Joder.

—Es que no lo entiendo. He visto a su madrastra esta mañana en su despacho. Estoy seguro

que ha sido entonces cuando le ha contado toda esa sarta de mentiras. Luego ha entrado tu Cleo hecha una furia y ha desaparecido.

—No es mi Cleo. Estoy un poco cansado del juegucito. De que me huya y de que no sepa en qué punto estamos. Esta mañana se ha largado de mi casa sin avisar cuando he ido a cambiarme de ropa.

—Pues de tu casa ha venido al despacho.

De pronto pienso que lo de la apuesta solo lo sabíamos Alan, César y yo. Mi hermano está fuera, evidentemente yo no he dicho nada. Solo queda César.

—¿No le habrás contado a Cleo lo de la apuesta?

— ¡¿Por quién me tomas?! Ni me acordaba del tema.

—¿Y la foto?

—¿Qué foto?

—La maldita foto que os mandé cuando estaba en el hotel con ella aquella noche —digo impaciente—. ¿La borraste?

—No me acuerdo, tío. Ahora lo miro.

Saca el móvil, lo veo buscar y quedarse blanco de pronto.

— ¡¿Qué?!

—Se me olvidó borrarla... y aquí pone que ha sido reenviada a Cleo esta mañana. La debe haber encontrado ella y se la ha mandado a su móvil. Porque te juro que yo no fui. Lo siento, Mark.

—¡Joder, César!

—Ni siquiera sabía que aún la tenía.

Le cojo el teléfono, miro la foto y el mensaje. Mierda, es que no da lugar a dudas.

Oigo la cerradura de la puerta y el corazón comienza a latirme con fuerza. Mis esperanzas caen en picado cuando veo a la prima aparecer en el salón.

—Vaya, vaya, si aquí tenemos a Superman y a su mascota.

—Me marchó, Mark. Cuando hayas ventilado la casa de gérmenes me avisas —César sale de mi apartamento con un sonoro portazo.

—Tú siempre tan agradable. ¿A qué se debe el placer de tu visita, Cleo?

—Como si no lo supieras... Vengo a por las cosas de Daniela para llevárselas a casa.

—Esta es su casa. De aquí no se mueve nada.

—¿Crees que así vas a conseguir algo?

—Si quiere lo que hay en casa que venga a buscarlo.

—No me hagas reír. ¿Realmente piensas que exigiendo que venga ella misma a por sus cosas vas a conseguir algo? Vamos, Mark, pensaba que eras más listo. Pero entre lo de la apuesta y esto... Daniela puede comprarse todo El Corte Inglés si quiere. No va a venir.

—¿Por qué no te metes en tus asuntos y dejas que sea ella la que me lo diga?

—No lo pagues conmigo. Has metido la pata pero bien. Primero la apuesta infantil esa, luego lo de la empresa y por si fuera poco Cristina le insinúa que seguís juntos pero que le pediste discreción. Eres un cabrón de mucho cuidado.

—Acepto lo de la puta apuesta pero nada de lo otro es cierto.

—Pues ya puedes ir pensando la manera de demostrarlo. A Daniela le ha costado mucho abrir su corazón y tú vas y le das donde más le duele. Enhorabuena. Tendré suerte si consigo que vuelva a ser la misma que era antes de conocerte.

Se agacha para cerrar la maleta pero me pongo delante para impedirselo.

—Nunca he querido hacerle daño, y por supuesto no voy a renunciar a ella. Caiga quien caiga.

Si quiere su ropa que venga ella porque de esta casa no sale nada que no sea de su mano.

Da un paso atrás y encoge los hombros.

—Como quieras. Se lo diré. Pero puedes esperar sentado.

Sale de mi casa y saboreo mi pequeña victoria con regusto amargo.

Intento poner en orden mis prioridades. La primera de todas es llamar a Antonio y averiguar qué ha pasado realmente.

Coge el teléfono al segundo tono y prácticamente no lo dejo ni hablar. Le aviso de que en media hora estoy en su casa y cuelgo.

Por un momento temo que, cuando me vaya, Daniela aproveche para venir a por sus cosas pero desisto de ese pensamiento. Ella no sabe que voy a salir y no puedo encerrarme en casa a esperar que venga.

Veinte minutos después estoy frente a Antonio.

—¿Qué te pasa, Mark? —me cede el paso y entro al comedor de su casa.

—Necesito que me digas si hablaste con la mujer de David Lane y sobre qué.

—Pues lo cierto es que sí. Lo hice en cuanto llegué de Barcelona, me llamó para invitarme a comer a su casa con ella y su marido. Pero al final David no pudo comer con nosotros porque estaba fuera. ¿Por? ¿Qué está pasando?

Claro que no estaba... con David Lane fuera de casa podía manipular a sus anchas.

—Dime de lo que hablasteis. Haz memoria por favor. Es muy importante.

—La verdad es que fue muy agradable conmigo. Hablamos sobre mi enfermedad y sobre la empresa. Sobre su hija y...

—Hijastra —le espeto.

—Bueno, como sea, me sorprendió que Daniela Lane y tú fuerais tan en serio. Hace apenas cuatro meses que salís juntos. Cuando me llamaste para contármelo no daba crédito después de la situación que presencié el día de su fiesta de presentación.

—Si tú supieras, Antonio... Sigue por favor.

—Aída me dijo que su marido y ella estaban muy contentos con vuestra relación. Te veía un hombre muy correcto y tratabas a Daniela muy bien. La única duda que tenía respecto a ti era que no parecías demasiado ambicioso.

—No me hagas reír —digo sarcásticamente. Si algo me sobra son pretensiones.

—Dijo que si lo vuestro seguía adelante, Daniela necesitaba a alguien a su lado que tuviera visión de futuro y mirara por el bien de la empresa. Alguien con aspiraciones.

—¿Y tú qué le dijiste?

—Me reí y le dije que a ambición no te ganaba nadie. Que no te conocía lo suficiente si pensaba eso de ti.

—Bruja manipuladora... ¿Algo más?

—Lo puso en duda, y me dijo que no te habías tomado a mal que yo les vendiera la empresa. Que parecías muy conformista. Y poco más...

—Me urge saber ese “y poco más...”

—No sé qué importancia pueda tener. Dime qué está pasando, Mark.

Suspiro con frustración, me siento en el sillón y dejo caer la cabeza entre las manos.

—La “señora” Lane le dijo a Daniela que yo estaba con ella para recuperar la empresa. Que tú le dijiste que yo haría cualquier cosa para que volviera a ser mía... —hago una pausa—. Me ha dejado.

Conforme lo digo me doy cuenta de que es verdad. Me ha dejado. No quiere hablar conmigo ni verme, y lo peor de todo es que sé que está sufriendo y no puedo estar con ella. Eso me está matando. Antonio se sienta a mi lado.

—Le dije que tú juraste hacer cualquier cosa para recuperar la empresa. Lo hice para demostrarle que no eras un conformista, que tenías ambición, pero en ningún momento pensé en perjudicarte. No lo dudes...

—Lo sé Antonio. Pero esa bruja lo ha hecho todo para hacerle daño a Daniela y acabar con lo nuestro.

Me paso las manos por el pelo desesperado. Me duele la cabeza y tengo el estómago revuelto. Las dos copas que me he tomado no han ayudado demasiado, y he sido un inconsciente al venir conduciendo en mi estado de excitación actual.

—¿Quieres que hable con Daniela?, puedo ir a su oficina mañana si lo deseas, y aclarar cómo pasó todo.

—No lo descarto Antonio, gracias —me levanto y me dirijo a la puerta.

—Lláname mañana, Mark.

—Lo haré. Gracias por la información.

Me marcho a casa. Al entrar me encuentro mental y físicamente exhausto. Lo primero que hago es comprobar que su maleta sigue en el salón. La cojo y la guardo en el vestidor de mi habitación. Es un gesto sumamente infantil, pero me hace sentir tranquilo. Es el sitio donde debe estar. Me dejo caer en la cama, saco el móvil y marco su número por enésima vez. No me sorprende, pero me cabrea que no lo coja. Tecleo un mensaje:

“Daniela, coge el teléfono”

Espero dos minutos y vuelvo a marcar. Me cuelga al segundo tono. Ni siquiera lo ha dejado sonar. Es para que entienda que no quiere hablar conmigo, como si no lo supiera.

“No puedes ignorarme siempre. Me estoy volviendo loco. Coge el puto teléfono”

Vuelvo a llamar y esta vez no llega ni a terminar el primer pitido. Me cuelga. Tiro el móvil de malas ganas sobre la cama, me levanto y me acerco a la ventana. Apoyo el brazo en el cristal y la cabeza sobre él. Noto cómo el frío traspasa mi camisa. Está empezando a refrescar y el suelo de la acera se va poblando de hojas secas. El aviso del móvil me sorprende y me acelera el corazón al mismo tiempo. En menos de un segundo tengo el teléfono en la mano y leo el mensaje.

“A partir de ahora puedo hacer lo que quiera. No quiero verte ni hablar contigo. Adiós, Mark”

¡Y una mierda adiós! Tecleo a toda prisa un último mensaje:

“No te despidas de mí como si no fuéramos a vernos más ni a aclarar esto. Si no quieres que lo haga hoy no lo haré. Pero mañana sabrás la verdad. Te lo prometo”

Daniela

Acabo de colocar lo poco que tenía en casa en la maleta, la estoy cerrando cuando recibo el último mensaje. Ya sé que es suyo y lo que quiere, pero las lágrimas siguen resbalando por mis mejillas sin control desde que he salido del hotel, y no puedo hablar con él.

Leo su último mensaje, tengo que obligarme a tomar aire y recordar que me ha mentado. Se ha burlado de mí desde que nos conocimos. Todavía así me supone un esfuerzo tremendo no coger el teléfono y pedirle que venga a estar conmigo, que lo necesito. Porque después de todo lo echo de menos.

—¿Ya lo tienes todo? —la voz de Cleo detrás de mí me sobresalta.

—Sí.

Me ve con el móvil en la mano y entrecierra los ojos.

—¿Por qué no lo llamas? Sé que no quieres oír esto otra vez, pero lo he visto bastante mal, Daniela. A lo mejor tiene razón y las cosas no son lo que parecen.

—¿Crees que podría creer algo de lo que me dijera? Me ha mentado durante todos estos meses. Ha tenido infinidad de oportunidades de decirme la verdad y no lo ha hecho.

—¿No has pensado que pueda ser por miedo a perderte?

—¿A mí o a la empresa? A partir de ahora siempre tendré la duda, Cleo.

—Entonces es un hecho. Nos vamos —se sienta a mi lado en la cama y yo asiento.

En pocas horas volveré a coger un avión con el mismo destino que diez años atrás. Entonces lo hice para huir de la persona que más daño me hizo y a la que nunca he tenido aprecio. Esta vez lo hago por la persona que más quiero, he querido y querré.

—No tienes por qué venir conmigo, Cleo. Entiendo que ahora tengas motivos para querer quedarte.

Se encoge de hombros. Me doy cuenta que llevo tiempo sin verla tan triste y decaída.

—¿Estás bien, Cleo?

—Estaré —y me regala una sonrisa forzada que para nada consigue engañarme.

—Menudas dos. Estamos hechas un asco. ¿Ni siquiera vas a despedirte de él?

Mueve la cabeza negando.

—¿Quieres dormir conmigo como cuando éramos pequeñas en casa de la abuela? —esta vez no hay nada artificial en su sonrisa. Gatea por encima de la cama como si fuera una niña y se mete bajo las sábanas.

Tengo que tragar el nudo de emociones que se empeña por subir por mi estómago. Le entrego la tarjeta de embarque a la azafata y camino con Cleo pisándome los talones hacia el avión que me lleva de vuelta a Los Ángeles.

Nos sentamos y llamo a mi padre para decirle que ya he embarcado. No se ha tomado muy bien mi inesperado viaje. Sospecha que algo ha pasado entre Mark y yo, pero no sabe el qué. Le he mentado y le he dicho que todo estaba bien entre nosotros, pero debía viajar porque Mario me necesitaba y quería ver a Álex. Se ha tranquilizado al decirle que volveré pronto. Papá se sentará hoy en el sillón de presidencia hasta que decida si será Jorge el sustituto hasta que yo vuelva.

Después de asegurarle que lo volvería a llamar a mi llegada cuelgo. Aún tengo el móvil en la mano cuando empieza a sonar. Leo su nombre en la pantalla y en un impulso descuelgo.

—Bájate de ese avión ahora mismo. ¿Qué estás haciendo?

Siento su enfado y frustración a través del teléfono. Oigo pitidos de coches y frenazos.

—Necesito distancia, Mark —susurro.

—¡¿De mí?! No me hagas esto, Daniela —suena acelerado y es palpable su desesperación—.

Sal del avión.

En este momento suena por megafonía que faltan pocos minutos para el despegue.

Las lágrimas siguen cayendo por mis mejillas. Se conocen el camino, han estado surcando mi rostro veinticuatro horas seguidas sin descanso. Estoy segura que me oye sollozar.

—Nena, escúchame. Levántate y sal del avión. Estaré esperándote a la salida.

Me lo dice con aparente calma, como si yo no supiera lo que debo hacer y estuviera bloqueada. Que lo estoy.

—Vamos, cariño, hazlo. No quiero decirte esto por teléfono... Sal del avión.

Empiezan a sonar los avisos para ponerse el cinturón.

—Joder, Daniela. ¡Sal del puto avión!

—No puedo...

—Claro que puedes. Piénsalo, quieres estar conmigo y yo necesito estar contigo. No huyas...

Dime que no me quieres y no insistiré.

Ahora ya lloro convulsivamente y los pasajeros de nuestro alrededor me miran, mezcla de pena y curiosidad. Cleo aprieta la mano que mantengo cerrada sobre mi regazo.

—Habla cuando vuelva, Mark...

—¡Mierda! Iré a por ti. Si no bajas de ese avión iré a por ti y no descansaré hasta que me escuches y sepas toda la verdad. Si después de eso no quieres volver a verme ni estar conmigo, no volverás a saber de mí.

—Adiós, Mark —su nombre me sale como un suspiro.

Entonces hago lo más difícil, colgar el teléfono y con él, cortar toda sensación de proximidad y conexión con Mark. Curiosamente el efecto de vacío me oprime el pecho y me impide respirar. Cleo saca del bolso una pastilla y me acerca el vaso de agua. Me la tomo sin rechistar. Desconectamos los móviles. El avión se mueve por la pista y en pocos minutos estamos en el aire. Cuando podemos quitarnos los cinturones recuesto el asiento y caigo en un profundo y necesario sueño.

Después de casi 10 horas de viaje por fin aterrizamos en Los Ángeles. Cogemos un taxi y llegamos al que era nuestro apartamento. El portero nos deja pasar y se alegra de nuestro regreso.

Mario no está, debe estar trabajando, así que dejamos las maletas en las que eran nuestras habitaciones, nos damos una ducha y preparamos algo de comida. En cuanto descansa tengo que salir a comprarme ropa, la mayoría de mis cosas están en casa de Mark. No he vuelto a conectar el móvil desde que lo apagué en el avión, pero ahora debo hacerlo. Mi padre debe estar preocupado.

Nada más lo hago recibo cuatro llamadas perdidas. Dos de mi padre y dos de Mark. Llamo al primero de ellos y le tranquilizo. A Mark le envío un mensaje:

“Ya he llegado a casa”

No sé siquiera por qué lo hago, en parte para evitar que siga llamando y en parte porque lo

necesito; mi lado emocional, quizá más grande que el racional, anhela mantener el contacto con él. La respuesta no tarda en llegar.

“Eso no es cierto. Te he buscado por todo el apartamento y lo único que tengo es tu ropa dentro de una maleta”

No soy capaz de contestar a su último mensaje. Dejo el móvil sobre la mesa y me obligo a ingerir algo de comida.

Dos horas más tarde y algo descansadas salimos de compras. Volver a recorrer las avenidas y calles de Los Ángeles me devuelve algo de humor, y por primera vez en dos días soy capaz de respirar un poco. Cleo insiste en ir a las tiendas de Rodeo Drive, pero no quiero comprar mucha ropa, mi intención es recuperar la que hay en casa de Mark. Vamos al Beverly Center. Nos volvemos locas y cargamos bastante más de lo que teníamos pensado.

Al llegar a casa Mario nos espera con los brazos abiertos. Es verlo y las lágrimas vuelven a mis ojos.

—*Bella, amore...*

Nos abrazamos los tres, me agarro a él como si fuera mi tabla de salvación.

—¿Ves, Mario? Ya nos has hecho llorar —dice Cleo apartándose y dejándome a Mario todo para mí.

—¡Cleo, llorando! ¡¿Ma qué ha pasado a mis amores?! *Non* pienso dejaros ir más a España...

—Cleo y yo sonreímos. Arrastro a Mario al sofá, nos sentamos los tres con él en medio y le contamos todo lo acontecido.

—*Ma Bella*, tendrías que dejar que Superman se explicara. *Non* tiene sentido que se comportara así contigo si quería recuperar la *sua* empresa...

—Sí que lo tiene. Él quería recuperar la empresa y en mí vio la posibilidad que esperaba.

—Si hubiese querido eso no te habría pedido sexo, *amore...*

Niego con la cabeza.

—Estoy segura que por eso mismo me propuso hacer pública nuestra relación. Porque no acepté tener solo sexo con él... se vio obligado a dar el paso.

—¡¿*Che cosa?!*

—Da igual lo que le digas, Mario. No la vas a hacer entrar en razón. Se ha cerrado en banda y ahora mismo solo cree lo que quiere creer.

—¡Eso! Ahora defiéndelo...

—A ver, Daniela, que fue un cabrón lo fue. Pero no le has dejado hablar ni explicarse.

—¿Y tú? Témpano de hielo ¿Te has despedido acaso de César? —le pregunto más cabreada de lo que esperaba.

—No —se levanta, sale del salón y se encierra en su habitación.

—Mal, mal *Bella* —me regaña Mario.

Tiene razón, no he sido justa con Cleo. Sé que aunque aparente que es fuerte y que no se toma nada en serio, es mucho más sensible de lo que quiere dar a entender.

Llamo tímidamente a la puerta de su habitación y entro. La encuentro tumbada sobre la cama mirando el móvil.

—¿Te ha llamado? —le pregunto con dulzura.

—No.

—Te desilusiona que no lo haya hecho.

—Me envió un mensaje... Bueno, varios.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —se encoge de hombros y me tiende el móvil para que los lea. No me hace falta buscarlos, están en la pantalla. Seguro que ha estado releyéndolos una y otra vez.

“¿Tan poco he significado en tu vida que ni siquiera me merecía que te despidieras de mí?”

Levanto la vista del móvil y la observo con las cejas levantadas.

—Yo creí que la que había significado poco en su vida fui yo. No pensé que le importara mi marcha.

—¿Y dices que yo tengo baja mi autoestima? ¿Por qué no lo llamas, Cleo? Seguro que quiere hablar contigo.

—Sigue leyendo —bajo la vista y paso al siguiente mensaje.

“Por lo visto sí. No te despides de mí ni merezco contestación alguna a los mensajes”

Sigo un poco más abajo y leo:

“De acuerdo. Hasta aquí. A partir de ahora cada uno sigue con su vida”

—¡Ay, Cleo! Tienes que dejar de fingir que no te importa. ¿Qué estás haciendo?

—No me fío, Ela. Es mucho más fácil cortar las cosas cuando no hay implicación emocional. No quiero que me haga daño.

—No tiene por qué volver a pasarte lo mismo —le digo paciente—. Además, ¿no te parece un poco tarde? Ya estás implicada, Cleo.

—Sea como sea, estas dos semanas que vamos a estar aquí me ayudarán a tomar las decisiones que necesito.

—En eso estoy de acuerdo contigo. Nos vendrá bien estar un tiempo aquí.

Mario llama a la puerta y sin esperar invitación entra.

—*Bella, amore, il tuo bello* hermano al teléfono.

Salto de la cama y cojo mi móvil que sostiene Mario entre las manos.

—¡Álex, te echo de menos!

—Ni te echo de menos, ni pamplinas del mismo estilo. Estoy cabreado, Dani, muy, muy cabreado. ¿Qué es eso de volver a Los Ángeles y ni siquiera ponerte en contacto conmigo?

—Lo siento, tienes razón. Iba a llamarte esta noche, no quería interrumpirte en el oficina... —Álex siempre consigue con sus reprimendas que me sienta como una niña pequeña.

—Dani, eres la única persona que puede interrumpirme cuando le dé la gana —dice con cariño y yo sonrío ¡Cómo he echado de menos a mi hermano!

—¿Entonces puedes tener para mí un día entero?

—¿Qué te parece día y medio? El sábado te recojo y salimos a cenar, y el domingo pasamos el día juntos.

—Me encanta la idea.

Te recojo el sábado. Tenemos mucho que hablar.

—Sí...

—Todo, Daniela. Me lo tienes que contar todo.

—Te lo prometo.

—Bueno, peque. Descansa que debes estar agotada por el viaje. Nos vemos en dos días. Te quiero.

—Y yo. Te quierísimo, Álex.

Paso los dos días que faltan hasta el sábado dando largos paseos por la playa y oxigenando mi mente y mi cuerpo. Es extraño. Siempre he sentido que esta era mi casa. Sus calles, la playa, la gente, el ambiente... Este era mi hogar. Ahora no tengo la misma certeza, siento como si tuviera que volver a España para sentirme completa. Mi hogar estaba con él, con Mark.

El sábado me esmero en arreglarme. No quiero que Álex se preocupe cuando me vea. He perdido algo de peso, cosa que no me viene mal, pero además tengo unas ojeras profundas y mis ojos están más pequeños y apagados. Sin duda, de las lloreras que me asaltan todas las noches hasta altas horas de la madrugada.

Hoy no paro de mirar el móvil. No he recibido ningún mensaje ni correo de Mark. Es la primera vez desde que he llegado que no se ha puesto en contacto conmigo. Me da una rabia tremenda estar tan pendiente del teléfono... Reviso los mensajes. Todas las mañanas me encuentro con el mismo:

“Ha amanecido otro día sin estar a tu lado. ¿Hasta cuándo?”

A mediodía siempre me dice que me echa de menos.

“Solo espero que me echés de menos la tercera parte de lo que yo lo hago”

Por la tarde:

“Dime qué estás haciendo y con quién. Tranquilízame”

Los peores sin duda son los de la noche. Los que me tienen enterrada en un mar de lágrimas.

“Hoy me he enfadado con la asistenta porque ha cambiado las sábanas de la cama y ya no huelen a ti. No sé qué hacer para dormir. Necesito por lo menos tu aroma”

Hoy nada.

Me pongo uno de los vestidos nuevos que compré con Cleo. Es negro entallado con escote de barco y hasta la rodilla. Es muy elegante porque conociendo a mi hermano no iremos a una pizzería ni nada por el estilo. Me espero cualquier restaurante pijo en el que el cubierto no valga menos de cien dólares.

—Estás preciosa, Ela —me doy la vuelta y veo a Cleo en la puerta de la habitación.

—¿Seguro que no quieres acompañarnos? Paga Álex —se ríe y niega con la cabeza.

—No me apetece salir. Me quedaré en casa viendo una peli.

—¿Quién eres tú y qué has hecho de mi prima?

—Eso pregúntaselo a César.

Levanto las cejas no menos sorprendida que ella por su respuesta. Se pone roja como un tomate y sale de la habitación.

Llaman al timbre y Mario grita desde el salón de emoción porque va a ver mi hermano, mientras corre hacia el telefonillo. Sonrío y salgo a su encuentro.

Me encuentro a Mario haciendo morritos cruzado de brazos en la entrada.

—*Il tuo* hermano *Bella non* quiere subir. Dice que te espera abajo. Le doy un beso en la mejilla y unas palmaditas en el brazo.

—Eso es porque te tiene miedo, Mario...

Me da una palmada en el trasero, me saca de casa y me empuja al ascensor.

—*Fa bene...*

Cuando salgo del edificio veo a Álex apoyado en su deportivo BMW negro. ¡Qué guapo es mi hermano! Es como ver a mi padre de joven, se parecen tanto. Mismo color de pelo, rubio, sus ojos azules, porte, elegancia. Somos igual de diferentes por fuera que por dentro. Corro a su encuentro y lo abrazo con fuerza.

—Sabía que algo pasaba, peque. Estás muy delgada.

—Mentiroso —le digo mientras sollozo.

—Sensiblera.

—Frío, insensible.

—Guapa.

—Zalamero.

—Anda sube. Vamos a cenar y a ponernos al día.

—¿Los dos? ¿Es que acaso tú también tienes algo que contarme?

—Yo siempre tengo cosas que contarte, lo que pasa es que no te interesan.

—Sí claro, me importa mucho la fluctuación de la bolsa... —le digo irónicamente.

Llegamos al restaurante pero esta vez me sorprende llevándome a un italiano normal. Nada de cubiertos de cien dólares. No es que no sea elegante, que lo es, pero no es el típico local al que suele ir. Me fijo por primera vez en su atuendo y veo que lleva vaqueros, camisa blanca y americana. Todo de firma por supuesto, pero informal.

—Creo que me he arreglado demasiado esta vez.

—No digas tonterías. Estás preciosa te pongas lo que te pongas.

El maitre parece conocerlo y nos acompaña a la mejor mesa. Pedimos, y mientras esperamos los platos nos sirven unos entrantes. Cortesía de la casa. Mi hermano debe dejarse mucho dinero en este local.

—¿Vienes a menudo?

—A veces —responde esquivo—. Cuéntamelo.

—Directo al grano. Como siempre.

—Sabes que no me gusta perder el tiempo, peque.

—¿Por dónde quieres que empiece, por la bruja o por Mark? —tomo la copa de vino y bebo un generoso trago.

—¡Vaya! Veo que no iba mal encaminado. Sabía que ella tenía algo que ver.

A lo largo de la cena se lo cuento todo. De *pe* a *pa*. Evito la manera en que Mark y yo nos conocimos, y su proposición de una “relación sexual exclusiva”. Le daría un ataque. Solamente le cuento que Aída me dijo que él estaba conmigo para recuperar su empresa y que no sentía nada por mí. Me escucha impasible, pero sé que por dentro es un volcán en erupción.

—Y eso es todo —concluyo.

Se acerca el camarero y nos retira los platos. Con un gesto de mi hermano nos deja solos.

—Que no es poco —dice entre dientes—. No tendría que haber dejado que volvieras. ¿En qué piensa papá? ¿Cómo no se ha dado cuenta todavía de lo que tiene en casa?

—No lo sé —susurro.

—¿Qué explicación te ha dado Mark?

—Que todo es mentira.

—Original. ¿Qué más?

—Nada más. Me fui antes de que me diera razones —me muerdo el labio para evitar el temblor que se apodera de él.

Álex apoya los brazos encima de la mesa y toma mis manos entre las suyas. Me acaricia con los pulgares para relajarme.

—Escucha, cariño, igual no estás siendo demasiado objetiva. Piénsalo, antes de hacerse con la empresa tendría que pasar por encima de ti, de mí y de nuestro padre. No tiene mucho sentido. No parece un hombre insensato...

—Buenas noches, señor Lane.

Levantamos la cabeza de golpe y automáticamente me suelta las manos. Observo con curiosidad a la mujer que permanece de pie frente a nuestra mesa.

—Buenas noches, Valeria —mi hermano la obsequia con una de esas medias sonrisas especialmente dedicadas a meterse a las mujeres en el bolsillo.

Mi mirada vaga de uno a otro, y no puedo evitar levantar una ceja a modo de pregunta hacia Álex.

—Espero que todo esté siendo de su agrado —dice educadamente.

—La noche mejora por momentos créeme —abro la boca como si fuera un pez y observo cómo la mujer se pone roja como un tomate de pies a cabeza y me fulmina con la mirada. Álex alarga la mano y vuelve a tomar la mía sin desviar la atención de ella. Veo que el rubor desaparece de las mejillas de la mujer y con una inclinación de cabeza huye por dónde había venido, entrando por la puerta de la cocina.

—¿Qué ha sido eso? ¿Quién es esa mujer?

—Trabaja en el restaurante —dice a modo de respuesta.

—Eso lo he supuesto, hermanito.

—Así me gusta. Que seas avispada, peque. ¿Cuándo piensas volver a la oficina conmigo? Tu despacho sigue estando en el mismo sitio.

—¿Te crees que me chupo el dedo?

—Espero que no.

—Vale. No quieres hablarme de ella. Pero ni pienses que esto se queda aquí. Ya lo averiguaré.

—Suerte —murmura—. Deseas comer algo más. Los postres son exquisitos —niego con la cabeza. Hace un gesto con la mano y el maitre nos acerca la cuenta. Álex deja el dinero sobre la mesa. Mucho más de lo que vale la cena, y rechaza con un gesto la intención del camarero de darle el cambio. Se levanta y me tiende la mano para que lo acompañe. Al pasar por la barra se detiene y observa el restaurante.

—¿Buscas a alguien? —no puedo evitar el tonito sarcástico de mi voz.

—No. Salgamos, listilla. ¿Quieres que vayamos a algún sitio a tomar algo?

—¿Mañana saldremos a pasar el día?

—He pensado que podríamos ir a navegar.

—Pues entonces a casa.

Conducimos hasta mi apartamento charlando animadamente sobre los cotilleos que se extienden por las oficinas centrales. Sé que hasta aquí llegó el rumor de mi relación con Mark. Álex no me dirá nada. Sabe que odio ser la comidilla de nadie y siempre procuro pasar desapercibida. No es que a mi hermano le cuenten los rumores que hay por la empresa. Tiene fama de serio, distante y frío. Así que utiliza sus fuentes para mantenerse informado.

Cuando llegamos deja el coche un momento mal estacionado para acompañarme. Al llegar a mi lado me rodea por los hombros y me besa en el pelo. Me acurruco a su lado y me dejo querer mientras caminamos hacia la entrada.

—Quítale las manos de encima.

Lo que me sobresalta no es el tono de su voz. Es reconocer a quién pertenece.

Mark

No me puedo creer que haya subido a ese avión y se esté alejando de mí. Me quedo como un imbécil a las puertas del aeropuerto de Barajas, con el móvil pegado a la oreja y la cara descompuesta. Bullo de rabia e impotencia.

Desando el camino hacia el coche, que he dejado aparcado de cualquier manera y me marcho a casa. Tengo que pensar qué hacer. No puedo presentarme ante ella nuevamente solo con palabras. Llamo a la oficina y le digo a Paula que no apareceré por allí en todo el día. Sé que si me encuentro a Cristina por los pasillos voy a ser poco menos que irracional.

En la soledad de mi casa pienso cuáles deben ser los pasos a seguir. Es evidente que tengo que enfrentarme con Cristina y Aída. Pero voy a tener que serenarme y pensar muy bien cómo hacerlo. No quiero dejar nada al azar. Ellas no me conocen. Yo no pierdo nunca y esto es demasiado importante para dejarlo pasar.

Desde ayer no puedo evitar pensar en que si no me hubiera empeñado en acercarme a ella, todo esto no habría pasado. Seguiría con mi vida sin complicaciones, sin ataduras, sin sentimientos, pero también sería una vida sin ella... Y eso a estas alturas no lo puedo concebir. Creo que nunca he podido. Ha sido un imán para mí desde la primera vez que la vi.

César aparece por mi casa por la tarde y parece cuanto menos cabreado. Cleo también se ha marchado con Daniela y, al parecer, no se ha molestado ni en despedirse. Me sorprende ver a César así. Nunca lo había visto tan alterado por ninguna mujer.

—¿Qué vas a hacer? ¿Cómo piensas solucionarlo?

—Eso es lo que tengo que pensar, César.

—¿Irás a buscarla?

—Por supuesto.

—Quién te ha visto y quién te ve...

—¿Tú te has mirando, amigo? ¿Por qué no aceptas de una vez lo que sientes por Cleo y te dejas del juegucito del gato y el ratón?

—¿Y quién dice que no lo he hecho ya?

—Vaya... ¿Se lo has dicho?

—¿Qué te hace pensar que le importa, Mark? Se ha largado sin decirme adiós. No sé siquiera si piensa volver.

—Pues pregúntale.

—No ha contestado a ninguno de los mensajes que le he mandado.

—Todavía estarán en pleno vuelo.

—Sé que no lo va a hacer, Mark. No quiere ninguna complicación.

Seguimos charlando un rato más y César se marcha a su casa. Llamo a Daniela unas cuantas veces para asegurarme que ha llegado bien, pero tiene el móvil desconectado. Sobre las once de la noche recibo un mensaje suyo diciéndome que ya ha llegado a casa. No ha devuelto mis llamadas, el texto es breve e impersonal, pero por lo menos me lo ha enviado. Le respondo en el acto que su casa está aquí, a mi lado, no a miles de kilómetros de distancia.

La noche se hace larga, muy larga. El hecho de no poder conciliar el sueño hace que tenga

tiempo para planificar cómo voy a actuar. Empiezo a tener claro lo que tengo que hacer y cómo, así que en cuanto llegue a la oficina me pondré a ello.

Todavía no son las ocho de la mañana cuando entro en mi despacho, me pongo a trabajar esperando que la actividad de la oficina se normalice y empezar a encarar las cosas para ponerlas en su sitio.

A las nueve, Paula entra para dejarme unas carpetas. Me mira preocupada, pero se cuida de no decirme nada. Me ofrece un café y sale en silencio y pensativa. Sobre las diez cierro el ordenador, me recoloco la corbata y salgo del despacho. Normalmente utilizo las escaleras, pero hoy bajo los tres pisos en el ascensor para no acelerarme demasiado. Llamo una vez a la puerta y sin esperar invitación, entro.

La veo sentada al otro lado de la mesa. Me mira expectante, avanzo y me siento frente a su mesa. Observándola ahora detenidamente, no sé qué fue lo que me atrajo de ella. Es guapa, eso es innegable, pero tiene las facciones demasiado angulosas y está demasiado delgada.

—¿No me preguntas a qué he venido, Cristina?

—Eres el jefe, Mark. Puedes venir cuando quieras...

—Eso yo lo tengo claro. ¿Lo tienes tú? —asiente pero no contesta—. Pues parece que se te ha olvidado. Explícame qué le dijiste a Daniela y no me mientas, porque tengo su versión y sé que es la verdadera.

—¿Entonces por qué me preguntas, si ya me has juzgado?

—Porque quiero conocer las razones que te han llevado a mentir y unirte a una arpía como la mujer de Lane.

—Yo no he mentido...

—¿Perdona? ¿Tú y yo hemos tenido alguna vez algo más que un revolcón de vez en cuando?

—Pero tú dijiste que dejáramos lo nuestro de momento porque no querías que ella nos viera juntos.

—Yo te dije que dejáramos de vernos, simplemente, nunca te he prometido nada y lo sabes —baja la cabeza y la veo ruborizarse.

—Pero yo pensé que era especial. Conmigo quedabas más veces que con otras.

—Especial es ella y por ella he dejado de ver a todas las demás. No he necesitado ni querido estar con nadie más.

—¿La quieres?

—No tengo que darte ninguna explicación, Cristina. Pero tu trabajo ya pendía de un hilo desde lo sucedido con el hotel de Barcelona. Tu situación no era para seguir jodiéndola. Elegiste el bando equivocado.

—¿Me vas a despedir? —me pregunta alarmada. Inspiro hondo y suelto el aire poco a poco.

—No. Pero no quiero volver a verte por aquí ni tener noticias tuyas. Si quieres buscarte otro trabajo te escribiré una carta de recomendación, te pagaré el despido y la indemnización. Pero si decides seguir en la empresa cambia tu centro de trabajo, trasládote a nuestras antiguas oficinas o pídele a Lane que te envíe a Estados Unidos. Decidas lo que decidas mantente alejada de Daniela y de mí. Tienes todo el día para pensarlo. Quiero una respuesta por escrito sobre mi mesa antes de las ocho.

Me levanto y salgo de allí algo más aliviado pero ansioso. Ahora queda lo peor. Subo directamente al despacho de Lane. Llamo y espero que me de su permiso, en cuanto lo hace entro decidido y cierro la puerta tras de mí.

Dos horas después acaba nuestra “reunión”. Conforme salgo David llama a Paula y María y las hace entrar a su oficina, me miran asustadas, les guiño un ojo sonriente para tranquilizarlas y vuelvo a la mía.

Llamo a recepción y les pido que me avisen cuando la vean entrar. Ahora solo tengo que ser paciente y esperar que sean las tres.

Después de darle muchas vueltas, por fin me decido y llamo a la única persona que puede ayudarme; no sé muy bien cómo reaccionará, pero es mi única opción. Espero dos tonos y coge el teléfono.

—Hola, Mario. Necesito tu ayuda.

—Superman, espero que te expliques y que la explicación sea *buona*...

Tardo más de media hora en intentar convencerlo, pero cuando lo consigo cuelgo satisfecho con el resultado. Reservo el vuelo para el sábado, aterrizaré en Los Ángeles sobre las diez de la noche hora local, calculo que llegaré a casa de Daniela sobre las once.

No salgo ni siquiera a comer. No podría. Intento concentrarme en el trabajo, quiero dejar todo al día antes de ir a buscarla.

A las tres en punto recibo una llamada de recepción informándome que la señora Lane está subiendo. Lo preparo todo, me levanto, me quito la chaqueta, la corbata, desabrocho dos botones de la camisa y doblo las mangas. Vuelvo a sentarme y fingir que estoy trabajando.

Entra en mi despacho sin llamar a la puerta y cierra tras de sí. Levanto la cabeza, y la veo caminar contoneándose hasta mi mesa.

—Esto está todo muy vacío, ¿dónde está la gente? Mi marido ya sé que no está, ha salido a una reunión, pero me extraña que ni las secretarias se encuentren en su mesa.

—Todavía no han vuelto de comer. Falta media hora —me recuesto en la silla y nos miramos fijamente.

—¿Y bien? ¿A qué se debe el placer de tu llamada? ¿Qué puedo hacer por ti?

En cuanto toma asiento comienzo a hablar.

—Tenía curiosidad, quería escuchar de tu propia boca por qué me has estropeado el plan —se ríe descaradamente.

—Ay Mark, Mark... Daniela no era mujer para ti, esa mosquita muerta acomplejada y sin carácter no pega con un hombre como... tú.

—Pues fíjate que yo pensaba que sí. Que ella tenía todo lo que yo podía necesitar.

—Entenderás que no podía permitir que lo vuestro siguiera adelante. Daniela trasladándose definitivamente a vivir aquí a España, al frente de la empresa y casada con un hombre tan ambicioso como tú... ¿Qué habría sido de mí? Esa niñata tiene demasiada influencia sobre su padre, y cuando está cerca me cuesta más que este satisfaga todos mis caprichos... No es tan fácil de manipular... No, lo siento pero no.

—Esa “niñata” como tú dices, es la hija de tu marido y junto con su hermano, futura heredera de la empresa y todos los bienes de su padre.

—Eso está por verse, Mark. Ya me deshice una vez de ella y ahora lo he vuelto a hacer, no creo que vuelva... —mueve la cabeza como si negara—. Le has hecho mucho daño, Mark, mira que liarte con ella, no solo para recuperar tu empresa, sino que además pretendías hacerte con la dirección de la suya... eso no se hace... no no no...

—Me parece muy arriesgado por tu parte estar contándome todo esto aquí, a escasos metros del despacho de tu marido. ¿No temes que pueda contarle que le has amargado la vida a su hija desde que la conociste? ¿Que lo que más te importa es el dinero?

Se levanta, rodea la mesa y se sienta encima, cruza las piernas y me roza con su pie el muslo.

—Hablemos claro. ¿A quién crees que creará?... ¿A su mujer o al que era novio de su hija?

Un oportunista que la ha seducido y engañado porque solo buscaba trepar en la empresa... Que además, le ha puesto los cuernos con la jefa de restauración y con a saber cuántas más...

—Ah, también te inventarías lo de los cuernos.

—Puestos a dejarte en mal lugar no voy a escatimar. Ahora bien, si mantienes tu boquita cerrada podemos llegar a un acuerdo... —se quita el zapato y dirige su pie hacia mi entrepierna.

—Tú dirás.

—Puedo hacer que mi marido no se tome a mal vuestra ruptura, estoy segura que la tonta de Daniela no hará nada que le pueda hacer daño por miedo a que sufra otro infarto. Simplemente le dirá que no sois compatibles, así que tu puesto de trabajo no peligra... Si yo no quiero claro.

—¿Y qué tengo que hacer yo exactamente?

—Compláceme y todos contentos —frota su pie contra mi entrepierna. Tengo que hacer verdaderos esfuerzos para controlarme y no levantarme de golpe para alejarme de ella.

—Eres una mujer demasiado difícil de complacer... ¿Qué exiges exactamente?

—Te exijo a ti. Déjate de seducir a jovencitas demasiado... entradas en carnes y prueba lo que es una mujer de verdad —con el pie me abre las piernas y se coloca en el centro—. No me mires así. No serías el primero. Han sido muchos años sola en casa mientras mi marido viajaba por el mundo durante meses. No podía pretender que aguardara su ausencia cruzada de brazos, y de piernas... Desde el primer momento en que te vi no pude evitar desear meterme en tu cama.

—Pues creo que eso a partir de hoy va a cambiar; no dudo que quieras meterte en mi cama, pero te aseguro que vas a tener que buscarte una.

Pone la espalda recta y entrecierra los ojos. Alargo la mano y desconecto el inalámbrico.

En apenas unos segundos, la puerta del despacho se abre de par en par. David Lane y Jorge entran, me levanto de mi silla y me dirijo hacia un lateral del despacho. La cara de Aída, pasa del rojo de rabia al amarillo de estupor en cuestión de segundos.

—¿Cómo he podido estar tan ciego? ¿Cómo he dejado que trataras así a mi hija?

—Escucha, David, no sé que has escuchado pero...

—No quiero ni una excusa más. Esto se termina aquí, te aseguro que te vas a volver a Valencia con una mano delante y otra detrás, así tenga que gastarme una fortuna en abogados para conseguirlo.

Me sorprende lo comedido de su reacción, habla alto y claro, muy seguro de sí mismo. Se nota cómo la ira corre por sus venas pero no la exterioriza.

—Podemos hablarlo, cariño. Tu hija nunca me ha dado una oportunidad, ella siempre te ha querido para ella, le molestaba mi presencia... Tú lo sabes, por eso se fue, no ha sido fácil para mí. Pero por ti lo volveré a intentar, David por favor, te lo prometo...

Habla atropelladamente en una actitud desesperada.

—¿Estás insinuando que todo es culpa suya?

—No...

—Tienes una hora para sacar las cosas de mi casa.

—¿Dónde voy a ir?

—Ese ya no es mi problema. Búscate algún joven que prefiera mujeres experimentadas y métete en su cama.

Jorge y yo somos meros testigos de la escena, incómodos pero satisfechos observamos la caída de Aída.

—No puedo volver a Valencia, allí no tengo a nadie.

—Esto nos lleva a la segunda parte de la conversación. María, entra por favor.

La secretaria entra en el despacho visiblemente nerviosa y se pone al lado de David Lane.

—¿Qué hace esta mosquita muerta aquí? —escupe Aída.

—María ha venido porque yo se lo he pedido. Nunca he terminado de entender que siendo familia tuya, y sugiriéndome que la contratara, de la noche a la mañana quisieras que la despidiera y no haya venido ni una sola vez a casa. Asumo que todo esto es culpa mía por no fijarme en las señales de alarma que saltaban a mi alrededor. ¿Por qué querías que la despidiera? ¿Qué temías que pudiese contarme? —David Lane cada vez parece más enfadado.

—No te creas nada de lo que te diga. Es una oportunista que con mentiras quiere ganarse tu confianza.

—Lo que me tenía que contar ya lo ha hecho y la creo a pies juntillas.

—¿Qué te ha dicho? ¿Que me casé contigo por dinero? ¡Eso es mentira!

—Gracias María, ya te puedes retirar —en cuanto la secretaria sale del despacho blanca como la cera, David Lane prosigue—. Nunca, y óyeme bien, jamás me ha dicho nada que te pudiera comprometer y por supuesto no he tenido queja alguna de su trabajo. Pero evidentemente algo tenías que ocultar, que ella sabía, para que la quisieras lejos de mí.

—¿Me estás diciendo que no habías hablado con ella sobre mí?

—Exactamente. Ahora sal de aquí y vacía las cosas de mi casa. No me obligues a llamar a Seguridad.

Aída sale del despacho con lágrimas de rabia en los ojos y nos quedamos solos.

—Tenías razón, Mark. No puedo dejar de pensar el daño que esa mujer le ha hecho a mi niña. Tengo que llamarla y pedirle perdón. Tiene que saber que esa mujer ya no estará más en nuestras vidas. Cada vez que pienso que se alejó de mí por ella... —cae derrotado en uno de los sillones y es como si de repente hubiera envejecido diez años.

—David, voy a ir a buscarla. No la llame todavía, déjeme hablar con ella primero, tengo que convencerla que todo esto lo he hecho por ella.

—¿Cuándo sales?

—El sábado por la mañana.

—De acuerdo. Se lo debo a mi niña. Más te vale hacerla feliz porque no voy a dejar que nadie le vuelva a hacer daño.

—Le puedo asegurar que esa es mi intención.

Después de más de nueve horas de vuelo y el trayecto en taxi más largo de mi vida, estoy a las puertas de su apartamento. Pago la carrera y me propongo acercarme al portal cuando la veo caminar cogida de un tipo que la abraza y la besa cariñosamente en el pelo. Por unos momentos me quedo anclado al suelo mientras los celos me carcomen por dentro.

—Quítale las manos de encima.

Su acompañante levanta una ceja y la abraza más fuerte, como si quisiera protegerla de mí. Daniela me mira con los ojos desorbitados.

—¿Perdón? —pregunta el guaperas rubio.

—Ya me has oído. ¿A qué juegas, Daniela? ¿Para eso viniste de vuelta a Los Ángeles? ¿Tenías a alguien esperándote?

—Vaya, vaya... así que tú eres Mark.

—¿Y tú eres?

—Pues hasta hace unos días iba a ser tu cuñado —estira el brazo y me tiende la mano—. Álex

Lane, el hermano de Dani.

Me quedo parado y en blanco. Álex sigue tendiéndome la mano con gesto entre divertido y suficiente. En cuanto salgo del trance, se la estrecho y le pido disculpas.

—Lo siento, perdona... Tú también —la miro a los ojos—. Ela perdóname, por favor. Han sido unos días bastante duros. Demasiadas horas de vuelo y ganas de verte.

Noto como su hermano no nos quita ojo de encima y pasea su mirada de uno a otro. La tensión se palpa en el ambiente; siento un alivio tremendo al encontrarme frente a ella por fin, y unas ganas irrefrenables de tomarla entre mis brazos y besarla hasta que pueda borrar de su mente cualquier duda que pueda tener respecto a mis sentimientos.

—Bueno, peque, creo que tenéis muchas cosas de las que hablar. Llámame mañana en cuanto te despiertes.

La besa cariñoso en el pelo y la abraza, le susurra algunas palabras al oído que no soy capaz de entender y la suelta. Se vuelve hacia mí y su mirada se torna fría.

—Como me entere de que le haces daño otra vez me aseguraré de que volvamos a encontrarnos.

—Si al final, pese a ser lo último que quiero en esta vida, acabo haciéndole daño otra vez seré yo mismo el que vaya a buscarte para rendirte cuentas.

—Trato hecho.

Nos estrechamos la mano, vuelve a besarla en la mejilla y por fin, nos deja solos. Veo cómo se abraza a sí misma y me contengo para no hacerlo yo. Pasan los minutos y somos incapaces de movernos. Al final soy yo el que da el primer paso.

—Tenemos que hablar. Podemos hacerlo en tu casa o ir al hotel en el que me hospedo. No he vivido un calvario esta última semana, ni volado casi once horas, para no decirte lo que necesito que sepas.

Aparento calma y mi voz suena suave, tranquila. Sin embargo siento que el corazón está a punto de salirse del pecho. La veo dudar entre subir a su apartamento o ir a mi hotel. Ojalá elija lo segundo, la necesito.

—Será mejor que subamos a mi casa.

Mi gozo en un pozo, pero tengo claro que no voy a insistir, no quiero ponerla más en mi contra y que se sienta acorralada. Entramos en su edificio, saluda al portero y la sigo hasta los ascensores. Sin poder evitarlo me pego a su espalda y entierro la nariz en su pelo. Su olor... cómo he echado de menos su aroma y suavidad.

—Mark...

Doy un paso atrás sin mediar palabra. Entramos en el ascensor, aprieta el botón y la veo mover las manos. El ambiente se carga, cuesta hasta respirar. Estoy seguro que los dos recordamos la vez que hicimos el amor en uno. Me pego otra vez a ella y mis manos vuelan a sus caderas acercándola más a mí.

—¿Qué quieres, Mark? ¿A qué has venido?

—Te quiero a ti... En mi vida, en mi casa, en mi cama...

—¿Y mi empresa también?

Suspiro con exasperación, la suelto y doy un paso atrás. Mi gesto coincide con la apertura de las puertas del ascensor y sale disparada hacia fuera. Voy apenas unos pasos por detrás, llegamos a la puerta de su apartamento, y entramos.

Cleo está tumbada en el sofá con un bol de helado llorando a moco tendido mientras ve una película. En cuanto se da cuenta de mi presencia, la pena da lugar a la sorpresa, soy consciente de

cómo desvía la mirada detrás de mí buscando a alguien más. Es apenas un segundo, pero no me pasa desapercibido.

—Cleo, por favor. ¿Podrías dejarnos a solas?

—Claro, Ela. Estaré en mi habitación. Hola, Mark.

—Hola, Cleo.

Sale del salón con la caja de kleenex y el helado. Antes de desaparecer se da la vuelta, la veo dudar y debatirse entre preguntarme o no, así que le ahorro la pena.

—Deberías llamarle, a veces no todo es lo que parece y no se dice lo suficiente.

—Gracias, Mark —suspira, Cleo.

Asiento y por fin nos quedamos solos.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

—Tengo algunos contactos que te quieren y afortunadamente me han dejado hablar y explicarme.

—¿Cleo?

—No.

Inspira, se cruza de brazos y afianza sus pies en el suelo.

—De acuerdo. Acabemos de una vez. Te escucho.

Me acerco unos pasos más a ella y fijo nuestras miradas. Necesito que vea en mis ojos la verdad.

—Lo de la apuesta fue la cosa más estúpida que he hecho en mi vida. Lamento sobre todo los motivos y la foto. Ahora mataría a cualquiera que pudiera verte en esas circunstancias. No tengo excusa para eso. Pero como ya te dije, me sirvió para conocerte y te aseguro que de eso no me arrepiento en absoluto. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Eso ya lo he escuchado antes.

—Déjame hablar... Si quiero estar contigo es porque estoy loco por ti. Estás en el trabajo y fuera de él, en todos y cada uno de los lugares a los que voy y en los pensamientos que tengo. Estás ahí porque estás dentro de mí. No puedo ni quiero sacarte. Te quiero. Te quiero tanto que no imagino estar sin ti. Nunca he estado enamorado, y he odiado una y mil veces esta semana la desesperación y la incertidumbre que ese sentimiento me ha hecho experimentar.

La veo tambalearse un poco, me acerco a ella y la tomo por el brazo.

—Daniela, cástate conmigo.

Levanta la cabeza de golpe y me mira con los ojos como platos. Se suelta de mi brazo y da un paso atrás.

—Claro. ¿Cuándo quieres que lo hagamos? ¿Ahora? De paso también podríamos decirle a mi padre que te ponga a ti al frente de la dirección de la empresa.

—De acuerdo, eso nos lleva a la segunda parte de la cuestión. Tu exmadrastra te engañó. Manipuló algo que pasó hace mucho tiempo, una conversación entre Antonio y yo, para que creyeras que buscaba recuperar mi empresa y hacerme con la tuya. El único propósito de todo era lo que has hecho, huir y venir de vuelta a Los Ángeles. Todo absolutamente todo era mentira, Daniela. Lo de Cristina también.

—¿Y eso te lo ha dicho ella? —me pregunta escéptica.

—Sí. A mí y a todos los presentes en mi despacho. Tu padre entre ellos.

—¿Mi padre escuchó como, según tú, Aída me manipuló?

—Sí. También escuchó como te maltrató psicológicamente durante años.

—No me lo puedo creer... ¿Ella admitió delante de mi padre cómo me trataba?

—Prácticamente. Puedes preguntarle y hablar con él. Lo preparé todo para que ella solita se destapara y tu padre abriera los ojos por fin.

—¿Está bien? ¿Mi padre está bien?

—Perfectamente. Su salud no se ha visto resentida. Aída ha abandonado la casa de tu padre para no volver.

—¿Por qué no me ha llamado para decírmelo?

—Porque yo le pedí que me dejara decírtelo. Necesitaba demostrarte que todo era mentira.

Toma asiento y apoya la cabeza en las manos. Me arrodillo a su lado y acaricio sus muslos para tranquilizarla.

—¿Se ha ido?

—Sí. Tu padre ha iniciado los trámites de separación.

—Tengo que hablar con él.

—Vuelve conmigo, Daniela. A mi casa, nuestra casa. Volvamos a nuestro día a día, a trabajar juntos.

—Te sigue importando tu empresa.

—Me importa nuestra empresa. Ya nada es únicamente mío. Todo lo que tengo te pertenece — me levanto exasperado y me paso las manos por el pelo una y otra vez—. No es suficiente. ¿No es así?

—No puedo vivir así, Mark. Dudando de ti constantemente, temiendo que estés conmigo porque te importa más la empresa que yo. Pensando que todas las mujeres de la oficina quieren meterse en tu cama y que nunca he sido lo que buscabas, el tipo de mujer que te gusta.

—¿Cómo puedes decir eso, Daniela? Mis relaciones anteriores eran basadas exclusivamente en el sexo. Tú eres la única mujer que yo quiero en mi vida.

—No puedo, Mark. Vete, por favor...

—No seas cobarde, Daniela. No te escondas.

Se levanta y vuelve a abrazarse a sí misma.

—No quiero esa vida, Mark. Por favor...

—Dudas de mí. Todavía dudas si quiero a la empresa por encima de ti, y temes que aparezca otra que ocupe tu lugar. En treinta y seis años has sido la primera que ha ocupado mi corazón y te aseguro que serás la única. Es lo único que te puedo decir.

—No lo hagas más difícil... vete.

Se acabó, puedo luchar por demostrar la verdad pero no puedo obligarla a creer en mí si ella no quiere. Siento un dolor agudo en el pecho que me impide respirar. Meto la mano en el bolsillo de la americana, saco un estuche de joyería y lo dejo sobre la mesa.

—Era de mi madre. No puede pertenecer a otra que no seas tú. Es tuyo.

Me doy la vuelta y salgo de su casa y de su vida para siempre.

Daniela

En cuanto sale por la puerta me derrumbo en el sofá y las lágrimas escapan de mis ojos sin control. Cojo con manos temblorosas el estuche y lo abro. Un sencillo anillo de oro blanco con un único diamante tallado en forma de corazón brilla ante mis ojos. Oigo pasos que se acercan y unos brazos fuertes me rodean los hombros.

—*Bella, amore... ¿Ma* qué has hecho?

—Tengo miedo, Mario.

—*Il* miedo no *e buono per* a vivir...

—Estás loca, Ela.

Levantamos la cabeza y vemos a Cleo en la puerta del salón.

—¿Qué más necesitas? Ha sacado a Aída de tu vida, ha volado once horas para venir a declararse, te dice que te quiere y quiere pasar el resto de su vida contigo y tú, por cobardía, inseguridad y miedo lo dejas escapar.

—Cleo... —le advierte Mario.

—Pues igual no te lo mereces. El problema no es él, Ela, eres tú. Hasta que tú no te creas todo lo que vales no te darás cuenta de cuánto te quiere. Ojalá no sea tarde.

Se da la vuelta y vuelve a su cuarto cerrando con un sonoro portazo.

—*Io* pensaba que necesitabas una explicación. Me lo pidió y no pude negarme...

—¿Fuiste tú, Mario, le diste nuestra dirección?

—Sí. Tienes *molto* en lo que pensar, *Bella*. *Ma* hazlo rápido.

Dormir es imposible. Hablo con mi padre al día siguiente y certifico que todo lo que me ha dicho Mark es cierto. Se siente muy mal y avergonzado por no darse cuenta a tiempo de los años que sufrí por culpa de Aída. Estamos horas al teléfono sincerándonos. También llamo a Álex y le pongo al día de los acontecimientos. No voy a navegar con él, no tengo ánimos para salir de casa. Apenas duermo, y los días pasan acompañados por el recuerdo de Mark, de sus palabras, de sus manos sobre mi cuerpo y del anillo, que dentro de su estuche, me acompaña en el bolsillo de mi chaqueta de lana allá donde vaya.

Una semana después de la visita de Mark decido que es hora de volver a casa. Cleo regresa conmigo, sigue enfurruñada pero aquí está, a mi lado, como siempre.

Tengo un pequeño *déjà vu* al aterrizar en Madrid pero esta vez la situación es diferente. No vuelvo a lo desconocido, no temo encontrarme con Aída, la salud de mi padre es buena y tengo una especial ilusión por llegar a la oficina...

Igual que la otra vez mi padre nos envía un coche para recogernos en el aeropuerto. Nos lleva directas al edificio Lane. Sé que Cleo está nerviosa por si se cruza con César por los pasillos, ojalá suceda y solucionen esta absurda situación.

El corazón me late a mil por hora mientras camino con paso seguro por el hall de entrada. Subimos en silencio y al salir del ascensor las rodillas apenas me mantienen; simulo una confianza que dista mucho de ser real, pero consigo avanzar y llegar hasta las puertas dobles de cristal donde

están el despacho de Mark y el mío.

Paula y María saltan de sus sillas y corren a abrazarme. Respondo encantada a sus muestras de afecto, pero de reojo no paro de mirar la puerta de su despacho.

—No está, Daniela.

—Ah... —ni siquiera disimulo la decepción de mi voz, ni finjo no saber de quién habla Paula.

—Tu padre está reunido, pero le puedo decir que ya estás aquí. Seguro que no le importa que pases.

—No te preocupes, María, puedo esperar.

Al momento la puerta de mi oficina se abre y una mujer que no había visto nunca nos saluda educadamente y sale del despacho.

—¿Quién es, María?

—Es la nueva jefa del departamento de restauración.

La sorpresa debe ser en mi rostro más que evidente.

—¿Y Cristina?

—Ella ya no trabaja aquí. Mark le dio la opción de despedirse, volver a la antigua delegación o que tu padre la enviara a Los Ángeles a trabajar con tu hermano. Al final decidió esto último.

—¿Por qué Mark hizo eso?

—Por ti. Evidentemente —dice Cleo.

Así que se ha deshecho de ella... No la quiere cerca de él...

—¡Dani!

Me doy la vuelta y abrazo a mi padre.

—Hola, papá, te he echado de menos.

—Yo también *baby*, yo también... Cleo cariño, ven con nosotros, pasemos al despacho.

Al entrar mi padre nos invita a tomar asiento en los sillones y él hace lo propio.

—Dani ¿has venido para quedarte?

—No lo sé seguro papá... depende.

—¿De qué, *baby*?

—Bueno...

Me ruborizo de pies a cabeza, cómo decirle a mi padre que de mi relación con Mark.

—Si lo que te preocupa es trabajar con él o encontrarte siquiera por los pasillos, puedes estar tranquila. No va a suceder.

—¿Qué quieres decir, papá? —el color abandona mi rostro y mis manos se mueven nerviosas sobre la falda del vestido.

—Mark ya no trabaja aquí.

—¿Lo has despedido? No me puedo creer que hayas hecho eso...

—No he sido yo. Ha sido él. Me ha vendido todas las acciones de su empresa. De hecho no quería venderlas, renunciaba a ellas. Pero yo le dije que no lo podía aceptar, sobre todo no era ético, además, qué pensarían en el mercado si él regala las acciones. Parecería que su empresa no tiene valor.

—Se ha ido... No me lo puedo creer...

—Sí. Lo hizo nada más volver de Los Ángeles. La única condición que puso fue mantener los puestos y la plantilla de su empresa. No tuve nada que objetar.

—Se ha quedado sin nada...

—Solo se quedó con el Resort de Barcelona. Fue lo único que quiso.

Me levanto y camino por el despacho, la cabeza me funciona a mil por hora.

—¿A qué esperas, Ela? ¿Qué haces ahí plantada? Corre a buscarlo.

Abrazo a mi padre, beso a Cleo y salgo del despacho como alma que lleva el diablo.

De camino al aeropuerto de nuevo, llamo a la madre de Mark. La avisaré cuando llegue y ella me dirá dónde puedo encontrarlo.

A las once de la noche estoy frente su casa. Llamo una vez y espero mientras le doy vueltas al anillo, su anillo, con el dedo pulgar.

Interminables segundos después la puerta se abre y lo tengo frente a mí. Con barba de dos días, vaqueros y camiseta negra. Ninguno de los dos dice nada. Nos limitamos a mirarnos.

—Lo siento, Mark. Siento haber dudado de ti... pero sobre todo siento haberte dejado marchar. Te quiero... y si no es demasiado tarde... no quiero perderte. Déjame estar contigo, compartir tu vida. No tendría que haber tardado tanto en darme cuenta de tus sentimientos, no es culpa tuya, es mía...

—Cállate.

Su voz me sobresalta y trago un nudo de emociones. He llegado tarde. Mis disculpas ya no son suficientes contra la desconfianza y mis inseguridades. Me sigue mirando pero no dice nada más.

—Siento haberte molestado...

Me doy la vuelta y camino hacia la carretera con las lágrimas resbalando por mi rostro, derrotada, hundida.

—¿Dónde crees que vas?

Noto sus manos en mi cintura y me da la vuelta hasta tenerme frente a él.

—Has tardado una eternidad en venir. Empezaba a perder las esperanzas... Si piensas que ahora que has vuelto voy a dejarte escapar no puedes estar más equivocada.

Apoya su frente contra la mía, cierra los ojos y aspira mi aroma. El corazón está a punto de salir de mi pecho.

—Te quiero, Daniela. No tengo nada que ofrecerte excepto hacerte feliz el resto de nuestras vidas.

La barbilla me tiembla y lágrimas de emoción recorren mi rostro.

—Acepto, Mark. Lo que sea, pero contigo.

Me abalanzo sobre él, mi cuerpo se amolda al suyo y nuestros labios se encuentran ansiosos y desesperados. Por fin, siento que he encontrado mi sitio, mi vida, mi hogar.

Epílogo

Hoy hace exactamente un año que abordé a Daniela para ganar la estúpida apuesta y más o menos ocho meses desde que llamó a la puerta de mi casa y vino a buscarme.

Por fin entendió que la quería.

Renuncié a la empresa porque comprendí que nada tenía sentido sin ella. No necesitaba ni los hoteles, ni recuperar mi antigua empresa y mucho menos dirigir la suya, algo que nunca se me había ocurrido. Cuando lo hice, no negaré que deseé con todas mis fuerzas que ella se enterara y viniera a buscarme. Pero con el paso de los días asumí que no iba a suceder. Hasta que abrí la puerta y la vi. Nada puede compararse a mis sentimientos por ella. Nada.

Durante este año, Daniela y yo hemos formado una nueva empresa. Dirigimos juntos el primer hotel que fundé con Antonio y trabajamos completamente ajenos a Experience Hostess.

Ha sido el mejor año de mi vida. A excepción de la muerte del que siempre fue para nosotros un padre, Antonio, que supuso un duro golpe para mi hermano, mi madre y por supuesto para mí. Nunca se está lo suficientemente preparado para decir adiós a un ser querido. Aunque sepamos que su despedida es inminente.

Hoy, a pocos minutos de nuestra boda y mientras los escasos invitados se van sentando en el reservado de la playa, espero impaciente al pie del altar. Saludo cortés a todos nuestros amigos y hablo animadamente con mi madre, mi hermano, César y Álex. Nuestra relación, afortunadamente, ha mejorado mucho en todo este tiempo. Hemos podido conocernos y nos llevamos francamente bien. Aunque, como acordamos, siempre y cuando no le vuelva a hacer daño a su hermana. No tiene nada, absolutamente nada de qué preocuparse. Moriría antes de hacerlo.

Cuando la música comienza a sonar, la veo pisar la alfombra. De blanco, con un sencillo y elegante vestido de falda vaporosa que la brisa del mar se encarga de mecer. Avanza hacia mí del brazo de su padre.

Como siempre que la miro, no me puedo creer la inmensa suerte que tengo. Tiendo mi mano cuando nos separan apenas unos pasos, y en cuanto la acepta tiro de ella y la pego a mi cuerpo.

—Eres preciosa —murmuro con la frente apoyada en la suya y junto a su boca.

—No me sueltes...

—Nunca, cariño.

Mi madre tose disimuladamente y Daniela se aparta de mí ruborizada.

La ceremonia comienza y no separamos nuestras miradas ni un momento. Pronunciamos nuestros votos e intercambiamos los anillos. Antes de colocárselo en el dedo leo la inscripción que hice grabar especialmente para ella.

“Lo que sea, pero contigo”

Me rodea el cuello con los brazos y nos besamos, mientras familiares y amigos aplauden emocionados.

—Siempre —me promete Daniela.

FIN

Agradecimientos

Me considero extraordinariamente afortunada por tener a tanta gente a la que agradecer su apoyo a lo largo de este recorrido. Sobre todo, y antes que nadie, gracias a ti, al amor de mi vida. Gracias por leer cada palabra, frase y capítulo de la novela cuando te lo pedía, por creer en mí y convencerme de que esto podía ser posible. Por poder contar siempre contigo, gracias.

A mi familia, mi madre y mi hermano por su incondicional apoyo. A Pilar, mi amiga del alma, por ser la primera en leer mi manuscrito, aconsejarme y ayudarme a mejorar. A Elena, Águeda, Eva, Paola y Ana por su entusiasmo y por sus tirones de orejas. Siento haberos privado de horas de sueño por teneros enganchadas a la lectura de la novela. Bueno, no lo siento. Estoy encantada. A Glace por su cariño y su positivismo. Millones de gracias. A mis amigas del grupo ASBH: M.C. Sark, Marisa Sicilia, Maribel Catalán y Meg Ferrero por convencerme de que la novela debía ver la luz. A José de la Rosa por su amabilidad y sus sabios consejos. A los seguidores de www.romanticamente.es por las preciosas palabras que me dedican y me animan a seguir escribiendo. A Noemí y a Juani por los buenos momentos y su apoyo. Y a ti, lector, por vivir la historia de Mark y Daniela a través de mis palabras. De todo corazón.

Gracias.

Tessa C. Martin